

Los Seis Seños De la Luz



SOBRE EL MAR,
BAJO LA TIERRA

SUSAN COOPER

Lectulandia

Durante unas vacaciones en Cornualles, en la mansión donde se alojan, Jane, Barney y Simon descubren una habitación secreta en la que encuentran un antiguo pergamino y el esbozo de un mapa. Se trata de la copia de un manuscrito realizada por un monje que menciona a un extraño caballero llamado Bedwin que huía llevando consigo el último tesoro del reino de Logres, el Grial.

Lectulandia

Susan Cooper

Sobre el mar, bajo la Tierra

Los seis signos de la luz - 1

ePub r1.0

OZN 22.05.14

Título original: *Over Sea, Under Stone*

Susan Cooper, 1965

Traducción: Carme Camps

Ilustraciones: Julie Dillon

Diseño de cubierta: OZN

Editor digital: OZN

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Capítulo 1

—¿Dónde está?

Después de bajar del tren, Barney se puso a saltar y en vano miraba la multitud de rostros pálidos que se agolpaban, impacientes, junto a la barrera de St. Austell.

—No le veo. ¿Está ahí?

—Claro que está ahí —dijo Simon, haciendo esfuerzos para sujetar el largo macuto de lona con las cañas de pescar de su padre—. Dijo que vendría a recogernos. Con un coche.

Detrás de ellos, la gran locomotora de diesel silbó como un búho gigantesco y el tren se puso en marcha.

—Quedaos donde estáis —dijo su padre, desde una barricada de maletas—. Merry no desaparecerá. Dejad que se disperse la multitud.

Jane aspiró con expresión extasiada.

—¡Huelo el mar!

—Estamos a kilómetros del mar —dijo Simon con aire de superioridad.

—No me importa. Yo lo huelo.

—Trewissick está a ocho kilómetros de St. Austell, según dijo el tío abuelo Merry.

—¡Oh!, ¿dónde está? —Barney seguía dando saltitos, impaciente, en el anodino andén lleno de polvo, viendo alejarse las espaldas que le impedían ver. De pronto se quedó inmóvil, con la mirada fija hacia abajo.

—¡Eh!, mirad.

Los niños miraron. Era una gran maleta negra colocada en medio del bosque de piernas en movimiento.

—¿Qué tiene eso de maravilloso? —preguntó Jane.

Entonces vieron que la maleta tenía dos orejas rojizas erguidas y un largo rabo también rojizo que se movía de un lado a otro. Su propietario la recogió del suelo y se marchó, y el perro que estaba detrás de la maleta se quedó donde estaba, solo, mirando arriba y abajo del andén. Era un perro largo y delgado, y su pelaje, donde el sol le daba, era de un reluciente rojo oscuro.

Barney lanzó un silbido y extendió el brazo.

—No, cariño —dijo su madre en tono quejoso, agarrando el manojito de pinceles que le salía del bolsillo como un apio.

Pero antes de que Barney silbara, el perro había echado a correr en su dirección, ágil y decidido, como si hubiera reconocido a unos buenos amigos. Dio unas vueltas alrededor de ellos, levantando el largo hocico ante cada uno; luego, se paró junto a Jane y le lamió la mano.

—¿No es precioso? —Jane se agachó a su lado y le alborotó el largo y sedoso

pelo del cuello.

—Cariño, ten cuidado —dijo su madre—. Se habrá quedado atrás. Debe de pertenecer a alguien que está por aquí.

—Ojalá fuera nuestro.

—A él también le gustaría —dijo Barney—. Mirad.

Rascó la cabeza rojiza y el perro lanzó un breve ladrido de placer.

—No —dijo su padre con rotundidad.

La multitud se iba dispersando y a través de la barrera de gente veían el nítido cielo azul sobre la estación.

—En el collar lleva el nombre —dijo Jane, aún en cuclillas junto al perro. Hurgó para encontrar la placa—. Dice: Rufus. Y otra cosa... Trewissick. ¡Eh!, ¡es del pueblo!

Pero cuando levantó la vista, vio que los otros no estaban allí. Se incorporó de un salto y corrió tras ellos; enseguida vio lo que ellos habían visto: la alta figura del tío abuelo Merry, en el patio de la estación, que les aguardaba.

Se agolparon a su alrededor, parlotando como ardillas en la base de un árbol.

—¡Ah!, ¡estáis ahí! —exclamó, mirándoles con una sonrisa. Tenía las cejas completamente blancas.

—Cornualles es maravilloso —dijo Barney, exultante.

—Aún no habéis visto nada —dijo el tío abuelo Merry—. ¿Cómo estás, Ellen, querida? —Se inclinó y dio un breve beso a la madre en la mejilla. Siempre la trataba como si hubiera olvidado que se había hecho mayor. Aunque no era su verdadero tío, sino sólo un amigo de su padre, había estado muy unido a la familia durante tantos años que nunca se les había ocurrido preguntarse de dónde había salido.

Nadie sabía gran cosa del tío abuelo Merry, y nadie se atrevía a preguntar. No era un hombre alegre. Era alto e iba erguido, y tenía el pelo muy espeso y blanco. En su rostro serio y moreno, la nariz se curvaba de modo pronunciado, como un arco, y sus ojos eran oscuros y hundidos.

Nadie sabía cuántos años tenía.

—Es tan viejo como las colinas —decía su padre, y a ellos les parecía, en el fondo, que probablemente estaba en lo cierto. Había algo en el tío abuelo Merry que era como las colinas, o como el mar, o como el cielo; algo antiguo, pero sin edad ni final.

Siempre, dondequiera que estuviera, ocurrían cosas insólitas. A menudo desaparecía durante largo tiempo, y de pronto aparecía en la puerta de los Drew como si nunca se hubiera ido, anunciando que había encontrado un valle perdido en Suramérica, una fortaleza romana en Francia o una nave vikinga hundida en la costa inglesa. Los periódicos publicaban entusiastas historias de lo que había hecho. Pero cuando los periodistas llamaban a la puerta, el tío abuelo Merry se había marchado,

de regreso a la polvorienta paz de la universidad donde daba clases. Una mañana despertaban, iban a llamarle para el desayuno y descubrían que no estaba. Y después no sabían nada de él hasta que, quizá un mes más tarde, aparecía ante la puerta. Apenas parecía posible que este verano permaneciera cuatro semanas enteras en la casa que había alquilado para ellos en Trewissick.

El tío abuelo Merry, cuyo cabello blanco centelleaba bajo la luz del sol, se inclinó para coger las dos maletas más grandes, se puso una debajo de cada brazo y se dirigió hacia un coche a grandes zancadas.

—¿Qué os parece esto? —preguntó con orgullo.

Mientras le seguían, miraron. Era una furgoneta grande y destartalada, con los guardabarros oxidados, la pintura desconchada y pegotes de fango en los tapacubos de las ruedas. Una lengua de vapor salía del radiador.

—¡Bárbaro! —exclamó Simon.

—Mmmm —murmuró su madre.

—Bueno, Merry —dijo el padre, alegre—, espero que tengas un buen seguro.

El tío abuelo Merry resopló.

—Tonterías. Es un vehículo estupendo. Lo alquilé a un granjero. Servirá para llevarnos a todos. Venga, adentro.

Jane miró con nostalgia hacia la entrada de la estación cuando entró detrás del resto. El perro pelirrojo estaba en la acera observándoles, con la rosada lengua que le colgaba un palmo.

El tío abuelo Merry llamó:

—¡Vamos, Rufus!

—¡Oh! —exclamó Barney complacido cuando una bola de largas patas y hocico húmedo entró por la puerta y le hizo caer de lado—. ¿Es tuyo?

—Dios no lo permita —dijo el tío abuelo Merry—. Pero supongo que será vuestro durante este mes. El capitán no pudo llevárselo al extranjero, o sea que Rufus va con la Casa Gris. —Se sentó en el asiento del conductor.

—¿La Casa Gris? —preguntó Simon—. ¿Se llama así? ¿Por qué?

—Espera y verás.

El coche dio una sacudida, el motor rugió y partieron. Recorrieron las calles y salieron de la ciudad dando bandazos y con gran estruendo, hasta que las casas fueron sustituidas por setos; frondosos setos, altos y verdes junto a la carretera que ascendía la colina y, detrás de ellos, la hierba que llegaba hasta el cielo. Y recortado en el cielo veían solitarios árboles inclinados por el viento de mar y afloramientos de roca de color gris amarillento.

—Ya está —anunció el tío abuelo Merry, gritando para que le oyeran a pesar del ruido. Volvió la cabeza y soltó el volante para señalar con un brazo; el padre gimió en voz baja y cerró los ojos—. Estáis en Cornualles. El auténtico Cornualles. Logres está

ante vosotros.

El estrépito era excesivo para que nadie dijera nada.

—¿Qué significa Logres? —preguntó Jane.

Simon hizo gestos de negación con la cabeza y el perro le lamió la oreja.

—Significa la tierra del Oeste —respondió Barney inesperadamente, apartándose el mechón de pelo rubio que siempre le caía sobre los ojos—. Es el nombre antiguo de Cornualles, el nombre del rey Arturo.

Simon se lamentó.

—Yo debería saberlo.

Desde que sabía leer, los grandes héroes de Barney habían sido el rey Arturo y sus caballeros. En sus sueños libraba imaginarias batallas como miembro de la Mesa Redonda, rescataba a doncellas rubias y derrotaba a falsos caballeros. Anhelaba ir al País del Oeste; le producía la extraña sensación de que de alguna manera sería como ir a casa. Dijo, resentido:

—Espera. El tío abuelo Merry lo sabe.

Y entonces, después de lo que pareció mucho rato, las colinas dieron paso a la extensa línea azul del mar y ante ellos surgió el pueblo.

Daba la impresión de que Trewissick dormía bajo sus tejados grises de pizarra, en las estrechas y sinuosas calles en pendiente. Silenciosas tras las ventanas con cortinas de encaje, las casas de la pequeña plaza dejaron que el estrépito del coche rebotara en sus paredes encaladas. El tío abuelo Merry giró el volante y de pronto se encontraron recorriendo la punta del puerto; el agua se rizaba y relucía bajo el sol de la tarde. Las barcas de vela se mecían amarradas en el muelle, así como una hilera completa de barcas de pesca de Cornualles que sólo habían visto en cuadros pintados por su madre años atrás: sólidas barcas, cada una con su grueso mástil y una pequeña cabina para el motor en la popa.

En los muros del puerto colgaban redes y unos cuantos pescadores, hombres fornidos de tez morena con botas altas, levantaron la vista ociosamente cuando pasó el coche. Dos o tres sonrieron al tío abuelo Merry y saludaron con la mano.

—¿Te conocen? —preguntó Simon con curiosidad.

Pero el tío abuelo Merry, que se hacía el sordo cuando no quería responder una pregunta, siguió conduciendo por la carretera que ascendía la colina hasta el otro lado del puerto. De pronto, se paró.

—Ya hemos llegado —anunció.

En el brusco silencio, con los oídos aún ensordecidos por el ruido del motor, todos se volvieron para mirar hacia el otro lado de la carretera.

Vieron una serie de casas escalonadas en la ladera, y en medio de ellas, elevándose como una torre, una casa estrecha y alta con tres filas de ventanas y el tejado de aguilonos. Era una casa sombría, pintada de gris oscuro, con la puerta y los

marcos de las ventanas de un brillante blanco. El tejado era de pizarra, un elevado arco gris azulado que daba al puerto.

—La Casa Gris —anunció el tío abuelo Merry.

En la suave brisa se percibía un olor extraño, un atrayente olor a sal, a algas marinas y a diversión.

Cuando descargaban las maletas del coche, y mientras Rufus corría con excitación pasando por entre las piernas de todos, Simon de pronto agarró a Jane por el brazo.

—¡Eh, mira!

El niño miraba hacia el mar, más allá de la boca del puerto. Siguiendo la dirección del dedo que apuntaba, Jane vio el alto triángulo de un yate que avanzaba perezosamente hacia Trewissick.

—Qué bonito —exclamó ella, pero sólo con un comedido entusiasmo. Su hermana no compartía la pasión de Simon por los barcos.

—Es una belleza. Me pregunto de quién será.

Simon siguió mirando, como en trance. El yate se fue acercando, agitadas las velas; y entonces la gran vela mayor se arrugó y cayó. Oyeron el ruido del aparejo, débil, a lo lejos, y el carraspeo de un motor.

—Mamá dice que podemos bajar al puerto antes de cenar —dijo Barney—. ¿Vamos?

—Claro. ¿Viene también el tío abuelo Merry?

—Él va a guardar el coche.

Echaron a andar por la carretera que conducía al muelle, junto a un muro bajo de color gris entre cuyas piedras crecían copetes de hierba y valeriana rosa. Tras dar unos pasos Jane se dio cuenta de que había olvidado el pañuelo y echó a correr para recogerlo del coche. Cuando revolvía en la parte trasera del vehículo, levantó la cabeza y miró un momento por el parabrisas, sorprendida.

El tío abuelo Merry, que volvía hacia el coche procedente de la Casa Gris, de repente se paró en seco en medio de la carretera. Miraba hacia el mar y la niña se dio cuenta de que había divisado el yate. Lo que la sobresaltó fue la expresión de su cara. De pie como una enorme estatua, fruncido el entrecejo, su aspecto era fiero e intenso, casi como si mirara y escuchara con unos sentidos que no fueran los ojos y los oídos. No podía tener miedo, pensó Jane, pero era lo más próximo a ello. Parecía cauteloso, sobresaltado, alarmado... ¿Qué le ocurría? ¿Pasaba algo extraño con aquel yate?

Entonces el hombre se volvió y regresó apresuradamente a la casa, y Jane salió del coche, pensativa, para ir a reunirse con sus hermanos.

El puerto estaba casi desierto. Bajo el sol inclemente sentían el calor del suelo de piedra en los pies a través de las suelas de las sandalias. En el centro, frente a unas altas puertas de madera de almacén, el muelle sobresalía y se adentraba en el agua, y

un gran montón de cajas vacías se elevaba por encima de sus cabezas. Las gaviotas se acercaron al borde, alejándose de su paso. Ante ellos se balanceaba un pequeño bosque de palos y cuerdas; la marea estaba a medio subir y las barcas amarradas quedaban fuera de la vista.

—¡Eh! —dijo Simon señalando la entrada al puerto—. El yate ha entrado, mirad. ¿No es maravilloso?

El esbelto barco blanco se hallaba anclado tras el muro del puerto, protegido del mar abierto por la punta de tierra en la que se erguía la Casa Gris.

Jane dijo:

—¿Crees que hay algo extraño en ese barco?

—¿Extraño? ¿Por qué iba a haberlo?

—Bueno, no sé.

—Quizá pertenece al capitán del puerto —dijo Barney.

—Los puertos de este tamaño no tienen capitán, cabezota, sólo los puertos como aquellos a los que papá iba con la armada.

—Claro que sí, sabelotodo, hay una puertecita negra en aquel rincón que dice Oficina del Capitán del Puerto.

Barney daba saltitos de triunfo y ahuyentó a una gaviota, que corrió unos pasos y alzó el vuelo sobre el agua, chillando.

—Ah, bueno —dijo Simon en tono amable; se metió las manos en los bolsillos y se quedó con las piernas separadas, balanceándose sobre los talones, en su pose de capitán en el puente—. Una a tu favor. De todos modos, ese barco debe de pertenecer a alguien muy rico. Podrías cruzar el Canal o incluso el Atlántico con él.

—¡Puaf! —exclamó Jane. Sabía nadar tan bien como cualquiera, pero era el único miembro de la familia Drew a la que no le gustaba el mar—. Imagínate, cruzar el Atlántico con una cosa de este tamaño.

Simon sonrió con aire perverso.

—Naufragar. Grandes olas que te hacen subir y bajar, todo se cae, ollas y sartenes en la cocina, y la cubierta arriba y abajo, arriba y abajo...

—Harás que se maree —dijo Barney con calma.

—Tonterías. ¿En tierra firme, al sol?

—Sí, ya se ha puesto un poco verde. Mírala.

—No estoy verde.

—Sí, sí. No sé cómo no te mareaste en el tren como de costumbre. Piensa en esas olas del Atlántico, y el mástil oscilando, y nadie quiere comer el desayuno excepto yo...

—¡Oh!, cállate. No quiero escucharte —y la pobre Jane se volvió y dio la vuelta corriendo a la montaña de cajas que olían a pescado, que probablemente habían producido más efecto en su imaginación que la idea del mar.

—Chicas... —exclamó Simon alegre.

De pronto oyeron un gran estrépito al otro lado de las cajas, un grito y ruido de metal al caer en el cemento. Simon y Barney se miraron horrorizados y se precipitaron al otro lado.

Jane estaba en el suelo con una bicicleta encima, cuya rueda delantera aún giraba. Un muchacho alto y de pelo oscuro yacía no lejos de allí. Del portaequipajes se había caído una caja con latas y paquetes de comida y la leche de una botella rota se derramaba y formaba un charco blanco.

El muchacho se puso en pie y miró a Jane furibundo. Iba vestido de azul marino, con los pantalones metidos en unas botas de lluvia; tenía el cuello corto y grueso y el rostro extrañamente plano, ahora desfigurado por la ira.

—Mira por donde vas, ¿no? —espetó con su acento de Cornualles, acentuado por la rabia—. Sal de en medio.

Levantó la bicicleta sin prestar atención a Jane, el pedal se le quedó trabado en el tobillo y ella hizo un gesto de dolor.

—No ha sido culpa mía —dijo la niña—. Corrías sin mirar por dónde ibas.

Barney se acercó a ella en silencio y la ayudó a ponerse en pie. El muchacho empezó a recoger de mala gana las latas y los paquetes y a meterlos en la caja. Jane recogió uno para ayudar. Pero cuando iba a ponerlo en la caja, el muchacho le apartó la mano de un golpe y la lata salió volando.

—Déjalo —gruñó.

—Oye —dijo Simon indignado—, no es necesario que te comportes así.

—Cierra el pico —dijo el muchacho, lacónico, sin tan siquiera mirarle.

—Cierra el tuyo —replicó Simon, beligerante.

—Oh, Simon, no hagas eso —dijo Jane—. Si quiere comportarse como un bruto, déjale. —Le escocía la pierna y de la rodilla le salía sangre. Simon la miró: vio su rostro enrojecido y percibió la tensión en su voz. Se mordió el labio.

El muchacho apoyó su bicicleta en el montón de cajas y se apartó de un salto mirando con hosquedad a Barney; entonces le salió la rabia.

—¡... todos! —espetó.

Nunca habían oído la palabra que había utilizado, pero el tono era inconfundible, y Simon se acaloró y apretó los puños con resentimiento para abalanzarse sobre él. Jane le agarró y el muchacho corrió al borde del muelle y bajó con la caja de comestibles en los brazos. Oyeron un estruendo y, cuando se asomaron por el borde, le vieron en un bote de remos. Desató la cuerda que estaba atada a una argolla en el amarradero y empezó a serpentear entre las otras barcas hasta salir a puerto abierto, de pie con un remo en la popa. Avanzando rápido y con enojo, chocó con uno de los grandes barcos de pesca, pero no reparó en ello. Pronto estuvo en alta mar, remando con rapidez con una mano y mirando furioso hacia ellos con desprecio.

Entonces oyeron ruido de pasos rápidos sobre madera hueca procedentes del interior del barco de pesca dañado. Apareció una figura menuda de una escotilla de cubierta y agitó los brazos con furia, gritando hacia el muchacho con una voz sorprendentemente profunda.

El muchacho se volvió despacio, sin dejar de remar, y el bote desapareció de la entrada al puerto al doblar la pared que sobresalía.

El hombrecillo agitó el puño y se volvió hacia el muelle, saltó con agilidad de la cubierta de un barco a otro hasta que llegó a las escalerillas del muro y subió a donde estaban los niños. Llevaba el inevitable atuendo de pantalones y jersey azul marino, con botas altas.

—Será torpe, ese Bill 'Oover —dijo malhumorado—. Esperad a que le pille, esperad.

Entonces se dio cuenta de que los niños eran algo más que parte del muelle. Gruñó, echó una rápida ojeada a sus tensos rostros y a la sangre de la rodilla de Jane.

—Me ha parecido oír voces desde abajo —dijo con más amabilidad—. ¿Habéis tenido problemas con él? —Señaló hacia el mar con la cabeza.

—Ha atropellado a mi hermana con su bicicleta —dijo Simon indignado—. En realidad ha sido culpa mía, yo la he hecho salir corriendo, pero él ha sido muy grosero y ha apartado la mano de Jane de un golpe y... y entonces se ha ido corriendo antes de que yo pudiera pegarle —acabó de contar sin convicción.

El viejo pescador les sonrió.

—¡Ah!, bueno, no se lo tengas en cuenta. Es un chico muy malo y tiene muy mal genio. Será mejor que os mantengáis lejos de él.

—Lo haremos —dijo Jane con convicción, frotándose la pierna.

—Ese corte de ahí, cariño, tienes que ir a lavártelo. Estáis aquí de vacaciones, ¿verdad?

—Estamos en la Casa Gris —dijo Simon—. Arriba de la colina. El pescador le miró y un destello de interés le cruzó el impassible rostro arrugado y moreno.

—¿Ah, sí? Me pregunto si... —se interrumpió, extrañamente, como si hubiera cambiado de opinión con respecto a lo que iba a decir. Simon, perplejo, esperó a que prosiguiera. Pero Barney, que no escuchaba, se apartó de donde había estado atisbando por el borde del muelle.

—¿Ese barco de ahí es suyo?

El pescador le miró, medio sorprendido y medio divertido, como habría mirado a algún animalito que hubiera ladrado inesperadamente.

—Así es. Acabo de bajar de él.

—¿A los otros pescadores no les importa que salte por encima de sus barcos?

El anciano soltó una carcajada alegre y ruidosa. —No tengo otra forma de llegar a tierra firme desde allí. A nadie le importa que pases por encima de su barco siempre

que no le hagas ningún arañazo—. ¿Va a salir a pescar?

—Ahora no —dijo el pescador amablemente; se sacó del bolsillo un trapo sucio y se limpió las manchas de aceite de las manos—. Salimos al atardecer y regresamos al amanecer. Barney sonrió radiante. —Me levantaré temprano para verles llegar—. Me lo creeré cuando te vea —dijo el pescador con un guiño—. Ahora, haced una cosa, llevad a vuestra hermanita a casa a lavarse esta pierna; no se sabe qué porquerías puede haber cogido. —Rascó el suelo con su reluciente bota.

—Sí, vamos, Jane —dijo Simon. Miró una vez más la hilera de barcos y se protegió la cara con la mano para mirar el sol—. ¡Oíd, ese tipo de la bicicleta va a subir al yate! Jane y Barney miraron hacia allí.

Más allá del muro del puerto en la lejanía, una forma oscura se mecía junto al largo casco blanco del yate. Sólo vieron al muchacho que subía por el flanco y dos figuras que fueron a reunirse con él en cubierta. Después desaparecieron los tres y el barco quedó desierto de nuevo.

—¡Ah! —dijo el pescador—, es eso. Ayer, el joven Bill compró provisiones, gasolina y de todo, suficiente para una armada, pero nadie pudo sonsacarle para quién era. Bonito barco, ese yate de recreo, supongo. No entiendo a qué viene tanto misterio.

Echó a andar por el muelle: era una figura menuda que llevaba la parte superior de las botas doblada y le golpeaba las piernas a cada paso que daba. Barney trotaba a su lado, hablando sin parar, y se reunió con los otros en la esquina cuando el anciano, haciéndoles señas con la mano, torció hacia el pueblo.

—Se llama Penhallow, y su barco es el White Heather. Dice que anoche cogieron cincuenta kilos de sardinas y que mañana sacarán más porque va a llover.

—Algún día harás demasiadas preguntas—dijo Jane.

—¿Llover? —dijo Simon con incredulidad mirando hacia el cielo azul.

—Es lo que ha dicho.

—Tonterías. Debe de estar loco.

—Apuesto a que tiene razón. Los pescadores siempre saben estas cosas, en especial los de Cornualles. Pregúntaselo al tío abuelo Merry.

Pero el tío abuelo Merry, cuando se sentaron a tomar su primera cena en la Casa Gris, no estaba allí; sólo estaban sus padres y la mujer del pueblo, sonriente y con las mejillas enrojecidas, la señora Palk, que iba a ir cada día para ayudar en la cocina y a limpiar. El tío abuelo Merry se había marchado.

—Tiene que haber dicho algo —dijo Jane.

Su padre se encogió de hombros.

—No, de veras. Ha mascullado que tenía que irse a buscar algo y se ha ido en el coche como un rayo.

—Pero si acabamos de llegar —dijo Simon en tono dolido.

—No importa —dijo su madre para consolarle—. Ya sabes cómo es. Volverá cuando le parezca.

Barney miró soñoliento los pasteles de Cornualles que la señora Palk había preparado para cenar.

—Ha ido en busca de algo. Podría tardar años en regresar. Cuando vas en busca de algo puedes estar buscando tiempo y más tiempo y al final no encontrar nada.

—A la porra —exclamó Simon enojado—. Se ha ido a buscar alguna antigua tumba que está en alguna iglesia o algo así. ¿Por qué no nos lo ha dicho?

—Espero que por la mañana haya regresado —dijo Jane. Miró por la ventana. La luz empezaba a extinguirse, y a medida que el sol se hundía tras la punta de tierra se iba volviendo de un tono gris verdoso y poco a poco la neblina iba cubriendo el puerto. A través de la creciente bruma vio moverse una forma confusa en el agua y por encima de ella un breve destello de luz; primero un centelleo rojo en la penumbra y después uno verde y puntos de luz blanca por encima de ambos. Y se levantó de un salto cuando se dio cuenta de que lo que veía era el misterioso yate blanco que salía del puerto de Trewissick tan silenciosa y extrañamente como había entrado.

Capítulo 2

Al día siguiente, mientras estaban sentados desayunando, el tío abuelo Merry regresó. Se quedó en el umbral de la puerta, una figura alta, con los ojos hundidos debajo de una mata de pelo blanco, y sonrió al ver sus caras de sorpresa.

—Buenos días —saludó, alegre—. ¿Queda café? —Los ornamentos parecían temblar en la repisa de la chimenea cuando él hablaba; el tío abuelo Merry siempre daba la impresión de ser demasiado grande para cualquier habitación en la que estuviera.

El padre, imperturbable, acercó otra silla.

—¿Qué día hace hoy, Merry? A mí no me parece muy bueno.

El tío abuelo Merry se sentó y se sirvió una tostada; la sostuvo en una mano mientras la untaba con mantequilla con el cuchillo del padre.

—Nubes densas que vienen del mar. Vamos a tener lluvia.

Barney se moría de curiosidad. De pronto, olvidando la regla familiar de que nunca debían hacer preguntas sobre sí mismo al tío abuelo, no pudo más y preguntó:

—Tito Merry, ¿dónde has estado? —Con la emoción del momento empleó el nombre familiar con que le llamaba cuando era pequeño. Todos lo utilizaban aún alguna vez, pero no siempre.

Jane le chistó para que se callara y Simon le miró con reproche desde el otro lado de la mesa. Pero el tío abuelo Merry no dio muestras de haberle oído.

—Puede que no dure mucho —prosiguió, dirigiéndose al padre, masticando un bocado de tostada—. Pero me parece que será casi todo el día.

—¿Habrá truenos? —preguntó Jane.

Simon añadió con esperanza:

—¿Habrá tormenta en el mar?

Barney permanecía callado mientras los otros no paraban de hablar. El tiempo, se dijo con exasperación, todos hablando del tiempo cuando el tío abuelo Merry acababa de regresar de su búsqueda.

Entonces, por encima de sus voces se oyó el rugido bajo de un trueno y el sonido de las primeras gotas de lluvia. Todos se precipitaron hacia la ventana para mirar el cielo gris, pero Barney se acercó sin que se dieran cuenta a su tío abuelo y deslizó una mano en la de su tío por un instante.

—Tío Merry —dijo con voz suave—, ¿encontraste lo que fuiste a buscar?

Esperaba que el tío abuelo Merry mirara a lo lejos con la habitual expresión amigable obstinada con que recibía cualquier pregunta. Pero el corpulento hombre le miró, casi distraído. Tenía las cejas muy juntas y había una vieja fiera en los surcos y líneas de su rostro. Dijo con calma:

—No, Barnabas, esta vez no lo he encontrado. —Después fue como si una manta

hubiera cubierto de nuevo su rostro—. Tengo que salir a guardar el coche —dijo al padre, y se marchó.

Los truenos retumbaban a lo lejos, en el mar, pero la lluvia caía con insistencia y empañaba los cristales. Los niños iban de un lado a otro sin objetivo. Antes de almorzar intentaron ir a dar un paseo bajo la lluvia, pero regresaron mojados y abatidos.

A media tarde, la madre asomó la cabeza por la puerta.

—Voy arriba a trabajar hasta la hora de la cena. Vosotros tres podéis ir a donde queráis de la casa, pero tenéis que prometerme que no tocaréis nada que se haya retirado a propósito. Todos los objetos valiosos están guardados, pero no quiero que revolváis los papeles o pertenencias de nadie. ¿De acuerdo?

—Lo prometemos —dijo Jane, y Simon asintió.

Al cabo de un rato el padre se cubrió con una gran lona negra y salió a la lluvia a ver al capitán del puerto. Jane se distrajo mirando los libros de las estanterías, pero los que estaban a su alcance tenían títulos como La vuelta al cabo de Hornos o Libro de bitácora del Virtue, 1886, y le parecieron muy aburridos.

Simon, que había estado sentado haciendo aviones con el periódico de la mañana, de pronto los arrugó todos, irritado.

—Estoy harto. ¿Qué haremos?

Barney miró por la ventana con aire triste.

—Está lloviendo a base de bien. El agua del puerto está plana. Y es nuestro primer día. Odio la lluvia, la odio, la odio, la odio, odio la lluvia... —entonó malhumorado.

Simon no paraba quieto, iba de un lado a otro mirando los dibujos del oscuro papel de las paredes.

—Es una casa muy triste cuando estás encerrado en ella. El capitán no parece pensar más que en el mar, ¿verdad?

—El año pasado en esta época ibas a ser marinero también.

—He cambiado de opinión. Bueno, no lo sé. De todos modos, iría en un destructor, no en una barquita de vela como ésa. ¿Cómo se llama? —Aguzó la vista para ver una inscripción—. La cierva dorada.

—Era el barco de Drake. Cuando zarpó para América y descubrió las patatas.

—Ése fue Raleigh.

—Ah, bueno —dijo Barney, a quien en realidad le daba lo mismo.

—Qué cosas tan inútiles descubrieron —criticó Simon—. Yo no me habría molestado en traer verduras, habría regresado cargado de doblones, diamantes y perlas.

—Y monos y pavos reales —dijo Jane, recordando vagamente una lección de poesía que habían dado en la escuela.

—Y yo habría ido a explorar el interior y los rudos nativos me habrían hecho dios y me habrían ofrecido sus esposas.

—¿Por qué iban a ser rudos los nativos? —preguntó Barney.

—No rudos en ese sentido, memo, significa... significa... bueno, es eso que los nativos son. Así los llaman los exploradores.

—Seamos exploradores —sugirió Jane—. Podemos explorar la casa. Todavía no lo hemos hecho. A fondo, quiero decir. Es como una tierra extraña. Podemos empezar por abajo e ir subiendo.

—Y deberíamos llevarnos provisiones, para comer algo cuando lleguemos —dijo Barney iluminándosele el rostro.

—No tenemos nada.

—Podemos pedirle algo a la señora Palk —dijo Jane—. Está en la cocina preparando pasteles para mamá. Vamos.

La señora Palk se echó a reír y dijo:

—¿Qué se os ocurrirá después? —Pero les dio, pulcramente envueltos, un montón de bollos recién hechos partidos por la mitad y untados con mantequilla, un paquete de galletas, tres manzanas y una gran porción de pastel de naranja relleno de frutas.

—Y algo para beber —pidió Simon, el capitán de la expedición. La señora Palk añadió de buena gana una botella grande de limonada hecha en casa «para que baje todo».

—Tomad —dijo—, con esto podéis ir hasta St. Ives y volver.

—Arriba tengo mi mochila —dijo Simon—. Iré a cogerla.

—¡Oh, vamos! —dijo Jane, que empezaba a sentirse un poco tonta—. Ni siquiera vamos a salir al exterior.

—Todos los exploradores llevan mochila —replicó Simon con seriedad, y se dirigió hacia la puerta—. No tardaré ni un minuto.

Barney recogió unas migas de pastel de la mesa.

—Esto está buenísimo.

—Pastel de azafrán —dijo con orgullo la señora Palk—. En Londres no lo tenéis.

—Señora Palk, ¿dónde está Rufus?

—Ha salido, y vaya uno también, aunque me atrevería a decir que no tardaremos en tener sus patas mojadas aquí dentro. El profesor se lo ha llevado a dar un paseo. Bueno, deja de pellizcar ese pastel o estropearás vuestra excursión.

Simon volvió con su mochila. La llenaron y salieron al estrecho pasillo oscuro que había fuera de la cocina; la señora Palk les despidió con la mano, muy seria, como si se marcharan al Polo Norte.

—¿Quién ha dicho que se ha llevado a Rufus a dar un paseo? —preguntó Jane.

—El tío abuelo Merry —respondió Barney—. Todos le llaman el profesor, ¿no lo sabías? El señor Penhallow también le llamó así. Hablan como si le conocieran desde

hace muchos años.

Estaban en el rellano del primer piso, largo y oscuro, iluminado sólo con un ventanuco. Jane señaló con la mano un gran arcón de madera que estaba medio escondido en un rincón.

—¿Qué es esto?

—Está cerrado con llave —dijo Simon, probando la tapa—. Supongo que es una de las cosas que no debemos tocar. En realidad, está lleno de oro y objetos de adorno, lo recogeremos cuando volvamos y lo guardaremos en la bodega.

—¿Quién lo llevará? —preguntó Barney, siempre práctico.

—Es fácil, tenemos porteadores nativos. Todos van en fila india y me llaman jefe.

—Yo no pienso llamarte jefe.

—En realidad, tú deberías ser el grumete y llamarme señor. ¡Sí, señor! —gritó Simon de pronto.

—Cállate —dijo Jane—. Mamá está trabajando ahí, le harás hacer un borrón.

—¿Qué hay aquí dentro? —preguntó Barney. Había una puerta oscura en las sombras del otro lado del rellano—. Antes no lo he visto. —Dio la vuelta al pomo y la puerta se abrió hacia afuera con un lento crujido—. Hay otro corredor que conduce a unos escalones y al final hay una puerta. Vamos.

Cruzaron el pasillo cubierto con una raída alfombra bajo hileras de mapas viejos que colgaban en las paredes.

El pequeño corredor, como toda la casa, olía a cera de muebles, a años y a mar; y, sin embargo, no había nada de estas cosas, simplemente el olor de lo extraño.

—¡Eh! —exclamó Simon cuando Barney iba a abrir la puerta—. Yo soy el capitán; voy primero. Podría haber caníbales.

—¡Caníbales! —dijo Barney con desdén, pero dejó que Simon abriera la puerta.

Era una extraña habitación, muy pequeña y semivacía, con una ventana redonda con cristales emplomados que daba al interior, a los grises tejados de pizarra y a los campos. Había una cama, con una colcha de guinga roja y blanca, y una silla de madera, un armario y un aguamanil con una palangana y un jarro. Y esto era todo.

—Bueno, no es muy interesante —dijo Jane, decepcionada. Miró alrededor, con la sensación de que faltaba algo—. Mirad, ni siquiera hay alfombra.

Barney fue hasta la ventana.

—¿Qué es esto? —Recogió algo del alféizar de la ventana, largo y oscuro que relucía como el latón—. Es una especie de tubo.

Simon se lo cogió y le dio vueltas, lleno de curiosidad.

—Es un telescopio en un estuche. —Lo desenroscó y se partió en dos mitades—. No, qué chasco, sólo es el estuche vacío.

—Ahora sé qué me recuerda esta habitación —dijo Jane de pronto—. Es como un camarote de barco. Esa ventana parece de barco. Me parece que es la habitación del

capitán.

—Deberíamos llevarnos el telescopio por si nos perdemos —dijo Simon. Tener este objeto en la mano le hacía sentirse agradablemente importante.

—No seas tonto, sólo es un estuche vacío —espetó Jane—. Y de todos modos, no es nuestro, o sea que déjalo donde estaba.

Simon la miró con ceño.

—Quiero decir —se apresuró a decir Jane— que estamos en la jungla, no en el mar, o sea que hay marcas.

—De acuerdo.

De mala gana, Simon dejó el estuche.

Salieron del pequeño y oscuro corredor y la puerta, cuando la cerraron tras de sí, desapareció de nuevo en las sombras y apenas veían dónde estaba.

—Aquí no hay mucho más. Ahí está la habitación del tío abuelo Merry, ahí el cuarto de baño y al otro lado el estudio de mamá.

—Esta casa está construida de un modo muy extraño —observó Simon cuando entraron en otro corredor estrecho hacia la escalera que conducía al piso superior—. Todos estos tramos unidos por pequeños pasillos. Como si cada tramo tuviera que ser secreto para el otro.

Barney miró alrededor en la escasa luz y dio unos golpecitos en las paredes.

—Es muy sólida. Debería haber pasadizos secretos, y entradas secretas a cuevas del tesoro.

—Bueno, aún no hemos terminado. —Subieron al piso superior, donde estaban sus dormitorios. Simon iba delante—. ¿No se está haciendo oscuro? Supongo que es porque está nublado.

Barney se sentó en el último escalón.

—Deberíamos llevar linternas, teas encendidas para iluminar el camino y mantener alejadas a las fieras. Pero no podríamos porque estamos rodeados de nativos hostiles y nos verían.

Simon tomó el mando. La imaginación se desbordaba con facilidad en el afable silencio de la Casa Gris.

—En realidad ya nos están persiguiendo, nos acechan y siguen nuestras huellas. Pronto oiremos el rumor de sus pasos.

—Tendríamos que escondernos.

—Acampar en algún lugar donde no puedan alcanzarnos.

—En uno de los dormitorios, todo son cuevas.

—Les oigo respirar —dijo Barney, mirando hacia la oscuridad de la escalera. Estaba empezando a creérselo.

—Las cuevas no servirían, son demasiado evidentes —dijo Simon, recordando que estaba al mando—. Es el primer sitio donde mirarían. —Cruzó el rellano y

empezó a abrir y cerrar puertas, pensativo—. La habitación de los padres no sirve, es una cueva muy corriente. La de Jane... igual. El cuarto de baño, nuestra habitación, no hay ninguna vía de escape. Seremos sacrificados y se nos comerán.

—Hervidos —apuntó Barney, sepulcral—. En una gran olla.

—A lo mejor hay otra puerta, digo, cueva, que no hemos visto. Como la de abajo. —Jane aguzó la vista para mirar hacia el extremo más oscuro del rellano, junto a la puerta de la habitación de sus hermanos. Pero el pasillo no tenía salida y la pared era ininterrumpida en tres lados—. Debería haber una. Al fin y al cabo, la casa sube, ¿no?, y abajo hay una puerta directamente ahí —señaló la pared— y una habitación detrás. O sea que debería haber una habitación del mismo tamaño detrás de esta pared.

Simon se interesó.

—Tienes razón. Pero no hay ninguna puerta.

—A lo mejor hay un pasadizo secreto —sugirió Barney.

—Lees demasiado. ¿Alguna vez has visto un pasadizo secreto en una casa de verdad? De todos modos, en esta pared sólo hay papel pintado.

—Tu habitación está al otro lado —dijo Jane—. ¿Hay una puerta ahí dentro?

Simon negó con la cabeza.

Barney abrió la puerta de su dormitorio y entró, y sin querer dio una patada a sus zapatillas, que fueron a parar debajo de la cama. Entonces se paró en seco.

—Eh, venid aquí.

—¿Qué ocurre?

—Ese trozo de ahí, entre las dos camas, donde la pared forma una especie de hueco para el armario. ¿Qué hay al otro lado?

—El rellano.

—No puede ser. Hay demasiada pared aquí dentro. Quédate en la puerta y mira ambos lados; el rellano termina antes de llegar hasta ahí.

—Golpearé la pared en el punto donde termina, y tú escucha aquí —dijo Jane. Salió, cerró la puerta y los niños oyeron unos débiles golpes en la pared justo por encima del cabecero de la cama donde dormía Barney.

—¡Ya está! —exclamó Barney, dando saltos, excitado—. El rellano solo llega hasta ahí, pero la pared entra varios metros, va hasta la ventana pasado por tu cama. O sea que tiene que haber una habitación al otro lado.

Jane volvió a entrar en el dormitorio.

—La pared no parece tan larga fuera como aquí dentro.

—No lo es. Y creo que esto significa —dijo Simon despacio— que tiene que haber una puerta detrás del armario.

—Bueno, entonces, asunto concluido —dijo Jane, decepcionada—. El armario es enorme, jamás lograremos apartarlo.

—No veo por qué no. —Simon se quedó mirando el armario, pensativo—. Tendremos que tirar desde abajo, para que no se desequilibre de arriba. Si todos tiramos por un extremo a lo mejor girará.

—Vamos —dijo Jane—. Tú y yo tiramos, y Barney que sujete de arriba y grite si nota que se desequilibra.

Los dos niños se inclinaron y empujaron la pata del armario que tenían más cerca. No ocurrió nada.

—Me parece que este dichoso armario está clavado en el suelo —dijo Jane con disgusto.

—No, no lo está. Vamos, una vez más. Una, dos, tres: ¡empuja!

La gran mole de madera crujió y se movió unos centímetros.

—¡Vamos, se mueve! —Barney apenas podía contenerse.

Simon y Jane unieron sus fuerzas, resoplando, y poco a poco el armario se separó de la pared. Barney atisbó en la oscuridad y de pronto lanzó un grito.

—¡Ahí está! ¡Hay una puerta! Uf... —Retrocedió, ahogó un grito y estornudó—. Está todo lleno de polvo y telarañas; debe de hacer años que no se abre.

—Bueno, vamos a probarla —dijo Simon entre jadeos, sonrojado por el esfuerzo y el éxito.

—Espero que no se abra hacia nosotros —dijo Jane, sentándose en el suelo—. No puedo empujar este armario ni un centímetro más.

—No —dijo Barney detrás del armario. Oyeron que la puerta crujió al abrirse. Luego reapareció con una gran mancha de tizne en una mejilla—. No hay ninguna habitación. Es una escalera. Más bien parece una escalera de mano. Sube hasta una especie de escotilla y allí arriba hay luz. —Miró a Simon con una sonrisa irónica—. Puedes ir tú primero, jefe.

Uno a uno se deslizaron detrás del armario y por la puerta escondida. Dentro, al principio estaba muy oscuro, y Simon, parpadeando, vio ante él una escalera de mano de peldaños anchos y empinados que ascendía hacia un pequeño cuadrado apenas iluminado tras el cual no se veía nada. Los peldaños estaban llenos de polvo, y por un instante turbar aquella quietud le puso nervioso.

Entonces, muy débilmente, oyó por encima de su cabeza el conocido rumor bajo del mar. Enseguida este ruido reconfortante le animó e incluso recordó lo que fingían ser.

—El último que cierre la puerta —gritó por encima del hombro—. Mantened a raya a los nativos.

Y empezó a subir la escalera.

Capítulo 3

Cuando asomó la cabeza por la escotilla, Simon recuperó el aliento igual que Barney había hecho.

—A... a... atchís. —Con el estornudo se elevaron nubes de polvo y la escalera temblequeó.

—¡Eh! —protestó Barney desde abajo, apartando la cara de los tacones de su hermano.

Simon abrió los ojos, que le lloraban, y parpadeó. Ante él y alrededor había un amplio desván, de la longitud y la anchura de toda la casa, con dos mugrientas ventanas en el techo inclinado. Estaba repleto de la colección de objetos más fantástica que jamás había visto.

Había cajas, baúles y arcas por todas partes, con montones cubiertos de sucia lona gris y atados con cuerdas; pilas de periódicos y revistas, amarillentos por los años; un armazón de cama de latón y un reloj de pie sin esfera. Al fijarse vio objetos más pequeños: un carrito de pesca roto, un sombrero de paja colgado de una esquina de un cuadro al óleo oscurecido por el tiempo y convertido en una gran mancha negra; una ratonera vacía, un barco en una botella, una vitrina llena de fragmentos de roca, un par de botas altas dobladas como si estuvieran cansadas, un montón de deterioradas jarras de peltre.

—¡Caramba! —exclamó Simon.

Llegaron de abajo ruidos ahogados de protesta y Simon tomó impulso para pasar por la abertura y rodó de lado por el suelo para dejar paso a los demás.

—¡Simon! —exclamó Jane mirándole con horror—. ¡Estás sucio!

—Vaya, qué típico de una niña. Tienes todo esto alrededor y tú sólo te fijas en un poco de polvo. Se marchará. —Se sacudió inútilmente la camisa—. Pero ¿no os parece maravilloso? ¡Mirad!

Barney, que estaba encantado, se abría paso entre los trastos.

—Hay un viejo timón de barco... y una mecedora... y una silla de montar. Me pregunto si el capitán alguna vez tuvo caballo.

Jane intentaba hacerse la ofendida, pero no lo consiguió.

—Esto sí se parece a explorar de verdad. Aquí podríamos encontrar cualquier cosa.

—Es una cueva del tesoro. Es lo que los nativos perseguían. ¿Les oís aullar abajo, de rabia y de frustración?

—Bailan en círculo, y el hechicero nos está echando una maldición a todos.

—Bueno, que nos maldiga —dijo Barney alegre—. Tenemos provisiones para mucho tiempo. Tengo hambre.

—¡Oh, aún no! Sólo son las cuatro.

—Bueno, es la hora del té. De todos modos, cuando se está de marcha se come poco y a menudo, porque no se tiene mucho tiempo para pararse. Si fuéramos esquimales masticaríamos un cordón de zapato viejo. Mi libro dice...

—Deja en paz tu libro —exclamó Simon. Hurgó en la mochila—. Toma una manzana y cállate. Quiero mirarlo todo con detenimiento, antes de comer, y si yo puedo esperar, tú también puedes.

—No veo por qué —replicó Barney, pero mordió la manzana con alegría y desapareció entre el alto armazón de latón de la vieja cama y un armario vacío.

Pasaron media hora viviendo en un feliz y polvoriento sueño, revolviendo los trastos viejos, los muebles y objetos rotos. Era como leer la historia de la vida de alguien, pensó Jane, mientras contemplaba los pequeñísimos mástiles del barco que navegaba inmóvil en el interior de la botella de vidrio verde. Todas estas cosas en otro tiempo habían sido utilizadas, habían formado parte de la vida cotidiana de la casa. Alguien había dormido en la cama, observado ansiosa cómo transcurrían los minutos en el reloj, hojeado cada revista. Pero todas estas personas estaban muertas desde hacía tiempo, y se habían marchado lejos, y allí estaban amontonados fragmentos de sus vidas, olvidados. Jane se dio cuenta de que todo esto la entristecía.

—Estoy hambriento —se quejó Barney.

—Yo tengo sed. Es por culpa del polvo. Vamos, saquemos el té de la señora Palk.

—Este desván es un timo —dijo Simon, sentándose en el borde de un montón cubierto con lona, y abrió la mochila—. Todas las cajas realmente interesantes están cerradas con llave. Mirad ésa, por ejemplo. —Señaló hacia un baúl metálico negro con dos candados oxidados en la tapa—. Apuesto a que contiene las joyas de la familia.

—Bueno —dijo Jane con pesar—, no debemos tocar nada que esté cerrado con llave.

—Hay muchas cosas que no están cerradas —dijo Simon, pasándole la botella de limonada—. Toma. Tendremos que beber de la botella, hemos olvidado traer vasos. No os preocupéis, no cogeremos nada. Aunque me parece que hace años que no viene nadie aquí.

—Comida —pidió Barney.

—Los bollos están en esa bolsa de ahí. Sírvete tú mismo. Hay cuatro para cada uno. Los he contado.

Barney tendió una mano extremadamente sucia.

—¡Barney! —chilló Jane—. Límpiame las manos. Comerás toda clase de gérmenes y cogerás tifus o... o la rabia o algo. Toma mi pañuelo.

—La rabia la tienen los perros locos —informó Barney, mirando con interés las huellas negras en su bollo—. De todos modos, papá dice que la gente exagera mucho con los gérmenes. Bueno, de acuerdo, Jane, deja de agitar esa cosa delante de mí, ya

tengo pañuelo. No sé cómo os sonáis las chicas con estos pañuelos.

Con aire de disgusto, metió la mano libre en el bolsillo y su expresión cambió de pronto.

—¡Puaf! —exclamó, y sacó un corazón de manzana aplastado y de color castaño—. Lo había olvidado. Está frío y asqueroso. —Arrojó el corazón de manzana al otro extremo del desván.

Simon sonrió.

—Ahora saldrán las ratas. Todos los desvanes tienen ratas. Pronto oiremos sus grititos y veremos puntitos verdes a pares y habrá ratas por todo el suelo. Primero se comerán el corazón de la manzana y después vendrán por nosotros.

Jane palideció.

—¡Oh, no! Aquí no puede haber ratas.

—Si las hubiera se habrían comido los periódicos —dijo Barney, esperanzado—. ¿No es cierto?

—Espero que no coman tinta. Todas las casas viejas tienen ratas. Las hay en la escuela, a veces se oyen sus pasitos en el tejado. Me parece que tienen los ojos de color rojo, no verde. —La voz de Simon empezó a apagarse. Él mismo no se sentía muy a gusto pensando en las ratas—. Quizá será mejor que vayas a recoger ahora ese corazón de manzana, sólo por si acaso.

Barney exhaló un exagerado suspiro y se puso de pie, engullendo su bollo en dos bocados.

—¿Dónde ha ido a parar? Por allí. Me pregunto por qué no pusieron nada en este rincón.

Anduvo a gatas, sin rumbo.

—Venid a ayudarme, no lo encuentro.

Entonces reparó en un hueco triangular que había en la pared inclinada del desván, donde se unía al suelo. Atisbó por él y vio un débil resplandor de luz a través de las tejas. Dentro, las tablas del suelo terminaban y percibió que había vigas muy separadas.

—Creo que se ha ido por este agujero —gritó—. Voy a mirar.

Jane se acercó a él.

—Ten cuidado, podría haber alguna rata.

—No —dijo Barney, que estaba a medio camino—. Entra luz por entre las tejas y veo, más o menos. Pero no veo el corazón de la manzana. Me pregunto si se habrá caído entre las tablas del suelo y la parte de abajo. ¡Ay!

—¿Qué ocurre? ¡Vamos, sal! —Jane le tiró de los pantalones.

—He tocado algo. Pero no puede ser una rata, no se ha movido. Dónde está... ah, aquí. Parece cartón. ¡Puaf!, aquí está ese asqueroso corazón de manzana.

Al retroceder para salir del agujero, sonrojado y parpadeando, su voz se hizo más

fuerte.

—Bueno, aquí está —dijo, triunfante, mostrando el corazón de la manzana—. Ahora las ratas tendrán que venir a cogerlo. Aún no creo que no haya ninguna.

—¿Qué es lo otro que has cogido? —preguntó Simon mirando con curiosidad el objeto que Barney tenía en la otra mano.

—Es un resto de papel de pared enrollado, creo. Apuesto a que os habéis comido todos los bollos, abusones. —Barney se apresuró a regresar a su sitio haciendo crujir las tablas del suelo. Se sentó, sacó su pañuelo, lo agitó exageradamente ante Jane, se limpió las manos y se puso a comer otro bollo. Mientras comía, desenrolló el papel que había encontrado, sujetando un extremo en el suelo con la punta del pie y tirando del otro con un trozo de madera hasta que quedó extendido ante ellos.

Y entonces, cuando vieron de qué se trataba, todos olvidaron la comida y se quedaron mirando fijamente.

El papel que Barney había desenrollado no era un papel, sino una especie de grueso pergamino pardusco, flexible como el acero, con largas grietas en donde había estado enroscado. Dentro había otra hoja: más oscura, con aspecto mucho más antiguo y los bordes mellados, y lleno de una escritura menuda y apretada con extrañas letras de color castaño oscuro.

En la parte de abajo el escrito tenía un aspecto como si hubiera sido chamuscado por el fuego mucho tiempo atrás, con trozos semidespegados unidos con cuidado y pegados a la hoja exterior. Pero quedaba lo suficiente para ver en la parte inferior un tosco dibujo que guardaba cierta semejanza con el incierto contorno de un mapa.

Por un momento todos se quedaron inmóviles. Barney no dijo nada, pero sentía que una extraña excitación se iba formando en su interior. Se inclinó hacia adelante en silencio y aplanó con cuidado el manuscrito, apartando el trozo de madera.

—Espera —dijo Simon—, cogeré algo que pese.

Pusieron un viejo pisapapeles, una jarra de peltre y dos trozos de madera cuidadosamente limpiados en las esquinas, y se sentaron sobre los talones para mirar.

—Es terriblemente viejo —dijo Jane—. Siglos, miles de años.

—Como los papeles que se guardan en las vitrinas de los museos, con unas cortinitas para que no les dé la luz.

—¿De dónde habrá salido? ¿Cómo llegaría hasta aquí?

—Alguien debió de esconderlo.

—Pero es más antiguo que la casa. Quiero decir, bueno, tiene que serlo, parte de lo escrito casi se ha borrado.

—No estaba escondido —dijo Barney con convicción, aunque no sabía por qué—. Alguien lo arrojó donde yo lo he encontrado.

De pronto Simon lanzó un alarido y sobresaltó a todos.

—¡Es estupendo! ¿Os dais cuenta de que hemos dado con el mapa de un tesoro de

verdad? Podría conducirnos a cualquier cosa, a cualquier parte, a pasadizos secretos, cuevas escondidas de verdad, el tesoro de Trewissick... —hablaba atropelladamente con evidente deleite.

—No es ningún mapa, sólo hay cosas escritas.

—Bueno, pues son instrucciones. Mira en la habitacioncita del segundo piso, espero que diga, la segunda tabla del suelo a la izquierda...

—Cuando esto fue escrito no existían las tablas del suelo.

—Vamos, no es tan antiguo.

—Apuesto a que sí —dijo Barney con calma—. Bien, veamos este escrito. No se puede leer, porque está en un lenguaje extraño.

—Claro que se puede leer, si lo miras como es debido —dijo Simon con impaciencia. Mentalmente ya había pasado por un panel corredizo y abrió un cofre que contenía una riqueza incalculable. Casi oía el tintineo de los doblones.

—Echemos un vistazo. —Se inclinó hacia adelante, arrodillado en las duras y ásperas tablas del suelo, y miró con atención el manuscrito. Hubo una larga pausa—. ¡Oh! —exclamó al fin, de mala gana.

Barney no dijo nada, pero le echó una mirada muy expresiva.

—Bueno, de acuerdo —dijo Simon—. No es necesario que pongas esa cara. No está escrito en inglés. Pero esto no significa que no seamos capaces de averiguar qué dice.

—¿Por qué no está en inglés?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—Quiero decir —dijo Barney con paciencia— que estamos en Inglaterra, o sea que ¿qué otra lengua podría ser?

—Latín —dijo Jane inesperadamente. Había estado examinando con atención el manuscrito por encima del hombro de Simon.

—¿Latín?

—Sí, todos los viejos manuscritos están escritos en latín. Los monjes solían escribirlo con una pluma de ganso y ponían flores y pájaros y adornos así alrededor de las letras mayúsculas.

—Aquí no hay ningún adorno. Es como si hubiera sido escrito con prisas. Ni siquiera veo ninguna mayúscula.

—Pero ¿por qué en latín? —preguntó Barney.

—No lo sé, los monjes siempre lo utilizaban, era una de sus características. Supongo que es un lenguaje que suena a religioso.

—Bueno, Simon estudia latín.

—Sí, vamos, Simon, traduce —pidió Jane, maliciosa. Ella aún no había empezado a estudiar latín en la escuela, pero él ya hacía dos años que lo estudiaba y se sentía superior a ella por este motivo.

—No creo que sea latín —replicó Simon. Volvió a examinar el manuscrito—. Es una escritura muy extraña, todas las letras parecen iguales. Son como pequeñas líneas rectas en fila. Tampoco es que aquí haya muy buena luz.

—Excusas.

—No son excusas. Es muy difícil.

—Bueno, si no sabes reconocer siquiera el latín cuando ves algo escrito es que no sabes tanto como quieres hacernos creer.

—Echa otro vistazo —indicó Barney, esperanzado.

—Me parece que está en dos partes —dijo Simon despacio—. Un pequeño párrafo arriba y después mucho más, junto, después de un trozo en blanco. El segundo fragmento no puedo descifrarlo, pero el primer párrafo sí parece que es latín. La primera palabra podría ser cum, que significa «con», pero no veo lo que va a continuación. Después, más adelante, pone post multos annos, es decir, después de muchos años. Pero la letra es tan pequeña y apretada que no puedo... esperad, en la última línea hay unos nombres. Dice Mar... no, Marco Arturoque.

—Como Marco Polo —dijo Jane en tono dubitativo—. Qué nombre tan divertido.

—No es un nombre, son dos. Que significa «y», sólo que lo ponen al final en lugar de en medio. Y o al final es el ablativo de «—us», o sea que esto significa con o de Marcos y Arturo.

—¿Con o dé? ¡Qué... Barney! ¿Qué pasa?

Barney, azorado y balbuceante, de pronto había dado un puñetazo en el suelo, intentando decir algo, y le dio un fuerte ataque de tos. Le dieron palmadas en la espalda y le hicieron beber un poco de limonada.

—Marcos y Arturo —dijo con voz ronca, tragando saliva con fuerza—. ¿No lo veis? ¡Marcos y Arturo! Se refiere al rey Arturo y sus caballeros. Marcos era uno de ellos, y era rey de Cornualles. Debe de hablar de ellos.

—Caramba —exclamó Simon—. Me parece que tienes razón.

—Tiene que ser esto. Apuesto a que el rey Marcos dejó algún tesoro escondido y por esto hay un mapa.

—¿Y si lo encontráramos?

—Seríamos ricos.

—Nos haríamos famosos.

—Tendremos que decírselo a papá y mamá —dijo Jane.

Los dos niños dejaron de hablar y la miraron.

—¿Para qué?

—Bueno —dijo Jane con aire sumiso, sorprendida—. Supongo que deberíamos decírselo.

Barney volvió a sentarse sobre sus talones, con el entrecejo fruncido, y se pasó los dedos por el pelo, que ahora era varios tonos más oscuro que cuando había

subido al desván.

—Me pregunto qué dirían.

—Yo sé lo que dirían —dijo Simon sin vacilar—. Dirían que es obra de nuestra imaginación y nos dirían que dejáramos el manuscrito donde lo hemos encontrado porque no es nuestro.

—Bueno —dijo Jane—, no lo es, ¿no?

—Es un tesoro escondido. Se lo queda el que lo encuentra.

—Pero lo hemos encontrado en casa de otra persona. Pertenece al capitán. Ya sabes que mamá nos ha dicho que no toquemos nada.

—Ha dicho nada de lo que está guardado. Esto no estaba guardado, sólo tirado en un rincón.

—Yo lo he encontrado —dijo Barney—. Estaba olvidado y lleno de polvo. Apuesto a que el capitán ni siquiera sabe que estaba aquí.

—Sinceramente, Jane —dijo Simon—, no puedes encontrar un mapa de un tesoro y decir: «Oh, qué bonito», y volver a dejarlo. Y esto es lo que nos obligarían a hacer.

—Bueno —dijo Jane poco convencida—, supongo que tenéis razón. Siempre podemos volver a dejarlo ahí después.

Barney se había vuelto de nuevo hacia el manuscrito.

—¡Eh! —dijo—, mirad esta parte de aquí, el viejo manuscrito que está pegado en el pergamino. ¿De qué está hecho? Creía que también era pergamino, pero si lo miras con atención no lo es, y tampoco es papel. Es un material grueso y duro, como madera.

De mala gana tocó un borde de la extraña superficie marrón con un dedo.

—Ten cuidado —advirtió Jane nerviosa—. Podría convertirse en polvo ante nuestros ojos.

—Supongo que aún querrías ir a enseñárselo a todo el mundo —dijo Simon para pincharla— «Mira lo que hemos encontrado, ¿qué más da si lo tocamos?», y enseñarles un montoncito de polvo dentro de una cajita de cerillas.

Jane no dijo nada.

—Bueno, no importa —dijo Simon, calmándose. Al fin y al cabo ella lo decía con buena intención—. ¡Eh!, aquí arriba está muy oscuro. ¿No os parece que deberíamos bajar? Pronto nos buscarán. Mamá habrá dejado ya de pintar.

—Se está haciendo tarde.

Jane miró alrededor y de pronto tuvo un escalofrío. Aquella habitación, grande y resonante, se estaba quedando a oscuras y con el ruido de la lluvia que golpeaba débilmente en los cristales resultaba lúgubre.

Cuando estuvieron en sus respectivos dormitorios, y el armario de la habitación de los niños estuvo de nuevo contra la pared para ocultar la puertecita secreta, se lavaron y se cambiaron apresuradamente; enseguida sonó la campana de barco que

les llamaba a cenar. Simon se cambió la sucia camisa e hizo una bola con la sucia, esperando que nadie notara que la que llevaba estaba recién puesta. No pudieron hacer nada con el pelo de Barney, que estaba de color caqui.

—Es como lo que dice mamá de la alfombra de la sala de estar de casa —dijo Jane desesperada, tratando de limpiarle el pelo con el cepillo mientras su hermano se retorció protestando—. Se nota todo.

—Quizá deberíamos lavarlo —sugirió Simon mirando a Barney con aire crítico.

—¡No! —protestó Barney.

—Bueno, la verdad es que no hay tiempo. Tengo hambre. Tendrás que sentarte lejos de la luz.

Pero cuando estuvieron todos sentados alrededor de la mesa para cenar, pronto se hizo evidente que nadie iba a hacerles preguntas respecto a dónde habían estado. La velada empezó como una de esas ocasiones en que daba la impresión de que todo iba a ir mal. La madre tenía aspecto de cansancio, parecía deprimida, y no habló mucho; los niños sabían que eran señales de que su jornada de pintura no había sido un éxito. El padre, triste debido al día gris, montó en cólera cuando Rufus entró en casa chorreante después de su paseo y lo encerró en la cocina con la señora Palk. Y el tío abuelo Merry estaba callado y pensativo, misteriosamente meditativo. Se sentó en un extremo de la mesa, solo, y permanecía con la vista fija en la media distancia como un gran tótem tallado.

Los niños le miraban con cautela y procuraron pasarle la sal antes de que tuviera que pedirla. Pero el tío abuelo Merry apenas parecía verles. Comió de forma automática, cogía la comida y se la llevaba a la boca sin fijarse. Barney se preguntó por un instante qué ocurriría si deslizara un salvaplatos de corcho en el plato de su tío abuelo.

La señora Palk entró con una gran tarta de manzana y una fuente de crema y apiló los platos sucios con estruendo. Se fue por el pasillo y oyeron a lo lejos su sonora voz de contralto exclamar: «Que Dios nos ampare».

El padre suspiró.

—Hay veces —dijo con irritación— en que estaría mejor sin las devociones a la hora de comer.

—La gente de Cornualles —bramó el tío abuelo Merry desde las sombras— son gente devota y evangélica.

—Es posible —dijo el padre. Pasó la crema a Simon. Éste se sirvió una cucharada colmada y se le cayó un poco sobre el mantel.

—¡Oh!, Simon —exclamó su madre—. Mira lo que haces.

—No he podido evitarlo. Se ha caído.

—Esto es porque intentas coger demasiado a la vez —dijo el padre.

—Bueno, a ti también te gusta.

—Es posible. Pero no trato de transportar un cuarto en un bote de pintura.

—¿Qué quieres decir?

—No importa —dijo el padre—. Por el amor de Dios, Simon, lo estás empeorando. —Simon, en un intento por recuperar la crema con la cuchara, había dejado una gran mancha en el mantel.

—Lo siento.

—Eso espero.

—¿Has ido hoy a pescar, papá? —preguntó Jane, animada, desde el otro lado de la mesa, pues le parecía que era hora de cambiar de tema.

—No —respondió su padre.

—No seas tonta —dijo Simon, poco agradecido—. Estaba lloviendo.

—Bueno, a veces papá va a pescar aunque llueva.

—No es verdad.

—Sí lo es.

—Si se me permite que explique mis propias acciones —dijo el padre con sarcasmo—, en ocasiones he ido a pescar bajo la lluvia. Hoy no. ¿Está entendido?

—Toma un poco de tarta de manzana, cariño —dijo la madre, pasándole la fuente.

—Mmmm —murmuró el padre, mirándola de reojo; luego, se quedó callado. Al cabo de un rato dijo, animado—: ¿Qué os parece si vamos todos a dar un paseo después de cenar? Me parece que está escampando.

Todos miraron por la ventana y la temperatura de la habitación aumentó varios grados. Sobre el mar las nubes se deshilachaban y dejaban ver un cielo azul, y el color verde de la punta de tierra opuesta de pronto se iluminó con el sol que lucía por primera vez aquel día.

Entonces llamaron a la puerta.

—Vaya —exclamó la madre, malhumorada—. ¿Quién será? Los pasos de la señora Palk resonaron fuera del comedor y luego de regreso. Asomó la cabeza y anunció: —Es para usted, doctor Drew.

—Quedaos aquí para repeler a los invasores —dijo el padre, y salió al vestíbulo. Regresó al cabo de unos minutos, hablando con alguien por encima del hombro mientras cruzaba la puerta—... muy amable por su parte, no habíamos pensado qué haríamos mañana. Son muy independientes. Bueno, aquí están. —Sonrió ampliamente con lo que la familia llamaba su cara pública—. Mi esposa, Simon, Jane, Barney... los señores... Withers. Del yate que tanto has admirado, Simon. Nos hemos conocido esta mañana en el puerto.

Detrás de él, junto a la puerta, había un hombre y una joven. Ambos tenían el pelo oscuro y lucían una sonrisa radiante en su rostro bronceado por el sol. Parecían seres que se hubieran materializado de pronto de otro planeta muy ordenado. El hombre

avanzó unos pasos con la mano tendida.

—Encantada de conocerla, señora Drew.

Todos se quedaron mirándole fijamente mientras se acercaba a la madre; vestía unos deslumbrantes pantalones blancos de franela y una chaqueta azul marino, con un pañuelo azul oscuro metido dentro del cuello de la camisa blanca, y no esperaban ver a nadie como él en Trewissick. Después se levantaron de un salto cuando su madre se puso en pie para estrecharle la mano, y Simon volcó la silla. En la confusión apareció la señora Palk con una gran tetera y una bandeja con tazas y platillos.

—Dos tazas más —dijo, sonriendo, y volvió a marcharse.

—Siéntese —dijo la joven—. Sólo hemos venido un momento, no queríamos interrumpir.

Se inclinó para ayudar a Simon a recoger la silla. Sus rizos negros se balancearon sobre la frente. Era muy guapa, pensó Jane, observándola. Mucho mayor que ellos, claro. Vestía una camisa de un vivo color verde y pantalones negros, y en sus ojos destellaba un regocijo especial. Jane se sintió diminuta.

El señor Withers hablaba con la madre mostrando unos dientes muy blancos.

—Señora Drew, tenga la bondad de perdonar esta intrusión, no tenemos intención de interrumpir su cena.

—En absoluto —dijo la madre con aire levemente divertido—. ¿No querrán una taza de té?

—No, gracias, es usted muy amable, pero nos espera la cena en el barco. Simplemente hemos venido a invitarles. Mi hermana y yo pasamos unos días en Trewissick, en nuestro yate, y nos preguntábamos si a ustedes y los niños les gustaría pasar un día en el mar. Tenemos...

—¡Caramba! —Simon por poco no volcó otra vez la silla—. ¡Qué estupendo! ¿Quiere decir ir en ese barco fabuloso?

—Así es —respondió sonriente el señor Withers.

Simon se quedó sin palabras, su rostro se sonrojó de placer. La madre dijo, vacilante:

—Bueno...

—Comprendo que hemos salido de la nada —dijo el señor Withers—. Pero sería agradable tener compañía, para variar. Y cuando esta mañana hemos conocido a su esposo en el despacho del capitán del puerto, y hemos descubierto que somos vecinos en Londres...

—¿Ah, sí? —dijo Barney con curiosidad—. ¿Dónde viven?

—En Marylebone High Street, a la vuelta de la esquina de donde vivís vosotros —dijo la joven mirándole con una sonrisa en los labios—. Norman vende antigüedades. —Miró a la madre—. Supongo que usted y yo compramos en las mismas tiendas, señora Drew, ¿conoce la pequeña patisserie donde tienen aquellos

deliciosos pastelillos de ron?

—Procuro no verla —dijo la madre, esbozando una sonrisa—. Bueno, de verdad, son ustedes muy amables, considerando que somos unos extraños. Pero no estoy segura de si... bueno, estos tres pueden ser muy revoltosos.

—¡Mamá! —protestó Simon, asustado.

El señor Withers la miró frunciendo la nariz en un gesto infantil.

—Pero mi invitación es para toda la familia, señora Drew. Sinceramente, esperamos que usted y su esposo se unan también a la tripulación. Sólo un viaje de ida y vuelta, por la bahía, como anuncian. Quizá pescaremos un poco. Me gustará mostrarles el barco. ¿Mañana, tal vez? Dicen que hará buen tiempo.

Qué manera tan rara de hablar tiene, pensó Jane; a lo mejor es porque vende antigüedades. Miró a Simon y a Barney, ambos impacientes ante la idea de pasar un día en aquel extraño yate, que miraban a sus padres con ansia; y después miró de nuevo los immaculados pantalones blancos del señor Withers y el pañuelo del cuello. No me gusta, pensó. ¿Por qué será?

—Bueno, muchas gracias, de veras —dijo por fin la madre—. Me parece que yo no iré, si me disculpan; si sale el sol saldré a trabajar un poco en el puerto. Pero sé que a Dick y a los niños les gustará mucho ir.

—¡Ah!, sí, el doctor Drew nos ha dicho que pintaba usted —dijo el señor Withers con entusiasmo—. Bueno, peor para nosotros, pero si la musa llama, mi querida señora... Pero el resto de la familia vendrá, supongo.

—Claro que sí —respondió Simon sin vacilar.

—Suenan estupendo —dijo Barney. Y, como si se le hubiera ocurrido después, añadió—: Muchísimas gracias.

—Bueno —dijo el padre, alegre—, es un gesto noble, he de admitir. Todos se lo agradecemos mucho. En realidad —miró vagamente en torno a la habitación—, debería haber otro miembro de la familia, pero al parecer ha desaparecido. Se trata del tío de mi esposa. Alquiló esta casa para nosotros.

Los niños siguieron automáticamente su mirada por la habitación. Se habían olvidado del tío abuelo Merry. Ahora se dieron cuenta de que no habían visto ni rastro de él desde que habían llegado los inesperados visitantes. La puerta del comedor del desayuno, que estaba en la parte trasera de la casa, estaba entreabierta, pero cuando Barney corrió a mirar dentro, no había nadie.

—¿Se refiere al profesor Lyon? —preguntó la joven—. En efecto. —El padre la miró unos instantes—. No creía haberle mencionado esta mañana. ¿Le conocen, pues?

El señor Withers respondió por ella, rápidamente y con calma.

—Me parece que nos hemos visto una o dos veces. En otro ambiente. Por cuestiones de trabajo. Es un caballero encantador, que yo recuerde, pero un poco

imprevisible.

—Entonces es él —dijo la madre tristemente—. Siempre tiene que salir con prisas hacia algún sitio. Esta vez ni siquiera ha terminado de cenar. Pero permítanme que les sirva un poco de té, o café.

—Gracias, pero me parece que deberíamos regresar —dijo la joven—. Vayne nos tendrá la cena preparada.

El señor Withers tironeó los bordes de su immaculada americana con un gesto preciso y femenino.

—Tienes razón, Polly, no debemos llegar tarde. —Sonrió a los presentes como un faro—. Vayne es nuestro patrón, el profesional de a bordo. Y también es un excelente cocinero. Mañana conocerán su cocina. Bueno, nos encontraremos en el puerto, si hace buen tiempo. ¿A las nueve y media les va bien? El bote les esperará en el muelle.

—Espléndido.

El padre les acompañó al vestíbulo y todos les siguieron. Polly Withers se detuvo y miró por encima de la cabeza de Simon los viejos mapas de Cornualles que colgaban entre las pinturas al óleo en la pared.

—Mira, Norman, ¿no te parecen maravillosos? —Se volvió hacia la madre—. Es una casa fantástica. ¿Su tío se la alquiló a un amigo?

—Al capitán Toms. No le conocemos; está en el extranjero. Es un hombre anciano, un marinero retirado. Creo que su familia es propietaria de la Casa Gris desde hace años.

—Es un lugar fascinante. —El señor Withers miraba alrededor con ojo profesional—. Veo que tiene algunos libros antiguos muy bellos.

Alargó el brazo hacia la puerta de una vitrina baja que había en el pasillo, pero no se abrió.

—Lo tengo todo cerrado con llave —dijo el padre—. Ya sabe lo que pasa cuando alquilas una casa amueblada, siempre tienes miedo de estropear las cosas.

—Un principio admirable —dijo el señor Withers con seriedad. Pero su hermana miraba a Simon y sonreía.

—Apuesto a que es un lugar magnífico para explorar, ¿verdad? —dijo—. ¿Ya habéis estado buscando túneles secretos y cosas así? Yo lo habría hecho, siendo una casa vieja. Ya nos lo diréis, si encontráis alguno.

Simon, notando los ojos ansiosos de Barney en su espalda, dijo con educación:

—¡Oh!, no creo que haya nada de esto aquí.

—Bueno, hasta mañana, pues —dijo el señor Withers desde el umbral, y se marcharon.

—¿No es estupendo? —dijo Barney excitado, cuando la puerta se cerró—. ¡Un día entero en el yate! ¿Crees que nos dejarán ayudar a navegar?

—Procurad no molestar —dijo el padre—. No quiero que pase nada.

—Bueno, tú podrías ser el médico del barco.

—Estoy de vacaciones, ¿lo recuerdas?

—¿Por qué no nos has dicho que les habías conocido? —pregunte Simon.

—Iba a hacerlo —dijo el padre—. Supongo que estaba demasiado irritado. —
Sonrió—. Si quieres puedes dejar salir a Rufus ahora, Barney, pero mañana no irá al
barco, o sea que no preguntes.

Jane dijo de pronto:

—Me parece que yo tampoco iré.

—¡Por el amor de Dios! —Simon la miró fijamente—. ¿Por qué no?

—Me marearía.

—Claro que no. No notarás olor a motor. Vamos, Jane.

—No —insistió la niña con más firmeza—. No estoy chalada por los barcos como
tú. Y no tengo ganas de ir. No les importará, ¿verdad, papá?

Simon dijo con disgusto.

—Debes de estar loca.

—Déjala en paz —dijo su padre—. Ella sabe lo que hace. No, lo comprenderán,
Jane. Nadie quiere que estés preocupada por si te mareas. Pero espera a mañana a ver
si te apetece ir.

—Creo que es más seguro que no vaya —dijo Jane. Pero no dijo nada de la
auténtica razón que tenía para no querer ir. Habría parecido demasiado tonta si
hubiera explicado que aquel yate blanco le producía un extraño desasosiego, así como
el sonriente señor Withers y su guapa hermana. Cuanto más pensaba en ello, más
tonto le parecía; así que al final se convenció a sí misma, y a todos los demás, de que
el motivo por el que evitaba el viaje no era más que su temor a marearse.

Y de nuevo nadie sabía adonde había ido el tío abuelo Merry.

Capítulo 4

Una blanca neblina matinal cubría el mar, y en el puerto los barcos se mecían en el agua tranquila que brillaba bajo el sol. Jane se asomó a la ventana. Los barcos de pesca estaban vacíos, pero vio dos pequeñas figuras que bajaban de un bote junto al muelle.

Simon dijo, detrás de ella:

—Te he traído esto para que lo cuides, si realmente no vienes con nosotros.

Ella se volvió y vio que su hermano tenía en la mano un calcetín de lana gris. Estaba rígido y tenía forma cilíndrica.

—¿Qué tienen de especial tus calcetines?

Simon sonrió, pero bajó la voz.

—Es el manuscrito. No se me ha ocurrido ningún otro sitio para guardarlo.

Jane se rió, cogió el calcetín y sacó un poco el manuscrito. Pero, aunque lo manipuló con cuidado, los bordes crujieron y se desmenuzaron, pues se quedaron prendidos en la lana.

—¡Eh! —exclamó alarmada—. Si cada vez ocurre esto, dentro de una semana estará hecho polvo. En el desván ha estado años sin que nadie lo tocara, pero si vamos a llevarlo por ahí...

Simon miró intranquilo el pergamino enrollado y sus bordes estropeados y oscurecidos por el tiempo y vio grietas que antes no estaban. Dijo, preocupado:

—Pero tenemos que manipularlo si queremos descifrar lo que significa... espera un momento. Aquella habitación...

Simon cogió el manuscrito y, ante la mirada atónita de Jane, corrió escaleras abajo hasta la puertecilla del rellano del primer piso que conducía al pasadizo que habían descubierto cuando subían al desván. No estaba cerrada con llave. Bajó al estrecho pasadizo y cruzó la austera habitación que habían decidido sería el dormitorio del capitán. Estaba tal como la habían encontrado el día anterior, y el telescopio seguía en el alféizar de la ventana.

Simon cogió el estuche y lo desenroscó. Las dos mitades eran brillantes y sin tacha, y relucían con una fina capa de aceite; y el recubrimiento interior de cobre, cuando lo sostuvo a la luz, relució seco y limpio. Metió dentro el manuscrito enrollado. Cabía perfectamente y quedaba encajado entre las dos mitades cuando lo enroscó de nuevo. Simon miró en torno la habitación, pensativo, como si ésta pudiera decirle algo. Pero no había más que silencio y aquel misterioso vacío; cerró la puerta de nuevo, con cuidado, y corrió escaleras arriba.

—Mira —dijo a Jane—. Parece hecho a medida.

—A lo mejor lo es —dijo Jane al coger el estuche.

—Será mejor que lo escondas en algún sitio —indicó Simon—. ¿Qué te parece

encima de nuestro armario?

—Me parece un buen sitio —dijo Jane pensativa. Pero Simon, que ya estaba a medio camino de su habitación, apenas la oyó; su mente ya estaba en el día que pasarían en el yate de los Withers. Y cuando él, Barney y su padre se marcharon, discutiendo sobre aceites para la piel, jerséis y bañadores, Jane casi empezaba a desear haber cambiado de opinión y haber ido con ellos.

Pero dijo con firmeza, a las peticiones finales de Simon:

—No, sólo os estropearía el día si me mareara. —Y se quedó mirando desde la ventana cómo corrían al muelle y el pequeño bote que iba en dirección al elegante yate blanco.

Su madre, con el caballete bajo un brazo y una bolsa de bocadillos y pinturas en la otra mano la miró, vacilante.

—Cariño, ¿seguro que no te encontrarás muy sola?

—No, no —respondió Jane con terquedad—. Iré a dar un paseo, será divertido. De veras. Bueno, tú no te sientes sola cuando estás pintando, ¿verdad?

Su madre se rió.

—De acuerdo, independencia, pasearás. No te pierdas. Estaré al otro lado del puerto si quieres algo. La señora Palk estará aquí todo el día, ella te preparará el almuerzo. ¿Por qué no llevas a Rufos a dar un paseo?

Salió a la luz del sol, viendo ya mentalmente la forma y el color de su pintura. Jane notó un hocico húmedo en la mano, bajó la mirada y vio los grandes ojos castaños del perro, que le miraban con expresión esperanzada, se rió y corrió con él hacia el pueblo, recorriendo las callejuelas extrañas y escuchando las voces que salían de los umbrales de las tiendas.

Pero toda la mañana se sintió curiosamente inquieta, como si alguna idea pugnara por abrirse paso en su mente. Como si su mente tratara de decirle algo que ella no podía oír.

Cuando llevó a Rufus a casa, para desplomarse jadeante en la cocina al lado de la señora Palk, Jane seguía pensativa y deprimida.

—¿Has dado un buen paseo, cielo? —preguntó la señora Palk, sentándose sobre sus talones. A su lado tenía un cubo de agua jabonosa y su rostro estaba enrojecido y brillante; había estado fregando el suelo de pizarra gris.

—Mmmm —se limitó a decir Jane, manipulando el pasador de su cola de caballo.

—El almuerzo estará en un minuto —dijo la señora Palk, y se puso de pie—. Vaya, mira ese perro, está agotado. Necesita agua, se la pondré... —Cogió el plato de Rufus.

—Iré arriba a lavarme.

Jane cruzó el vestíbulo y el fresco y oscuro pasillo en el que un rayo de sol daba en uno de los viejos mapas que Polly Withers había admirado. La señorita Withers...

¿por qué ella y su hermano le habían parecido siniestros? Eran personas absolutamente corrientes, no había ningún motivo real para pensar otra cosa. Había sido amable por su parte invitarles a pasar el día en el yate... Sin embargo, qué extraño aquel comentario que había hecho sobre ir a explorar y encontrar cosas...

Encontrar cosas. Cuando estaba en la escalera, Jane recordó con una punzada de culpabilidad que había dejado el manuscrito solo toda la mañana, encerrado en su nuevo estuche, en el cajón de su mesilla de noche. ¿Debería habérselo llevado? No, no seas tonta, pensó; pero acabó de subir la escalera y entró en su habitación precipitadamente, y sintió un gran alivio cuando vio el estuche reluciendo en el cajón.

Sacó el rollo de pergamino y se lo llevó a la ventana, donde lo alisó. Las líneas de apretada letra le produjeron el mismo escalofrío de incómoda turbación que había sentido en el desván, en el momento en que de pronto los tres habían comprendido qué era lo que estaban contemplando. Lo miró, pero las palabras no eran más legibles ahora de lo que habían sido antes. Sólo pudo descifrar las iniciales de las palabras que Simon había dicho eran Marcos y Arturo.

¿Cómo iban a averiguar lo que significaba?

Bajó la mirada a la parte inferior de la hoja, a las pocas líneas finas y vacilantes que ellos habían pensado podrían constituir un mapa. A la débil luz del desván habían visto poco; pero ahora Jane disponía de la luz plena del mediodía. Se acercó el papel a los ojos, pues se dio cuenta de repente de que en el mapa había más líneas de las que antes había visto, líneas tan débiles que antes las había tomado por arrugas. Y entre ellas, aún más débiles, había escritas algunas palabras.

Era un mapa muy tosco, como si lo hubieran trazado con prisas. Parecía ser de una línea costera y daba la impresión de ser una letra W horizontal, con dos ensenadas y una punta de tierra. ¿O eran dos puntas de tierra y una cala? No había forma de saber qué lado se suponía que era el mar. Y aunque apenas veía que había una palabra escrita en uno de los brazos de tierra —o mar— que sobresalían, era completamente ilegible debido a una de las roturas del antiguo y frágil pergamino: una grieta cruzaba la palabra limpiamente, como si fuera una gruesa línea hecha con tinta.

—¡Porras! —exclamó Jane malhumorada. Se dio cuenta al decirlo de que en el último medio minuto se había decidido a efectuar algún descubrimiento sobre el manuscrito para anunciárselo a Simon y Barney cuando regresaran de pasar el día en el yate. Esto era lo que había tenido en el fondo de su mente toda la mañana.

En el mapa estaba escrito otro nombre. Si es que era un nombre. Las letras eran pequeñas y de color marrón, pero mucho más claras que las del resto del manuscrito. Jane las descifró una por una y vio que formaban tres palabras. «Ring Mark Hede». Decepcionada, se quedó mirándolas fijamente. No significaban nada. Las leyó en voz alta. Ni siquiera era un lugar. ¿Cómo podía llamarse así ningún lugar?

El sonido de la campana de barco del vestíbulo resonó en la escalera, rompiendo la quietud del murmullo del mar y de las distantes gaviotas, y Jane oyó que la señora Palk la llamaba desde abajo:

—¡Jane! ¡Jane!

Jane se apresuró en enrollar el manuscrito, volvió a meterlo en el estuche del telescopio y unió las dos mitades. Abrió el cajón de su mesilla de noche, vaciló unos instantes y lo cerró de nuevo. Era mejor no dejarlo fuera del alcance de su vista. Cogió un jersey que estaba sobre la cama, envolvió con él el estuche y salió de la habitación a toda prisa, bajando los peldaños de la escalera de dos en dos.

Pero corrió demasiado. Al dar la vuelta a una esquina del rellano del primer piso, tropezó contra un largo arcón de madera que estaba en las sombras y lanzó un grito de dolor. Seguro que era la misma pierna que se había lastimado en el muelle... pero cuando se inclinó para frotarse la rodilla, algo le llamó la atención. El arcón con el que había tropezado era el que habían visto el día anterior con la tapa cerrada con llave. «Oro y objetos de adorno de los nativos» había dicho Simon, y no pudo abrirlo. Pero ahora la tapa se había abierto unos centímetros. Debía de estar atascada la tapa, no cerrada con llave, y su colisión la había aflojado.

Llena de curiosidad, Jane acabó de abrir la tapa. No había gran cosa dentro: algunos periódicos viejos, un par de guantes de piel, dos o tres gruesos jerséis de lana y, medio escondido, un librito con las tapas negras. Un tesoro muy poco emocionante, pensó. Pero el libro tal vez fuera interesante. Metió la mano en el arcón y lo cogió.

—¡Jane!

La voz de la señora Palk estaba más cerca y subía la escalera. Sintiéndose culpable, Jane dejó caer la tapa y metió el librito en los pliegues del jersey con el estuche del telescopio. El rostro de la señora Palk apareció a la vista detrás de los barrotes.

—Ya voy —dijo Jane con resignación.

—¡Ah!, estás ahí; creía que te habías ido a la cama. Estoy demasiado gorda para estas escaleras. —La señora Palk le sonrió—. La comida está en la mesa. Estaba sacando la pasta del horno, si no, no te habría hecho esperar tanto.

La mujer se metió en la cocina. En el comedor, un plato de jamón y ensalada esperaba a Jane, como una pequeña isla en el reluciente mar que era la mesa de caoba barnizada. Al lado había un plato con tarta de grosella y una jarrita de crema.

Jane se sentó y se lo comió todo con aire distraído, hojeando con una mano el librito que había encontrado en el baúl. Era una guía del pueblo, escrita por el vicario de allí. Breve guía de Trewissick, decía la página de créditos, con una letra fluida y ensortijada. «Recopilada por el reverendo E. J. Hawes-Mellor, M. A. (Oxon). LL. D. (Lond.), vicario de la iglesia parroquial de San Juan, Trewissick».

Nada emocionante, pensó Jane, y su interés decayó. Pasó las páginas, llenas de

detalles de «rutas» por la zona rural próxima. Las palabras del manuscrito aún flotaban en su mente. Si tuviera algo que decir a Simon y Barney sobre el mapa...

En aquel momento la guía se le abrió por la página central. Jane la miró sin fijarse y se detuvo. La página mostraba un mapa detallado de la localidad de Trewissick, con todas las calles, rectas y sinuosas, dibujadas detrás del puerto, que quedaba metido entre sus dos puntas de tierra. Las iglesias, la entrada al pueblo, estaban señaladas por separado; vio con un escalofrío de orgullo que la Casa Gris estaba señalada con su nombre, en la carretera que conducía a la punta de Kemare Head y después desaparecía. Pero lo que le llamó la atención fue el nombre que estaba escrito con toda claridad en la punta de tierra. Decía: «King Mark's Head».

—King Mark's Head —dijo Jane en voz alta, despacio.

Cogió el jersey que había dejado en la silla de al lado, sacó el estuche del telescopio y desenrolló el manuscrito sobre la mesa. Las enigmáticas palabras saltaron a sus ojos: «Ring Mark Hede». Y al mirar vio que la primera letra de la primera palabra, confusa por el tiempo y la suciedad, podría muy bien no ser una R sino una K. Tragó saliva, emocionada, y respiró hondo.

King Mark's Head: el mismo nombre en ambos mapas. Así que el mapa del manuscrito que habían encontrado en el desván debía de ser un mapa de Trewissick, de la parte de Trewissick donde estaba la Casa Gris. Aquellas extrañas palabras debían de ser un nombre antiguo de Kemare Head.

Pero cuando se hubo recuperado de la primera impresión, volvió a mirar un mapa y otro y se desanimó un poco. Había algo extraño en el contorno vacilante de la costa dibujada en el viejo manuscrito; algo más que las inexactitudes que siempre hay en un dibujo hecho a mano. Las líneas de la costa no eran las mismas que las de la guía; las puntas de tierra sobresalían de un modo extraño, y el puerto no tenía la misma forma. ¿Por qué?

Desconcertada, Jane fue a buscar un lápiz en el aparador e hizo todo lo que pudo para dibujar una copia de la línea costera sobre la de la guía. No había duda, no tenían la misma forma.

Quizá el manuscrito, después de todo, no mostraba Trewissick. Quizá en Cornualles había dos puntas de tierra llamadas King Mark's Head. O quizá la costa había cambiado de forma durante los siglos que habían transcurrido desde que se había trazado el mapa del manuscrito. ¿Cómo iban a descubrirlo?

De mala gana dejó el manuscrito y fijó la mirada en los dos contornos, uno impreso y el otro a lápiz, que ahora había en la página del libro. Y tampoco halló respuesta. Exasperada, pasó las páginas del libro y de pronto volvió a ver la página de créditos.

«... el reverendo E. J. Hawes-Mellor, M. A...».

Jane se puso en pie de un salto. ¡Claro! ¿Por qué no? El vicario de Trewissick

debía de conocer todo lo referente al distrito. Era un experto, había escrito la guía. Sabría si la costa había cambiado de forma y cómo era antes. Ésta era la manera de averiguarlo, la única manera. Él era la única persona que no preguntaría por qué quería saberlo; creería que sólo le interesaba su libro. Debía ir a buscarle y preguntarle.

Y entonces sí que tendría cosas que contar a Simon y a Barney cuando regresaran...

Esto fue lo último que hizo decidir a Jane, que normalmente era el miembro tímido de la familia, lo que haría aquella tarde. Se volvió cuando la señora Palk entró en el comedor.

—¿Has terminado? ¿Te ha gustado?

—Estaba muy bueno. Muchas gracias. —Jane recogió la guía y el precioso jersey hecho un ovillo—. Señora Palk —dijo, indecisa—, ¿conoce al vicario de Trewissick? —Claro, pensó, con todos los himnos que sabe...

—Bueno, personalmente no. —La señora Palk se puso muy seria y solemne—. No estoy en contacto con él, no, aunque he oído hablar de él. Es un hombre muy listo, dicen. ¿Pensabas ir a echar un vistazo a la iglesia?

—Sí —dijo Jane. Al fin y al cabo, probablemente lo haré, añadió para sí.

—Es muy antigua y bonita. Aunque está lejos, en lo alto de la colina. Se ve la torre entre los árboles si subes por Fish Street, desde el muelle.

—Me parece que sé donde está.

—No cojas una insolación. —La señora Palk se marchó con los platos y al cabo de unos instantes Jane la oyó exclamar: «Dios me ampare» desde la cocina. Corrió escaleras arriba, buscó apresuradamente un lugar donde esconder el estuche con el manuscrito y por fin lo metió entre las sábanas a los pies de su cama, de forma que no abultara. Después, antes de que el nerviosismo se apoderara de ella, salió, apretando la guía en la mano, a la soñolienta tarde soleada.

La iglesia, situada en lo alto de la colina, parecía recortada en el mar. Jane no veía más que árboles y colinas, e incluso las casitas del pueblo terminaban a unos veinte metros de la carretera. El edificio gris y cuadrado de la iglesia, con su torre baja y los grandes postes de la puerta de la verja que había enfrente, habría podido estar en cualquier valle a centenares de kilómetros del mar.

En el cementerio, un anciano en manga corta y elásticos cortaba el césped con unas tijeras. Jane se paró cerca de él al otro lado de la valla.

—Disculpe —dijo en voz alta—, ¿la vicaría está aquí?

El anciano, resollando, se irguió llevándose un brazo a la parte inferior de la espalda.

—Así es —respondió, lacónico, y se quedó donde estaba, mirando sin expresión a Jane, que cruzó la carretera y enfiló el sendero. Jane oía el crujido de sus pasos en la

grava, que retumbaban en el silencio de primera hora de la tarde. La gran casa gris y cuadrada, con sus ventanas vacías y sin vida, parecía que la desafiaba a perturbarla.

Era una casa muy descuidada, pensó, para ser una vicaría. La grava del sendero estaba llena de malas hierbas y en el jardín las hortensias crecían larguiruchas y la hierba era alta como el heno. Llamó al timbre que había en un lado de la ajada puerta y oyó que sonaba débilmente en el interior de la casa, lejos.

Al cabo de un buen rato, cuando empezaba a pensar con alivio que nadie iba a responder a la llamada, oyó pasos dentro de la casa. La puerta se abrió, crujiendo con resentimiento, como si no se abriera a menudo.

El hombre que había abierto era alto y moreno y llevaba una vieja chaqueta deportiva, pero tenía un aspecto imponente, con las cejas negras más gruesas que Jane jamás había visto, que le crecían rectas, sin interrupción en el medio. Miró fijamente a Jane. —¿Qué quieres?— Su voz era muy profunda, sin rastro de acento de Cornualles.

—¿Está el señor Hawes-Mellor, por favor?

El hombre frunció el entrecejo.

—¿El señor qué?

—El señor Hawes-Mellor. El vicario.

Su rostro se iluminó un poco, aunque la mirada intensa no se relajó.

—¡Ah, ya! Me temo que el señor Hawes-Mellor ya no es el vicario de aquí. Murió hace años.

—¡Oh! —exclamó Jane, y dio un paso atrás, sin lamentar la oportunidad de marcharse—. Bueno, en este caso...

—Tal vez yo pueda ayudarte —dijo con su voz profunda y seria—. Me llamo Hastings; soy el sustituto del señor Hawes-Mellor.

—¡Ah! —volvió a exclamar Jane; empezaba a encontrar desconcertante al señor Hastings, su extraña casa y el jardín descuidado—. No, no quiero molestar, sólo era algo relacionado con un libro que escribí, una guía del pueblo.

Un destello de interés pareció cruzar el rostro del vicario. —¿Una guía de Trewissick? He oído decir que había escrito una, pero no he podido conseguir un ejemplar. ¿Qué le querías preguntar? Me temo que si buscas el libro no podré serte de gran ayuda.

—¡Oh, no! —dijo Jane, no sin orgullo—. Tengo uno. —Le mostró la pequeña guía—. Sólo era algo que hay dentro, respecto al pueblo, que no sé si está equivocado.

El vicario miró el libro, abrió la boca para decir algo y al parecer cambió de idea. Abrió un poco más la puerta y sonrió de forma afectada.

—Bueno, entra, jovencita, y veamos lo que podemos hacer. Yo también conozco un poco Trewissick, después de los años que he pasado aquí.

—Muchas gracias —dijo Jane, nerviosa.

Entró, arreglándose la cinta de la cola de caballo mientras le seguía por el pasillo y esperando que su aspecto fuera aseado. No es que hubiera desentonado si hubiera ido vestida con harapos; miró alrededor y pensó que la vicaría era una de las casas más desordenadas y descuidadas que jamás había visto. Era grande y producía una mayor sensación de espacio que la Casa Gris; pero la pintura se estaba desconchando, las paredes estaban sucias y los suelos desnudos, solo con una o dos descoloridas alfombras. Empezó a sentir lástima por el vicario.

Éste la condujo a una habitación que era a todas luces su estudio, en el que había un gran escritorio atestado de papeles, dos desvencijadas sillas de caña con descoloridos cojines y estanterías con libros en todas las paredes. Las altas puertas de cristal estaban abiertas de par en par y mostraban el trecho de alta hierba que Jane había vislumbrado desde el sendero.

—Bueno —dijo el vicario, sentándose tras el escritorio y despejando con impaciencia los papeles que había encima—. Siéntate y dime lo que ibas a preguntarle al señor Hawes-Mellor. ¿Has encontrado un ejemplar de su libro?

Volvió a fijar la vista en el libro que Jane tenía en la mano. Al parecer le fascinaba.

—Sí —dijo Jane—. ¿Le gustaría verlo? —y se lo ofreció.

El vicario lo cogió, despacio, y cerró sus largos dedos en torno a la tapa como si se tratara de algo infinitamente precioso. No lo abrió, sino que lo dejó en el escritorio, ante él, y lo miró con tanta intensidad que parecía que no estaba mirándolo, sino pensando en otra cosa. Después volvió su serio y moreno rostro hacia Jane.

—¿Estás aquí de vacaciones?

—Sí. Me llamo Jane Drew. Vivo con mi familia en la Casa Gris.

—¿De veras? No conozco muy bien esa casa. —El señor Hastings sonrió con aire ligeramente perverso—. Me temo que el capitán Toms no tiene tiempo para mí. Es un hombre extraño y solitario.

—No le he visto nunca —dijo Jane—. Está en el extranjero.

—Y este libro —sus dedos acariciaron la tapa de un modo casi inconsciente— ¿es interesante?

—Sí, mucho. Me gustan mucho las historias sobre Trewissick, de cuando había contrabandistas y cosas así.

Por un instante Jane se preguntó si debía mencionar o no el mapa. Pero su curiosidad venció a las dudas. Se levantó y se fue a ponerse al lado del vicario; luego, pasó las páginas del libro hasta la del mapa del sur de Cornualles.

—Esto me ha desconcertado un poco, la forma de la línea costera. Quería preguntar si en otra época había sido distinta.

Como estaba detrás del vicario no le veía la cara, pero le dio la sensación de que

sus hombros se ponían rígidos al mirar el mapa y los dedos de la mano que tenía sobre el escritorio temblaban ligeramente.

—Una pregunta original —dijo.

—Tenía curiosidad.

—Veo que hay otra línea trazada a lápiz sobre la línea costera de este mapa. ¿La has hecho tú?

—Sí.

—¿Te la has inventado? —La voz profunda era muy tranquila.

—Más o menos. Bueno, es que... vi algo parecido en otro sitio, en un libro. —Jane titubeó, tratando de no mencionar el manuscrito del desván sin mentir realmente—. Si usted sabe cosas de Trewissick, señor Hastings, ¿sabe si la costa siempre ha tenido la misma forma?

—Diría que sí. Una costa de granito tarda mucho tiempo en cambiar. —Tenía la vista fija en la línea trazada a lápiz—. ¿Dices que viste este contorno en un libro?

—Bueno, en un libro o en otro mapa, no recuerdo —dijo Jane con ambigüedad.

—¿En la Casa Gris?

—No tocamos los libros del capitán —dijo Jane automáticamente, olvidando que la guía debía de ser uno de ellos.

—Pero los has mirado, ¿no?

El vicario se puso en pie y alargó un brazo para coger un libro de uno de los estantes. Se lo entregó a Jane; era muy viejo y estaba encuadernado en reluciente cuero, y las páginas crujían y emitieron un olor a moho cuando Jane lo abrió. Se titulaba Cuentos de Lyonesse.

—¿Has visto algún libro como éste?

El vicario se quedó entre Jane y la luz, y al mirarle Jane sólo veía un débil destello en sus ojos en contraste con el rostro en sombras. El efecto que le produjo por un instante fue siniestro, y Jane sintió aquel extraño desasosiego con el que se estaba familiarizando: tenía la sensación de que había algo misterioso, algo que todos conocían pero que se les ocultaba a ella y sus hermanos.

—Me parece que no.

—¿Estás segura? ¿Un título así, quizá? ¿Es posible que hayas visto un mapa en un libro así?

—No, de verdad. No hemos mirado.

—¿No podrías haber visto, en algún estante, un volumen similar a éste?

—Sinceramente, no lo sé —dijo Jane, encogiéndose ante la urgencia que demostraba la voz de aquel hombre—. ¿Por qué no se lo pregunta al capitán?

El señor Hastings le cogió el libro de la mano y volvió a colocarlo en su lugar. Volvía a fruncir el entrecejo.

—No es un hombre muy comunicativo —dijo simplemente.

El desasosiego se estaba apoderando cada vez más de Jane y ésta empezó a balancear el cuerpo de un pie al otro.

—Bueno, tengo que irme a casa —dijo, utilizando una de las frases de su madre y esperando no parecer maleducada—. Lamento haberle interrumpido.

El vicario, que permanecía silencioso y concentrado, reaccionó y se dirigió a las puertas de cristal.

—Sal por aquí, es más rápido. La puerta principal apenas se utiliza.

Le tendió la mano a Jane.

—Me alegro de haberte conocido, señorita Drew. Lamento no haber podido ser más útil, pero debo decir que me parece improbable que nuestra costa haya tenido alguna vez características que no aparecen en el mapa del señor Hawes-Mellor. Tengo entendido que era un cartógrafo reputado. Me alegro de que hayas venido a verme.

Inclinó la cabeza con seriedad al estrechar la mano de Jane, con un gesto extraño, arcaico, que de pronto a ella le recordó al señor Withers cuando se marchó de la Casa Gris. Pero éste, pensó, parecía más auténtico, como si fuera algo que el señor Withers hubiera tratado de imitar.

—Adiós —se apresuró a decir ella, y corrió por la alta hierba hacia el sendero del silencioso y destartalado edificio, para tomar el camino que la llevaría a su casa.

Capítulo 5

Cuando Jane llegó a la Casa Gris, Simon y Barney estaban parlotando como monos en la sala de estar con el tío abuelo Merry, que les escuchaba en silencio desde las profundidades de un mullido sillón. Los dos chiquillos estaban llenos de emoción, e incluso la piel clara de Barney se había enrojecido con el viento y el sol.

—Ah, estás aquí, cariño —dijo la madre—. Empezaba a preocuparme por ti.

Simon la saludó con un grito desde el otro lado de la habitación.

—¡Eh, deberías haber venido! Ha sido fabuloso, como estar en alta mar, y cuando el viento soplaba por detrás íbamos tremendamente deprisa, mucho más que con un barco a motor... sólo que hemos puesto otra vez el motor porque ha parado el viento y también ha sido divertido. El señor Withers ha venido con nosotros a tomar algo, pero ya se ha ido. Papá ha ido con él a buscar un poco de la caballa que hemos pescado.

—¿Y qué ha hecho Jane? —preguntó el tío abuelo Merry desde su rincón.

—Oh, no gran cosa —respondió Jane—. He ido por ahí.

Pero cuando los tres niños estuvieron arriba (les habían hecho acostarse temprano porque, según había dicho su padre con seriedad cuando Simon imitaba la sirena de un buquefaro justo detrás de la silla donde él estaba sentado, estaban «muy cansados»), Jane llamó a la puerta de la habitación de los niños y entró para contarles el descubrimiento que había hecho y su visita al vicario. No recibió una respuesta tan entusiasta como esperaba.

—¿Has copiado parte del manuscrito? —preguntó Simon con una voz que acabó en un chillido de horror—. ¿Y se lo has enseñado?

—Sí —respondió la niña a la defensiva—. Bueno, por amor de Dios, ¿qué daño puede hacer esto? Una línea hecha a lápiz en una guía no puede significar nada para nadie.

—No deberías haber hecho nada relacionado con el manuscrito sin que lo hubiéramos acordado los tres.

—No estaba relacionado con el manuscrito, que yo supiera. Sólo le he dicho que quería averiguar algo sobre la costa. —Jane olvidó toda la desazón que había sentido cerca del vicario al construir una defensa contra la indignación de Simon—. Creía que me daríais las gracias por haber descubierto que el mapa del manuscrito es de Kemare Head.

—Tiene razón —dijo Barney desde su almohada—. Es terriblemente importante haber descubierto esto. Por lo que sabíamos, igual podía haber sido un mapa de Tombuctú. Y si resulta, por lo que dice el vicario, que Trewissick no ha cambiado desde que fue dibujado nuestro mapa, esto nos ayudará cuando descubramos si hay alguna pista en el manuscrito.

—Bueno —dijo Simon de mala gana, subiéndose a la cama y apartando con los pies toda la ropa—. Bueno, sí, es útil. Hablaremos de ello mañana.

—Entonces podemos empezar nuestra búsqueda —dijo Barney soñoliento—. Buenas noches, Jane. Hasta mañana.

—Hasta mañana.

Pero la mañana les deparó mucho más de lo que ninguno de ellos esperaba.

Simon fue el primero en despertar, muy temprano. El ambiente aún era tan cálido como el día anterior. Se quedó en la cama contemplando el techo un rato, escuchando la tranquila respiración de Barney, que dormía en la otra cama. Luego, empezó a ponerse nervioso, así que saltó de la cama y bajó al piso de abajo descalzo, sintiendo hambre. Si encontraba a la señora Palk en la cocina a lo mejor podría desayunar dos veces.

Pero al parecer la señora Palk aún no había llegado y en la casa reinaba el más absoluto silencio. Hasta que llegó al tramo de escaleras que descendían hasta el vestíbulo no reparó Simon en que había algo raro.

Siempre, cuando iba a desayunar, se paraba a contemplar el viejo mapa de Cornualles que colgaba en la pared de la escalera. Pero cuando esta mañana fue a mirarlo, no estaba allí. Sólo una señal rectangular en el papel pintado indicaba dónde había estado; y cuando Simon miró toda la pared de cuadros de la escalera, vio que había otros varios vacíos.

Perplejo, bajó despacio al vestíbulo. Encontró varios huecos donde antes había cuadros y el barómetro, que estaba junto a un espacio vacío, estaba torcido.

Simon se acercó y lo enderezó, notando la fría madera en los pies descalzos. Al mirar el largo pasillo al principio no vio nada inusual. Luego, reparó en que al fondo, donde entraba el sol en la cocina a través de la puerta abierta, varios bloques de madera habían sido arrancados y estaban esparcidos por el suelo. Simon se quedó mirando fijamente, perplejo.

Se dirigió hacia la cocina, y en un impulso giró a la derecha y abrió la puerta de la sala de estar. La puerta crujió, como siempre, y Simon, nervioso, asomó la cabeza. Entonces ahogó un grito.

La estancia estaba como si hubiera pasado un tornado por ella. Los cuadros de las paredes estaban torcidos, o estaban fuera del marco, en el suelo, y a primera vista los muebles le dieron la impresión de que estaban completamente enterrados en libros.

Había libros por todas partes, abiertos, cerrados, amontonados en las mesas y sillas, apilados en el aparador; y unos cuantos aún permanecían en las estanterías por lo demás vacías. Todas las vitrinas cerradas con llave, que les habían prohibido tocar, estaban vacías. Las puertas de cristal colgaban de los goznes y alrededor de la cerradura la madera estaba astillada; y una o dos, que habían sido arrancadas por completo, estaban apoyadas en la pared. Los estantes habían sido despojados de todo

lo que contenían y los cajones de abajo estaban abiertos y los papeles se derramaban en aquel caos de libros del suelo. Olía levemente a moho y en el aire parecía flotar una fina capa de polvo.

Por un instante Simon se quedó mirando fijamente el panorama, atónito. Luego, giró sobre sus talones y corrió escaleras arriba llamando a su padre a gritos.

Sus gritos despertaron a todos. Con el padre a la cabeza, todos salieron al pasillo en pijama y camisón y siguieron a Simon abajo, tratando de comprender las palabras que salían atropelladamente de su boca.

—¿Qué ocurre?

—¿Hay fuego en la casa?

—¡Ladrones! —exclamó el padre con incredulidad, bajando la escalera—. Pero no hay robos en un pueblo como... ¡Ladrones! ¡Santo cielo!

Vio la devastación de la sala de estar. En cuanto a la madre, Jane y Barney siguieron su mirada y permanecieron callados, pero no por mucho rato.

En todas las demás estancias de la planta baja encontraron lo mismo. Las puertas de las librerías habían sido arrancadas y los libros arrojados a un caótico montón en el suelo. Todo cajón o armario cerrado con llave había sido forzado y los papeles que contenían, esparcidos por la habitación. Incluso en el comedor del desayuno, media docena de libros de cocina antiguos habían sido tirados al suelo.

—No lo entiendo —dijo el padre despacio—. Este lugar está prácticamente saqueado, pero no han tocado una o dos cosas que es evidente que son valiosas. Aquella estatuilla de la repisa de la chimenea, por ejemplo, y aquella gran copa de plata del aparador de la habitación delantera. No tiene sentido.

—Alguien ha disfrutado destruyendo —dijo Barney con solemnidad.

Y simón añadió, despacio:

—Tienen que haber hecho muchísimo ruido. ¿Por qué no nos hemos despertado?

—Estábamos dos pisos más arriba —dijo Barney—. Desde allí arriba no se oye nada. Me gusta esto, es misterioso.

—A mí no. —Jane sintió un escalofrío—. Imaginad que alguien se ha estado paseando por aquí toda la noche mientras nosotros dormíamos arriba. Me produce escalofríos.

—Quizá no ha sido nadie —declaró Barney—. No seas memo, claro que ha sido alguien. ¿O crees que todos los libros han salido solos de los estantes?

—No necesariamente tiene que haber sido un ser humano. Podría ser uno de esos fantasmas especiales que arrojan cosas sólo para divertirse. Se llama polter... polt...

—Poltergeist —dijo el padre, distraído. Estaba abriendo todos los armarios de la plata para ver si faltaba algo—. Ya está. Es esto.

—Bueno, la señora Palk dice que la casa supuestamente está encantada —dijo Jane—. ¡Oh, Dios mío!

Todos se miraron con ojos como platos y se estremecieron. La madre, que apareció de pronto en el umbral de la puerta y les asustó a todos, dijo:

—Bueno, es el primer fantasma que oigo que llevaba zapatos con suela de crepé. Dick, ven a echar un vistazo aquí fuera.

El padre se irguió y siguió a su esposa a la cocina, con los niños pisándoles los talones. La madre señaló, sin pronunciar una sola palabra.

Dos ventanas de la cocina estaban abiertas, la grande que estaba sobre el fregadera y una pequeña encima; y también la puerta. Y en las baldosas blancas del mostrador de al lado del fregadero estaba el débil pero inconfundible contorno de una huella de zapato. Una huella grande, con dibujos en la suela; había indicios de las mismas marcas en el alféizar de la ventana. —¡Caramba!

—Ahí está vuestro fantasma —anunció el padre, alegre, aunque no parecía estarlo.

Entonces se volvió a ellos con viveza.

—Bueno, vamos, todos fuera y a vestirse. Habéis visto todo lo que hay que ver. No —agitó las manos cuando los tres niños protestaron vigorosamente—, no es un juego, es extremadamente serio. Tendremos que llamar a la policía, y no quiero que toquéis nada hasta que haya llegado. ¡Fuera!

La voz del padre no admitía discusión. Simon, Jane y Barney salieron de mala gana de la cocina y se pararon al pie de la escalera, mirando hacia arriba. El tío abuelo Merry descendía la escalera pesadamente, vestido con un pijama de vivo color rojo y el pelo blanco de punta.

Hizo un bostezo inmenso y se frotó los ojos con perplejidad.

—No servirá —mascullaba para sí—. No lo entiendo... sueño profundo... qué insólito... —Entonces vio a los niños—. Buenos días —saludó con dignidad como si fuera vestido de forma impecable—. Aunque esta mañana estoy muy confuso, se oía un gran alboroto procedente de aquí. ¿Qué ocurre?

—Hemos tenido ladrones... —empezó a decir Simon, pero su padre salió de la cocina y batió palmas—. Vamos, vamos, os he dicho que vayáis a vestiros... ¡Ah!, estás ahí, Merry. Ha ocurrido algo extraordinario. —Miró a los niños con aire enojado y ellos corrieron escaleras arriba.

Después de desayunar llegó la policía de St. Austell: un sargento fornido y de rostro enrojecido y un joven agente que le seguía como una sombra. Simon se moría de ganas de que le interrogaran respecto a su descubrimiento del delito. Como mínimo, pensaba él, tendría que prestar declaración. No estaba muy seguro de lo que esto significaba, pero le parecía conocido e importante.

Pero el sargento sólo le preguntó, con su cálido acento de Cornualles:

—Tú has sido el primero en bajar, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Has tocado algo?

—No, nada. Bueno, he enderezado el barómetro, estaba torcido. —Al ver el caos reinante, a Simon le pareció que esto era una tontería.

—¡Ah! ¿Has oído algo?

—No.

—Todo era como siempre, ¿no?, aparte de este caos.

—Sí, así es.

—Bueno —dijo el sargento. Sonrió a Simon, que estaba sentado en el borde de la silla, impaciente—, por ahora es suficiente.

—¡Ah! —exclamó Simon, desanimado—. ¿Esto es todo?

—Me parece que sí —respondió el sargento con calma, tironeándose la chaqueta—. Bueno —dijo dirigiéndose al padre—, si pudiéramos echar un vistazo a esa huella que dice haber encontrado...

—Sí, desde luego.

El padre les hizo salir de la cocina. Los niños se quedaron atrás y se asomaron por la puerta. El sargento contempló impasible la huella durante unos instantes, y dijo al agente, que no había hablado:

—Toma buena nota de eso, George —y señaló con solemnidad el desorden de la sala de estar.

—¿Dice que no falta nada, señor?

—Bueno, es difícil saberlo, claro, ya que es una casa alquilada —dijo el padre—. Pero sin duda no parece faltar nada de valor. La plata está intacta, aunque tampoco es que haya mucha. Esa copa, como ven, no la han tocado. Da la impresión de que iban por los libros, y no puedo confirmarlo. Puede que falte alguno que no sabemos.

—Vaya caos. —El sargento se inclinó con esfuerzo y recogió un libro. En la parte superior había una pequeña telaraña negra—. Son muy antiguos, valiosos, quizá. El capitán es bastante rico, creo.

—Si me permite sugerirlo, sargento —dijo el tío abuelo Merry desde fuera del grupo.

—¿De qué se trata, profesor? —El sargento le miró sonriente; incluso parecía conocer inexplicablemente bien al tío abuelo Merry.

—No tuve ocasión de examinar los libros a fondo, ya que la mayoría de estanterías estaban cerradas con llave. Pero diría que muy pocos libros de esta casa eran valiosos, al menos para un comerciante. Por fuera ninguno valía más que unas libras.

—Es curioso. Parece que buscaban algo... ¡eh!, miren aquí.

El sargento apartó algunos papeles que blanqueaban el suelo y vieron un montón de marcos de cuadro vacíos.

—Son del vestíbulo —dijo Simon enseguida—. Este marco dorado tenía un mapa

y estaba en lo alto de la escalera.

—Mmmm. Ahora no hay ningún mapa, todos han sido arrancados. Aun así, me atrevería a decir que los encontraremos en algún lugar entre este desorden. —El sargento se balanceaba sobre sus talones y miraba con expresión de leve pesar las estropeadas estanterías y montones de libros. Se frotó uno de los relucientes botones plateados, pensativo, y por fin se volvió al padre con aire decidido—. Puro vandalismo, señor. No hay otra explicación. Es raro por aquí, la verdad.

—¡Ah! —exclamó el joven agente con pesar, y se puso rojo y bajó la mirada a sus pies.

El sargento le miró sonriente.

—Alguien que tiene algo contra el capitán, diría yo, pues ha ido a por sus pertenencias. Bien podría ser que a una o dos personas de por aquí no les gusta, es un tipo extraño. ¿No diría usted lo mismo, profesor?

—Podría decirse que sí —dijo distraído el tío abuelo Merry. Miraba alrededor con ceño.

—Irrumpir en una casa es difícil en un lugar del tamaño de Trewissik —dijo el sargento—. La gente no lo espera, dejan las ventanas abiertas... ¿Cerraron con llave anoche, doctor Drew?

—Sí, siempre lo hacemos, delante y detrás. —El padre se rascó la cabeza—. Juraría que abajo no había ninguna ventana abierta, pero debo admitir que no las comprobé todas.

—Claro que no, no cabe esperar que se haga una cosa así... me intriga por qué alguien correría el riesgo, sólo para revolver un lugar y no llevarse nada. Bueno, si pudiéramos mirar otra vez la huella... —Salió de la habitación seguido por los demás.

Simon hizo señas a Jane y a Barney de que se quedaran atrás.

—Gamberros —dijo, pensativo. Cogió un libro que estaba abierto sobre la alfombra y cerró la tapa con cuidado.

—No sé por qué pero no me suena bien —dijo Jane—. Es muy minucioso: han abierto todos los cajones, han sacado todos los libros de su sitio.

—Y los mapas de su marco —añadió Barney—. Sólo los mapas, ¿os habéis fijado? Ninguno de los cuadros.

—Los ladrones debían de buscar algo.

—Y han registrado toda la casa porque no lo encontraban.

—A lo mejor no estaba aquí abajo —dijo Simon despacio.

—Bueno, podría estar arriba.

—¿Cómo lo sabes?

—No seas tonto, arriba no hay nada. Sólo nosotros.

—¿No hay nada?

—Bueno... —dijo Jane, y entonces se miraron entre sí llenos de horror. Se volvieron, salieron apresurados de la habitación y corrieron escaleras arriba hasta el dormitorio del segundo piso, donde estaba el gran armario entre las camas de Simon y de Barney.

Sin perder tiempo, Simon arrastró una silla y saltó encima para palpar sobre el armario. Se quedó pálido del susto.

—¡Ha desaparecido!

Hubo un instante de tenso silencio. En ese momento Jane se sentó de un salto en la cama de Barney y se puso a reír históricamente.

—¡Cállate! —le dijo Simon con aspereza, tan autoritario como su padre.

—Lo siento... no pasa nada, no ha desaparecido —dijo Jane con voz débil—. Está en mi cama.

—¿En tu cama?

—Sí, lo tengo yo. Aún está allí. Me había olvidado. —Jane balbuceaba pero enseguida se repuso—. Cuando fui a ver al vicario no quería llevármelo, así que lo escondí en mi habitación. Lo metí debajo de la ropa de la cama. Era el sitio donde lo tendría más cerca. Anoche me olvidé por completo de que estaba allí, y he dormido sin notarlo. Vamos.

El dormitorio delantero estaba inundado de sol, y por la ventana el mar relucía alegre como si nada pudiera perturbar el mundo. Jane levantó la sábana de su cama y allí, metido en un rincón, estaba el estuche del telescopio.

Se sentaron en fila en el borde de la cama y Jane abrió el estuche sobre su regazo. Miraron con silencioso alivio el conocido cilindro hueco del viejo manuscrito que estaba dentro.

—¿Os dais cuenta —dijo Simon con gravedad— que ha sido el lugar más seguro donde podía estar? Habrían mirado en todas partes, pero no en tu cama porque te habrían despertado.

—¿No crees que hayan subido a mirar en nuestras habitaciones? —Barney se puso pálido.

—Pueden haber mirado en cualquier parte. —Bueno, esto es una tontería—. Jane se tiraba de la cola de caballo como tratando de aclararse la cabeza. —¿Cómo pueden saber nada del manuscrito? Lo encontramos en el desván, escondido, y era evidente que llevaba años allí. Y seguro que hace siglos que nadie sube al desván; recordad el polvo que había en la escalera.

—No sé —dijo Simon—. Hay muchas cosas que no entiendo. Solo sé que, desde que dijiste que el vicario se entusiasmó tanto por el mapa, he tenido una extraña sensación con respecto al manuscrito.

Jane se encogió de hombros.

—No creo que un vicario pueda ser malo. De todos modos, él no sabía nada del

manuscrito. Me hizo algunas preguntas, pero creo que era simple curiosidad.

—Un momento —dijo Barney despacio—, acabo de recordar algo. Hay otra persona que hizo preguntas. Fue el señor Withers, ayer, en el barco, cuando estaba abajo en el camarote, almorzando con él. Empezó a decir muchas cosas extrañas sobre la Casa Gris y que si veíamos algo que parecía muy antiguo... algún —tragó saliva— libro o mapa o papeles viejos...

—¡Oh, no! —dijo Simon—. No puede haber sido él.

—Pero fuera quien fuese —dijo Barney con una voz clara aunque débil—, estaba buscando el manuscrito, ¿no?

Sentados en el silencio de la Casa Gris los tres se dieron cuenta de que así era.

—Deben de estar desesperados por tenerlo. —Simon miró el manuscrito—. Es este mapa, seguro. Alguien sabe que está en esta casa. Ojalá supiéramos qué dice.

—Oíd —dijo Jane decidida—, tenemos que decirles a mamá y papá que lo encontramos.

Simon alzó la barbilla.

—No serviría de nada. Mamá se preocuparía muchísimo. Y entonces no tendríamos oportunidad de resolver nosotros el misterio. Además, ¿y si es de un tesoro escondido?

—No quiero encontrar ningún tesoro. Si lo hacemos ocurrirá algo horrible.

Barney olvidó su miedo con dignidad.

—Ahora no podemos decírselo a nadie. Nosotros lo encontramos. Yo lo encontré, es mi búsqueda.

—Eres demasiado pequeño para entenderlo —sentenció Jane con seriedad—. Tendremos que contárselo a alguien; a papá o a la policía. ¡Oh!, bueno —añadió quejosa—, tenemos que hacer algo, después de lo de anoche.

—¡Niños!

La voz de su madre les llegó desde la escalera, muy cerca. Se levantaron de un salto, con cierta culpabilidad, y Simon escondió el estuche con el manuscrito detrás de la espalda.

—¡Hola!

—¡Ah!, estáis ahí. —Su madre apareció en la puerta; parecía preocupada—. Oíd, esta mañana la casa será un caos, ¿os gustaría ir a nadar y volver a casa a almorzar hacia la una y media? Después, por la tarde, el tío abuelo Merry se os llevará a todos.

—Estupendo —dijo Simon, y su madre desapareció de nuevo.

—¡Ya está! —Barney dio unos golpes en la almohada, excitado y aliviado—. Ya está, claro, ¿cómo no se nos ha ocurrido antes? Podemos decírselo a alguien sin que pase nada. ¡Podemos decírselo al tío abuelo Merry!

Capítulo 6

—Bueno —dijo el tío abuelo Merry mientras bajaban la colina hacia el puerto—, es una tarde espléndida para dar un paseo. ¿Por dónde queréis ir?

—A algún sitio solitario.

—A algún sitio que esté a kilómetros de todas partes.

—A algún sitio donde podamos hablar.

El tío abuelo Merry les miró uno a uno. Su expresión impasible no se alteró, simplemente dijo:

—Muy bien —y empezó a andar con pasos más largos de forma que ellos tenían que trotar para seguirle. No hizo preguntas, sino que caminaba en silencio. Subieron por la callejuela sinuosa del lado del puerto frente a Kemare Head y la Casa Gris y siguieron por el camino del acantilado, pasando por delante de las últimas casas del pueblo, hasta que la gran punta verde del lado opuesto se elevó ante ellos.

Ascendieron la cuesta, en la que había brezo y aulaga, pasando por toscas rocas grises con manchas amarillas de líquen y estropeadas por el viento. En el puerto no soplaba la más leve brisa, pero aquí el viento era fuerte.

—¡Caramba! —exclamó Barney; se detuvo y se volvió para contemplar el paisaje—. ¡Mirad!

Los demás se volvieron también y vieron el puerto muy abajo y la Casa Gris diminuta en la carretera. Estaban más arriba de su punta, y la pendiente rocosa aún se extendía un buen trecho más.

Se volvieron de nuevo y ascendieron la cuesta, y por fin llegaron a lo alto de la punta, con la línea del oleaje como un mapa de lento movimiento abajo, a ambos lados, y más allá, en la gran extensión de mar azul. Una gran roca inclinada de granito se elevaba más que todas las que habían pasado mientras subían, y el tío abuelo Merry se sentó apoyando la espalda en ella, con las piernas, en sus anchos pantalones de pana de color marrón, dobladas. Los niños se quedaron de pie, juntos, mirando abajo. El paisaje que se extendía ante ellos les era desconocido; era un mundo secreto, silencioso, de montículos y valles invisibles, cuyos colores se mezclaban en la neblina del calor estival.

—Hic incipit regnum Logri... —dijo el tío abuelo Merry, mirando con ellos, como si leyera una inscripción—. ¿Qué significa?

—Aquí empieza el reino de Logres... Venga, sentaos. Se sentaron en cuclillas, formando un semicírculo ante la gran roca. El tío abuelo Merry les miraba como desde un trono. —Bueno— dijo, —¿quién me cuenta lo que ocurre? En la quietud sólo perturbada por el viento, Jane y Barney miraron a Simon.

—Bueno, es por el ladrón —dijo—. Estábamos preocupados... —y entonces los tres empezaron a hablar atropelladamente.

—Cuando la señorita Withers vino la otra noche, hizo preguntas sobre la Casa Gris y si habíamos encontrado algo.

—Y el señor Withers, en el yate, me preguntó por los libros antiguos.

—Y quien vino anoche sólo tocó los libros y los mapas antiguos... —... lo estaban buscando, seguro...

—... sólo que no sabían dónde mirar, y no sabían que nosotros lo teníamos.

—Supongamos que lo saben, podrían ir por nosotros... El tío abuelo Merry alzó una mano, aunque no la movió. Tenía la barbilla levantada. Parecía que estuviera esperando algo.

—Ahora, despacio —dijo—. Si habéis encontrado algo en la Casa Gris, ¿qué es?

Simon hurgó en el interior de la mochila. Sacó el rollo de pergamino y se lo tendió al tío abuelo Merry. —Encontramos esto.

El tío abuelo Merry cogió el pergamino sin decir nada y lo desenrolló con cuidado sobre sus rodillas. Lo contempló en silencio largo rato mientras ellos veían que sus ojos recorrían las palabras.

El viento gemía suavemente a su alrededor y, aunque la expresión del tío abuelo Merry no cambió, de pronto supieron que le embargaba una gran emoción. Se notaba en el aire como una corriente eléctrica, algo excitante y temible al mismo tiempo; aunque no comprendían lo que era. Y entonces levantó la cabeza por fin y miró a lo lejos, más allá de las colinas de Cornualles, y exhaló un gran suspiro de alivio que fue como una liberación de todas las preocupaciones del mundo entero.

—¿Dónde lo encontrasteis? —preguntó, y los tres niños dieron un brinco como si su voz les hubiera sacado de un hechizo.

—En el desván.

—Hay un gran desván, lleno de polvo y trastos, encontramos una puerta detrás del armario de nuestro dormitorio y una escalera que subía.

—Yo lo encontré —dijo Barney—. Tiré el corazón de mi manzana y fui a recogerlo para que no salieran ratas, y por casualidad encontré el manuscrito en un rincón.

—¿Qué es, tío Merry?

—¿Qué dice?

—Es muy antiguo, ¿verdad?

—¿Es importante? ¿Es sobre un tesoro escondido?

—En cierto modo —dijo el tío abuelo Merry. Parecía aturdido, incapaz de concentrarse, pero su boca hizo un gesto espasmódico. De alguna manera, sin sonreír, daba la impresión de estar más contento de lo que le habían visto antes. Jane le observaba y pensó: normalmente tiene la cara triste, y por esto se nota tanto la diferencia.

El anciano dejó el manuscrito sobre su regazo y miró a Jane, a Simon y a Barney.

Parecía estar buscando las palabras.

—Habéis encontrado algo que tal vez sea más importante de lo que pensáis —dijo por fin.

Los niños le miraban fijamente. Él volvió a posar la mirada más allá de las colinas.

—¿Recordáis los relatos que os contaban cuando erais pequeños: Érase una vez...? ¿Por qué creéis que empezaban así?

—Porque no eran verdad —dijo Simon sin vacilar.

Jane dijo, pillada en la irrealidad de un lugar muy remoto:

—Porque quizá alguna vez fueron verdad, aunque nadie los recuerda.

El tío abuelo Merry volvió la cabeza y le sonrió.

—Eso es. Érase una vez... hace mucho tiempo... cosas que ocurrieron en otra época, quizá, pero se ha hablado de ellas durante tanto tiempo que nadie sabe realmente qué ocurrió. Y además están las partes que la gente ha añadido, las espadas mágicas y las lámparas maravillosas, el buen héroe que lucha contra el gigante, o la bruja, o el tío perverso. El bueno contra el malo. El bien contra el mal.

—Cenicienta.

—Aladino.

—Jack el Matagigantes.

—Y todos los demás. —Volvió a bajar la mirada, acariciando el borde del pergamino—. ¿Sabéis de qué trata este manuscrito?

—Del rey Arturo —se apresuró a responder Barney—. Y del rey Marcos. Simon encontró los nombres, en latín.

—¿Y qué sabéis del rey Arturo?

Barney miró alrededor con expresión de triunfo y tomó aire para efectuar un largo recital, pero por alguna razón se puso a tartamudear.

—Bueno... era rey de Inglaterra, y tenía sus caballeros de la Mesa Redonda, Lancelot y Galahad y Kay y todos los demás. Y participaba en justas y rescataba a la gente de los caballeros perversos. Y Arturo vencía a todos con su espada Excalibur. Era el bien contra el mal, supongo, como tú has dicho de los cuentos de hadas. Sólo que fue real.

El tío abuelo Merry sonrió de nuevo.

—¿Y cuándo fue rey de Inglaterra, Arturo?

—Bueno... —Barney agitó las manos en gesto ambiguo—. Hace mucho tiempo...

—... como en los cuentos de hadas —terminó Jane por él—. Pero tío Merry, ¿qué tratas de decirnos? ¿El rey Arturo también es un cuento de hadas?

—¡No! —protestó Barney, indignado.

—No —dijo el tío abuelo Merry—. Fue real. Pero ha ocurrido lo mismo; vivió

hace tanto tiempo que no queda ningún documento suyo. Y por esto se ha convertido en una leyenda.

Simon jugueteaba con la correa de su mochila.

—Pero no entiendo qué tiene que ver el manuscrito.

El viento agitaba el pelo blanco del tío abuelo Merry, cuya figura se recortaba sobre el cielo.

—Un poco de paciencia. Y escuchad atentamente, porque puede que os sea difícil de entender.

»En primer lugar, me habéis oído hablar de Logres. Era el antiguo nombre de este país, hace miles de años; en la antigüedad, cuando la lucha entre el bien y el mal era más amarga y abierta que ahora. Esa lucha que prosigue siempre, como dos ejércitos que pelean. Y a veces uno de ellos parece ganar y a veces el otro, pero ninguno ha triunfado por completo. Ni triunfará jamás —añadió en voz baja, como para sí—, porque hay un poco de cada en todos los hombres.

»A veces, en el transcurso de los siglos, esta antigua batalla llega a la cúspide. El mal se hace muy fuerte y está a punto de ganar. Pero siempre, al mismo tiempo, hay algún líder en el mundo, un gran hombre que a veces parece ser más que un hombre, que conduce las fuerzas del bien de tal forma que recupera terreno y los hombres que parecían haber perdido.

—El rey Arturo —dijo Barney.

—El rey Arturo era uno de ellos —dijo el tío abuelo Merry—. Peleó contra los hombres que querían Logres, que robaban y asesinaban y quebrantaban todas las reglas de la batalla. Era un hombre bueno y fuerte, y la gente de aquella época confiaba en él absolutamente. Con el apoyo de esta fe, el poder de Arturo era muy grande, tan grande que en las historias que se han creado desde entonces la gente ha hablado de que tenía ayuda mágica. Pero la magia no es más que una palabra.

—Supongo que no ganó —dijo Jane con repentina convicción— o no habría habido más guerras desde entonces.

—No, no venció —dijo el tío abuelo Merry, y en el claro resplandor de la tarde parecía hacerse más remoto con cada palabra que pronunciaba, tan antiguo como la roca que tenía detrás y el viejo mundo del que hablaba.

—No fue vencido por completo, pero tampoco ganó por completo. O sea que la lucha entre el bien y el mal ha persistido desde entonces. Pero el bien se ha vuelto muy confuso, y desde los antiguos días de Logres ha tratado de recuperar la fuerza que le dio Arturo. Sin embargo, no lo ha conseguido. Se han olvidado demasiadas cosas.

»Pero los hombres que recordaban el viejo mundo han estado buscando su secreto desde entonces. Y ha habido otros que también lo han buscado: los enemigos, los hombres malvados que poseen la misma codicia en su frío corazón que los hombres

contra los que peleaba Arturo.

El tío abuelo Merry miró hacia la lejanía, su cabeza recortada sobre el cielo como la orgullosa cabeza de una estatua, de siglos de antigüedad y sin embargo siempre igual.

—He estado investigando —dijo— durante muchos años.

Los niños tenían la vista clavada en él, sobrecogidos y un poco asustados. Por un momento les pareció un extraño, alguien a quien no conocían. Jane tuvo de pronto la fantástica sensación de que, en realidad, el tío abuelo Merry no existía y que desaparecería si ellos respiraban o hablaban.

El anciano volvió a mirarlos.

—Suponía que esta parte de Cornualles contenía lo que buscábamos. No sabía que vosotros ibais a encontrarlo. Ni el peligro que correríais.

—¿Peligro? —preguntó Simon con incredulidad.

—Un gran peligro —dijo el tío abuelo Merry, mirándole a la cara. Simon tragó saliva—. Este manuscrito, Simon, os sitúa en el centro de la batalla. Bueno, nadie os pondrá un cuchillo en la espalda, sus métodos son más sutiles. Y quizá obtienen mejores resultados. —Volvió a mirar el manuscrito—. Esto —dijo con mayor normalidad— es una copia.

—¿Una copia? —dijo Barney—. Pero es muy antiguo.

—Sí, es antiguo. De hace unos seiscientos años. Pero es una copia de algo mucho más antiguo aún, escrito hace más de novecientos años. La parte del principio está en latín.

—Sí, eso dije-declaró Jane con aire triunfal.

Simon se mordió el labio inferior.

—Bueno, yo traduje algunas palabras, ¿no? Aunque no muchas —confesó al tío abuelo Merry—. No supe reconocerlas todas.

—No podías hacerlo. Es latín medieval, no el latín que aprendes en la escuela... está escrito por un monje que debió de vivir cerca de aquí, y creo que hace unos seiscientos años, aunque no hay fecha. Más o menos dice que cerca de su monasterio se ha encontrado un manuscrito inglés. Dice que habla de una antigua leyenda de la época de Marcos y Arturo y que ha copiado la historia para impedir que se pierda, porque el manuscrito se caía a trozos. Dice que copió un mapa que acompañaba al manuscrito. El resto, lo de abajo, es la historia que copió, y el mapa está en la parte inferior.

—Si el manuscrito original era tan antiguo que se caía a trozos hace seiscientos años... —dijo Barney, aturdido.

Simon intervino con impaciencia.

—Tío Merry, ¿entiendes la parte copiada? No es latín, ¿verdad?

—No, no lo es —respondió el tío abuelo Merry—. Es uno de los dialectos del

inglés primigenio, la antigua lengua que se hablaba hace siglos. Pero es una forma muy antigua, llena de palabras procedentes de la lengua de Cornualles e incluso de Bretaña. No sé, lo descifraré lo mejor que pueda. Pero puede resultar un inglés bastante curioso, y a lo mejor tengo que parar...

Examinó de nuevo el manuscrito. Entonces, a tropezones y con muchas pausas, empezó a leer con su voz profunda. Los niños le escuchaban, con el sol que les iluminaba la cara y el viento que les susurraba al oído.

—Escribo esto, que cuando llegue el momento será hallado por el hombre adecuado. Y lo dejo al cuidado de la vieja tierra que pronto ya no existirá.

»En la tierra de Cornualles, el reino de Marcos, existió en tiempos de mis padres un extraño caballero que huía hacia el oeste. Muchos huían en aquellos tiempos, cuando el antiguo reino fue dividido por el invasor y la última batalla de Arturo se perdió. Pues sólo en la tierra del oeste el hombre aún ama a Dios y las antiguas costumbres.

»Y el extraño caballero que vino al lugar de mis padres se llamaba Bedwin y llevaba consigo el último tesoro de Logres, el grial, hecho a la manera del Santo Grial, que contaba en sus lados la verdadera historia de Arturo que pronto sería imbuida en la mente de los hombres. Cada panel habla de un mal vencido por Arturo y la compañía de Dios, hasta el final en que el mal lo venció todo. Y el último panel mostraba la promesa y la prueba de que Arturo regresaba de nuevo.

»Pues cuidado, dijo el caballero Bedwin a mis padres, el mal nos acecha ahora, y así será por tiempo inmemorial. Sin embargo, si el grial, que es el último tesoro del viejo mundo, no se pierde, entonces, cuando llegue el día, el Pendragón regresará. Y al final todos estaremos a salvo y el mal será arrojado de aquí para no volver jamás.

»Y para que el tesoro se conserve, dijo, lo dejo a vuestro cuidado, y al de vuestros hijos y de los hijos de vuestros hijos, hasta el día último. Pues estoy herido de muerte y no puedo hacer nada más.

»Y muy pronto murió y le enterraron sobre el mar, bajo la tierra, y allí yace hasta el día de nuestro señor.

»Y así el grial pasó al cuidado de mis padres y ellos lo guardaron en la tierra de Cornualles donde los hombres aún se esforzaban por mantener vivas las viejas costumbres, mientras que en el este los hombres malvados aumentaron su número y la tierra de Logres se oscureció. Pues Arturo había desaparecido y Marcos estaba muerto, y los nuevos reyes no eran como habían sido los antiguos. Y con cada año que pasaba el grial quedaba a cargo del hijo mayor y al fin me llegó a mí.

»Y desde la muerte de mi padre lo he guardado a salvo lo mejor que he podido, en secreto y con verdadera fe; pero ahora me hago viejo y no tengo hijos, y la mayor obscuridad se cierne sobre nuestra tierra. Pues los hombres malvados, que llegaron al este en años pasados y asesinaron a los ingleses y se quedaron su tierra, ahora

regresan al oeste y no estaremos mucho tiempo a salvo de ellos.

»La obscuridad se dirige hacia Cornualles y los largos barcos navegan hacia nuestra costa, y está cerca la batalla que debe conducir a la derrota final y al fin de todo lo que hemos conocido. No queda guardián del grial, ya que el hijo de mi hermano al que he amado como si fuera mío ya se ha vuelto pagano y les guía hacia el oeste. Y para salvar mi vida, y el secreto del grial que sólo su guardián conoce, debo huir como huyó Bedwin, el extraño caballero. Pero en la tierra de Logres no queda refugio alguno, o sea que debo cruzar el mar para ir a la tierra donde, según dicen, los hombres de Cornualles han huido siempre que ha llegado el terror.

»Pero el grial no debe abandonar esta tierra, sino que debe aguardar al Pendragón, hasta que llegue el día.

»Así que lo confío a esta tierra, sobre el mar, bajo la tierra, y aquí señalo los signos por los que el hombre adecuado en el lugar apropiado puede saber dónde se halla: las señales que se decoloran pero no mueren. El secreto de su cometido no puedo escribirlo, sino llevarlo a mi tumba sin pronunciarlo. Sin embargo, el hombre que encuentre el grial y tenga otras palabras mías conocerá, por ambas cosas, el secreto. Y para él es el cometido, la promesa y la prueba, y en su día el Pendragón regresará. Y aquel día verá un nuevo Logres, con el mal desterrado; cuando el viejo mundo parezca no más que un sueño.

El tío abuelo Merry dejó de leer; pero los niños siguieron quietos y callados como si su voz aún sonara. La historia parecía encajar tan bien en la verde tierra que se ondulaba a sus pies que era como si estuvieran sentados en medio del pasado. Casi veían al extraño caballero Bedwin cabalgando hacia ellos, por la ladera, y las largas naves de los invasores acechando tras la punta de granito gris y el fleco blanco de espuma del oleaje.

Al fin, Simon preguntó:

—¿Quién es el Pendragón?

—El rey Arturo —respondió Barney.

Jane no dijo nada; siguió sentada, pensando en el triste hombre de Cornualles que se alejó por mar de su tierra amenazada. Miró al tío abuelo Merry. Éste miraba sin ver el mar y la punta que se extendía más allá de Trewissick, pensativo, las tensas líneas de su rostro relajadas.

—... cuando el viejo mundo —repitió en voz baja para sí— parezca no más que un sueño...

Simon se puso en pie y se acurrucó cerca del anciano para mirar el manuscrito que éste tenía sobre las rodillas.

—Entonces, el mapa debe de mostrar dónde está el grial. Supongamos que lo encontramos, ¿qué significará?

—Significará muchas cosas —respondió muy serio el tío abuelo Merry—. Y no

todo agradable, quizá.

—¿Qué aspecto tendrá? Por cierto, ¿qué es un grial? —Un recipiente para beber. Un cáliz. Una copa. Pero no una copa corriente—. El tío abuelo Merry les miró con gravedad. —Ahora, escuchadme. Este mapa que habéis encontrado muestra el camino para llegar a una señal que los hombres han estado buscando durante siglos. Ya os he dicho que yo lo buscaba. Pero recordad que he dicho que también había otras personas, el enemigo, si queréis llamarlo así. Estas personas son malas, y pueden ser muy peligrosas. —El anciano hablaba con gran seriedad, inclinado hacia adelante, y los niños le miraban con bastante nerviosismo.

—Hace mucho tiempo que están cerca de mí —dijo—. Y en Trewissick también han estado cerca de vosotros. Uno de ellos es Norman Withers. Otro es la mujer que se hace pasar por su hermana. Tal vez haya otros, pero no lo sé.

—Entonces, el robo... —Todos le miraron fijamente y Jane preguntó—: ¿Fueron ellos?

—Sin duda —respondió el tío abuelo Merry—. Quizá no personalmente. Pero seguro que están detrás; los libros revueltos, los mapas robados, el intento de encontrar un escondrijo bajo el suelo. Estuvieron muy cerca, más que yo. Cuando alquilé la Casa Gris no fue más que un disparo a ciegas. Había estrechado la búsqueda a la zona de Trewissick, pero nada más. Y no tenía ni idea de lo que buscaba. Podría haber sido cualquier cosa. Pero ellos lo sabían. De alguna manera habían descubierto la existencia del manuscrito y anoche vinieron a por él. No habían calculado que vosotros lo encontraríais antes por casualidad. —Sonrió levemente—. Me gustaría ver la cara de los Withers hoy.

—Ahora todo encaja —dijo Simon despacio—. El que se hicieran amigos de papá tan deprisa, el llevarnos en el barco...

Por un desagradable instante oyó la voz del tío abuelo Merry repitiendo con énfasis:

—Pueden ser muy peligrosos.

Barney dijo:

—Pero, tío Merry, ¿tú sabías que encontraríamos alguna cosa?, nosotros, quiero decir, Simon, yo y Jane. Su tío abuelo le miró con aspereza.

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, no sé... —Barney no encontraba palabras—. Tú debiste de mirar antes de que llegáramos y no encontraste nada. Pero cuando vinimos, tú nunca estabas allí. Siempre desaparecías, casi como si nos dejaras la casa para nosotros. El tío abuelo Merry sonrió.

—Sí, Barney —dijo—. Pensaba que tal vez lo encontraríais, porque os conozco muy bien a los tres. Tuve esta idea antes de que la tuvieran nuestros amigos, de modo que pese a su interés por la Casa Gris aún les preocupaba qué buscaba yo. Y les llevé

por todo el sur de Cornualles mientras vosotros estabais en casa. Yo era, digamos, un señuelo.

—Pero qué... —dijo Barney.

—No importa —le interrumpió Simon. Había estado mirando por encima del codo del tío abuelo Merry—. Ahora es evidente. La cuestión es, ¿qué hay del mapa?

—Tienes razón —dijo el tío abuelo Merry—. No tenemos tiempo que perder.

—Es un mapa de Trewissick —dijo impaciente Simon—. Jane lo descubrió. Sólo que al parecer la costa ha cambiado...

—Lo comparé con el mapa de una guía que encontré en la Casa Gris —informó Jane. No le pareció que valiera la pena mencionar su visita al vicario—. Lo curioso es que aunque el contorno de la costa no es igual, los nombres son los mismos. Si miras con atención el manuscrito, una de las puntas se llama King Mark's Head, pero está mal escrito. Y éste es el nombre que utiliza la guía para citar Kemare Head. O sea que el manuscrito debe ser de Trewissick.

—Eso es —dijo el tío abuelo Merry, inclinado sobre el pergamino—. Simple corrupción, consonantes que han desaparecido... —De pronto levantó la cabeza—. ¿Qué has dicho? Jane puso cara de asombro. —¿Qué?— ¿Has dicho que en la guía se llamaba King Mark's Head?

—Sí. ¿Es importante?

—¡Oh, no! —La acostumbrada expresión remota del tío abuelo Merry le cubrió el rostro como un velo—. Pero ese nombre en concreto no se ha utilizado durante mucho tiempo y la mayoría lo ha olvidado. Me gustaría echar un vistazo a esa guía.

—No lo entiendo. —Simon examinaba el viejo mapa—. Aunque sea Trewissick, ¿adonde nos lleva esto? Es el mapa del tesoro más inútil que jamás he visto; está lleno de señales curiosas pero ninguna significa nada. No lleva a ningún sitio, o sea que ¿cómo puede indicar dónde está el grial?

El tío abuelo Merry señaló el manuscrito. —Recuerda lo que dice el texto... «para el hombre adecuado, en el lugar apropiado».

—Quizá es como uno de esos laberintos que a veces hay en los libros —dijo Jane, pensativa—. Los que son fáciles cuando ya estás metida pero es terriblemente difícil encontrar dónde hay que empezar. A lo mejor quería decir esto con lo del «lugar apropiado». Si llevas el mapa al punto de partida correcto, entonces te dice adonde ir desde allí. Simon casi gimió:

—Pero ¿cómo averiguaremos dónde empezar? Barney, que estaba de pie junto al codo del tío abuelo Merry, no estaba escuchando. Había caído en uno de sus silencios soñadores, miraba el puerto embelesado y de vez en cuando volvía a mirar el mapa.

—Ya sé lo que me recuerda —dijo en tono reflexivo. Nadie le hizo caso. Barney prosiguió, abstraído, hablando para sí—: Es como uno de los dibujos de mamá, los que ella llama bocetos de perspectiva. Parece un dibujo, no un mapa realmente. Está

la silueta de esta colina que sobresale por el extremo del puerto cuando miras abajo, y la punta se curva así —trazó con el dedo en el aire la vista que tenía ante sí— y aquellas piedras de encima forman los curiosos bultitos del lado del mapa...

—¡Caramba, lo ha descifrado! —gritó Simon, zarandeando a Barney para que saliera de su ensueño—. ¡Es esto, mirad! Es un dibujo, y no un mapa, y por esto la forma parecía diferente al compararla con la guía. Mirad, se puede ver... —Cogió el manuscrito con cuidado de las manos del tío abuelo Merry y lo sostuvo delante de ellos, contra el largo brazo rocoso de Kemare Head. Y al mirar la punta del manuscrito de nuevo, las toscas líneas marrones de pronto formaron un evidente dibujo de la escena que tenían ante ellos y se preguntaron cómo era posible que hubiera creído que se trataba de un mapa.

—Bueno, entonces... —dijo Jane mirando con incredulidad a uno y a otro— éste debe de ser el lugar adecuado. El principio del laberinto. Todo este tiempo hemos estado, sin saberlo, en el mismo sitio que el hombre que hizo el dibujo. —Miró el manuscrito con sobrecogimiento.

—Vamos —dijo Barney, radiante de entusiasmo por lo que había descubierto—. Sabemos de dónde partió. ¿Cómo encontramos adonde fue desde aquí?

—Mira el dibujo. Hay una especie de mancha señalada en la punta de tierra.

—Hay manchas por todas partes. La mitad son manchas y el resto son marcas de suciedad.

—Las marcas de la edad —dijo sepulcralmente el tío abuelo Merry.

—No, pero ésta es intencionada —insistió Simon—. Aquí mismo, donde... ¡caramba! Tiene que ser la roca en la que estás apoyado, tío Merry.

Su tío abuelo miró alrededor con aire crítico.

—Bueno, es posible, supongo. Sí, claro que es posible. Un saliente natural, creo, no levantado por las manos del hombre.

Barney se levantó y rodeó corriendo la roca, mirando de cerca sus cicatrices amarillas de líquenes y todas las grietas y huecos, pero no vio nada inusual.

—Parece corriente —dijo, decepcionado, al aparecer por el otro lado.

Jane se echó a reír.

—Te pareces a Rufus, cuando va olisqueando tras un conejo y luego descubre que no hay nada.

Barney se dio una palmada en la rodilla.

—Sabía que teníamos que haber traído a Rufus. Habría sido muy útil para buscar, olisqueándolo todo.

—No se pueden olisquear cosas que llevan siglos escondidas, cabezota.

—Por qué no. Espera y verás; apuesto a que nos ayudará.

—Ni lo sueñes.

—Por cierto, ¿dónde está?

—Con la señora Palk. Encerrado en algún sitio, supongo, el pobre. Ya sabes que papá dijo que no quería verle dentro de casa.

—La señora Palk se lo lleva a su casa cada noche.

—Si anoche no se lo hubiera llevado, a lo mejor habría pillado a los ladrones.

—¡Claro!

Hubo un momento de silencio mientras digerían esta idea.

—No confío en la señora Palk —dijo Jane con aire sombrío.

—Bueno, no te preocupes —dijo animado el tío abuelo Merry—. Por lo que sé de ese perro, se habría limitado a lamerles las manos y decirles que adelante.

—No le gusta el señor Withers —dijo Barney—. Ayer, cuando bajamos del barco, se acercó a nosotros meneando la cola, pero cuando vio al señor Withers, bajó el rabo y se puso a ladrar. Todos nos reímos —añadió, pensativo.

—Bueno, mañana lo traeremos. Pero tendremos que ir pronto a casa y aún no hemos ni empezado. Tío Merry, ¿realmente esta roca podría significar algo? —Simon frotó su superficie gris con expresión dubitativa.

—Quizá está alineada con algo —dijo Jane esperanzada—. Mirad el mapa, quiero decir, el dibujo.

—No sirve de nada. Podría estar alineada con cualquiera de esas manchas.

—Bueno, entonces, deberíamos descubrir dónde están todas las manchas e ir a ver si hay algo cerca de ellas.

—Pero se necesitarían meses.

—¡Oh! —exclamó Barney, dando una patada al suelo, impaciente—. Es terrible. ¿Qué vamos a hacer?

—Dejarlo —dijo inesperadamente el tío abuelo Merry.

—¿Dejarlo? —preguntaron al unísono, mirándole fijamente.

—Dejarlo hasta mañana. Lo pensaremos con la mente despejada. No tenemos mucho tiempo, y al final será una carrera, pero de momento ya está bien. El otro bando no sabe que hemos encontrado algo. Me vigilan como halcones, pero no sospechan de vosotros, y con un poco de suerte no lo harán. Podéis iros y pensar en ello esta noche.

—¿No volverán otra vez? —preguntó Jane, nerviosa.

—No se atreverán. No, eso fue muy arriesgado; se lo jugaron todo a ver si encontraban una pista la primera vez y fallaron. Ahora intentarán algo distinto.

—Ojalá supiéramos qué.

—Tío abuelo Merry —dijo Simon—, ¿por qué no podemos decir a la policía que fueron ellos? Así no podrían ir detrás de nosotros.

—Sí-dijo Jane impaciente. —¿Por qué no?

—No es posible-dijo Barney con convicción.

—¿Por qué no?

—No lo sé.

Los tres miraron al tío abuelo Merry. Éste dijo, evasivo:

—¿Por qué no habéis dicho a la policía que creéis saber qué buscaban los ladrones?

—Bueno, se habrían reído. Habrían dicho que esto no es más que un papel viejo.

—Y si hubiéramos acudido a ellos ya no habría sido un secreto y no habríamos podido descubrir lo que significa el mapa.

—Y de todos modos —dijo Jane, con una punzada de culpabilidad—, no les hemos contado a papá y mamá lo que encontramos.

—Bien —dijo el tío abuelo Merry—, les hubierais dicho que habíais encontrado un viejo pergamino en el desván y que creíais que es lo que los ladrones buscaban. Y nuestro querido sargento, que se contenta con pensar que los culpables fueron simples gamberros, habría sonreído con indulgencia y os habría dicho que os fuerais a jugar.

—Eso es. Por esto no lo hemos hecho.

El tío abuelo Merry sonrió.

—Bueno, yo podría ir a verles y decirles que este manuscrito es una pista para encontrar una especie de copa antigua, llamada grial, que está escondida en Trewissick. Cuenta la verdadera historia del rey Arturo. El hombre del yate llamado Lady Mary lo quiere, y anoche entró en casa, y me ha hecho seguir día y noche para descubrir si lo he encontrado antes que él. ¿Y qué ocurriría?

—Arrestarían al señor Withers —dijo Simon esperanzado, pero parecía menos convencido que antes.

—El sargento iría a ver al señor Withers, que por supuesto tendría una coartada perfecta para la noche del robo, y le interroga; —ría, pidiendo disculpas, sobre mi extraña historia. El señor Withers le daría la imagen de un cortés y caballeroso anticuario que está de vacaciones con su guapa hermana.

—Esto es lo que nosotros pensamos que era —señaló Barney—. El sargento me conoce —prosiguió el tío abuelo Merry—, y sabe que a veces hago cosas... —ahogó la risa— excéntricas. Reflexionaría sobre el asunto y se diría para sí: pobre viejo profesor, todo esto ha sido demasiado para él. Tanto aprender, tanto leer le ha trastocado la cabeza.

—Lo haces incluso mejor que Simon —dijo Jane admirada—. Ahora lo entiendo —dijo Simon—. Parecería una cosa fantástica. Y si nosotros le dijéramos al sargento que el señor Withers y su hermana han estado haciendo preguntas sobre libros antiguos, le parecería algo completamente normal y no sospecharía nada. Levantó la mirada y sonrió.

—Claro, no podemos decírselo. Lo siento, no lo había pensado. —Bueno, ahora debes pensar, y en serio— dijo el tío abuelo Merry, volviendo sus ojos oscuros a cada niño. —Voy a decir algo que no repetiré. Tal vez pensáis lo mismo que pensaría

el sargento, que todo esto es un asunto de una rivalidad particular. Un viejo profesor y un coleccionista de libros que intentan vencerse el uno al otro en algo que no interesa a nadie más. —¡No!— Claro que no.

—Es mucho más que eso —declaró Jane impulsivamente—. Tengo la sensación...

—Bueno, si todos tenéis una sensación, si entendéis un poco lo que he intentado deciros antes, es más que suficiente. Pero no me gusta veros mezclados en esto, y aún debería gustarme menos si creyera que no teníais idea de lo que hacíais.

—Haces que parezca tremendamente grave —dijo Simon.

—Lo es... Me preocupa porque tengo que mantenerme al margen, para hacerles creer que sólo tienen que ocuparse de mí. Para que os dejen en paz, con la responsabilidad de desentrañar esto. —Tocó el manuscrito que Simon tenía en la mano—. Paso a paso, por difícil que sea.

—Bárbaro —exclamó Barney, feliz.

Simon miró a su hermano y a su hermana y se irguió, tratando de parecer lo más digno que se puede parecer cuando se lleva pantalón corto y sandalias.

—Bueno, soy el mayor...

—Sólo por once meses—protestó Jane.

—Bueno, pero lo soy, y soy responsable de vosotros dos y debería ser el portavoz, y... y... —vaciló y abandonó todo intento de dignidad— y, sinceramente, tío Merry, no sabemos lo que hacemos. En cierto modo es una especie de búsqueda, como ha dicho Barney. Y no es como si estuviéramos completamente solos.

—De acuerdo —dijo el tío abuelo Merry—. Es un pacto. —Y les estrechó la mano uno a uno con gran solemnidad. Todos se miraron, con asombro y un poco sin habla, y después de pronto se sintieron un poco tontos y se echaron a reír. Pero tras la risa eran levemente conscientes de que entre ellos existía una nueva proximidad que era reconfortante ante el posible peligro.

Cuando recogieron las cosas y empezaron a descender la colina, se pararon en seco cuando el tío abuelo Merry dijo:

—Primero echad un buen vistazo. —Hizo un gesto amplio con el brazo para abarcar el puerto, los acantilados y el mar—. Llevaos la imagen real. Aprended su aspecto.

Los niños miraron una vez más el panorama que se veía desde la pendiente. El sol se ponía en el cielo occidental, sobre Kemare Head y la Casa Gris, iluminando la cima de la punta de tierra y las extrañas rocas grises que se recortaban en el cielo. Pero el puerto ya se estaba oscureciendo. Mientras miraban, el sol pareció ponerse lentamente, hasta que su intolerable brillo estuvo sobre los dedos delineados del conjunto de piedras verticales y las piedras mismas se hicieron invisibles.

Capítulo 7

—Bueno, yo creo que está debajo de la Casa Gris.

—Sí; mirad, los ladrones intentaron levantar el suelo.

—Pero buscaban el mapa, no el grial.

—No. Recuerda lo que dijo el tío abuelo Merry. No sabían lo que buscaban, como él. Era posible que hubiera una pista, como el mapa, o podría ser el objeto mismo.

—Bueno, la pista estaba allí, ¿por qué no podía estar también el objeto?

—Memo —dijo Simon, enrollando el mapa—, la Casa Gris no está señalada. Ni siquiera hay una mancha. En aquella época no estaba. Recuerda que nuestro hombre vivió hace novecientos años.

—Ah.

Estaban sentados en la hierba a medio camino de Kemare Head, junto a uno de los senderos trillados que subían en zigzag por la ladera. El tío abuelo Merry les había dejado solos. «Un día de gracia para encontrar la primera pista —les había dicho—, mientras yo distraigo a los sabuesos. Sólo un consejo: no empecéis hasta la tarde. Pasad la mañana conmigo en la playa o haciendo cualquier cosa. Entonces estaréis seguros de que los sabuesos se han ido».

Después se había ido a pescar con el padre de los niños, que tenía intención de probar una parte del mar junto a una punta situada a casi dos kilómetros. Y cuando su pequeño bote salió del puerto, con el padre en la caña del timón y el tío abuelo Merry erguido en la proa, el yate Lady Mary, reluciente bajo el sol, al cabo de unos minutos salió en silencio tras ellos; en el tranquilo mar matinal se oía el débil ronroneo del motor. Desde la casa, habían visto desplegarse las velas poco a poco y ondear cuando entraron en la bahía. Salió a alta mar en un rumbo amplio, pero desde el que el tío abuelo Merry y el padre siempre estarían a la vista.

En la punta de tierra, el sol de la tarde les daba en las piernas desnudas y soplaba una leve brisa.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó Jane abatida; arrancó una brizna de hierba y se puso a mordisquearla—. Es desesperante. No sabemos por dónde empezar. Quizá debiéramos volver a donde estuvimos ayer.

—Pero ya sabemos qué aspecto tienen las cosas desde allí.

—Bueno, ¿y qué?, ¿qué cosas?

—Bueno... la punta de tierra, el mar, el sol... y aquellas piedras que hay allí arriba. —Barney hizo un gesto ambiguo por encima de sus cabezas, cuesta arriba—. Me parece que tienen algo que ver con esto. El hombre de Cornualles debía de poder verlas. Tito Merry dice que tienen tres mil años de antigüedad, o sea que hace novecientos años tenían que tener el mismo aspecto que ahora.

—Desde el otro lado se ven muy bien. —Simon se levantó, interesado.

—Pero están muy lejos —señaló Jane—. Quiero decir, la primera pista podría ser que tienes que dar diez pasos a la izquierda, o algo así. En las historias sobre tesoros escondidos siempre es así. Pero para llegar a esas piedras de aquí, desde allí, tendrías que dar mil pasos atravesando el puerto. No tiene sentido.

—No tiene por qué ser así —dijo Simon—. Podría ser también que hubiera que alinear algo con otra cosa para encontrar la tercera.

Barney cerró los ojos y contrajo el rostro, tratando de evocar la escena que el día anterior habían contemplado con tanta atención.

—¿Recordáis cuando ayer se puso el sol? —preguntó despacio—. La piedra más grande estaba alineada con el sol, desde donde estábamos. Lo recuerdo porque sólo se veía si mirabas directamente, no sé si me entendéis.

Simon volvió a examinar el manuscrito, con la agitación pintada en el rostro.

—Me parece que aquí hay algo. Esta cosa redonda dibujada aquí, sobre las piedras verticales, que creíamos que era simple decoración, a lo mejor representa al sol. Si sabía que el mapa tardaría muchos años en ser encontrado, tenía que utilizar signos como el sol, que no era probable que cambiaran.

—Vamos, pues, echemos un vistazo. —Jane se puso en pie de un salto; y de pronto se quedó paralizada—. Simon, de prisa —dijo en voz baja y tensa—. Esconde el mapa.

Simon frunció el entrecejo.

—¿Qué ocurre?

—¡Rápido! Es la señorita Withers. Viene por el camino, y está con alguien. Dentro de un minuto estarán aquí.

Simon enrolló apresuradamente el manuscrito y lo metió en su mochila.

—¿Quién está con él?

—No lo veo; ¡sí! —Jane se volvió con brusquedad como si mirar le hiciera daño, y volvió a sentarse. Estaba ruborizada—. Es aquel chico. El que me atropello con la bici. Sabía que estaba mezclado en todo esto.

Entonces oyeron voces, cada vez más cerca. La de la señorita Withers les llegó con claridad.

—No me importa, Bill, tenemos que comprobarlo todo. Puede que él ya haya... —Entonces, recortadas en el cielo, vio las siluetas de los niños, que le miraron sin expresión, y se paró en seco. El muchacho también se paró, echando fuego por los ojos.

Por un momento la señorita Withers se quedó con la boca ligeramente abierta, sorprendida. Luego, recuperó el control de sí misma y les sonrió.

—¡Vaya! —exclamó en tono animado, acercándose a ellos—. ¡Qué agradable sorpresa! Toda la familia Drew. Espero que no os cansaseis demasiado con la excursión del otro día.

—En absoluto, gracias —contestó Barney con su voz más clara y cortés.

—Es un barco estupendo —dijo Simon, igualmente distante y educado.

—¿Y qué hacéis aquí arriba? —preguntó la señorita Withers con inocencia. Vestía pantalones y una blusa blanca sin mangas que dejaba al descubierto los brazos muy morenos; la brisa agitaba su pelo oscuro. Tenía un aspecto saludable y muy atractivo.

Miró a Jane, expectante. Jane tragó saliva.

—Estábamos contemplando el mar. Esta mañana hemos visto salir su barco.

—Creíamos que usted también estaba allí —añadió Simon sin pensar.

Una expresión de cautela cruzó el rostro de Polly Withers.

Dijo con calma:

—Ah, no soy buena marinera, como probablemente ya os dije.

Simon miró con gesto ostensible el mar, que estaba plano y quieto como un estanque. La señorita Withers siguió su mirada y dijo:

—Más tarde estará muy picado, recuérdalo.

—¿Qué? —exclamó Simon. Su semblante era inexpresivo, pero había una ligerísima nota de insolente incredulidad en su voz. Por primera vez, la sonrisa de la señorita Withers se desdibujó un poco.

Antes de poder añadir nada, el muchacho que iba con ella habló.

—La señorita Polly tiene razón —dijo bruscamente, mirando a Simon con expresión furibunda—. Sabe más del mar que todos los viejos juntos. —Sacudió la cabeza con desprecio señalando hacia el puerto.

—¡Oh!, no os he presentado —dijo la señorita Withers, animada—. Perdóname. Jane, Simon, Barnabas, éste es Bill, nuestro brazo derecho. Sin él, el Lady Mary no podría hacer nada.

El muchacho se sonrojó y bajó los ojos al suelo, después de echarle una rápida mirada a ella. Jane pensó: la encuentra maravillosa.

—Ya nos conocemos —dijo Simon, escueto.

Barney preguntó:

—¿Cómo está tu bici?

—A ti qué te importa —espetó el muchacho.

—Cuidado con los modales, Bill. —Pese a la dulce sonrisa, la voz de la señorita Withers era tensa y fría como un cable de acero—. Así no se habla a los amigos.

Bill la miró con aire de reproche y echó a andar sin decir una palabra.

—Dios mío —suspiró la señorita Withers—. Ahora he herido sus sentimientos. Estos provincianos son muy sensibles. —Les hizo una graciosa mueca de conspiración—. Supongo que será mejor que vaya tras él. —Se volvió para seguir al muchacho, y después se giró en redondo. Las palabras brotaron como un rayo—: ¿Habéis encontrado un mapa?

Hubo un momento de rugiente silencio que pareció una hora en que les miró fijamente. Y entonces Barney, impulsado por el puro miedo, se refugió en una tontería.

—¿Ha dicho un mapa, señorita Withers, o una entrada? Hemos encontrado un agujero en el seto, allí abajo, así es como hemos subido. Pero no tenemos ningún mapa, al menos yo no, no sé Simon y Jane... ¿No conoce el camino?

La señorita Withers, que seguía mirándoles fijamente, volvió a mostrarse amistosa.

—Sí, Barnabas, un mapa... No conozco muy bien el camino. Y esta mañana no he podido encontrar ningún mapa en las tiendas. Estoy buscando un pequeño sendero, justo al otro lado, y Bill no me sirve de gran ayuda.

—Me parece que el tío abuelo Merry tiene un mapa —dijo Jane con ambigüedad. Estaba mirando con atención por el rabillo del ojo; pero en el rostro de la señorita Withers no se movió ni un músculo—. ¿No ha visto al tío abuelo, señorita Withers? Ha salido a pescar con papá. ¡Qué pena! Lamento mucho no poder ayudarla.

—Espero que encuentre el camino —dijo Simon con amabilidad.

—Sí, eso espero —dijo la señorita Withers. Les obsequió con una sonrisa radiante y volvió a enfilar el sendero, con la cabeza alta—. Adiós a todos.

Les observaron en silencio hasta que desaparecieron tras la línea del horizonte. Entonces Barney se echó boca abajo en el suelo y empezó a rodar, soltando un largo suspiro de alivio.

—¡Biiieeeeeen! ¡Qué susto, cuando has dicho...! —Hundió la cara en la hierba.

—¿Crees que se ha dado cuenta? —preguntó Jane, ansiosa, a Simon—. ¿Se nos ha notado?

—No lo sé. —Simon miraba pensativamente la tranquila pendiente. No había señales de la señorita Withers ni de nada salvo una oveja que pacía a lo lejos—. No lo creo. Bueno, debemos de haber parecido bastante tontos, cuando ha preguntado por un mapa, tú, al menos... —Y tú también.

—Bueno, de todos modos, podíamos habernos sorprendido igualmente cuando ha preguntado esto sin venir a cuento. No creo que sea capaz de saber si teníamos cara de culpabilidad o sólo de sorpresa. Espero —añadió, adquiriendo confianza a medida que hablaba— que se haya creído realmente que pensábamos que quería un mapa corriente para encontrar el camino. —A lo mejor era así.

—¡Ni lo sueñes! —exclamó Barney, emergiendo de la hierba—. Nos estaba poniendo a prueba. Si no, ¿por qué habría dicho «encontrado»? ¿«Habéis encontrado» un mapa? Cualquier persona normal habría dicho, por ejemplo, «¿tenéis un mapa?».

—Tiene razón. —Simon se puso en pie, sacudiéndose el polvo de las piernas—. El tío abuelo Merry también tenía razón. No se arriesgan. La señorita Withers se ha

sorprendido al vernos, pero no ha tardado ni cinco segundos en preguntar por el mapa.

—Ha sido desagradable —dijo Jane, encogiendo los hombros como si quisiera sacudirse de encima el recuerdo. Miró colina arriba—. ¿Cómo vamos a subir ahora? No podremos saber si ella y el horrible chico están escondidos en algún sitio, mirando todo lo que hacemos.

—Bueno, no tenemos que dejar que esto nos detenga —dijo Simon alzando la barbilla—. Si creemos que nos observan, nunca haremos nada. Si nos comportamos con normalidad, como si estuviéramos paseando, no tiene por qué pasar nada. —Cogió su mochila—. Vamos.

La ladera de Kemare Head era más empinada que la punta opuesta, y durante largo rato, mientras subían en zigzag, no vieron sobre ellos más que la línea de la pendiente contra el cielo, con el sol derramándose sobre sus ojos. El final de la punta, rocosa y gris, entraba en el mar y parecía inmensamente sólida, como si fuera toda roca y la superficie nada más que una piel.

Y llegaron a la cima de la cuesta, donde la hierba era más corta en una gran extensión verde y vieron las piedras verticales. Cuando se acercaron, tuvieron la impresión de que las piedras crecían, señalando en silencio el cielo, como grandes lápidas clavadas en el suelo.

—Piedras —dijo Simon—, es la palabra más insuficiente que jamás he oído. Es como llamar «palo» a la Columna de Nelson.

Se quedó pensando en las gigantescas columnas de granito que se elevaban junto a él. Había cuatro; una era mucho más alta que el resto, y las otras tres estaban agrupadas alrededor de forma irregular.

—A lo mejor el grial está enterrado debajo de una de éstas —sugirió Barney.

—No puede ser, son demasiado antiguas... de todos modos, me parece que te equivocas en lo de que está enterrado.

—Oh, vamos, tiene que estarlo —dijo Jane—. ¿Cómo podría estar escondido algo tanto tiempo?

—Y recuerda aquel fragmento del manuscrito —dijo Barney—: Sobre el mar, bajo la tierra.

Simon se frotó la oreja, aún insatisfecho.

—Aquí no estamos sobre el mar. El mar está a kilómetros. Bueno, kilómetros no, pero apuesto a que hay cuatrocientos metros hasta el final de la punta.

—Bueno, pero estamos sobre el mar, ¿no?

—Estoy seguro de que no se refiere a esto. Sobre el mar, sobre el mar... me pregunto... bueno, vamos demasiado deprisa. Paso a paso, dijo el tío Merry. Deberíamos quedarnos donde estamos.

Simon miró el sol, que poco a poco se hundía en la costa donde los acantilados se

adentraban en la neblina detrás de Kemare Head.

—Mirad las piedras. El sol pronto estará tan bajo como ayer.

—Tienen un aspecto diferente cuando estás cerca. —Jane rodeó los pilares de roca—. Queremos saber cuál es la que estaba alineada con el sol desde el otro lado, ¿verdad? Pero ¿cómo vamos a averiguarlo desde aquí?

—Era la más grande —dijo Barney—, la más alta.

El sol relucía en el horizonte y arrojaba una calidez doradoanaranjada a sus rostros.

—Mirad las sombras —señaló Simon de pronto. La sombra que se proyectaba en el suelo ante él movió un largo brazo, con los bordes moteados por la hierba, cuando el niño señaló—. Así es como podemos hacerlo desde este lado. Hacia atrás. Si ayer había una piedra directamente entre nosotros y el sol, esto significa que desde aquí su sombra señalaría directamente a donde estábamos entonces. Hacia la roca en la que tío Merry se apoyaba. Mirad, desde aquí se ve.

Siguiendo su brazo, vieron la roca de la otra punta de tierra; una lejana silueta en la línea del cielo, iluminada por el tono dorado del sol poniente. Era más alta que la piedra vertical de Kemare Head y estaba más hacia el mar. Pero era sin lugar a dudas el lugar donde habían estado el día anterior.

Jane miró a Simon con franca e inusual admiración. El niño se sonrojó un poco y se animó.

—Vamos, Barney, rápido, antes de que el sol se oculte. ¿Qué piedra crees tú que era?

—Bueno, era la más grande, o sea que debía de ser ésta.

Barney bajó uno o dos metros hasta la piedra más alta. Cruzó al otro lado, para ponerse de cara al puerto, y se agazapó en la sombra, mirando la piedra solitaria del otro lado de la bahía. Frunció el entrecejo con aire dubitativo. Simon y Jane se pusieron a su lado, aguardando con impaciencia.

Barney, cada vez más ceñudo, de pronto se puso de bruces sobre la hierba, de modo que quedó tendido a lo largo de la sombra puntiaguda y mirando directamente al frente.

—¿Estoy bien recto? —preguntó con voz un poco ahogada.

—Sí, sí, completamente. ¿Es la correcta?

Barney se puso en pie con aire triste.

—No. Esta sombra no señala exactamente la roca. La roca se ve bien, pero tienes que desviar un poco los ojos para mirarla directamente. Y esto es hacer trampa.

—Pero has dicho que veías la piedra más alta. —Aún lo digo.

—No lo entiendo —dijo Jane, decepcionada. Simon estaba pensando, concentrado, sosteniendo la mochila por la correa y golpeándose con ella, distraído, la pierna. Se volvió y miró las otras tres piedras, ahora negras con ribetes dorados

recortadas sobre el resplandor del sol. Entonces lanzó un grito, dejó caer la mochila y se precipitó hacia la piedra que estaba más lejos, y allí se tumbó en el suelo como Barney había hecho para estirarse en su sombra. Conteniendo el aliento apoyó la barbilla en la hierba y cerró los ojos.

—Muévete un poco a la izquierda, no estás recto —le indicó Jane, detrás de él, empezando a entender.

Simon se movió unos centímetros, apoyándose en los codos. —¿Así estoy bien? — Sí.

Simon cruzó los dedos y abrió los ojos. Directamente delante de él, sobre las briznas de hierba, en el centro de su línea de visión, la roca iluminada por el sol de la punta de tierra del otro lado le miraba fijamente a la cara.

—Es ésta —dijo con voz curiosamente apagada. Barney corrió hasta allí y se dejó caer a su lado—. Déjame, déjame. —Eché a Simon dándole codazos y miró con los ojos entornados la roca del otro lado del puerto—. Tienes razón —dijo de bastante mala gana—. Pero yo vi la piedra más grande, lo sé.

—Es verdad-dijo Jane. —¿Qué quieres decir?

—Mira cómo están puestas las piedras. Fíjate en la pendiente que hace el terreno. Esto es la cima de la punta de tierra, pero no es plana, y la piedra grande está más baja que las otras. La que está a tu lado está más arriba, aunque no es la más alta. O sea que cuando ayer viste su silueta recortada en el cielo, parecía ser la más alta.

—Caramba —exclamó Barney—, no se me había ocurrido.

Simon dijo con orgullo:

—Suponía que al final llegaríais a esto.

—Has sido muy listo —declaró Jane—. Si no hubieras sido tan rápido, quizá nunca lo habríamos descubierto. Pronto ya no habrá sombras. —Señaló la hierba. El resplandor del sol desaparecía en el lejano horizonte detrás de ellos y la sombra iba cubriendo el terreno, tragándose las largas sombras de las piedras. Pero al otro lado del puerto la roca de la otra punta, más elevada y expuesta más tiempo al sol, aún brillaba como un faro.

Barney exclamó con gusto:

—¡Lo tenemos! ¡Lo tenemos! —Golpeó con una mano la dura y cálida roca de la piedra vertical y empezó a girar—. Estamos en el primer peldaño, ¿no es fabuloso?

—Sólo el primer peldaño —dijo Simon. Pero también él estaba entusiasmado. Los tres se sintieron de pronto llenos de energía.

—Pero hemos empezado...

—Ahora sabemos dónde buscar la siguiente pista.

—Desde aquí. —Barney pasó otra vez la mano por la superficie de la piedra vertical—. Desde ésta.

—Pero ¿hacia dónde? —preguntó Simon, decidido a ser realista—. ¿Y cómo?

—Tendremos que volver a echar un vistazo al mapa. Seguro que nos lo dirá. Quiero decir que, en realidad, la primera pista estaba indicada, cómo llegar desde la otra punta hasta la piedra de aquí, sólo que no supimos interpretarla. —Barney corrió a donde Simon había dejado la mochila, la abrió y hurgó dentro, de donde sacó el estuche con el manuscrito—. Mirad —dijo, y se sentó y extendió el mapa en la hierba ante sí—. Aquí, donde está marcada la piedra...

—Ve un poco más arriba —dijo Simon, mirando por encima de su hombro—. El sol todavía da en la hierba un poco más arriba, y necesitas buena luz para examinarlo. Además, se estará más caliente.

Barney subió de mala gana la cuesta, pasando por delante del gran pie gris de la última piedra vertical, la más grande, hasta donde la hierba aún era de un vivo color verde, iluminada por la última luz del sol. Simon y Jane le siguieron y se quedaron de pie a ambos lados para que sus sombras no obscurecieran el indistinto dibujo del pergamino. Se inclinaron, atentos, examinando el tosco bosquejo, trazado novecientos años antes, de las piedras verticales.

Detrás de ellos, la voz de la señorita Withers dijo:

—Así que, después de todo, habéis encontrado un mapa.

Una gran oleada de horror envolvió a Barney, que se quedó paralizado sobre el manuscrito. Simon y Jane se giraron en redondo, alarmados.

La señorita Withers estaba más arriba en la colina, cerca de ellos. Su contorno recortado sobre el cielo del atardecer era oscuro y amenazador y no le veían el rostro. El muchacho, Bill, apareció en silencio detrás de ella y se quedó a su lado. Verlos a los dos allí llenó a Jane de pánico, y de pronto el silencio y el vacío de la punta de tierra le dio miedo.

Sin darse cuenta, Barney soltó un extremo del manuscrito, que se cerró como un resorte. El débil crujido que su movimiento produjo sonó como un disparo en el silencio.

—Oh, no lo guardes —dijo con claridad la señorita Withers—. Quiero echar un vistazo.

Avanzó un paso, tendiendo la mano, y Jane, muerta de miedo al ver el rostro inexpresivo de aquella mujer, gritó de pronto:

—¡Simon!

Cuando la obscura figura se dirigía rápidamente hacia él, Simon reaccionó. Más rápido que su propio pensamiento giró en redondo, se agachó velozmente y arrebató el manuscrito que Barney tenía sobre las rodillas. Y entonces desapareció, medio corriendo y medio resbalando, colina abajo, hacia el pueblo.

—¡Bill! ¡Rápido! —gritó la señorita Withers.

La figura silenciosa que estaba junto a ella de pronto cobró vida y echó a correr tras Simon. Pero era demasiado torpe para correr tanto y a medio camino tropezó y

estuvo a punto de caer. Se recuperó casi enseguida, pero no antes de que Simon, corriendo y resbalando por la hierba y los senderos zigzagueantes, hubiera ganado una ventaja de treinta metros.

—No le cogerá —dijo Jane, la voz temblorosa por la emoción, notando que una amplia sonrisa de alivio se dibujaba en sus labios.

—¡Corre, Simon! —gritó Barney, poniéndose en pie.

La señorita Withers se aproximó a ellos y entonces le vieron la ara contraída por la rabia, desconocida y nada atractiva. Les espetó:

—Estúpidos niños, entrometiéndoos en cosas que no entendéis...

Se apartó de ellos y echó a andar con grandes pasos colina abajo, en la misma dirección que Simon había tomado. Observaron su espalda cruzar y recuzar la pendiente mientras seguía el sendero en zigzag hasta que desapareció de la vista.

—Vamos —dijo Barney—. Tenemos que buscar a tío Merry. Simon necesitará ayuda.

La hierba reseca era como madera barnizada bajo los pies de Simon: no le proporcionaba agarre y por ello resbalaba continuamente, pero siempre levantaba el brazo para evitar que el manuscrito se estropease. Detrás de él oía el ruido del muchacho del pueblo, que también resbalaba y tropezaba, respiraba roncamente y de vez en cuando soltaba una maldición ahogada, cuando perdía pie y se caía.

Mientras corría hacia el puerto, Simon tenía la sensación de que casi podía saltar al mar. La pendiente parecía mucho más pronunciada que cuando habían subido por el sendero y se extendía a sus pies en una interminable curva verde. El corazón le latía con fuerza y estaba demasiado concentrado en huir para imaginar qué ocurriría si el muchacho le atrapaba. Pero poco a poco, minuto a minuto, el pánico que le atenazaba el estómago estaba desapareciendo.

Ahora todo dependía de él: mantener el manuscrito a salvo y escapar. Casi se estaba divirtiendo. Esto podía entenderlo: era como una carrera o en el colegio, él contra Bill. Y quería ganar.

Jadeante, miró por encima del hombro. El muchacho parecía estar a punto de darle alcance. Simon siguió su loca carrera, alarmantemente rápida, en la que resbalaba y se golpeaba la espalda, y se Poma en pie de nuevo con un par de pasos vacilantes.

Y de pronto se encontró al pie de la pendiente, tropezando y respirando con dificultad. Echó un vistazo a Bill, quien le gritó cuando vio que miraba, y echó a correr por el campo, como una liebre, sintiéndose más seguro. Pero no podía deshacerse del muchacho que le perseguía. Más fuerte, más corpulento y con las piernas más largas, el chico del pueblo corría tras él con inflexible determinación, con más dificultad, pero sin perder terreno.

Simon se dirigió hacia unos escalones que había para pasar el seto del otro lado

del campo y saltó por encima, agarrándose con una mano al peldaño de madera de arriba. En el otro lado había un sendero tranquilo, con surcos duros como la roca, bordeado de árboles cuyas copas se unían formando un arco. Ahora el sol ya casi había desaparecido y bajo las ramas era casi de noche, y ambos extremos del sendero desaparecían en la obscuridad a pocos metros.

Simon miró arriba y abajo, apretando el manuscrito contra sí y notando el sudor en las manos. ¿Qué camino era el que conducía a la Casa Gris? Ya no oía el mar.

Decidió al azar torcer a la derecha y siguió corriendo. Detrás oía el fuerte ruido de las botas del muchacho al subir la escalera del seto. El sendero parecía interminable mientras corría yendo de un lado a otro para evitar los surcos. Detrás de cada curva había otra, en un lúgubre túnel hecho de ramas que llegaba, sin interrupción, hasta una verja u otro campo.

Oía el ruido de los pies del muchacho detrás de él en el duro barro seco del sendero.

El muchacho gritó algo, pero él siguió avanzando en silencio. Simon sintió una punzada de pánico y corrió con más fuerza, esperando salir de aquel camino cavernoso al aire libre.

Entonces, al tomar la siguiente curva vio el cielo, brillante después de la penumbra, y al cabo de unos instantes volvía a estar fuera, corriendo sobre una carretera pavimentada y pasando por delante de vallas y árboles. Volvió a girarse de forma automática, pues no tenía tiempo para pensar adonde iba; las suelas de goma de sus zapatillas de tenis golpeaban sin hacer ruido la carretera desierta.

La larga y alta valla gris que tenía a un lado y el seto de un campo al otro no le permitían saber por dónde estaba corriendo; ahora iba más despacio, pues aun a su pesar empezaba a estar cansado. Tenía ganas de que apareciera alguien, cualquier persona, caminando por la carretera.

Los pasos de Bill resonaban ahora más fuerte detrás de él, por encima del canto de los pájaros que estaban escondidos en los árboles. El ruido que hacían los pies del muchacho, mucho más fuerte que el suyo, dio una idea a Simon, y cuando por fin la carretera se bifurcó, hizo un desesperado esfuerzo final para correr más y se fue por el lado que daba la vuelta.

La pared terminaba en dos estropeados postes de verja entre los que vislumbró un sendero cubierto de maleza. Más abajo de la carretera vio la torre de la iglesia de Trewissick y se le cayó el alma a los pies cuando se dio cuenta de lo lejos que estaba de casa.

Bill aún no había doblado el recodo; Simon oía sus pasos cada vez más cerca. Rápidamente se deslizó por la puerta de la valla para meterse en los arbustos del largo sendero que crecían enmarañados entre los postes de la puerta del cercado. Dio un brinco de dolor cuando se le clavaron espinas y ramitas puntiagudas en todo el

cuerpo. Pero se agazapó y permaneció inmóvil tras las hojas, tratando de calmar su respiración entrecortada, seguro de que los latidos de su corazón eran audibles desde la carretera.

La idea funcionó. Vio a Bill, despeinado y sonrojado, detenerse al final de la carretera, mirando arriba y abajo. Parecía desconcertado y enojado, y escuchaba con la cabeza ladeada para oír ruido de pasos. Luego se volvió y se dirigió despacio hacia el escondrijo de Simon, mirando con recelo por encima del hombro.

Simon contuvo el aliento y se agazapó un poco más atrás en los arbustos.

Inesperadamente, oyó un ruido detrás de él. Volvió la cabeza con gesto brusco, dio un respingo cuando un gordo capullo de fucsia morada le golpeó en el ojo y aguzó el oído. Al cabo de un momento reconoció el ruido de pies pisando grava que iban hacia la carretera del final del sendero. La luz que se filtraba entre las ramas se oscureció un instante cuando la figura de un hombre Paso muy cerca de él, en dirección al sendero, y salió por la puerta de la valla. Simon vio que era muy alto y que tenía el pelo negro, pero no le vio la cara.

La figura salió sin prisas a la carretera. Entonces Simon reparó en que iba vestido de negro; tenía unas largas y delgadas piernas negras como una garza real y llevaba una chaqueta de seda negra que relucía levemente en los hombros. El semblante hosco de Bill se iluminó cuando vio al hombre, y corrió para encontrarse con él en medio de la carretera. Se pararon a hablar, pero sus voces quedaban fuera del alcance del oído, de modo que Simon sólo oía un indistinto murmullo bajo. Bill agitaba las manos y señaló detrás de él, carretera arriba, y hacia el sendero. Simon vio que el hombre alto y moreno negaba con la cabeza, pero siguió sin verle la cara.

Luego, ambos se volvieron de nuevo hacia el sendero y echaron a andar en su dirección; Bill hablaba con impaciencia. Simon se encogió en su escondrijo, nervioso, más asustado que nunca desde que había empezado la persecución. El hombre no era un extraño para Bill. Éste sonreía. El hombre era alguien a quien había reconocido, aliviado. Alguien más en el bando del enemigo...

Simon ahora no veía nada más que las hojas que tenía frente a la cara y no se atrevía a moverse para atisbar por un hueco. Pero el ruido de pasos en la carretera asfaltada no cambió al crujido de la grava del sendero; pasaron de largo y siguieron carretera arriba. Simon oía el murmullo de las voces, pero no distinguió nada salvo una frase cuando el muchacho alzó la voz: «... que atraparle, me ha dicho ella, seguro que es el bueno, y ahora he perdido...».

Me ha perdido a mí, pensó Simon con una sonrisa. Su terror desapareció cuando el ruido de pasos se apagó, y empezó a sentirse triunfante por haber sido más listo que aquel muchacho más corpulento que él. Bajó la mirada al manuscrito que tenía en la mano y le dio un apretón de complicidad. Otra vez reinaba el silencio y Simon no oía más que el canto de los pájaros en el atardecer. Se preguntó si sería muy tarde. La

persecución parecía haber durado una semana. Los músculos de las piernas empezaron a protestar por su larga inmovilidad. Pero Simon siguió esperando, aguzando el oído para percibir cualquier sonido que indicara que el hombre y el muchacho aún se hallaban cerca.

Al fin decidió que debían de haberse perdido de vista por la carretera. Agarró el manuscrito con firmeza, abrió los arbustos que tenía delante y salió al sendero. No había nadie y no se movía.

Simon recorrió de puntillas el sendero y atisbó por la puerta del cercado arriba y abajo. No vio a nadie y, cada vez más animado salió a la carretera para volverse por donde había llegado.

Hasta que se hubo alejado unos metros no vio a Billy y al hombre de pie junto a la valla, a unos cincuenta metros.

Simon ahogó un grito y sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Se quedó un momento inmóvil, sin saber si volver al refugio del sendero antes de que le vieran. Pero mientras vacilaba, como hipnotizado, Bill volvió la cabeza, lanzó un grito y echó a correr, y el hombre que estaba con él, al darse cuenta de lo que ocurría, se volvió para seguirle. Simon giró en redondo y echó a correr hacia la carretera principal. El silencio del lugar de pronto pareció amenazador como el camino con la bóveda de hojas; anhelaba la seguridad que proporcionan la multitud, la gente y los coches, para perder al menos aquella terrible sensación de estar solo en aquella implacable persecución.

Corrió por la carretera secundaria, rodeó la curva y siguió corriendo junto a la pared del cementerio, cada vez más deprisa; Simon estaba desmoralizado. Tenía las piernas rígidas después de haber estado parado en los arbustos y se sentía muy cansado. Sabía que no podría resistir mucho más.

Un coche, que iba rápido en dirección opuesta, pasó por su lado. Descabellados pensamientos acudieron a la mente de Simon mientras notaba la dureza de la carretera bajo las suelas de sus zapatos: quizá podría gritar y hacer señas a un coche, o correr a buscar refugio en una de las casitas que bordeaban la carretera a medida que se acercaba al pueblo. Pero ahora Bill iba acompañado de un hombre, y este hombre podría contar alguna historia a cualquier extraño al que Simon abordara, y el extraño probablemente le creería enseguida...

—¡Detente! —gritó una voz profunda detrás de él.

Simon trató desesperadamente de correr más deprisa. Si le atrapaban, todo se habría terminado. Se quedarían con el manuscrito y conocerían el secreto. No habría nada que hacer. Habría frustrado confianza que habían depositado en él, defraudaría a tío Merry...

Empezó a respirar con grandes y dolorosos jadeos y a tropezar mientras corría. Se acercaba a una encrucijada. Los rápidos pasos que le perseguían sonaban cada vez

más fuertes; casi oía la respiración de sus perseguidores en sus oídos. Oyó que el muchacho gritaba con tono de triunfo:

—Rápido... ahora...

La voz estaba más lejos que los pasos. Debía de ser el hombre el que estaba pisándole los talones, cada vez más cerca, más cerca...

Ahora a Simon le zumbaban los oídos a causa del esfuerzo que le costaba respirar. Tenía delante la encrucijada, pero él apenas la veía. Oyó semiinconscientemente el rugido de un motor de coche, muy cerca, pero apenas se quedó grabado en su cansado cerebro. Hubo un traqueteo y un chirrido de frenos, y a medio camino de la encrucijada estuvo a punto de chocar con el oxidado morro de un coche grande.

Simon se paró e hizo ademán de rodearlo, consciente sólo del peligro que le acechaba. Y entonces, como si el cielo crepuscular se iluminara de nuevo con la luz del sol, vio que el tío abuelo Merry se asomaba por la ventanilla del coche.

El motor del coche rugió de nuevo y se oyó una voz atronadora.

—¡Por el otro lado! ¡Sube! —gritó el tío abuelo Merry a Simon.

Sollozando de alivio y dando traspiés, Simon rodeó el vehículo y se precipitó a la portezuela del otro lado. Se dejó caer en el asiento y cerró la puerta cuando el tío abuelo Merry puso la marcha y apretó el acelerador. El coche dio un salto hacia delante, dobló la curva dando bandazos y por fin salieron a la carretera y se alejaron.

Capítulo 8

—Pero ¿cómo has sabido adonde ir? —preguntó Simon mientras el tío abuelo Merry cambiaba de marcha ruidosamente al pie de la colina de la Casa Gris.

—En realidad no lo sabía. Simplemente, he estado conduciendo por el pueblo esperando encontrarlos. Me he ido en cuanto Jane y Barney han vuelto a casa. Pobres, se encontraban en un estado lamentable; han irrumpido en la sala de estar y me han cogido a peso. Tus padres lo han encontrado muy divertido. Creían que jugábamos a algún juego secreto. —El tío abuelo Merry sonrió.

—Caramba, qué suerte que eligieras esta carretera —dijo Simon—. Nunca me había alegrado tanto de encontrarme con alguien.

—Bueno, recuerda que conozco Trewissick. Cuando los niños han dicho que no te han encontrado en el camino de regreso a casa, he sabido que sólo habías podido ir por un sitio. Y has ido a parar a Pentreath Lane, ¿verdad?

—Había un camino —dijo Simon— en el que las ramas de los árboles formaban como un techo. La verdad es que no he tenido tiempo de mirar cómo se llamaba.

El tío abuelo Merry ahogó una risita.

—No, ya lo creo. De todos modos, he apostado por que torcerías por ese camino para ir a la carretera principal de Tregoney que es lo que has hecho. Menos mal que no has ido por el otro lado.

—¿Por qué? —preguntó Simon, recordando que había elegido a ciegas, pues el muchacho, Bill, le iba pisando los talones.

—La otra dirección es un camino sin salida. Lleva a la granja Pentreath. Si es que se le puede llamar granja a aquello; hace muchos años que no la cuidan. El hermano de la señora Palk vive en ella, el padre del joven Bill Hoover. Y también el muchacho, cuando se molesta en ir a casa, lo cual me parece que no es muy a menudo. Pero en conjunto no habría sido un lugar muy seguro al que acudir.

—¡Caramba! —Simon sintió un escalofrío ante la idea—. Bueno, no importa. No lo has hecho. —El tío abuelo Merry detuvo el coche con un traqueteo y un rugido final y puso el freno de mano—. Ya estamos. A salvo, en casa. Ahora, corre a lavarte antes de que te vea tu madre. Viene a cenar una amiga suya, por suerte, así estará callada en la sala de estar. Venga, deprisa. Voy a guardar el coche. Y Simon...

Simon, a medio salir del vehículo con el manuscrito apretado al pecho, se paró y miró atrás. Sólo vio el rostro del tío abuelo Merry, su despeinado cabello blanco convertido en una oscura maraña por la sombra; la luz de una farola más arriba en la colina se reflejaba de tal modo que le hacía relucir los ojos en la oscuridad.

—Has hecho bien —dijo con voz tranquila el tío abuelo Merry. Simon no dijo nada; cerró la portezuela con un golpe sintiéndose de pronto más mayor que nunca. Y cuando el coche hubo reanudado la marcha colina arriba, se olvidó de todo su

cansancio y cruzó la carretera con la espalda muy erguida.

Jane y Barney se encontraban en la puerta antes de que él pusiera un pie en el escalón. Le hicieron entrar deprisa y se dirigieron hacia la escalera. —¿Te ha pillado?

—¡Aún lo tienes! ¡Oh!, bien hecho...

—Creíamos que te daría una paliza... —Éste fue Barney, con los ojos muy abiertos y solemne.

—No te has hecho daño, ¿verdad? ¿Qué ha ocurrido? —Jane examinó a Simon con ojo crítico como un médico—. Estoy bien.

De pronto, el vestíbulo quedó iluminado cuando se abrió la puerta de la sala de estar. La madre de los niños gritó, por encima del murmullo de voces del interior de la sala:

—¡Niños! ¿Sois vosotros?

—Sí —respondió Jane por entre los barrotes—. La cena está casi lista, no tardéis. Bajad enseguida que os hayáis lavado.

—De acuerdo, mamá. —La puerta volvió a cerrarse—. Están ahí dentro charlando —dijo Jane a Simon—. Mamá y papá se han encontrado en el puerto con una amiga a la que hacía mucho tiempo que no veían y resulta que vive en Penzance. Creo que también pinta. Se queda a cenar. Parece agradable. ¿Te ha perseguido muchos kilómetros?

—Centenares —respondió Simon. Bostezó—. Cientos y cientos... Y el tío abuelo Merry ha aparecido justo cuando iban a cogerme.

—Le hemos enviado a por ti —dijo Barney impaciente. Subieron la escalera.

—En realidad, no le hemos enviado —le corrigió Jane—. Ha ido por iniciativa, como un cohete, en cuanto ha oído lo que había ocurrido.

—Bueno, no habría ido si no se lo hubiéramos contado, y entonces Simon no habría sido rescatado. —Barney estaba radiante de excitación. Habría dado sus orejas para haber sido el héroe de la persecución—. No sabíamos por dónde te habías ido. Hemos seguido un rato a la señorita Withers, pero ha bajado y se ha sentado en la hierba «a contemplar el mar». —Su voz se convirtió en un chillido increíble—. Así que hemos venido corriendo a casa, y el tío abuelo Merry acababa de volver de pescar. Nos hemos puesto muy contentos cuando te hemos visto bajar del coche —añadió de forma inesperada.

—No tanto como yo. —Simon volvió a bostezar y se frotó la frente—. Me siento muy sucio. Debe de ser de cuando me he escondido en los arbustos... vamos, os lo contaré mientras me lavo.

Primero estuvieron demasiado ocupados comiendo para hablar, y después, hacia el final de la cena, demasiado ocupados tratando de no quedarse dormidos; así que los tres niños agradecieron que la señorita Hatherton estuviera allí. Era una mujer de baja estatura, brillante y enérgica, bastante mayor, con el pelo corto gris y unos ojos

risueños. Era una escultora famosa, les dijo después el tío abuelo Merry y había dado clases a su madre cuando estudiaba en la escuela de arte. También parecía sentir pasión por la pesca de tiburones, y en la mesa alternó las entusiastas discusiones de arte con la madre y de pesca con el padre. Los niños escuchaban con interés, pero quedaron aliviados cuando la señora Palk trajo el café y la madre, que se había fijado en sus bostezos, les envió a la cama.

—Nada como el aire de Cornualles para hacerte dormir —dijo, animada, la señorita Hatherton cuando ellos se levantaron de la silla y dijeron buenas noches—. Si alguno de ellos sigue tus pasos —añadió, dirigiéndose a la madre—, será éste —dijo señalando a Barney.

Barney la miró y parpadeó.

—¿Qué quieres ser de mayor, jovencito? —le preguntó.

—Seré pescador —respondió sin vacilar Barney—. Con un barco grande, como el White Heather.

La señorita Hatherton prorrumpió en carcajadas.

—Dentro de diez años me lo dirás —dijo ella—, y me sorprenderé. Buenas noches. Compraré tu primer cuadro.

—Está chiflada —dijo Barney cuando subían al dormitorio—. No quiero ser pintor.

—No importa —dijo Simon—. Es agradable. No te vayas, Jane, ven un rato a nuestra habitación. Me parece que tío Merry sube; me ha hecho una especie de mueca cuando he cerrado la puerta.

Aguardaron y, al cabo de unos minutos, el tío abuelo Merry apareció en la puerta.

—Sólo puedo quedarme un minuto —dijo—. Estoy metido en lo que promete ser una larga y acalorada discusión con la señorita Hatherton y vuestra madre sobre los méritos relativos de Caravaggio y Salvator Rosa.

—¡Vaya! —exclamó Barney.

—Sí, Barney, vaya. Me parece que estoy fuera de mi elemento con esas dos. Sin embargo...

—Tío Merry, lo hemos encontrado —dijo Jane con impaciencia—. Hemos encontrado el segundo paso, y ahora hemos empezado como es debido. Es una de las piedras verticales de Kemare Head. Los chicos lo han descubierto —añadió con sinceridad—. Vamos, Simon, saca el manuscrito.

Simon se levantó y cogió el estuche de telescopio, más sucio y abollado ahora, que estaba encima del armario. Extendieron el rollo de pergamino en la cama y mostraron al tío abuelo Merry la roca en la que todo había empezado, y el tosco esbozo del sol, y cómo habían llegado hasta la piedra vertical.

—Pero no sabemos qué piedra es en el mapa —dijo Simon—, porque no son iguales aquí que en la realidad.

Todos se inclinaron sobre el dibujo al que no podían dejar de llamar mapa. El tío abuelo Merry lo examinó en silencio.

—Tío Merry —dijo Jane a modo de prueba, pues se le estaba empezando a formar una idea en el cerebro—, ¿crees que lo haría todo empleando el mismo sistema?

—¿A qué te refieres? —preguntó Simon, tumbándose de espaldas en la cama.

—Bueno, ¿recuerdas cuando intentábamos descifrar el primer trozo y dije que debía de ser lo que sale en todos los mapas del tesoro, seis pasos al este o algo así? Y tú dijiste que no, que podía hacerse alineando una cosa con otra.

—Sí, ¿y qué?

—Bueno, ¿esto significa que hay que alinearlos todo en todos los pasos? ¿Todas las pistas serán del mismo tipo?

—¿Quieres decir que ahora tendremos que buscar otra cosa que esté alineada con la piedra vertical?

El tío abuelo Merry seguía examinando el mapa.

—Es posible. ¿Qué te hace pensar eso?

—Esto —respondió Jane. Señaló el mapa. Todos miraron.

—Yo no veo nada —dijo Barney quejoso.

—Mirad ahí. Al final de Kemare Head.

—Es otra de esas manchas —dijo Simon con disgusto—. ¿Cómo va a significar nada?

—¿No os recuerda otra cosa?

—No —respondió Simon. Se volvió a recostar y bostezó.

El tío abuelo Merry miró a uno y a otro y sonrió para sí.

—Bueno —dijo Jane con exasperación—, sé que hoy has hecho una proeza y que estás cansado, pero, sinceramente...

—Yo estoy escuchando —protestó Barney junto a la niña—. ¿Qué pasa con la mancha?

—No es una mancha —dijo Jane—. Al menos, yo no lo creo. Está un poco sucio, pero es un círculo, bien dibujado, y creo que significa algo. Es igual que el otro, el que está sobre las piedras verticales que resultó ser el sol poniente.

Simon se incorporó y se apoyó en los hombros, interesado de nuevo.

Jane prosiguió, pensando en voz alta:

—Tal como era la primera pista, tuvimos que encontrar la piedra que estaba alineada con el sol y la roca de la que partíamos. Y después hemos tenido que ir a la piedra y comprobar que era la correcta con la sombra. Bueno, quizá ahora tengamos que hacer lo mismo. Encontrar algo que esté alineado con la piedra, y después ir a ver si su sombra señala de nuevo la piedra.

El tío abuelo Merry dijo con suavidad:

—Las señales que se decoloran pero no mueren...

Jane se volvió a él, impaciente.

—Eso es. Es lo que decía el manuscrito, ¿verdad? Debe de haber toda clase de pistas en el escrito y en el dibujo, pero están aún más escondidas y no sabemos cómo llegar a ellas.

—Este asunto de la sombra —dijo Simon con aire dubitativo—. ¿No podría ser más sencillo que lo que has dicho? Quizá lo único que tenemos que hacer es descubrir adonde señala la sombra de nuestra piedra vertical.

—Pero si señala hacia el lugar de donde partimos —dijo Barney—. Porque no lo empleó en su primera pista. Su primera pista era: «Mira lo que hay entre el sol poniente y tú». La sombra sólo ha sido nuestra manera de demostrarlo.

—Bueno, esta vez no tiene por qué ser una sombra hecha por el sol al ponerse.

—Ahí es donde entra mi mancha —dijo Jane.

Barney intervino, adormilado:

—A lo mejor es el sol cuando sale. Pero no puede ser, no está donde debería.

—No —dijo Simon—. Claro que no. Sólo es una mancha. Jane balbuceó con impaciencia y le miró con furia.

—¡Oh!... ¿por qué tiene que ser el sol?

El tío abuelo Merry aún permanecía callado e inmóvil en el borde de la cama. Dijo de nuevo con calma, para sí:

—Las señales que se decoloran pero no mueren...

Simon le miró sin comprender.

—¿No lo ves? —Jane casi le chilló—. No es el sol, ¡es la luna!

El semblante de Simon empezó a cambiar como el cielo en un día de viento y las diferentes expresiones casi se superponían. Miró a Jane, el mapa y al tío abuelo Merry.

—Tío Merry —dijo en tono acusador—, tú lo sabías desde el principio, ¿verdad?

El tío abuelo Merry se puso en pie. La cama crujió cuando se levantó y su altura pareció llenar la habitación; la luz, que caía desde el techo detrás de su cabeza, dejaba su rostro en la sombra y produjo en los tres una sensación de misterio. Su corpulenta figura oscura, con una neblina de luz ligeramente plateada en torno a la cabeza, les dejó sobrecogidos y callados.

—Es vuestra búsqueda —dijo—. Tenéis que encontrar el camino vosotros cada vez. Yo soy el guardián, nada más. No puedo participar ni ayudaros, aparte de protegeros. —Se volvió un poco y la luz le dio en la cara, y entonces su voz fue normal otra vez—. Imagino que en el próximo paso también necesitaréis protección. ¿Sabéis lo que tenéis que hacer?

Simon dijo despacio:

—Tenemos que encontrar la dirección de la sombra de la piedra vertical por la

noche, bajo la luna.

Barney dijo con sentido práctico:

—En luna llena.

—¿Luna llena?

—La mancha de Jane... es redonda, no tiene forma de medialuna, o sea que ha de ser luna llena.

—¿Cómo está ahora?

—No iréis allí arriba esta noche a contemplar la luna —dijo el tío abuelo Merry con firmeza.

—No, no iba a decir esto. No creo que pudiera. —Simon ahogó otro bostezo—. Me preguntaba si la luna ahora es llena o no. Si es nueva tendremos que esperar mucho tiempo.

—Hoy es luna llena —dijo Jane—. La he visto brillar por la ventana de mi dormitorio. Esto significa que mañana estará igual. ¿Servirá, tío Merry? Quiero decir, ¿podremos ir a mirarla mañana por la noche?

Antes de que su tío abuelo pudiera responder, Simon volvía a estar incorporado, en actitud pensativa.

—Hay una cosa que no encaja. Si tenemos una luna que acaba de ser llena, tendremos toda la luz que necesitamos. Pero la luna cambia, ¿no?, quiero decir, sale y se pone a diferentes horas y en diferentes lugares según la época del año. Ahora estamos en agosto, pero ¿cómo sabemos que el hombre de Cornualles no inventó sus pistas en mitad de enero o de abril, por ejemplo, cuando la luna no estaba igual que ahora?

—No lo entiendes —dijo Barney.

—No —dijo el tío abuelo Merry—. Tiene razón. Pero diré una sola cosa. Creo que descubriréis que estamos en la época del año correcta. Llamadlo suerte, llamadlo lo que queráis. Pero como habéis sido capaces de seguir la primera pista, creo que podréis seguir también las otras. Y sí, Jane, mañana por la noche iría bien mirar la luna y las piedras verticales. En especial, bueno, por una razón que vosotros aún no conocéis; cuando habéis subido, la señorita Hatherton ha pedido a vuestros padres que vayan a ver su estudio de Penzance mañana, y que se queden a pasar la noche.

—¡Ooh! ¿Irán?

—Ya lo veréis. Ahora, acostaos. Y procurad no poner toda vuestra fe en la luna. Puede que aún os esperen problemas mayores de lo que creéis.

La madre tenía la mano en la portezuela del cochecito de la señorita Hatherton.

—Bueno, ¿seguro que estaréis bien? —dijo, dudando.

—Mamá, claro que sí —dijo Jane—. ¿Qué quieres que nos pase?

—Bueno, no sé, no me gusta mucho la idea de dejaros... con el robo...

—Eso sucedió hace siglos.

—No prendáis fuego a la casa —advirtió el padre, alegre.

La señorita Hatherton había prometido llevarle a pescar al día siguiente, y estaba nervioso como un niño pequeño.

—No les dejes acostarse demasiado tarde, tío Merry —advirtió la madre al subir al coche.

—No te preocupes, Ellen —dijo paternalmente el tío abuelo Merry desde el umbral de la puerta, como un patriarca del Antiguo Testamento rodeado por los niños—. No tendré ocasión de llevarles por el mal camino, estando la señora Palk aquí. Es más probable que muramos por comer demasiado.

—¿Estás seguro de que no queréis venir? —preguntó la señorita Hatherton desde el asiento del conductor. El coche se bamboleó un poco cuando el padre entró en la parte posterior. Simon le entregó sus cañas de pescar.

—No, de veras, gracias —dijo.

—Es inútil, no hay forma de sacar a estos tres de Trewissick —dijo el padre—. Nunca he visto nada igual. Incluso intentar llevarles al pueblo de al lado es como querer arrancar una lapa de una roca. No quiero ni pensar lo que ocurrirá cuando llegue el momento de regresar a casa.

—Bueno, bueno, ellos sabrán. ¿Y a usted no puedo tentarle, profesor Lyon?

—¡Oh!, querido —dijo la madre—, lamento que te tengas que quedar con ellos, Merry. —Hizo una mueca a los niños.

—Tonterías —replicó el tío abuelo Merry—. Estoy en mi elemento. De todos modos, no me gusta Penzance. —Miró con ceño a la señorita Hatherton, quien le sonrió amablemente—. Turistas, helados y pequeños recuerdos de latón. Todo comercializado. Se lo regalo.

—Bueno —dijo la señorita Hatherton con una sonrisa, poniendo el motor en marcha—, pues nos vamos. Le enviaremos una roca de recuerdo, profesor. Adiós. Adiós, niños.

El coche se alejó, seguido por un coro desigual de adioses.

—¡Adiós! —gritó la señora Palk, que había aparecido de pronto en la puerta y agitaba un trapo de cocina. El cochecito subió penosamente la colina y desapareció de la vista.

—Bueno, qué bonito que los dos se marchen juntos —dijo la señora Palk, sentimental—. Como en los viejos tiempos, antes de que empezaran sus problemas. —Agitó el trapo ante los niños.

—¿Se refiere a nosotros? —preguntó Barney, indignado.

—Eso es. Eráis una pesadilla... bueno, aún lo sois, diría yo. —Se marchó, sonriente, de nuevo hacia la cocina.

—La señorita Hatherton nos ha sido muy útil —dijo Simon con satisfacción—. Claro que espero que se lo pasen bien y todo eso, pero nos dejan sin moros en la

costa, ¿no?

—Aquella sombra de la luna... —dijo Jane pensativa—. He estado pensando...

—Hoy no se piensa —dijo con firmeza el tío abuelo Merry—. No podemos estar sin hacer nada hasta la noche. Desde que he venido este año aún no he ido a la playa. Me parece que deberíais acompañarme a darme un baño.

—¿Un baño? —preguntó Barney con asombro.

—Eso he dicho. —El tío abuelo Merry le miró con expresión furiosa—. ¿Crees que soy demasiado viejo para nadar?

—¡Eh!... no, no, claro que no, tío Merry —dijo el niño, confuso—. Es que nunca te había imaginado en el agua, eso es todo.

—Pero ¿y el mapa? —se quejó Jane.

—Acabamos de empezar —dijo Simon en tono de reproche.

—Bueno, y no nos detendremos. Pasaremos un día agradable en la playa, tomando el sol. —El tío abuelo Merry les sonrió—. Y, quién sabe, tal vez esta noche haya luna.

Y por las ventanas de la Casa Gris vieron brillar la luna, en el crepúsculo del mes de agosto, cuando regresaban después de haber pasado el día fuera; una vez en casa, se lavaron antes de que la señora Palk les llamara para que bajaran a cenar. El sol había lucido todo el día y todos estaban bronceados; la piel clara de Barney se había puesto roja y le ardía. Pero ahora la luna dominaba el cielo, un cielo que después de la puesta de sol estaba adquiriendo un extraño tono grisáceo, y todo salvo las estrellas más brillantes quedaba apagado por el resplandor que bañaba el cielo y el mar sin que pareciera proceder de la luna.

Simon dijo, en voz baja y excitado:

—Es la noche perfecta.

—Mmm —murmuró Jane. Había estado fuera para contemplar el cielo y para estudiar, nerviosa, el negro contorno de Kemare Head, que se erguía oscuro e impenetrable detrás de la casa. Como Simon, estaba excitada, pero también volvía a sentir aquella desazón de otras veces.

Sería mejor, se dijo con seriedad, no pensar en la obscuridad, o al menos pensar que es la misma obscuridad en la que el antiguo hombre de Cornualles ideó las pistas que ellos seguían ahora. Pero quizá en aquella obscuridad aún acechaba el mal que le había acechado a él entonces, procedente del hostil este, amenazando al grial mientras él buscaba con urgencia un escondite... quizá incluso les esperaba... ¿por qué no había ninguna luz encendida en el yate de los Withers?

—¡Oh, basta! —dijo Jane en voz alta.

—¿Qué pasa? —preguntó Simon sorprendido.

—Nada... hablaba conmigo misma. Ah, bien, la campana. Vamos.

La señora Palk, en los intervalos entre llevar platos llenos de la cocina y platos

vacíos del comedor, se comportaba como una madre firme. El tío abuelo Merry le dijo que iban a salir a pescar de noche en el puerto exterior, y ella enseguida empezó a decir que les llenaría termos con café y les dejaría platos con bocadillos preparados en la cocina para cuando regresaran. Pero no quiso ni oír hablar de que Barney también iría.

—No vas a ir a ninguna parte quemado por el sol como estás, no sería prudente. Tú te quedarás conmigo y te acostarás temprano, será lo mejor para ti. Si vas con ellos te rascarás y te saldrán ampollas, y mañana tendrás que quedarte en cama cuando podrías estar al aire libre, y esto no te gustaría, ¿verdad que no?

—No me pasaría nada —protestó Barney.

La señora Palk le había puesto calamina en las piernas quemadas por el sol, pero le dolían, y aunque intentó ocultar el dolor, hacía una mueca cada vez que daba un paso. Y tenía mucho sueño, después de haber pasado todo el día corriendo y nadando.

—El tío abuelo Merry dijo:

—Creo que sería lo mejor, Barney. Si estás despierto cuando volvamos, te lo contaremos todo.

—No lo estará —dijo la señora Palk. Trataba al tío abuelo Merry, pese al gran respeto que sentía por «el Profesor», exactamente con la misma indulgente severidad con que trataba a Simon, Barney y Jane—. Dormirá, sin que le molesten, hasta mañana, y se despertará fresco como una rosa y el dolor habrá desaparecido. Y entonces podrá saberlo todo.

—Señora Palk —dijo con docilidad el tío abuelo Merry—, es usted buena persona y me recuerda muchísimo a mi vieja niñera, que nunca me dejaba salir sin los chanclos. Bueno, joven Barnabas, creo que...

—Está bien —dijo Barney con tristeza—. Supongo que será lo mejor. Me quedaré.

—Eso es. —La señora Palk sonrió—. Iré a prepararte una buena bebida caliente para antes de acostarte. —Salió apresurada de la habitación.

—Qué suerte tenéis —dijo Barney con envidia a Simon y Jane—. Apuesto a que encontraréis muchas pistas, sólo porque yo no puedo ir. No es justo.

—En realidad, tú tendrás que hacer la tarea más importante de toda la noche —declaró Simon con seriedad—. Y también la más peligrosa. Hemos decidido que sería demasiado arriesgado llevarnos el mapa, o sea que tú cuidarás de él aquí. Tienes que protegerlo con tu vida, en el supuesto de que los ladrones volvieran. —Oh, no lo hagas— dijo Jane alarmada.

—No es muy probable, no te preocupes —dijo el tío abuelo Merry, poniéndose en pie—. Pero de todos modos es una responsabilidad, Barney, de modo que no estás completamente fuera del juego.

Barney no estaba seguro de si sentirse importante o patético, pero obedeció y se

fue a la cama. Cuando salieron a la obscuridad miraron atrás y le vieron con la cara pegada al cristal de una de las ventanas del piso de arriba y diciéndoles adiós con una mano.

—Caramba, qué frío hace —dijo Jane, temblando un poco, cuando iban por la carretera que les alejaba del pueblo.

—No lo notarás cuando hayas caminado un poco —dijo el tío abuelo Merry. Había insistido antes de salir en que llevaran jersey y bufanda debajo de la chaqueta, y ahora lo agradecían.

—Todo parece terriblemente grande —dijo Simon de pronto.

Hablaban bajo por instinto, pues en la obscura noche no se oía ningún ruido salvo sus pasos. De vez en cuando oían que un coche pasaba de largo del pueblo y, muy débilmente, el oleaje del mar y el crujido de las barcas amarradas en el puerto.

Jane miró alrededor y vio los tejados plateados y los fragmentos de negra sombra arrojada por la luna.

—Sé lo que quieres decir. Sólo se ve un lado de las cosas, siempre hay un lado en sombras. O sea que no ves dónde termina... y la punta de tierra tiene un aspecto muy siniestro. Me alegro de no ir sola.

Esta confesión jamás la habría hecho a plena luz del día. Pero de alguna manera en la obscura noche parecía menos vergonzosa. Simon dijo inesperadamente:

—Yo también.

El tío abuelo Merry no dijo nada. Caminaba junto a ellos en silencio, pensando, su rostro perdido en las sombras. Con cada zancada parecía penetrar en la noche, como si él perteneciera al misterio, al silencio y a los pequeños ruidos sin nombre.

Al doblar el recodo, lejos del puerto, se desviaron y saltaron una cerca para ir hasta la punta de tierra. La carretera serpenteaba de nuevo tierra adentro, y por encima de ellos se extendía la obscura extensión herbosa de la ladera que llegaba hasta las piedras verticales. Al cabo de poco rato encontraron el sendero e iniciaron el largo ascenso sinuoso hasta la cumbre.

—¡Escuchad! —dijo Jane de pronto, parándose en seco.

No se oía ningún ruido, salvo el rumor del mar.

—Oyes cosas —dijo Simon nervioso.

—No, estoy segura...

Por encima de sus cabezas, desde la cima de la punta de tierra que aún estaba fuera de la vista, les llegó una débil llamada fantasmal.

—Uuu-uuu.

—¡Ah! —exclamó Jane aliviada—. Sólo es una lechuza. Qué horrible, no sabía lo que era.

El tío abuelo Merry siguió sin decir nada. Empezaron a subir otra vez. Entonces, de pronto, vacilaron, como por algún acuerdo tácito. Tuvieron la impresión de que

una oscura cortina les había rodeado.

—¿Qué ocurre?

—Una nube que oculta la luna. Mirad. Sólo es una nube pequeña.

Como una bocanada de humo la nube se alejó de la cara de la luna, tan repentinamente como había llegado, y la tierra y el mar volvieron a ser plateados.

—Has dicho que no habría nubes.

—Bueno, no hay muchas, sólo algunas y son pequeñas.

—El viento ha cambiado —dijo el tío abuelo Merry. Su voz, después de su largo silencio, sonó muy profunda—. Viene del suroeste, el viento de Cornualles. A veces trae nubes, y a veces otras cosas. —Siguió ascendiendo la colina; los niños no quisieron preguntarle qué quería decir con aquellas palabras.

Mientras ascendían detrás de él aparecieron más nubes, desgarradas y con los bordes plateados; se deslizaban velozmente por el cielo como si allí arriba hubiera otro viento, más fuerte y más resuelto que la suave brisa que acariciaba sus rostros en la ladera.

Y entonces, erguido por encima del oscuro perfil de la punta de tierra, vieron el perfil de las piedras verticales. Magnificadas por la oscuridad, se elevaban misteriosamente recortadas sobre el cielo bañado en plata y desaparecían en la sombra cada vez que una nube pasaba por delante de la luna. A la luz del día las piedras parecían altas, pero ahora eran inmensas y dominaban la punta de tierra y todos los valles, iluminados a la luz de la luna, que se extendían tierra adentro desde el pueblo, abajo, con sus luces encendidas. De pronto, Jane se agarró al brazo de Simon, sobrecogida.

—Estoy segura de que no nos quieren aquí arriba —dijo en tono desdichado.

—¿Por qué no? —preguntó Simon, con voz más alta de lo que pretendía.

—Chst, no hagas tanto ruido.

—Vamos, no seas niña —espetó Simon con rudeza. No le gustaba el oscuro vacío de la noche, pero estaba decidido a no pensar en ello. Entonces sintió una frialdad en la boca del estómago, cuando la voz profunda de su tío abuelo les llegó de un modo que confirmaba todo lo que Jane sentía.

—No les importa —dijo el tío abuelo Merry con suavidad—. En todo caso, somos bien recibidos.

Simon se estremeció un poco y fingió no haber oído. Miró alrededor, hacia las piedras que ahora les rodeaban.

—Era éste. —Se acercó a la piedra que habían encontrado el día anterior—. Recuerdo este curioso agujero en el flanco.

Jane se reunió con él, tranquilizada por su tono autoritario.

—Sí es ésta. Cuando miramos estábamos perfectamente alineados con el sol, y empezamos desde esa roca. Hasta la otra punta de tierra. Es curioso que ahora no se

pueda ver. Creía que la luna brillaría en ella igual que el sol.

—La luna está en otra dirección, sobre el mar —dijo Simon—. Mira la sombra, vamos, es lo que tenemos que seguir.

—¡Oh, vaya! —exclamó Jane cuando otra nube pasó por delante de la luna y volvieron a quedar a oscuras—. Las nubes son cada vez más densas; ojalá desaparecieran. Al parecer, aquí arriba hace mucho más viento. —Se ciñó el abrigo y la bufanda al cuerpo.

—No tardéis mucho —dijo de pronto el tío abuelo Merry en la oscuridad. Estaba apoyado en otra de las piedras, acomodado en su contorno de tal forma que ni siquiera veían su figura. Jane sintió un escalofrío de alarma.

—¿Por qué? ¿Ocurre algo?

—No, nada... mirad, ahí está la luna otra vez.

La noche volvió a ser plateada; al mirar arriba, era como si vieran la luna cruzar las nubes en lugar de ser al revés.

Con voz apagada por la decepción, Simon dijo:

—¡No señala nada!

Miraba fijamente el suelo junto a la piedra vertical. En la luz plateada de la hierba estaba la sombra arrojada por la brillante luna, que señalaba como un dedo romo lejos de Kemare Head, tierra adentro, hacia el largo y oscuro horizonte de las marismas de Cornualles.

—Tal vez señala algún hito que no hemos visto —dijo Jane dubitativa, mirando en vano las colinas en sombra.

—Lo más probable es que el hombre de Cornualles utilizara un que ha caído o ha sido destruido, o simplemente se ha desmoronado. Siempre existe ese riesgo. Y esto significaría que nunca llegaríamos más lejos de lo que estamos. —Pero no creo que hiciera eso.

Jane miraba alrededor, frenética, y de pronto se quedó inmóvil, con la mirada fija. Desde donde estaba, junto a la gran piedra que era la única marca segura que tenían, volvió la cabeza hacia la luna que ascendía sobre Kemare Head, sobre el mar, y vio, como por primera vez, el sendero de luz que creaba.

Recto como una flecha el largo camino blanco que era el reflejo de la luna se extendía hacia ellos por la superficie del mar, como un sendero desde el pasado y un sendero hacia el futuro; danzaba en sus bordes y relucía mientras las olas se elevaban bajo el viento. Y donde terminaba, en la punta de Kemare Head, se elevaba una clara silueta oscura contra la luz transportada por el mar.

La niña dijo a Simon:

—Mira.

Él se volvió para ver y Jane supo que enseguida estaría tan seguro como ella de que aquello era lo que debían encontrar.

—Son aquellas rocas del final de la punta de tierra —dijo Jane—. Tienen que serlo. Y esta vez no teníamos que utilizar la sombra para señalar; teníamos que estar aquí, junto a esta piedra, y dejar que la propia luna nos mostrara la siguiente pista.

—Y eso es lo que hace. —La voz de Simon se alzó cuando la emoción de la búsqueda le embargó de nuevo—. Y si esto es lo que significa lo de las señales que se decoloran pero no mueren, entonces el grial debería de estar escondido en algún lugar de aquel conjunto de rocas. Enterrado en la punta de Kemare Head. ¡Caramba, tío Merry, lo hemos encontrado! —Se volvió hacia el silencioso círculo de piedras verticales y entonces vaciló—. ¿Tío Merry? —dijo, inseguro.

Jane se puso enseguida a su lado. Fuera del refugio de la roca el viento le empujaba la cola de caballo hacia la cara. Gritó mas fuerte:

—¡Tío Merry! ¿Dónde estás?

No hubo más respuesta que el viento, que ahora era lo bastante fuerte para ahogar el distante murmullo del mar. Jane, que se sentía muy pequeña bajo el fantasmal conjunto de grandes piedras, agarró la manga de Simon. La voz le tembló a pesar suyo.

—Oh, Simon, ¿adonde ha ido?

Simon gritó:

—¡Tío Merry! ¡Tío Merry! ¿Dónde estás?

Pero seguía habiendo sólo oscuridad, y la alta luna blanca ya oscura, ya iluminada, y el ruido del viento. Oyeron de nuevo el ronco gemido de la lechuza, esta vez más cerca, por encima de la punta de tierra del valle opuesto; un sonido poco amistoso, inhumano y desolado. Jane lo olvidó todo salvo la soledad de la oscuridad. Se quedó muda de espanto, como si supiera que una gran ola iba a abatirse sobre ella y no pudiera salir de su trayectoria. De no haber estado allí ella, Simon habría estado igual de paralizado por el miedo. Pero el niño respiró hondo y apretó los puños.

—Antes estaba aquí —dijo, tragando saliva—. Vamos. —Echó a andar en dirección a las otras piedras verticales, que en la negrura apenas eran visibles.

—Oh, no —exclamó Jane con voz histérica, y se agarró a la manga de Simon—. No te acerques.

—No seas mema, Jane —dijo Simon con frialdad, fingiendo ser más valiente de lo que se sentía.

Aulló otra lechuza, de forma inesperada, al otro lado, hacia el final de la punta de tierra.

—¡Oh! —dijo Jane desesperada—. Quiero irme a casa.

—Vamos —dijo Simon otra vez—. Ha de estar por aquí. Supongo que no nos oye, este viento es fortísimo. —Cogió a Jane de la mano y, de mala gana, ella se acercó con él a las oscuras formas de las piedras verticales. La luz desapareció en

las profundidades de una nube grande, de modo que sólo el débil resplandor de las estrellas daba forma a las cosas. Atravesaron la obscuridad con la sensación de que en cualquier momento podían chocar con algo que no veían; el pánico era vencido por la desesperada esperanza de encontrar de pronto a su tío abuelo a su lado. Él les parecía un refugio muy fuerte y necesario ahora que no estaba con ellos.

Se encontraban entre las piedras verticales y más que ver sentían los negros pilares de roca erguidos alrededor. El viento soplaba a rachas y silbaba entre la hierba, y de nuevo oyeron el aullido de la lechuza en la obscuridad. Avanzaban despacio, juntos, aguzando los ojos para ver. Entonces la nube se deshizo y la luna asomó de nuevo; y en ese mismo momento repararon en una alta forma oscura que se erguía ante ellos donde antes no había ninguna piedra.

Dio la impresión de hincharse cuando el viento soplaba, de modo que de pronto vieron que no era una piedra, sino la alta figura de un hombre vestido de negro, con una larga capa que ondeaba al viento. Por un instante la luz de la luna iluminó su cara cuando se volvió, y los niños vieron unos ojos en sombra bajo unas oscuras cejas y el destello de unos dientes blancos en lo que no era una sonrisa. Jane lanzó un grito, aterrada, y escondió la cara en el hombro de Simon.

Y entonces la luna volvió a ocultarse tras una nube, y la amenaza y el rugido de la obscuridad parecieron envolverles. Sin decir una palabra dieron media vuelta y echaron a correr, tropezando, empujados por el pánico, lejos de las piedras verticales, colina abajo, hasta que con un gran suspiro de alivio oyeron la llamada de una conocida voz profunda. Cuando miraron al frente, jadeantes, vieron la silueta del tío abuelo Merry recortada sobre el fondo más claro del mar, de pie ante ellos en el sendero.

Se precipitaron hacia él y Jane le echó los brazos a la cintura y se aferró a él, llorando de alivio. Simon tuvo suficiente control de sí mismo para quedarse donde estaba.

—Tío Merry —dijo sin aliento—, no te encontrábamos.

—Hemos de bajar enseguida —dijo su tío abuelo en voz baja y apremiante, estrechando a Jane entre sus brazos y acariciándole la cabeza—. Os estaba buscando. Me he dado cuenta de que aquellos aullidos no eran de una lechuza. Vamos, deprisa.

Se inclinó y cogió a Jane en brazos con un veloz movimiento, como si fuera una niña pequeña, y Simon le siguió, pisándole los talones, colina abajo, siguiendo el sendero que apenas veían cuando la luna pasaba entre las nubes. Jadeante, Simon dijo:

—Allí arriba había un hombre. Le hemos visto, de repente, en la obscuridad. Iba envuelto en una gran capa y vestido de negro. Ha sido horrible.

—He ido a buscarles —dijo el tío abuelo Merry—. Debe de haber pasado por mi lado. Había otros. No debería haberos dejado solos.

Jane, en sus brazos, abrió los ojos y miró por encima del hombro de su tío abuelo hacia la cumbre de la punta de tierra, donde los dedos oscuros de las piedras verticales aún señalaban el cielo. Y en el instante antes de que desaparecieran en el horizonte, vio que había el doble de formas que antes, con otras figuras negras de pie entre las piedras.

—¡Tío Merry, vienen por nosotros!

—No se atreverán a seguimos si yo estoy aquí —dijo con calma el tío abuelo Merry, y siguió bajando la colina con las mismas zancadas.

Jane tragó saliva.

—Me parece que ya estoy bien —dijo con voz tenue—. ¿Podrías bajarme?

El tío abuelo Merry apenas se paró y la dejó en el suelo; como Simon, Jane se puso a correr a su lado para seguirle el paso. Llegaron al pie de la colina y cruzaron el campo para llegar a la carretera, sintiendo que éste sería un lugar tranquilizador después del gran vacío lúgubre de la punta de tierra. El viento ya no gemía en sus oídos y allí oyeron de nuevo el suave murmullo del mar.

—Aquel hombre —dijo Simon—, el hombre que hemos visto. Era él, tío Merry, el que no habíamos visto antes. Era el hombre del que me rescataste, el que me perseguía con el muchacho.

Jane dijo, con una leve voz asustada, mirando directamente al frente, hacia las luces del pueblo:

—Le he reconocido enseguida, cuando la luna ha iluminado su cara. Por esto me he asustado tanto. Era el vicario de Trewissick. Y es el hombre que vio el contorno del mapa que yo había hecho en la guía.

Capítulo 9

Barney pegó la nariz al cristal de la ventana del dormitorio de Jane. Vio a Simon y a Jane que levantaban la mirada y le saludaban con la mano, pero el tío abuelo Merry avanzaba sin mirar a izquierda ni a derecha, una figura alta que se desvaneció en la obscuridad. Barney sonrió para sí. Conocía muy bien aquel paso tan decidido.

Siguió mirándoles hasta que sólo vio en la obscuridad las luces del pueblo que bailaban en el agua negra y rizada, entre las fantasmales barcas. En el yate de los Withers no había ninguna luz encendida. El niño se apartó de la ventana, suspirando un poco por la frustración de haber tenido que quedarse en casa. Para consolarse, aferró el estuche del telescopio que Simon le había entregado con solemnidad antes de marcharse. Enseguida se sintió mejor. Era un caballero al que habían confiado una misión sagrada; había resultado herido en la batalla, pero tenía que guardar su secreto... dobló cada pierna con suavidad e hizo una mueca al notar la ardiente tirantez de la piel en las rodillas. Estaba rodeado por el enemigo, que perseguía el secreto que él custodiaba, pero nadie sería capaz de acercarse...

—Bueno, venga, a la cama —dijo la señora Palk detrás de él, inesperadamente.

Barney se giró en redondo. La mujer estaba de pie en la puerta, iluminada por la luz del rellano, observándole. Los dedos de Barney se curvaron instintivamente en torno al frío estuche de metal y se dirigió hacia la mujer, descalzo. La señora Palk se apartó para dejarle traspasar la puerta. Cuando pasó por su lado, ella alargó la mano con curiosidad.

—¿Qué llevas ahí?

Barney apartó el estuche de un tirón y se apresuró a reír con una risa forzada.

—¡Ah! —dijo con toda la indiferencia que fue capaz de mostrar—, es un telescopio del capitán que he cogido prestado. Está muy bien. Puedes ver todos los barcos que pasan por la bahía. Creía que podría ver a los otros bajar al puerto, pero está demasiado oscuro.

—¡Ah, bueno! —La señora Palk pareció perder interés—. Qué curioso, nunca he visto que el capitán utilizara ningún telescopio. Pero en esta casa debe de haber toda clase de objetos extraños, más de los que yo jamás conoceré.

—Bueno, buenas noches, señora Palk —dijo Barney dirigiéndose hacia su habitación.

—Buenas noches, cariño —dijo la señora Palk—. Llámame si quieres algo. Supongo que me acostaré pronto; mis días de esperar a los pescadores han terminado.

La mujer desapareció escaleras abajo y apagó la luz del rellano.

Barney encendió la lámpara de su mesilla de noche y cerró la puerta con cuidado. Se sentía desprotegido, y bastante nervioso aún, sin el tío abuelo en la casa. Pensó poner una silla contra la puerta, pero cambió de opinión cuando recordó que Simon

tropezaría con ella cuando regresara. Lo último que deseaba era que alguien pensara que había tenido miedo al estar solo.

Sacó el manuscrito para echarle un último vistazo y para adivinar lo que Simon y Jane podrían descubrir con la sombra de la piedra vertical. Pero no vio nada en el tosco dibujo de las piedras y la luna. De pronto, soñoliento, volvió a guardar el rollo y apagó la luz; se acurrucó en la cama aferrando el estuche contra el pecho y se quedó dormido.

No supo exactamente qué fue lo que le había despertado. Cuando, en la confusión de los sueños y los ruidos imaginarios, se dio cuenta de que estaba despierto, la habitación se hallaba a oscuras. No se oía ningún ruido salvo el constante murmullo del mar, muy débil en aquel lado de la casa, pero siempre en el aire. Por la forma en que todos sus sentidos se aguzaban para captar algo, supo que una parte de sí mismo no se había dormido del todo y le avisaba de algún peligro. Se quedó muy quieto, pero no oyó nada. Después percibió un débil crujido detrás de él, procedente de la dirección de la puerta.

Barney sintió que el corazón empezaba a latirle con más fuerza. Estaba acostumbrado a oír ruidos por la noche; el piso de Londres donde vivía formaba parte de una casa muy antigua que crujía y runroneaba durante la noche, como si paredes y suelos respiraran. Aunque nunca había estado despierto el tiempo suficiente para averiguarlo, suponía que en la Casa Gris ocurría lo mismo. Sin embargo, este ruido no era tan amistoso como aquellos.

Barney hizo lo que hacía en casa siempre que se despertaba y oía un ruido que parecía más de un ladrón que un crujido corriente del suelo. Emitió un leve gemido y se volvió en la cama como si se pusiera cómodo sin despertarse. Al volverse, entreabrió un ojo para echar un rápido vistazo a la habitación.

En casa, cuando hacía esto nunca había nada que ver y volvía a dormirse sin sentirse como un tonto. Pero esta vez fue diferente. Con una débil línea de luz vio que la puerta estaba abierta y cerca de ella el resplandor de una pequeña linterna se movía en la habitación. La luz de la linterna se paró cuando él se movió en la cama. Barney se acurrucó, se quedó inmóvil y respiró hondo varios minutos con los ojos cerrados. Poco a poco oyó que los ruidos empezaban de nuevo. Se quedó escuchando, más perplejo que asustado. ¿Quién era? ¿Qué hacía? No puede ser alguien que quiera golpearme en la cabeza, se dijo, o lo habría hecho antes. No quiere que me despierte, y no quiere hacer ruido. Está buscando algo...

Palpó debajo de la ropa de la cama, procurando no hacer ruido y que no se vieran sus movimientos. El estuche del telescopio seguía allí y lo sujetó más fuerte.

Entonces oyó otro ruido. La persona que se movía con sigilo por la habitación sorbió levemente por la nariz. Fue un ruido casi imperceptible, pero Barney lo reconoció. Sonrió para sí, aliviado, y sintió que los músculos se le relajaban. Muy

despacio sacó la mano de debajo de la ropa hacia la mesilla de noche y encendió la luz.

La señora Palk dio un brinco, dejó caer la linterna y se llevó la mano al corazón. Durante unos instantes Barney quedó deslumbrado por la luz que de pronto inundaba la habitación, pero parpadeó a tiempo de ver la decepción y la sorpresa en el semblante de la mujer. Enseguida recuperó la compostura y le sonrió sosegadamente.

—Vaya, creía que no te había despertado. Qué pena. Lo siento mucho, cariño. ¿Te he asustado?

Barney espetó:

—¿Qué hace, señora Palk?

—He subido a ver si estabas bien y dormías. Y mientras subía he pensado que recogería tu taza vacía para lavarla con el resto de platos. Te has tomado el Horlicks aquí arriba, ¿lo recuerdas? Bendito chiquillo —añadió en tono cariñoso—, estás medio dormido aun.

Barney le miró fijamente. Tenía sueño, pero no estaba tan adormilado como para no recordar que Jane había entrado en su habitación y le había dicho: «La señora Palk me ha pedido que recoja tu taza si ya has terminado, o si quieres más».

—Jane se ha llevado mi taza.

La señora Palk miró en torno a la habitación y vio la mesilla de noche vacía.

—¡Ah!, así que lo ha hecho. Bueno, te dejó dormir, cariño. Lamento haberte despertado. —Salió de la habitación con celeridad casi cómica.

Barney casi había vuelto a quedarse dormido cuando oyó hablar en voz baja fuera de la habitación y entró Simon. Se incorporó en la cama.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Habéis encontrado algo? ¿Adonde habéis ido?

—No ha ocurrido gran cosa —dijo Simon en tono cansando. Se quitó la bufanda y el jersey y los tiró al suelo—. Hemos descubierto adonde tenemos que ir ahora. Dónde está la siguiente pista. Son esas rocas que hay al final de Kemare Head, sobre el mar.

—¿Habéis ido a mirar? ¿Hay algo?

—No, no hemos ido. —Simon respondió con brusquedad, tratando de no recordar los momentos desagradables en que él y Jane habían permanecido solos en la obscuridad.

—¿Por qué no?

—El enemigo estaba allí arriba, por eso. Nos han rodeado en la obscuridad, y uno de ellos era el hombre que me persiguió el otro día con el muchacho. Y Jane dice que es el vicario. No sé, todo es muy complicado. Bueno, nos hemos escapado y nadie nos ha seguido. Es curioso, todos parecían tener miedo de tío Merry.

—¿Quiénes son ellos?

—No lo sé. —Simon hizo un enorme bostezo—. Oye, voy abajo a tomarme un

poco de cacao. Hablaremos por la mañana.

Barney volvió a tumbarse, suspirando.

—De acuerdo. ¡Ah!... —se incorporó de nuevo—. Espera un momento. Cierra la puerta.

Simon le miró con curiosidad y cerró la puerta.

—¿Qué pasa?

—No digas nada delante de la señora Palk. Ni una palabra. Díselo a Jane.

—No lo haremos. Pero de todos modos no entendería nada.

—¡Ja! —exclamó Barney dándose importancia—. Eso es lo que crees. Me he despertado hace poco y la he visto curioseando en la habitación, a oscuras y con una linterna. Menos mal que yo tenía el mapa a salvo. Lo está buscando. Apuesto a que lo está buscando. Me parece que es mala.

—Mmmm. —Simon le miraba con escepticismo.

Barney tenía el pelo alborotado y los ojos soñolientos. Era muy fácil creer que lo que describía no había sido más que un sueño.

Cuando por la mañana bajaron, la señora Palk estaba ocupada en la cocina batiendo huevos.

—¿Queréis desayunar? —preguntó con aire alegre.

Barney la observó con atención, pero no vio en ella más que buen humor y honradez rebosante. Y, sin embargo, se decía con insistencia, parecía culpable cuando encendió la luz.

—Vuelve a hacer un día precioso —dijo Jane, alegre, cuando bajó—. El viento aún es bastante fuerte, pero no hay ni una sola nube. Debe de haberlas barrido todas.

—Bueno, esperemos que no se lleve también la carpa —dijo la señora Palk, y puso una gran jarra de cremosa leche sobre la mesa.

—¿Qué carpa?

—¿Qué? —La señora Palk abrió los ojos desmesuradamente—. ¿No has visto los carteles? Hoy es el día de Carnaval. Viene gente de todas partes, incluso de St. Austell. Hay de todo... un concurso de natación en el puerto, y baile en toda la calle desde el mar. Interpretan la «Danza floral». Seguro que conocéis la melodía. —Se puso a cantar.

—La conozco —dijo Simon—, pero creía que sólo la bailaban en otro sitio.

—En Helston —dijo Jane—. Es la danza floral de Helston.

—Vaya, —dijo la señora Palk—, supongo que nos la copiaron. Todo el mundo conoce la danza floral de Trewissick; ya la bailaban en la época de mi abuela. Todos se visten con trajes alegres y caprichosos, y hay mucha gente por la calle, todo el mundo baila y ríe. Hoy nadie va de pesca. Ponen una gran carpa en el campo que hay detrás del pueblo, con toda clase de tenderetes de venta y juegos, y lucha... Después, cuando el sol empieza a bajar, coronan a la reina del carnaval, y la gente se queda

cerca del puerto hasta que anochece y entonces bailan a la luz de la luna... El día de carnaval la gente no quiere ir a dormir hasta muy tarde, en Trewissick.

—Qué divertido —dijo Jane.

—Mmmm —rezongó Simon.

—No podéis perdéroslo —dijo ansiosa la señora Palk—. Yo estaré allí hasta que se acabe; es como si hubieran vuelto los viejos tiempos. ¡Eh!, con tanta charla vuestros huevos revueltos se estarán quemando. —Se volvió y salió de la habitación.

—Puede ser divertido —dijo Jane con tono de reproche a Simon.

—Qué bien. Tenemos otras cosas que hacer. Claro que si prefieres ir al carnaval en lugar de ir a buscar el grial...

—¡Chst! —chistó Barney mirando nervioso hacia la puerta.

—Oh, no te preocupes por ella. El tío abuelo Merry tarda mucho en bajar, ¿no?

—No quería decir esto —dijo Jane con docilidad—. En realidad, lo que más deseo es volver a la punta de tierra para encontrar aquella roca.

—No podemos ir sin tío Merry. Me pregunto si está despierto.

—Iré a ver —se ofreció Barney.

—¡Eh!, ¿adonde vas? —La señora Palk estuvo a punto de tropezar con él cuando entraba con la bandeja—. Siéntate a comer esto mientras está caliente.

—Iba a llamar al tío abuelo Merry.

—Déjale en paz, pobre viejo —dijo la señora Palk con firmeza—. Vagar por ahí en plena noche no es natural a su edad, no me extraña que duerma tanto. Pescar de noche, vaya. Y ni un pez que mostrar después de tanto trajín. Anoche le cansasteis. Tenéis que recordar que no somos tan jóvenes como vosotros. —Agitó un dedo delante de ellos—. Bueno, después de desayunar salís al sol y le dejáis dormir. —Volvió a marcharse y cerró la puerta tras de sí.

—Dios mío —exclamó Jane, compungida—. Tiene razón. En realidad el tío abuelo Merry es bastante viejo.

—Bueno, pero no chochea —dijo Simon a la defensiva—. A veces no parece que sea viejo. Anoche iba como un cohete, y te llevaba a ti en brazos. A mí me costaba seguirle.

—Bueno, quizá éste sea el efecto secundario. —A Jane empezaba a remorderle la conciencia—. Anoche debió de pasar mucha tensión, entre una cosa y otra. No creo que debamos despertarle. Al fin y al cabo, sólo son las nueve.

—Pero no hemos hecho planes ni nada —protestó Barney.

—Quizá deberíamos esperar aquí hasta que se despierte —dijo Simon.

—¡Oh, no!, ¿por qué? A él no le importaría que fuéramos a la punta de tierra. Puede seguirnos cuando se haya levantado.

—¿No dijo que a partir de ahora no debíamos ir a ningún sitio sin él? —dijo Barney vacilante—. O al menos, sin decírselo.

—Bueno, podemos dejarle un mensaje con la señora Palk.

—¡No!

—Barney cree que la señora Palk está con el enemigo —dijo Simon con escepticismo.

—Seguro que no —declaró Jane vagamente—. Bueno, de todos modos, no tenemos que dejarle ningún mensaje. Seguro que adivinará adonde hemos ido. Sólo hay un lugar al que querríamos ir, y es a las rocas de Kemare Head.

—Podemos decirle a la señora Palk que él sabrá adonde hemos ido. Así. Y entonces ella se lo dirá y él comprenderá.

—Podemos decir que hemos llevado a Rufus a dar un paseo —sugirió Barney, esperanzado.

—No es mala idea. ¿Dónde está?

—En la cocina. Iré a buscarlo.

—Díselo a la señora Palk. Y dile también que nos encontraremos con ella en su querido carnaval. Probablemente lo haremos, de todos modos.

Barney tragó el último bocado de huevos revueltos y fue a la cocina mientras masticaba una tostada.

De pronto Simon tuvo una idea. Se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia la colma. Enseguida se volvió a Jane.

—Teníamos que haberlo previsto. Nos están vigilando. Aquel muchacho está al final de la carretera, sentado en el muro. No hace nada, está sentado mirando hacia aquí. Deben de estar esperando a que salgamos, porque aún no saben si anoche encontramos alguna pista que nos lleve a alguna parte.

—Vaya —exclamó Jane, y se mordió el labio. Lo sucedido la noche anterior en la punta de tierra la había dejado más nerviosa que nunca. Era como si estuvieran peleando no con personas, sino con una fuerza oscura que utilizaba a la gente como armas. Y podía hacer con ellos lo que quisiera—. ¿No hay una salida trasera de la casa para ir a la punta de tierra?

—No lo sé. Qué curioso, no lo hemos buscado. —Bueno, hemos estado haciendo otras cosas. Supongo que si hubiera alguna, la estarían vigilando.

—Bueno... la única persona que probablemente lo sabría sería Bill, y está en la parte delantera. Mirar no nos hará ningún daño. Barney había regresado y Rufus brincaba alegre junto a él. —Hay un camino— dijo. —Se puede pasar por el seto que hay al final del jardín trasero. Lo descubrí una mañana antes de que os levantarais. En realidad, Rufus me lo enseñó; correteaba por allí y de pronto desapareció, y entonces le oí ladrar fuera, a kilómetros de distancia. Da a un callejón y enseguida se llega a Kemare Head. Es una buena salida porque no esperarán que vayamos por allí; no hay ninguna puerta ni nada.

—Tío Merry no sabrá ese camino —dijo de pronto Jane—. Saldrá por delante y le

seguirán, y será como si nos hubieran seguido a nosotros.

—No tengas miedo —dijo Barney con firmeza—. Él sabrá sacárselos de encima. Apuesto a que esta vez no tendrán la más mínima idea de dónde estamos.

Cuando los niños se hubieron ido y la casa quedó en silencio, la señora Palk pasó dos horas trabajando con brío en el piso de abajo. Procuró no hacer ruido. Después, se sentó en la cocina para tomarse una gratificante taza de té.

Preparó un té fuerte, y utilizó una de las mejores tazas del capitán: muy grande y de porcelana blanca muy fina, casi translúcida. Se sentó a la mesa de la cocina para tomarlo con calma, satisfecha. Al cabo de un rato se acercó al armario de debajo del fregadero, sacó la gran bolsa de la compra y sacó de ella una vistosa maraña de cintas de colores, con una complicada estructura plumosa semejante a un tocado de indio piel roja. Se lo puso en la cabeza, se miró en el espejo y ahogó la risa. Después lo dejó con cuidado y se sirvió un poco más de té. Lo puso en una bandeja y se encaminó hacia la escalera.

Abrió la puerta de la habitación del tío abuelo Merry sin llamar, entró y dejó la bandeja junto a la cama. El tío abuelo Merry estaba hundido en las sábanas y respiraba pesadamente. La señora Palk descorrió las cortinas para que entrara la luz, se inclinó y zarandó al anciano por el hombro. Cuando se agitó, ella se apartó enseguida y se quedó esperando, sonriéndole en actitud maternal.

Él bostezó, gruñó y se llevó las manos a la cabeza, soñoliento; luego, se pasó los dedos por el despeinado cabello blanco.

—Hora de levantarse, profesor —anunció alegre la señora Palk.

¿Ha descansado bien, después del ajetreo de anoche? Dormir le habrá hecho bien, seguro. Ya no somos tan jóvenes como antes, ¿verdad?

El tío abuelo Merry la miró y rezongó algo, parpadeando para despertarse.

—Tómese este té ahora e iré a prepararle el desayuno. —La potente voz de la señora Palk resonó cuando se volvía para alisar las cortinas—. Por una vez tenemos paz y tranquilidad. Los niños hace horas que se han ido.

El tío abuelo Merry despertó de golpe. Se incorporó en la cama.

—¿Qué hora es?

—Son más de las once —respondió la señora Palk, sonriendo—. ¿Adonde han ido los niños?

—No se preocupe por ellos. Sabrán cuidar de sí mismos, por un día.

—Tontos, ¿dónde están? —Arrugó la frente—. Bueno, profesor —dijo la señora Palk—, se han ido para ahorrarle a usted un viaje. Son considerados, esos niños, están bien educados. Han ido a Truro por usted. —¡A Truro!

La señora Palk sonrió con inocencia.

—Sí, eso es. El joven Simon ha respondido al teléfono esta mañana. Qué aparato tan antipático —añadió en tono confidencial, con un leve estremecimiento—. Casi

me mata del susto. Ha hablado mucho rato con la persona que estaba al otro lado. Y después, ha venido y me ha dicho, muy serio, el angelito: señora Palk, ha dicho, era un amigo del tío abuelo Merry, del museo de Truro, dice que tiene que vernos a todos urgentemente. —¿Quién era?

—Un momento, profesor, no he terminado... Me parece que deberíamos ir enseguida si nuestro tío abuelo aún duerme, me ha dicho Simon, y coger el autobús. Cuando se levante puede venir por nosotros.

—¿Quién era? —insistió el tío abuelo Merry—. Simon no me ha dicho el nombre... lo ha hecho parecer muy importante. Así que se han ido los tres, y han cogido el autobús.

No se preocupe, señora Palk, me han dicho, dígame a nuestro tío abuelo que vaya a buscarnos.

—No debería haberles dejado ir solos —dijo con sequedad el tío abuelo Merry—. Si me disculpa, señora Palk, me gustaría levantarme.

—Claro —dijo con indulgencia la señora Palk sin dejar de sonreír, y se fue de la habitación.

Al cabo de unos minutos, el tío abuelo Merry estaba abajo, completamente vestido, con el entrecejo fruncido y rezongando ansioso. Rechazó el desayuno y salió con grandes pasos de la Casa Gris. La señora Palk, que le observaba desde el umbral, vio aparecer su desvencijado coche en la carretera y alejarse rugiendo, dejando una gran nube de humo negro en el aire.

La mujer sonrió para sí y entró de nuevo en la Casa Gris. Unos instantes después salió de nuevo, con la leve sonrisa aún en sus labios; cerró la puerta con llave y se fue con la bolsa de la compra colina abajo hacia el puerto. Por la bolsa asomaban algunas vistosas plumas rojas y azules.

Capítulo 10

—No es tan sencillo como creía —dijo Simon, ceñudo. Miró las desiguales rocas que le rodeaban—. Anoche, desde las piedras verticales, parecía que esto sólo era una roca, que sobresalía. Pero hay muchas, y todas son muy grandes.

El viento de mar zarandeaba la cola de caballo de Jane de un lado a otro. La niña miró tierra adentro.

—Es como estar en alta mar. Como si estuviéramos mirando a tierra desde fuera.

La punta de Kemare Head era el lugar más desolado que habían visto hasta entonces, incluso con el sol que se reflejaba en el agua y el olor del mar que llevaba el viento. Se hallaban en medio de una sombría extensión de rocas que surgían de la hierba casi en el extremo de la punta de tierra. El terreno formaba una empinada pendiente herbosa y el acantilado caía para unirse a otras rocas, sesenta metros más abajo, donde las blancas olas murmuraban y suspiraban sin cesar. No veían ninguna señal de vida ni movimiento alrededor.

—Es solitario —dijo Barney—. Quiero decir que es solitario en sí mismo. Me pregunto cuál será la próxima pista, si es que la hay.

—No creo que la haya —dijo Jane despacio—. Esto es el fin de un sitio. No conduce a ninguna parte... Es curioso que no hayamos visto a nadie al subir. Suele haber una o dos personas paseando.

—Anoche sí las había —dijo Simon.

—¡Oh, no!, yo intento no recordarlo. Pero por aquí no hay ni un alma. Me parece extraño.

—El señor Penhallow dice que la gente de aquí no se acerca al extremo de la punta de tierra —dijo Barney trepando para sentarse en una roca por encima de sus cabezas. Rufas intentó seguirle, resbaló y se lamió una pata, gimiendo—. Tampoco les gustan mucho las piedras verticales; nunca suben aquí arriba. Me lo contó tío Merry. Dijo que la gente creía que las rocas estaban encantadas y que daban mala suerte, y lo dijo de una manera que parecía que él también lo creía. Dijo que las llaman las Lápidas.

—¿Llaman así a las piedras verticales?

—No, a estas rocas de aquí.

—Qué curioso, yo habría dicho que sería al revés. Las otras se parecen más a lápidas. Pero éstas son rocas corrientes.

—Bueno, eso me contó. —Barney se encogió de hombros y casi perdió el equilibrio—. Simplemente, a la gente no les gustan.

—Me pregunto por qué. —Jane levantó la mirada hacia la roca más próxima, que se elevaba justo por encima de su cabeza. Simon, que estaba a su lado, dio unos golpecitos a su superficie con el viejo estuche de telescopio; el manuscrito se movió

en su interior. Barney se lo había devuelto con gran ceremonia aquella mañana. Entonces, de pronto, dejó de dar golpecitos y se quedó inmóvil como una roca.

—¿Qué ocurre? ¿Has descubierto algo? —Jane miró la roca con atención.

—No... sí... Bueno, no es nada. ¿Recordáis el manuscrito? Aún oigo al tío abuelo Merry decirlo. Dónde el hombre de Cornualles escondió el grial: sobre el mar, bajo la tierra.

—Eso es, y dijo lo mismo cuando enterraron al extraño caballero, cómo se llamaba...

—Bedwin —dijo Barney—. Caramba, ya entiendo lo que quieres decir. Sobre el mar, bajo la tierra. ¡Aquí!

—Pero... —empezó a decir Jane.

—¡Tiene que serlo! —Simon saltó distraído sobre un pie—. Sobre el mar... bueno, no podríamos estar en otro sitio más evidentemente sobre el mar, ¿no? Y bajo tierra. Aquí están las piedras.

—¡Y aquí debe de ser donde enterraron también a Bedwin! —Barney bajó apresurado de su roca—. Y por esto las llaman las Lápidas y creen que están encantadas. Han olvidado la historia auténtica, porque sucedió hace centenares de años. Pero recuerdan esta parte, o al menos recuerdan que la gente tenía miedo de subir aquí y por esto tampoco suben ellos.

—A lo mejor tienen razón —dijo Jane, nerviosa.

—¡Oh, venga ya! Bueno, de todos modos, aunque el fantasma de Bedwin esté flotando en alguna parte, no querría asustarnos, porque estamos de su lado.

—El tío abuelo Merry dijo algo así anoche. —Jane arrugó la frente tratando de recordar.

—Bueno, no importa. ¿No te das cuenta de lo que esto significa? Estamos aquí. ¡Lo hemos encontrado! —farfulló Barney encantado. Rufas se contagió de su humor y retozó alegre alrededor de los niños y ladrando al viento.

Simon miró a su hermano. —De acuerdo. ¿Dónde está?

—Bueno —dijo Barney haciendo una pequeña pausa—, aquí. Debajo de una de las rocas.

—Sí, pero deja de comportarte como un loco y piensa un poco. ¿Qué tenemos que hacer, excavar para levantarlas todas? Forman parte de la punta de tierra. Todo es roca. Mira. —Simon sacó su navaja, una práctica arma de acero con dos grandes hojas y un pasador, y se puso a excavar al pie de una de las rocas. Arrancó puñados de hierba, hizo un agujero y a menos de diez centímetros de la superficie apareció roca sólida—. Mira, ¿lo ves? —Rascó la roca con la hoja de la navaja, haciendo rechinar la piedra de un modo espantoso—. ¿Cómo quieres que aquí haya nada enterrado?

—No tiene por qué ser todo así —protestó Barney.

—A lo mejor hay una parte diferente —insinuó Jane, confiada—. Si los tres nos separamos y buscamos palmo a palmo, es probable que encontremos algo. Deberíamos haber traído palas. Vamos.

Barney fue a un extremo de las rocas y Jane al otro, a unos veinte metros de distancia. Simon miró con nerviosismo el escarpado borde y se fue al lado que daba al mar para ponerse a trabajar. Gatearon arriba y abajo por el granito de bordes afilados buscando los trozos de hierba entre las rocas, tirando de las piedras para ver si se movían y mostraban un lugar donde pudiera esconderse algo. Pero ninguna piedra se movió ni un centímetro y no encontraron más que hierba y granito, sin rastro de un escondite. Jane llevaba algo en la mano con cuidado cuando volvieron a reunirse.

—Mirad —dijo la niña, tendiéndoles el objeto—. ¿No os parece extraño encontrar una concha aquí arriba? Quiero decir, ¿cómo ha podido llegar desde la playa, sobre todo si nunca sube nadie?

—Es más una piedra que una concha —dijo Simon, y se la cogió de la mano, curioso. Era una concha pero el hueco era sólido y duro, lleno de lo que parecía roca; y la superficie de la concha no era blanca y áspera como las que se encuentran en la playa sino lisa y de color gris oscuro.

—Algún turista la habrá tirado —dijo Barney—. Los turistas no deben de tener miedo de subir aquí, no saben nada de lo que la gente de Trewissick cuenta.

—Eso supongo. —Los tres pensaron con desdén en los turistas.

—Bueno —dijo Jane; se metió la concha en el bolsillo y miró alrededor sin saber qué hacer—. Es espantoso. Estamos atascados. ¿Qué podemos hacer ahora?

—Aquí arriba tiene que haber algo, seguro.

—No sabemos... quizá se trata de otro peldaño de la escalera.

—Pero no hay ninguna otra indicación que seguir. Echemos un vistazo al mapa.

Simon se sentó en la hierba y abrió el estuche del telescopio; y todos contemplaron el manuscrito, apenas visibles las líneas y palabras debido al resplandor del sol.

—Estoy seguro de que su intención es que esto sea el final de la búsqueda —insistió Barney obstinado—. Mirad cómo el extremo de la punta de tierra queda aislada. No hay otra salida.

Simon miraba fijamente el mapa, pensativo.

—A lo mejor conduce al punto del que partimos. Quizá nos ha estado tomando el pelo desde el principio. Una especie de seguro, para ponerlo difícil a quien intente buscar el grial.

—A lo mejor lo escondió en algún sitio que no encontraremos.

—A lo mejor se lo llevó consigo.

—A lo mejor no existe.

Estaban sentados formando un círculo, abatidos, haciendo caso omiso del sol y del magnífico paisaje de costa y mar. Se produjo un largo silencio. Barney levantó la mirada con aire distraído.

—¿Dónde está Rufus?

—No lo sé —respondió Simon—. Espero que se haya caído por el acantilado. Ese bobo animal es capaz de hacerlo.

—¡Oh, no! —exclamó Barney, y se puso en pie, preocupado—. Espero que no le haya pasado nada. ¡Rufus! ¡Rufus! —Se puso dos dedos en la boca y dio un silbido ensordecedor. Jane dio un brinco.

No vieron nada ni oyeron nada salvo el viento, y entonces percibieron un curioso ruido justo por encima de sus cabezas, una especie de gemido ahogado.

—¡Está ahí arriba! —Barney subió gateando por las rocas y, cuando se puso en pie, vieron aparecer su cabeza tras una piedra gris. De pronto desapareció. Su voz les llegó ahogada pero tensa de excitación—. ¡Eh! ¡Venid aquí, rápido!

Las rocas se elevaban una tras otra formando una especie de fortaleza. Encontraron a Barney en el medio, agazapado detrás de uno de los picos, observando a Rufus. El perro estaba temblando y atento, con el hocico pegado a la roca y rascando débilmente con una pata mientras gemía y olisqueaba.

—Rápido —dijo Barney sin volverse—. No sé lo que trata de hacer, pero me parece que ha encontrado algo. Nunca le había visto así. Si son ratas o conejos se pone como loco y ladra y no para quieto, pero esto es diferente. Miradle.

Rufus parecía estar en trance, incapaz de apartarse de la roca.

—Déjame ver —dijo Simon. Pasó con cuidado al lado de Barney y apoyó un brazo en Rufus para acariciarle mientras lo apartaba de la roca—. Aquí hay un pequeño agujero. Puedo meter los dedos dentro. ¡Ay! ¡Esta roca se mueve! He notado que se apartaba, estoy seguro. Por poco no me pilla la mano. Es muy grande, pero me parece... Jane, ¿puedes ponerte a mi lado?

Jane se agazapó entre las rocas al lado de su hermano.

—Ahora agarra ahí —le pidió Simon—. Ese trozo que sobresale... cuando te lo diga, empuja todo lo que puedas hacia el mar. Espera un momento, tengo que cogerla por este lado... no sé si esto saldrá bien... ahora, ¡empuja!

Obediente, pero sin tener idea de lo que se esperaba que hiciera, Jane empujó con todas sus fuerzas mientras Simon jadeaba y empujaba a su lado. Durante un largo momento no pasó nada. Luego, cuando sus pulmones parecían a punto de estallar, notaron que la roca se movía. Experimentó un temblor muy ligero y luego dio una rechinante sacudida. Los niños cayeron hacia atrás y la gran roca se les escapó de las manos y cayó en el hueco más próximo. Notaron el golpe seco que produjo al caer.

En el lugar donde antes estaba la roca había un orificio oscuro e informe de unos sesenta centímetros de diámetro.

Se quedaron quietos, boquiabiertos. Rufus se acercó corriendo, inclinó la cabeza y olisqueó con delicadeza; luego, se volvió, meneando la cola y con la lengua fuera.

Simon al fin se acercó y apartó un par de rocas más pequeñas del borde del orificio. Se inclinó y atisbó dentro, y metió el brazo para ver la profundidad que tenía.

Su brazo desapareció hasta el hombro. Simon se tumbó en el suelo y no palpaba más que áspera roca a los lados. Miró a Barney y a Jane.

—No toco fondo —dijo con voz baja.

Entonces los otros recuperaron el aliento y se dieron cuenta de que lo habían estado conteniendo.

—Levántate, déjanos ver.

—Tiene que ser esto, ¿no? ¡El grial tiene que estar aquí!

—¿Qué profundidad calculas que tiene?

—¡Es estupendo! ¡Qué listo es Rufus! El perro meneó la cola más deprisa.

—Ese pedazo de roca —dijo Jane, mirándola con reverencia—. Debe de hacer novecientos años que está aquí. Imaginad... novecientos años...

—Bueno, no estaba exactamente suelta. —Simon flexionó los tensos músculos de su brazo con cuidado—. Aunque estaba equilibrada con cuidado, de lo contrario no habríamos podido moverla ni un centímetro. Bueno, tenemos que averiguar la profundidad de este agujero antes de saber si hay algo ahí.

Miró pensativo la oscura boca abierta en la roca. Jane suspiró y dejó de pensar en siglos.

—Tira una piedra, así oiremos si es muy profundo. Como con las tormentas; ya sabes, contar los segundos que transcurren entre el relámpago y el trueno para saber a qué distancia está la tormenta.

Simon cogió un trozo de roca suelto del borde y lo dejó caer en el agujero. Todos aguzaron el oído.

Al cabo de un rato Jane se sentó sobre sus talones.

—No he oído nada.

—Yo tampoco.

—Prueba otra vez.

Simon dejó caer otra piedra en el agujero y volvieron a aguzar el oído para percibir el ruido al caer al fondo. No ocurrió nada.

—Entonces no hay nada.

—No.

—¡No tiene fondo!

—No seas idiota, no puede ser.

—A lo mejor sale en Australia —dijo Barney. Miró el agujero con nerviosismo.

—Esto significa que va demasiado lejos para que oigamos el ruido —dijo Simon—. Pero tiene que ser tremendamente profundo. Ojalá hubiéramos traído una cuerda.

—Mira en tus bolsillos —sugirió Jane—. Siempre los llevas llenos de porquerías. Como Barney. Al menos eso dice mamá cuando tiene que vaciarlos. A lo mejor lleváis cuerda o algo.

—Tonterías —exclamó Simon indignado, pero vació sus bolsillos sobre la roca.

El resultado, aunque interesante, no fue de gran ayuda. Simon esparció un buen surtido incluida la navaja, un pañuelo muy sucio, una brújula con el cristal rayado, dos monedas de cincuenta peniques, un cabo de vela, dos ajados billetes de autobús, cuatro caramelos envueltos en papel de celofán arrugado y un bolígrafo.

—Bueno, podemos tomarnos un caramelo cada uno. —Los repartió con gesto solemne. Los caramelos se habían pegado un poco al celofán, pero estaban buenos. Simon dio el que sobraba al perro, que intentó masticarlo y por fin se lo tragó entero.

—Lástima de caramelo —dijo Barney. Él también vació sus bolsillos con una lluvia de arena: una canica verde con un punto naranja en el medio, una piedrecita blanca, veinte peniques, un marinero de plomo sin cabeza, un pañuelo milagrosamente mucho más limpio que el de Simon y un trozo de alambre curvado en ambos extremos.

—¿Para qué llevas esto? —preguntó Jane.

—Bueno, nunca se sabe —dijo Barney con ambigüedad—. Podría ser útil. Vamos, echemos un vistazo a los tuyos.

—No llevo nada —dijo Jane volviendo los bolsillos del revés.

—Bueno, has traído tu chaqueta —dijo Simon. Cruzó las rocas, bajó a la hierba donde habían estado antes y trajo la chaqueta de Jane—. Mira. Un pañuelo. Dos horquillas, muy típico de las chicas. Dos lápices. Una caja de cerillas. ¿Para qué las quieres?

—Como ha dicho Barney, podrían ser útiles. Mucho más útiles que ese trozo de alambre viejo. Simon palpó el otro bolsillo.

—Dinero, un botón... ¿qué es esto? —Sacó una bobina de hilo—. Vaya, esto sí que es brutal idea. Podría ayudarnos a averiguar la profundidad del agujero.

—Lo había olvidado —dijo Jane—. Está bien, tú ganas, yo también llevo porquerías. Pero has de admitir que son porquerías más útiles. —Le cogió la bobina de hilo—. Aquí dice que hay cien metros de hilo. Ningún agujero podría ser tan profundo, ¿verdad?

—No me extrañaría que éste lo fuera —dijo Simon—. Ata alguna cosa al hilo y hazlo bajar.

—Tiene que ser algo que no pese mucho —dijo Barney—, si no se romperá. Jane desenrolló un poco de hilo y tiró de él.

—No sé, parece fuerte. Ya está, dame ese trozo de alambre. Barney la miró con aire dubitativo, pero se lo dio. Jane ató un extremo del hilo a la punta curvada.

—Ya está. Ahora lo hacemos bajar y esperamos hasta que haya llegado al fondo.

—Sé una manera mejor. —Simon cogió la bobina de hilo y pasó uno de los lápices de Jane por el agujero central. Era lo bastante largo para que saliera por ambos lados—. Ahora coges las dos puntas del lápiz y la bobina se desenrolla sola, debido al peso.

—Déjame hacerlo. —Jane se arrodilló junto al agujero y dejó caer el alambre en la oscura boca. La bobina de hilo empezó a girar a medida que el hilo desaparecía; los tres niños contuvieron el aliento. Entonces, de pronto, la bobina empezó a girar más despacio y se paró. En el instante en que pensaban que el alambre había tocado tierra firme, vieron que el extremo del hilo se aflojaba.

—Mecachis —exclamó Jane decepcionada—. Se ha roto. —Atisbó en la negrura en un vano intento por ver adonde había ido a parar el hilo. Simon le cogió el carrete y lo examinó.

—Falta la mitad del hilo, y aún no ha llegado a ninguna parte. Esto significa que el agujero tiene al menos cincuenta metros de profundidad. ¡Caramba! —Dio un golpecito a Jane en el hombro—. Vamos, déjame a mí; tú no verás nada ahí abajo. Jane le apartó sin dejar de asomarse al agujero. —Cállate.

Los dos niños esperaron con paciencia hasta que Jane se irguió; tenía la cara enrojecida.

—Oigo el mar —dijo, parpadeando.

—Claro que oyes el mar. Yo también. Está al otro lado de la punta de tierra.

—No, no. Me refiero a que lo oigo aquí abajo. Simon la miró y suspiró.

Barney se tumbó junto al agujero y metió la cabeza dentro.

—Tiene razón —dijo con excitación—. Ven y pon la oreja aquí.

—Mmmm. —Simon se acercó, escéptico, y se tumbó a su lado.

Entonces oyó muy débilmente, procedente de las profundidades del agujero, un ruido hueco que resonaba. Desapareció y apareció otra vez, lento y regular. —¿Eso es el mar?

—Claro —exclamó Jane—. ¿No lo reconoces? Es el ruido de las olas en la cueva. Y piensa lo que esto significa... el agujero debe de bajar por todo el acantilado hasta el mar, y allí abajo tiene que haber una entrada. ¡Y allí es donde está escondido el grial!

—Pero no puede ser así. —Simon se incorporó lentamente y se frotó la oreja—. ¿No podría ser una vibración o algo que viniera del borde de las rocas de ahí abajo? —Bueno, ¿a ti te suena así?

—No —admitió Simon—. Pero... ¿cómo podría alguien haber hecho un agujero tan estrecho y profundo?

—No lo sé. Pero lo hizo, ¿no? Quizá la pequeña concha que he encontrado fue arrojada por este agujero.

—Si el grial está ahí abajo, tenemos que ir por la entrada del mar. Tiene que haber

una cueva. Me pregunto si podremos llegar desde el puerto.

—¡Escuchad! —Barney de pronto se puso en pie y ladeó la cabeza—. Oigo algo. Como un motor.

Simon y Jane se levantaron también y escucharon el distante ruido de las olas y el viento. Oían los chillidos de las gaviotas, las quejumbrosas llamadas que emitían hacia ellos desde abajo. Y entonces oyeron el ruido que había oído Barney: el murmullo bajo de un motor procedente del puerto.

Fue Simon el que avistó primero la larga proa blanca del yate que rodeaba la curva de Kemare Head. Se agazapó enseguida.

—¡Agachaos, rápido! —dijo—. ¡Son ellos! ¡Es el Lady Mary!

Barney y Jane se tiraron al suelo a su lado.

—No nos verán si nos quedamos detrás de las rocas —dijo Simon en voz baja—. No os mováis hasta que se hayan perdido de vista.

—Aquí hay una brecha —susurró Barney— por la que puedo verles... El señor Withers está en cubierta, y su hermana está con él. El patrón no está allí, debe de estar en la cabina... miran hacia aquí, no aquí arriba, parece que miran los acantilados... El señor Withers tiene unos prismáticos... ahora los baja y se ha vuelto a su hermana para decirle algo. No le veo la expresión de la cara, están demasiado lejos. Ojalá se acercaran.

—¡Oh! —exclamó Jane, agitada—. ¿Y si hay esa cueva donde está el grial y la ven?

Esta idea era paralizante, y los tres se quedaron inmóviles, deseando que el barco se marchara. El ruido del motor del Lady Mary se hizo más fuerte al pasar por el extremo de la punta de tierra donde se encontraban ellos.

—¿Qué hacen? —preguntó Simon impaciente en un susurro—. No lo veo, los tapa una roca. —Barney se removi6, frustrado. El ruido del motor llenaba el aire. Pero no par6: se fue alejando poco a poco en el mar.

—Ahora lo veo otra vez, hay otra brecha... sigue mirando hacia la costa con los prismáticos. No creo que haya visto nada, parece como si aún estuviera buscando... ahora han doblado el recodo. —Barney rod6 sobre sí mismo y se incorpor6—. Si buscan una cueva, ¿cómo se han enterado de su existencia?

—No pueden saberlo, no han visto el mapa —respondió Jane con angustia—. No es posible que lo hayan visto. Quiero decir, aunque el vicario esté confabulado con ellos, y conozcan el contorno que yo dibujé en la guía, no tienen ninguna pista. No puse ninguna señal.

—Pero si no saben dónde mirar, ¿por qué miran en el sitio correcto?

—Me parece —dijo Simon— que forma parte de su rutina. Quiero decir, no saben dónde mirar, así que miran en todas partes. El tío abuelo Merry dijo algo así el primer día que hablamos. Es igual que cuando registraron la casa, lo hicieron al azar, sin

ningún plan. A lo mejor se les ha ocurrido vagamente la idea de la cueva y están recorriendo toda la costa por si la encuentran. No solo esta parte, sino toda, arriba y abajo. No saben que es ésta.

—Bueno, nosotros sí. Si está aquí, ¿por qué no la han visto?

—A lo mejor lo han hecho —dijo Barney abatido.

—¡Oh, no!, seguro que no. Se habrían parado. En cualquier caso, no habrían seguido mirando como has dicho que hacían. Lo has dicho, ¿no? —Jane le miró, nerviosa.

—Sí; el viejo Withers seguía mirando con los prismáticos cuando se han perdido de vista.

—Entonces está claro.

—Podría ser otra cosa —dijo Simon desanimado. Se interrumpió.

—¿Qué?

—Hemos oído el mar, o sea que la boca de la cueva podría estar tapada. Podría estar sumergida en el agua, por esto no la habrían visto. En Cornualles hay muchas cuevas debajo del agua, recuerdo haber leído algo de ellas en algún sitio. Podría ser que cuando nuestro hombre escondió el grial no fuera así, pero es posible que la tierra se haya hundido un poco en novecientos años.

—Eso está bien —dijo Barney—. Entonces, jamás podrán encontrarlo.

Simon le miró y alzó las cejas.

—Y nosotros tampoco.

Barney le miró fijamente.

—Nosotros sí podríamos. Tú sabes bucear bastante bien.

—No tendríamos ninguna posibilidad. Sé bucear, pero no soy un pez.

—Supongo que ese sitio estaría lleno de agua —dijo Jane y despacio—. Y el grial estaría bajo el agua, y estropeado como los restos de un naufragio.

—Cubierto de percebes —añadió Simon.

—No puede ser. No debe ser así. Él dijo sobre el mar y tiene que estar sobre el mar.

—Tendremos que averiguarlo. El tío abuelo Merry lo sabrá.

Los tres se miraron, consternados.

—¡Tío Merry! Me había olvidado de él.

—¿Dónde estará?

—Llevamos aquí mucho rato. Seguro que hace horas que se ha levantado.

—Barney, ¿qué le has pedido exactamente a la señora Palk que le dijera?

—Que habíamos ido a dar un paseo con Rufus, que él ya sabría adonde. Ella me ha mirado con un poco de curiosidad, pero ha dicho que le daría el mensaje. He procurado que pareciera un juego —explicó Barney muy serio.

—Espero que no le haya ocurrido nada —dijo Jane con ansia.

—No te preocupes, supongo que aún está roncando —dijo Simon. Consultó su reloj—. Son las once y media. Bajemos deprisa antes de que regrese el yate. La próxima vez quizá no tendríamos tanta suerte; si vuelven navegando a vela no les oiremos. Me pregunto por qué no lo han hecho antes, hay viento más que suficiente. —Frunció el entrecejo.

—¡Oh!, no importa —dijo Barney—. Vamos a buscar a tío Merry. Y entremos por la parte de atrás también; es posible que ese muchacho siga vigilando la casa.

—No, iremos por delante. Podría ser que tío Merry viniera hacia aquí. Tengo la sensación de que no nos queda mucho tiempo. Tendremos que arriesgarnos a que nos pillen. Vamos.

Capítulo 11

Pero en cuanto estuvieron abajo y vieron el puerto, se dieron cuenta de que no se trataba de pasar inadvertidos o de que les pillaran.

Las calles que rodeaban el puerto estaban abarrotadas de gente; pescadores y tenderos endomingados, esposas con los mejores vestidos de verano y los turistas más alegres que los niños jamás habían visto en Trewissick. Todos los barcos, que se mecían en la marea alta a ras de los muelles, estaban atados por un lado y dejaban un claro rectángulo de agua señalado con ristras de boyas blancas. Al bajar por la carretera oyeron el débil estampido de una pistola de dar la salida y seis morenos cuerpos se arrojaron al agua y se pusieron a nadar entre blancas salpicaduras de agua que señalaban la carrera. La multitud empezó a vitorearles.

—Debe de ser el final del concurso de natación —dijo Jane, impaciente, contagiada del ambiente de carnaval que había abajo—. Vamos a mirar un minuto.

—Por el amor de Dios —exclamó Simon—. Estamos en una misión. Hemos de encontrar al tío abuelo Merry antes que nada.

Pero nadie respondió a la puerta de la Casa Gris y los niños se quedaron en el umbral viendo pasar arriba y abajo grupos de turistas con las mangas de la camisa remangadas y charlando alegremente. Y cuando Simon fue a la parte de atrás y sacó la llave de la puerta delantera de su escondrijo en el cobertizo para herramientas, entraron y vieron que la casa estaba vacía.

La cama del tío abuelo Merry estaba hecha, pero no había señales, ni en su dormitorio ni en ninguna otra habitación de la casa, que les indicaran adonde había ido. La señora Palk tampoco estaba. En la mesa de la cocina había tres platos con caballa fría y ensalada, dejados allí para que almorzaran. Pero esto era todo. La casa estaba inmaculada, ordenada, silenciosa y... vacía.

—¿Adónde puede haber ido? ¿Y dónde está la señora Palk?

—Bueno, es fácil. Estará fuera contemplando la carrera de natación con todos los demás. Ya has visto que hoy se le caía la baba hablando del carnaval.

—Vamos a buscarla. Ella sabrá dónde está tío Merry.

—Hagamos una cosa —dijo Barney—. Vosotros dos bajad al puerto y yo iré corriendo a la cima de la colina para ver si tío Merry ha ido allí. Si está subiendo la punta de tierra le veré, porque se tarda bastante en llegar arriba.

Simon pensó un momento.

—De acuerdo, me parece razonable, pero por lo que más quieras, mantente fuera del alcance de la vista del yate si ves que vuelve. Y ven con nosotros lo más rápido que puedas, no quiero que nos separemos. Estaremos en el muelle donde empieza la carrera.

—De acuerdo. —Barney se marchó pero se volvió—. Una cosa: ¿que vas a hacer

con el manuscrito? Si no encontramos a tío Merry y estamos solos, ¿crees que es seguro llevarlo encima?

—Mucho más seguro que si lo dejáramos en cualquier sitio —dijo Simon, serio, mirando el estuche que tenía en la mano—. No voy a despegarme de él pase lo que pase.

—¡Ah, bueno! —dijo Barney, alegre—. Que no se te caiga en el puerto. Adiós. Hasta luego.

—Me alegro de que sea tan listo —dijo Jane cuando oyó que se cerraba la puerta de la calle—. Ojalá yo también lo fuera. Es como si hubiera alguien esperando detrás de cada esquina para hacernos daño. Sólo me siento a salvo cuando estoy en la cama.

—Anímate —dijo Simon—. Aún te dura el susto de anoche. Yo también me asusté mucho, pero ya no tengo miedo. Olvídalo.

—Todo esto está muy bien —dijo la pobre Jane con aire desdichado—, pero ahora parece que todo el mundo se ha vuelto malo, y ni siquiera sabemos de qué clase de maldad se trata. ¿Por qué todos quieren el manuscrito?

—Bueno. —Simon arrugó la frente, tratando de recordar lo que había dicho el tío abuelo Merry el primer día—, quieren el grial.

Porque de alguna manera significa algo. Y es lo que tío Merry quiere encontrar también. Es como dos ejércitos que pelean. Nunca estás seguro de por qué están peleando realmente, sólo que uno quiere derrotar al otro.

—El tío abuelo Merry a veces es como un ejército, todo en una persona. Cuando se comporta de un modo extraño y distante y da la impresión de que no está allí del todo.

—Bueno, pues eso. Con los otros ocurre lo mismo. Son una especie de ejército malo. En las piedras verticales, anoche, incluso antes de saber que ellos estaban allí, se sentía la maldad.

—Lo sé —dijo Jane con fervor—. Vaya, me sentiría mucho mejor si supiéramos dónde está el tío abuelo Merry.

—Lo sabremos en cuanto encontremos a la señora Palk. Date prisa, Jane. —Simon le dio unas palmaditas en el hombro—. Venga, vamos al puerto. Barney llegará antes si seguimos a este paso.

Jane asintió; se sentía un poco mejor.

—¡Oh! —exclamó—. Esta tarde llegarán papá y mamá. ¿Crees que deberíamos dejarles una nota?

—No, llegaremos mucho antes que ellos.

Salieron de la Casa Gris, dejándola a su silencio, y descendieron la colina en dirección al puerto. Niños desconocidos correteaban por todo el lugar, sin hacer caso de sus padres, que les llamaban con ansia; y la tiendecita que vendía helados en el muelle estaba adornada con banderas y carteles y hacía un gran negocio.

Simon y Jane se abrieron paso entre la multitud para ir hasta la salida de la carrera de natación. Tenían la sensación de que iban contracorriente; la gente avanzaba hacia ellos, y cuando llegaron al lugar donde habían quedado con Barney, descubrieron que todo había terminado. Unos chicos y chicas que iban en traje de baño, y las líneas de boyas que se balanceaban en el agua, testimoniaban que se había celebrado un concurso de natación.

Uno de los nadadores pasó rozando a Simon, y cuando miró el cuerpo bronceado y mojado reconoció el rostro que había debajo del pelo negro y aplastado por el agua. Era Bill.

El muchacho abrió la boca y se detuvo, beligerante; pero en un instante cambió de idea, frunció el entrecejo y desapareció, corriendo descalzo entre la multitud hacia el muelle delantero.

—¡Eh, Jane! ¡Jane! —Simon la llamó con apremio. La niña se encontraba unos pasos más adelante y no había visto a Bill. Una voz profunda dijo al oído de Simon.

—Tu joven amigo ha perdido la carrera. No está de muy buen humor. Los Hoover son todos iguales.

Simon se giró y vio la radiante cara arrugada y morena del viejo pescador que habían conocido el día en que se encontraron por primera vez con Bill.

—Hola, señor Penhallow —dijo, pensando que este saludo sonaba extraño—. Entonces, él ha participado en la carrera.

—Sí, la carrera para el campeonato. Se ha esforzado mucho, como siempre, pero ha perdido por pocos metros y le ha vuelto la espalda al ganador cuando éste ha ido a felicitarle por haber hecho una buena carrera. —Ahogó la risa—. El ganador ha sido mi benjamín.

—¿Su hijo? —preguntó Jane, que se había vuelto al oír que Simon la llamaba.

Miró el rostro curtido del señor Penhallow; parecía demasiado viejo para tener un hijo tan joven como para participar en una carrera de natación.

—Así es —respondió el pescador—. Es un buen muchacho. Ahora tiene dieciséis años, y está de permiso de la Marina Mercante.

—¿Cree que yo podría ingresar en la Marina Mercante cuando tenga dieciséis años? —preguntó Simon, impresionado.

—Espera un poco —dijo el señor Penhallow, haciéndole un guiño—. La vida en el mar es dura.

—Barney dice que quiere ser pescador, como usted —dijo Jane—. Con un barco como el White Heather.

El señor Penhallow se rió.

—Esta idea tampoco durará mucho. Le llevaría conmigo una noche si fuera un poco mayor, entonces cambiaría de opinión.

—¿Esta noche va a salir?

—No. Tengo descanso.

De pronto, Jane notó que tenía un zapato mojado, miró abajo y vio que estaba en un charco de agua. Se apresuró a salir de él.

—Los nadadores deben de haber salpicado mucho. Hay charcos por todas partes.

—No sólo los nadadores, querida —dijo el señor Penhallow—. Es la marea. Esta mañana ha llegado hasta aquí; las mareas de primavera son más altas que de costumbre este mes.

—Sí —dijo Simon—. Mirad, ahí hay restos de algas. Debe de haber subido hasta el muro. ¿Sube con frecuencia tan arriba?

—A menudo no. Una o dos veces al año; normalmente en marzo y septiembre. — Es extraño que haya mareas tan altas en agosto. Supongo que es por estos fuertes vientos que tenemos.

—¿Hasta dónde baja? —preguntó Jane, fascinada.

—¡Ah!, hasta muy lejos. El puerto no está bonito con la marea baja, pero tiene peor aspecto en las grandes mareas de primavera. Hay mucho fango y algas estancadas que apestan. Hoy esperad hasta las cinco de la tarde. Bueno, supongo que estaréis mirando el carnaval como todo el mundo.

—Eso espero —dijo Simon vagamente. Estaba pensando frenético; era como si las palabras del pescador hubieran tocado un resorte en su cerebro—. Señor Penhallow —dijo, cuidadosamente informal—, supongo que cuando la marea baja está muy baja hay muchas más rocas fuera del puerto que de costumbre.

—Sí, muchas —dijo el pescador—. Dicen que es posible dar la vuelta desde el puerto de Trewissick hasta Dodman, que está dos o tres calas más allá de Kemare Head. Pero puede que no sea más que un cuento; apuesto a que las rocas quedan al descubierto y la marea vuelve a subir antes de que estés a medio camino.

Jane sólo escuchaba a medias.

—Señor Penhallow, estamos buscando a la señora Palk, la señora que se ocupa de las tareas de la casa. ¿La conoce?

—¿Si conozco a la señora Palk? —preguntó el señor Penhallow, ahogando una risita—. Yo diría que sí. Es una mujer agradable, lo era antes; bueno, aún lo es, pero se volvió un poco tacaña cuando se murió el viejo Jim Palk. Apuesto a que a vuestros padres les cuesta una buena suma. Hace cualquier cosa por unas libras más, la vieja Moll. Ahora que lo pienso, claro, es tía de vuestro amiguito Bill.

—¿La señora Palk? —dijo Jane con asombro—. ¿Ese muchacho tan horrible?

—¡Ah! —exclamó el señor Penhallow plácidamente—. Las dos ramas de la familia no se parecen mucho. La mayoría de gente de Trewissick incluso se olvidan de que son parientes. No creo que a Mollie le guste que la gente lo sepa.

—Me parece que el tío abuelo Merry me lo dijo una vez —dijo Simon—. Lo había olvidado. Dijo que Bill era el hijo del hermano malvado de la señora Palk. Jane

declaró, pensativa:

—Me pregunto si... Bueno, ahora no importa. ¿La ha visto? —A ver, he pasado con ella un rato... en el muelle delantero. Iba vestida para el carnaval, con un curioso tocado en la cabeza, lo más probable es que estuviera ayudando con el desfile, supongo que aún estará allí, a menos que se haya ido a comer.

La multitud había menguado y en cambio el muelle era un hervidero de gente; había diferentes bandas de músicos con brillantes uniformes azules y gorras azules con visera que tocaban grandes instrumentos plateados. Simon y Jane miraron al otro lado del puerto, pero estaban demasiado lejos para distinguir las caras. —Bueno, tengo que ir a buscar a mi joven Walter. Estará más contento que unas pascuas. Dadle recuerdos de mi parte al pequeño pescador—. El señor Penhallow se alejó por el muelle sonriendo. Jane, que se había estado preguntando qué había en él que parecía diferente, se dio cuenta de que en lugar del jersey azul y las botas altas vestía traje negro y zapatos que rechinaban. —No creo que debiera haber hablado como lo ha hecho de la señora Palk— dijo, intranquila.

—No sabes, podría ser importante —dijo Simon—. Bueno, ¿qué hacemos ahora? Tenemos que encontrar a la señora Palk para saber adonde ha ido el tío abuelo Merry. Pero el señor Penhallow dice que la ha visto al otro lado del puerto, y hemos quedado con Barney que nos encontraríamos aquí.

—Me pregunto dónde está Barney. Ha tenido tiempo suficiente para subir y bajar la colina. Ve tú a buscar a la señora Palk por allí y yo esperaré aquí a Barney. Simon se frotó la oreja.

—No sé, no me gusta que nos separemos. No hemos encontrado al tío abuelo Merry, Barney de momento no está y si tú y yo nos separamos, nadie tendrá a nadie. Podría pasarnos algo a cualquiera y los demás no se enterarían. Creo que debemos seguir juntos.

—De acuerdo —dijo Jane—. Esperemos un poco más. Volvamos a la esquina del muelle delantero. Es el único camino para bajar hasta aquí, tendrá que pasar por allí.

Cuando volvían atrás vieron que la banda de Trewissick se ponía en formación en el puerto, y la multitud se agolpaba a su alrededor, con los niños correteando alegres de un lado a otro. Entre las camisas blancas y vestidos de verano destacaban una o dos figuras extrañas: altas, con colores fantásticos, adornadas con cintas y hojas, con unas monstruosas falsas cabezas sobre los hombros. —Deben de formar parte del desfile de carnaval—. Me parece que empieza. Escucha qué ruido tan horrible. La banda había empezado a tocar una melodía que poco a poco se convirtió en una marcha conocida.

—¡Oh, vamos, no lo hacen tan mal! —dijo Jane—. Espero que estén más acostumbrados a pescar que a tocar la trompeta. De todos modos, es un sonido muy alegre. Me gusta.

—Mmmm. Sentémonos en el muro de la esquina; veremos a Barney cuando pase. —Simon cruzó la calle y miró hacia la colina—. No veo señales de él. Pero hay tanta gente que no se ve bien. —Bueno— dijo Jane, y se sentó en el muro haciendo un mohín al rozarle la parte de atrás de las rodillas la áspera pizarra. —Esperaremos. Escucha, la música está cada vez más cerca. —¡Música!— exclamó Simon.

—Bueno, es... ¡Oh, mira, ha empezado el desfile! ¡Y vienen hacia aquí!

—Creía que la señora Palk había dicho que subirían la colina directamente.

—A lo mejor suben desde esta esquina del puerto en lugar de por la otra. O quizá primero dan una vuelta por el pueblo... mira, todos van disfrazados. Y tocan la canción que la señora Palk cantaba esta mañana, la «danza floral».

—Desde aquí se ve muy bien. —Simon se impulsó para sentarse en el muro al lado de Jane.

Poco a poco la multitud se acercó a ellos por el muelle delantero; los niños corrían y saltaban delante de la banda. Detrás de ellos, bordeados por grupos de turistas que estaban encantados, iban danzando las fantásticas figuras que habían visto desde el otro lado del puerto; las monstruosas cabezas daban bandazos y saltaban en una lenta parodia de un baile, y otros, disfrazados y con máscara, entraban y salían entre la multitud. De vez en cuando se acercaban a los espectadores y cogían a alguna niña pequeña de la mano, fingían que golpeaban a alguna anciana con una varita mágica adornada con cintas, guiaban a los turistas y a la gente de allí para que se cogieran de las manos y bailaran con ellos. «Pom... pom... di-pom-pompom...». La música resonaba en los oídos de los niños y la multitud les acorraló en la esquina y se dispersó arriba y abajo de la colina.

Jane estaba encantada con los gigantes y de pronto miró al otro lado de la multitud. Señaló y gritó algo al oído de Simon.

Simon no oía más que la música.

—¿Qué dices? —le gritó.

Jane se acercó más a su oído.

—¡Ahí está la señora Palk! ¡Mira! Está allí, con plumas en la cabeza, detrás del hombre que va cubierto de hojas. ¡Rápido, vamos con ella!

Y antes de que Simon pudiera detenerla ya había bajado del muro y se hallaba junto a la multitud.

Simon bajó de un salto detrás de ella y le cogió el brazo cuando iba a abrirse paso entre dos filas de gente que reía y bailaba.

—¡Ahora no, Jane!

Pero también él fue arrastrado varios metros por la multitud que bailaba antes de poder llevarse a Jane a un espacio despejado. Se quedaron pegados a la pared del fondo de la carretera, lejos del puerto, junto con otros espectadores del desfile de carnaval.

Y por esto no vieron a Barney, que había bajado la colina por la carretera y pasado entre la gente para doblar la esquina del muro sin hacer caso del desfile; y corrió lo más deprisa que pudo hasta el muelle interior, el lugar donde habían acordado reunirse.

Capítulo 12

Barney tardó mucho en bajar la colina. No había visto señales del tío abuelo Merry en la punta de tierra. En la carretera había muchos grupos de gente que paseaba y tres veces tuvo que apartarse para que pasara un coche por la estrecha y empinada pendiente. Barney estaba impaciente e iba de un lado a otro con Rufus siempre pisándole los talones.

Cuando estaba en mitad de la colina oyó música procedente del otro lado del puerto, y a través de las cabezas vio el danzante desfile que avanzaba por el muelle. Metió el dedo en el collar de Rufus y fue esquivando la multitud que cada vez era más numerosa y descendió lo más deprisa que pudo, escurriéndose como una anguila por todo hueco que veía.

Pero cuando llegó a la esquina del puerto el desfile ya estaba allí y no vio más que un impenetrable muro de piernas y espaldas. Atravesó la multitud como pudo hasta que por fin se encontró en el muelle. Con un suspiro de alivio soltó a Rufus y echó a correr con él hacia la desierta esquina donde había quedado con Simon y Jane.

Pero allí no había nadie.

Barney miró alrededor, intranquilo. No veía nada que le diera la más mínima pista de adonde habían ido los otros. Razonó para sí y decidió que debían de haber visto a la señora Palk. Había insistido mucho en la idea del carnaval y el baile; debía de estar en el desfile. Y era tarea de Simon y Jane encontrarla, como la suya había sido ir a explorar la punta de tierra. Debían de haber ido tras ella, suponiendo que él adivinaría adonde habían ido.

Satisfecho, Barney fue en busca del carnaval. Siguió los restos de la multitud que seguía por la calle. Incluso en el puerto, que quedaba resguardado, el viento soplaba fuerte desde el mar, pero de vez en cuando paraba y Barney oyó una música hipnotizadora procedente de algún lugar del pueblo. «Pom... pom... di-pom-pompom...». A su alrededor la gente caminaba sin rumbo, charlando despreocupadamente... «¿Adonde han ido?»... «Podemos encontrarles en el solar»... «Pero bailan sin parar por las calles»... «Venga, vamos».

Barney no les hizo caso y se fue por una callejuela, con Rufus a sus pies. Fue de una callejuela a otra, por estrechos pasajes en los que los tejados de pizarra casi se tocaban, pasó por delante de vistosas puertas con las aldabas de latón relucientes al sol, por callejas empedradas en las que las puertas delanteras se abrían no a una acera sino directamente a la calle. Para ser un lugar pequeño, Trewissick parecía ser un laberinto extraordinariamente interminable de sinuosas callejuelas. Barney aguzaba el oído y seguía el sonido de la música.

Una o dos veces se equivocó al girar y perdió la música. Luego, gradualmente, la banda se fue aproximando, y con ella el murmullo de voces y el áspero arrastrar de

pies. Chasqueó los dedos a Rufus, que se echó a correr, entrando y saliendo de todas las callejas vacías. Y de pronto, al doblar una esquina, le llegó el ruido como una tormenta y se encontró en medio de la multitud, en una calle ancha y bañada por el sol donde el desfile avanzaba y bailaba.

—Ven, muchachito pálido —le gritó alguien, y la gente que estaba cerca de él se volvió y se rió.

Barney no veía a Simon ni a Jane entre los que bailaban y parecía poco probable que pudiera llegar a ellos si les veía. Miró fascinado alrededor, las gigantescas cabezas que se bamboleaban, los cuerpos que había debajo, fantásticos y alegres, vestidos de rojo, amarillo y azul. En todos lados vio figuras disfrazadas: un hombre bailaba tieso como un árbol, una sólida masa de hojas verdes, piratas, marineros, un húsar vestido de rojo con un sombrero alto. Esclavas, luchadores, un hombre con una larga capa de seda azul como una dama de pantomima; una muchacha vestida de negro, que se movía sinuosa como un gato, con la cabeza de gato y unos largos bigotes. Niños pequeños vestidos de verde como Robin Hood, niñas con el largo pelo rubio de Alicia; bandoleros, hombres con el traje típico, vendedoras de flores, gnomos.

Era diferente a todo lo que había visto hasta entonces. Los bailarines giraban entre la multitud que se agolpaba en las calles; y de pronto, antes de que Barney se diera cuenta de lo que sucedía, estaban bailando alrededor de él.

Alguien le cogió la mano y le arrastró al centro de los que bailaban, entre las cintas, plumas y cabezas, de tal modo que sus pies empezaron a seguir el compás de los demás.

Jadeante, sonriente, levantó la mirada. La mano enguantada en negro que le cogía la suya pertenecía a la figura del gato, que daba vueltas en las mallas negras pegadas al cuerpo, con una larga cola negra que se retorció detrás y unos bigotes largos y rectos. Barney vio que los ojos le brillaban y los dientes le relucían. Por un instante, entre las figuras que bailaban, vio cerca de él un gran tocado con plumas de indio piel roja, con una cara asombrosamente parecida a la de la señora Palk. Pero cuando abrió la boca para llamarla, el gato negro le cogió las dos manos y le hizo girar y girar en un vertiginoso espiral por las filas de la multitud. La gente le miraba y sonreía a su paso, y Barney, mareado con la música, la velocidad y el cuerpo de gato que no paraba de moverse ante sus ojos, se lanzó a girar por sí mismo...

... hasta que de pronto tropezó contra la larga capa blanca de una figura vestida de jeque árabe, que se movía con el resto de modo que la capa se ondulaba con la brisa. Y mirando hacia arriba a través de un mundo que oscilaba con su movimiento, Barney sólo tuvo tiempo de vislumbrar una figura esbelta y un rostro enjuto y de piel oscura, antes de que el gato le cogiera de las manos y le arrojara a los pliegues de la capa blanca del hombre.

La capa le envolvió mientras se tambaleaba, sin dejar de reír, y le dejó a oscuras. Y entonces, tan deprisa que no tuvo tiempo siquiera de alarmarse, el brazo del hombre le rodeó como un cinturón de hierro y lo levantó del suelo, mientras con la otra mano le tapaba la boca en los pliegues de la ropa y Barney se dio cuenta de que se lo llevaban.

Sin poder forcejear, fue lanzado en un instante a través de la rugiente música y la multitud. Barney empujaba inútilmente contra el pecho del hombre, notó que éste corría unos pasos y oyó que la música y las voces de pronto se alejaron. Dio patadas a ciegas, golpeando con la punta del pie la espinilla del hombre. Pero llevaba sandalias, y no harían mucho daño: el hombre dejó escapar entre dientes un juramento pero no se paró, le llevó unos pasos más hasta que Barney notó que le alzaban en el aire y le dejaban caer en un asiento blando cuyos muelles chirriaron.

Le apartaron la capa de la boca. El niño gritó y siguió gritando hasta que una mano le tapó la boca.

Una voz de chica dijo con apremio:

—¡Rápido! ¡Lléváoslo!

Una voz, leve como la de la chica, pero masculina, dijo escuetamente:

—Entra. Tendrás que conducir.

Barney se quedó quieto, con todos los sentidos alerta. Había algo familiar en la segunda voz. Sintió algo frío en la nuca. Después, la presión de la mano sobre su boca disminuyó un poco y la voz dijo con suavidad, cerca de su oído:

—No hagas ningún ruido, Barnabas, no te muevas, y nadie te hará daño.

De pronto Barney supo quién era la figura del gato con la máscara negra y el hombre moreno vestido de jeque. Notó que el asiento vibraba un poco mientras oía el ruido de un potente motor al arrancar. Sintió una sacudida y supo que el vehículo se había puesto en marcha.

Rufus se apartó, nervioso, de los pies que se arrastraban y bailaban y que se habían llevado a Barney hasta la multitud. Probó a meter el hocico para seguirle, una, dos veces, pero siempre se ponía un tacón en su camino y le daba una patada sin querer, y él tenía que apartarse.

Se puso a ladrar, fuerte, desde una distancia menos peligrosa. Pero el ruido se perdía enseguida con la resonante música y el clamor de la multitud. Alarmado por el estruendo y ajetreo que de pronto llenaba su pequeño mundo, irguió las orejas; tenía el rabo entre las patas y parecía asustado.

Se apartó un poco más del ruido, esperando en la esquina de la calle a que reapareciera Barney. Pero no había señales del niño. Rufus se movió, inquieto.

Entonces, cuando la banda se puso directamente delante, a pocos metros de distancia, inundando todos los rincones con los altibajos de su música que a los oídos de un perro era un ruido amenazador, no pudo soportarlo más. Perdió toda esperanza

de encontrar a Barney, se dio la vuelta y se alejó del bullicio del carnaval por la callejuela, barriando el suelo con la punta de la cola y el hocico bajo, olisqueando el camino para volver a casa.

Simon y Jane se reencontraron en la esquina del puerto, tranquilo ahora en la tarde soleada.

—Bueno, ya he ido adonde habíamos dicho. No está.

—Yo he echado un vistazo en la casa. Tampoco ha estado allí.

—¿Crees que habrá ido tras la señora Palk?

—Insisto, no podía ser la señora Palk a quien has visto.

—No veo por qué no. Si no me hubieras parado habría podido cogerla.

—¿Cómo íbamos a encontrarnos con Barney aquí si tú...? —empezó a decir Simon.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no le hemos encontrado.

—Bueno, no habrá bajado aún de la punta de tierra.

La expresión de Jane cambió.

—Dios mío. A lo mejor ha tenido problemas allí arriba.

—No, no te preocupes. Lo más probable es que haya encontrado al tío abuelo Merry y aún estén allí.

—Bueno, pues vamos a echar un vistazo.

El coche se movía y gruñía como si tuviera vida. Barney yacía envuelto como un paquete en la capa que el señor Withers se había quitado de los hombros al dejar al niño en el coche. Supuso que era una sábana; olía a ropa limpia, como las camas de casa. Pero no estaba en casa. Protestó por lo bajo y dio patadas al coche.

—Bueno, bueno —dijo el señor Withers. Agarró las piernas de Barney y con gesto brusco se las dobló para que se sentara, al mismo tiempo que le apartaba la sábana de la cara—. Me parece que ya podemos dejarte salir, Barnabas.

Barney parpadeó, deslumbrado por la luz del sol. Antes de poder abrir los ojos debidamente para mirar la carretera, el coche entró por una abertura de un muro alto y redujo la marcha, haciendo crujir la grava de un sendero bordeado de árboles.

—Ya casi hemos llegado —dijo plácidamente el señor Withers.

Barney volvió la cabeza para mirarle, furioso. Reconoció el rostro del señor Withers a pesar de que lo llevaba pintado para parecer árabe; los ojos y los dientes eran de un blanco poco natural, y debajo del maquillaje el hombre parecía satisfecho de sí mismo, casi arrogante.

—¿Dónde estamos? ¿Adonde me llevan?

—¿No lo sabes? ¡Ah, no! —la oscura cabeza hizo gestos de asentimiento—, claro que no. Bueno, pronto lo sabrás, Barnabas.

—¿Qué quieren? —preguntó Barney.

—¿Querer? Nada, mi querido muchacho. Sólo te llevamos a dar un paseo, a

conocer a un amigo nuestro. Me parece que os llevaréis muy bien.

Barney vio, a través de los árboles, que se aproximaban a una casa. Miró la sábana que aún le envolvía y forcejeó para sacar los brazos. El señor Withers se volvió enseguida.

—Quíteme esta cosa. Me siento estúpido.

—Es una bromita nuestra —dijo el señor Withers—. ¿Dónde está tu sentido del humor, Barnabas? Creía que te estabas divirtiendo.

Se inclinó y tiró de la sábana para retirarla cuando el coche se detuvo ante la puerta de una casa de gran tamaño y que parecía desierta.

—Tendrás que salir saltando. No puedo quitarte esto aquí dentro. —Habló en tono informal, sin rastro de amenaza en su voz, y cuando Barney le miró con suspicacia, la dentadura blanca relució de nuevo brevemente al sonreír.

La muchacha bajó del coche, moviéndose como una serpiente con sus mallas negras, y fue al otro lado para abrir la portezuela de atrás. Ayudó a salir a Barney y le hizo girar para quitarle la sábana.

Barney se tambaleó, pues tenía los brazos y las piernas tan rígidos que apenas podía moverse.

Polly Withers se rió. Su cabeza estaba fantástica con aquella máscara de gato que le cubría la cara excepto los ojos y la boca.

—Lo siento, Barney —dijo en tono amigable—. Nos hemos pasado un poco, ¿verdad? Has bailado muy bien, casi me ha sabido mal tener que parar. Pero no importa, ahora tomaremos un poco de té, si no es demasiado temprano para ti.

—No he almorzado —dijo Barney como quien no quiere la cosa.

—Bueno, en este caso, no cabe duda de que tenemos que darte algo de comer. Dios mío, ¿no has comido nada? Y ha sido culpa nuestra, supongo. Norman, toca el timbre, tenemos que alimentar a este pobre chiquillo.

El señor Withers emitió un chasquido de preocupación, se dirigió hacia la puerta y llamó al timbre. Aún iba vestido de blanco, pero en mangas de camisa y pantalones blancos sin la túnica árabe. Tenía los brazos oscurecidos igual que la cara.

Barney, asombrado por su cordialidad, le siguió despacio; la chica apoyaba una mano sobre su hombro. El niño empezó a preguntarse si lo habría interpretado todo de un modo equivocado. A lo mejor sólo se trataba de una broma, parte de la diversión del día de carnaval. A lo mejor los Withers eran personas normales y corrientes... nunca habían hecho nada, realmente, que demostrara sin lugar a dudas que eran enemigos... quizá él, Simon y Jame estaban equivocados...

Entonces oyó pasos que resonaban débilmente en la casa y se acercaban, y se abrió la puerta. Al principio no reconoció a la figura que vestía ajustados téjanos negros y una camiseta verde. Después vio que era Bill Hoover, el muchacho que había perseguido a Simon para quitarle el mapa. Y entonces recordó la escena que

tuvo lugar en Kemare Head aquel día y la codicia reflejada en el rostro de la señorita Withers cuando vio el mapa; en aquel momento supo que, después de todo, no estaban equivocados.

El rostro de Bill se iluminó al ver a Barney y sonrió a la señorita Withers.

—Así que le habéis cogido —dijo.

El señor Withers entró con brusquedad, casi empujando al muchacho para apartarle.

—Hola, Bill —dijo—, hemos traído un amigo de visita. No creo que a nadie le importe. A todos nos iría bien comer algo; ve a ver si puedes preparar algo, por favor.

—Enseguida —dijo el muchacho—. Volvió a mirar a Barney con la misma sonrisa desagradable; luego, se volvió y desapareció por el largo corredor, gritando algo al pasar por delante de una puerta abierta.

—Entra, Barney —dijo la chica. Le empujó suavemente para que entrara y cerró la puerta tras de sí.

Barney miró alrededor en el largo y vacío pasillo y se fijó en las manchas de humedad que había en el descolorido papel de las paredes; y se sintió muy pequeño y solo. Oyó una voz profunda que llamaba desde el interior de la casa.

—¿Withers? ¿Eres tú?

El señor Withers, que había estado vigilando a Barney con una leve sonrisa, dio un brinco e inconscientemente se llevó una mano al cuello de la camisa.

—Ven —le dijo. Cogió a Barney de la mano y cruzaron el corredor; sus pasos resonaban en el suelo de madera sin alfombra hasta que llegaron a una habitación que estaba al fondo.

Era una habitación grande, oscura después del deslumbrante sol del exterior. En una pared había unas ventanas largas que iban del suelo al techo, con unas ajadas cortinas de terciopelo medio corridas, y la luz que entraba entre ellas se derramaba sobre un gran escritorio cuadrado que había en el centro de la habitación, lleno de papeles y libros. La habitación parecía vacía. Barney dio un brinco cuando vio a un hombre alto moverse en la sombra detrás de la luz del sol.

—¡Ah! —exclamó la voz profunda—. Veo que habéis traído al más joven. El niño del pelo blanco. Tengo muchas ganas de conocerle. ¿Cómo estás, Barnabas?

Le tendió la mano y Barney, perplejo, la cogió. La voz no era desagradable, sino amable.

—¿Cómo está? —dijo con voz débil.

Miró al hombre, pero en la penumbra sólo obtuvo una vaga impresión de unos ojos profundos bajo unas cejas gruesas y espesas y una cara bien afeitada. El suave borde de una chaqueta de seda le rozó la mano.

—Iba a tomar un refresco, Barnabas —dijo el hombre, cortés como si hablara con alguien mayor que él—. ¿Quieres tomar algo también? —Señaló con la mano hacia

las sombras, y Barney vio el destello de la plata y un mantel blanco sobre una mesita baja junto al escritorio.

—El chiquillo no ha comido nada, señor —dijo la señorita Withers detrás de Barney, con voz reverente, extrañamente baja—. Nos ha parecido que quizá Bill podría ir a buscar algo... —Su voz se apagó. El hombre la miró y gruñó.

—Muy bien, muy bien. Polly, por el amor de Dios, ve a ponerte ropa normal. Estás ridícula. Ya no hay necesidad de ir disfrazado, ya no estás en el carnaval. —Habló con aspereza, y a Barney le asombró la sumisión con que la señorita Withers le respondió.

—Sí, señor, desde luego... —Salió al pasillo, sumisa e inhumana con su piel de gato negro.

—Ven, muchacho, y siéntate. —Volvió a hablar con suavidad y Barney entró despacio en la habitación y se sentó en un sillón de mimbre. Éste crujió y el niño sintió por un instante que ya había estado antes en aquella habitación. Miró alrededor mientras sus ojos se acostumbraban a la escasa luz, vio las paredes oscuras y los estantes con libros que llegaban hasta el techo. Había algo... pero no sabía situarlo. Quizá aquella habitación le recordaba un poco la Casa Gris.

Como si le leyera los pensamientos, el hombre dijo:

—Me han dicho que estás de vacaciones en la Casa Gris, sobre el puerto.

Barney dijo, sorprendido por su atrevimiento:

—Debe de ser una casa muy interesante. La gente sólo nos habla de ella.

El hombre se inclinó hacia adelante y apoyó la mano en el borde del escritorio.

—¿Ah, sí? —La voz profunda se elevó un poco con impaciencia—. ¿Quién más os ha preguntado por ella?

—Nadie importante —se apresuró a responder Barney—. Al fin y al cabo, es una casa muy bonita. ¿Vive usted aquí, señor...?

—Me llamo Hastings —dijo el corpulento hombre, y al oír este nombre a Barney le pareció familiar, pero esta sensación se desvaneció—. Sí. Es mi casa. ¿Te gusta, Barnabas?

—En realidad, se parece bastante a la Casa Gris —dijo Barney.

El hombre se volvió hacia él de nuevo.

—¿De veras? ¿Por qué lo dices?

—Bueno —empezó a decir Barney; pero entonces se abrió la puerta y entró Bill con una enorme bandeja en la que había una jarra de leche y unas botellas de cerveza, vasos y un plato con bocadillos.

Se acercó a donde estaba el hombre alto y dejó la bandeja sobre el escritorio; lo hizo sin acercarse demasiado, nervioso, como si tuviera miedo de algo.

—La señorita Withers me ha pedido algo para comer, señor —dijo con brusquedad, retrocediendo hacia la puerta. El hombre le hizo señas de que se

marchara y no dijo nada.

Ver los bocadillos hizo que Barney se diera cuenta de que había transcurrido mucho tiempo desde el desayuno y se animó un poco. Se recostó en el crujiente asiento y miró alrededor. Habría podido ser peor, pensó. El misterioso señor Hastings no parecía tener intención de hacerle daño, y estaba empezando a disfrutar viendo a todos sus enemigos encogerse de miedo ante otra persona. Cogió un bocadillo del plato y le dio un mordisco. El pan era tierno y estaba untado con mucha mantequilla, y en el medio había una deliciosa carne en conserva. Empezó a sentirse mejor.

El señor Withers se acercó en silencio al escritorio y le sirvió un vaso de leche; luego, se puso a abrir las botellas de cerveza. El hombre llamado Hastings se sentó en la silla de detrás del escritorio y giró suavemente de un lado a otro, mirando a Barney con atención. Dijo con voz suave e informal:

—¿Está enterrado debajo de la Casa Gris, Barnabas, o de una de las piedras verticales?

Barney estaba a medio tragar la leche y se atragantó. Dejó ruidosamente el vaso sobre el escritorio y se inclinó hacia adelante, tosiendo y farfullando. El señor Withers se acercó para darle unas palmadas en la espalda.

—Por Dios, Barnabas —murmuró—, ¿se te ha ido por el lado equivocado?

Barney, cuya mente trabajaba con frenesí, siguió tosiendo más rato del necesario. Cuando levantó la mirada se refugió instintivamente en la inocencia.

—Lo siento, me he atragantado. ¿Decía usted algo? —Me parece que me has oído perfectamente— dijo el señor Hastings. Se levantó de nuevo y se acercó a la ventana con un vaso de cerveza en la mano. La luz le dio en el rostro por primera vez y, al fijarse, Barney sintió un ligero escalofrío de inquietud al ver el permanente gesto adusto de las cejas y las arrugas que le llegaban hasta la boca. Era un rostro severo y lejano, algo así como el de su tío abuelo, pero en él había una frialdad que no estaba en el del tío abuelo Merry. Barney deseó que alguien le dijera al tío abuelo Merry adonde había ido.

El señor Hastings alzó el vaso y lo acercó a la ventana. La luz del sol lo iluminó, claro y dorado.

—Un vaso de cerveza corriente —dijo— hasta que lo acercas a la luz. Y entonces se vuelve casi transparente, puedes ver a su través... —Se giró en redondo para mirar a Barney, de modo que su figura quedó recortada, oscura y amenazadora, ante la ventana—. Tan transparente como todo lo que vosotros habéis estado haciendo estos días. ¿Crees que no lo hemos visto? ¿Crees que no os hemos estado observando?

—No sé a qué se refiere —dijo Barney.

—Puede que seas tonto, jovencito —dijo el señor Hastings—, pero no tanto... vamos. Sabemos que habéis encontrado un mapa, y que con la ayuda de vuestro querido tío abuelo, el profesor Lyon —su boca se retorció al pronunciar estas

palabras como si notara un gusto desagradable— habéis estado intentando encontrar el lugar al que conduce. Sabemos que habéis llegado muy cerca. Y como, mi querido Barnabas, no podemos arriesgarnos a que lleguéis hasta el final, hemos decidido arrojar la red y poner fin a vuestra búsqueda. Por esto estás aquí.

Barney se estremeció ante la amenaza que la voz profunda y fría dejaba traslucir. Tenía la boca muy seca. Cogió el vaso de leche y tomó un largo trago.

—Lo siento —dijo, parpadeando y mirando con los ojos muy abiertos al señor Hastings por encima del vaso; después de beber, se lamió el bigote de leche que se le había quedado sobre el labio superior—. No sé a qué se refiere. ¿Podría tomarme otro bocadillo, por favor?

Detrás de él oyó que el señor Withers respiraba agitado y, por una fracción de segundo, una vocecita muy en el fondo de su cerebro gritó triunfante. Pero observaba con aprensión la imponente figura que había junto a la ventana. Por un momento tuvo la impresión de que crecía y era aún más amenazadora. Y entonces se movió bruscamente y penetró de nuevo en la penumbra del resto de la habitación.

—Dele otro bocadillo —dijo el señor Hastings—. Y después puede marcharse, Withers. Ya sabe lo que tiene que hacer. No tenemos mucho tiempo. Vuelva cuando le llame.

El señor Withers, su rostro obscurecido apenas visible en la penumbra, acercó el plato de bocadillos a Barney y dijo en tono obsequioso:

—Sí, señor. —Bajó la cabeza y salió de la habitación.

Barney cogió otro bocadillo y pensó que, pasara lo que pasara, él bien podía comer.

—¿Por qué todos le llaman señor? —preguntó con curiosidad.

El hombre alto se acercó y se sentó de nuevo ante el escritorio, jugueteando con un lápiz entre los dedos.

—¿A quién llamarías tú señor?

—A nadie. Sólo a los profesores del colegio.

—A lo mejor yo soy uno de sus profesores —dijo el señor Hastings.

—Pero no están en el colegio.

—Me parece que no lo entenderías, Barnabas. En realidad, hay muchas cosas que no entiendes. Me pregunto qué historias te ha metido en la cabeza tu tío abuelo. Seguro que te ha dicho que somos malos y perversos y que él es un buen hombre.

Barney parpadeó y dio otro mordisco al bocadillo.

El señor Hastings sonrió.

—Pero, claro, tú no sabes de qué te hablo. No tienes la más remota idea. —La ironía que su voz profunda reflejaba hizo arrugar la nariz a Barney—. Bueno, olvidemos eso por un momento y vamos a fingir que sabes a qué me refiero. Me parece que te han hecho creer que mis amigos y yo somos la personificación del mal.

Que queremos seguir las pistas del mapa porque podemos hacer cosas malas con lo que encontremos. No tienes nada más que la palabra de tu tío abuelo, y quizá una o dos cosas extrañas que puede parecer que han hecho Polly o Norman Withers.

El hombre bajó la voz y habló con mucha suavidad.

—Pero piensa, Barnabas, en las cosas extrañas que hace tu tío abuelo. Salir de la nada y desaparecer de nuevo... hoy se ha esfumado otra vez, ¿no? Bueno, no, claro, no puedes responderme, porque sólo estamos haciendo ver que sabes realmente de lo que hablo. Pero no es la primera vez que desaparece inesperadamente, creo, y no será la última.

Miró a Barney con ojos penetrantes. Barney se comió el bocadillo un poco más despacio, incapaz de desviar la mirada.

—En cuanto a que somos malos... bueno, Barnabas, ¿te parezco un hombre malo? ¿Te he hecho algún daño? Estás aquí sentado, comiendo y bebiendo tranquilamente, y no pareces alarmado. ¿Te doy miedo?

—Me han secuestrado —dijo Barney sin vacilar.

—Bueno, eso ha sido una bromita de Polly. Yo quería hablar contigo, eso es todo.

El señor Hastings se recostó en su silla y extendió los brazos, apoyando las yemas de los dedos en el borde del escritorio.

—Ahora escucha, jovencito, haré un trato contigo. Te diré qué hay realmente detrás de todo lo que está pasando estos últimos días, y tú dejarás de jugar a eso de no tener el mapa.

No esperó a que Barney dijera nada.

—En verdad, mis amigos y yo estamos buscando lo mismo que tu tío abuelo. Pero sea cual sea la historia que os ha contado acerca de nosotros, francamente, son pamplinas. Tu tío abuelo es un estudioso, y notable, además. Nadie lo discute, y probablemente lo sé mejor que tú. El problema es que él lo sabe y piensa en ello demasiado.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Barney indignado.

—Cuando un hombre es famoso por ser un gran estudioso, quiere seguir siendo famoso. Vosotros encontrasteis este viejo manuscrito, tú, tu hermano y tu hermana, y cuando se lo contasteis a vuestro tío abuelo, se dio cuenta, y vosotros no, de lo importante que era. Cuando lo vio aún estuvo más seguro. Ahora bien, Barnabas, yo soy el director de uno de los museos más importantes del mundo. Hace mucho tiempo que persigo el manuscrito que vosotros hallasteis y, en especial, el sitio al que conduce. Los dos son muy importantes para la gente que estudia estas cosas y podrían cambiar todo el conocimiento que existe en el mundo. Y tu tío abuelo sabía que yo lo buscaba.

»Cuando encontrasteis el manuscrito, vio que tenía la oportunidad de realizar la búsqueda él mismo. Cuanto más pensaba en ello, más atractiva le parecía la idea.

Siempre había sido famoso como hombre que sabe mucho de la parte de la historia con la que estas cosas están relacionadas. Si él las encontrara, sabría más que nadie en el mundo. La gente diría: qué hombre tan asombroso es el profesor Lyon, saber tanto, no hay nadie como él... —¿Saber cuánto?— preguntó Barney.

—No entenderías los detalles —dijo, escueto, el señor Hastings. Luego, bajó la voz al persuasivo tono profundo de costumbre—. ¿No lo entiendes, Barnabas? A tu tío abuelo sólo le interesa su fama. ¿Crees por un momento que cuando hayáis terminado la búsqueda se os reconocerá algún mérito a vosotros? Todos serán para él... Mientras que yo y mi museo, y mis empleados, creemos que el conocimiento debe compartirse, y que ningún hombre tiene derecho a poseerlo. Y si nos ayudáis, nos ocuparemos de que se os reconozcan los méritos que os correspondan. Todo el mundo sabrá lo que habéis hecho.

Barney, a su pesar, había olvidado el bocadillo y la leche. Escuchaba, preocupado, tratando de comprender la verdad. Sí, el tío abuelo Merry se comportaba de un modo extraño a menudo, no era como los otros hombres; pero de todos modos... Dijo, despacio y perplejo:

—Bueno, no sé... todo esto no me parece propio del tío abuelo Merry. No es posible que él hiciera nada de eso.

—Te lo aseguro. —El señor Hastings se puso en pie de un salto y empezó a pasear arriba y abajo, entre el escritorio y la puerta. Al parecer no podía quedarse quieto más rato—. Muchas personas a las que uno conoce bien, a menudo personas excelentes, pueden ser capaces de las acciones más curiosas. Entiendo que estés sorprendido, y asombrado. Pero es la verdad, Barnabas, y es mucho más sencillo de lo que te han hecho creer.

Barney dijo:

—O sea que deberíamos darle el mapa y dejar que usted encontrara el... —Se dio cuenta a tiempo y no pronunció la palabra «grial». Durante la conversación no se había mencionado a qué conducía el mapa. Quizá ellos sabían menos de lo que decían que sabían. Tal vez ésta fuera una de las cosas que querían que les dijera.

El señor Hastings se paró un instante.

—¿Sí? —dijo.

—Bueno, y dejar que usted encontrara lo que sea que indica el mapa.

Barney volvió a coger el vaso de leche y bebió con gesto reflexivo.

—Porque entonces usted pondría lo que fuera en su museo y todo el mundo podría conocerlo.

El señor Hastings asintió con gravedad.

—Eso es, Barnabas. Todo conocimiento es sagrado, pero no debería ser secreto. Supongo que lo entiendes. Es algo que todos deberíamos hacer, en nombre del saber.

Barney bajó la mirada, agitando levemente el vaso.

—Pero ¿esto no es lo que hace el tío abuelo Merry?

—¡No! ¡No! —El señor Hastings giró con impaciencia sobre sus talones y siguió paseando a grandes pasos por la habitación—. Todo lo hace en nombre del profesor Lyon, y nada más. ¿Para qué lo haría, si no?

Barney nunca supo, después, qué fue lo que puso aquellas palabras en su cabeza; habló sin pensar, casi como, si alguna otra persona hablara a través de él. Se oyó a sí mismo decir con claridad:

—En nombre del rey Arturo y del viejo mundo antes de que viniera la obscuridad.

La figura alta y oscura se detuvo de pronto y se quedó completamente inmóvil, sin darse la vuelta. Por un instante hubo un silencio absoluto en la habitación. Fue como si Barney hubiera apretado un botón que en cualquier momento provocaría una avalancha. Permaneció sentado sin moverse y casi sin respirar. Entonces, muy lentamente, la figura se volvió. Barney tragó saliva y sintió que se le ponía la piel de gallina. El señor Hastings se encontraba en una parte de la habitación que quedaba a oscuras, cerca de la puerta, y su rostro estaba en penumbra. Pero a Barney le dio la impresión de que se hacía más alto y más amenazador de lo que había sido antes, y cuando habló había un tono diferente en su voz profunda que paralizó a Barney de miedo.

—Barnabas Drew —dijo con suavidad—, descubrirás que la obscuridad siempre vendrá y siempre vencerá.

Barney no dijo nada. Le parecía que había olvidado cómo se hablaba y que su voz se había apagado para siempre después de las últimas palabras que había pronunciado.

El señor Hastings no le quitaba los ojos de encima. Alargó el brazo y tiró dos veces de un cordón que colgaba del techo, a su lado, junto a la puerta. Al cabo de unos instantes la puerta se abrió y el señor Withers entró sin hacer ruido. Se había lavado la cara y los brazos.

—¿Todo está listo? —preguntó la voz profunda.

—Sí, señor —siseó el señor Withers, obsequioso—. El coche está delante de la puerta lateral. La chica se ha cambiado. Volverá a conducir.

—Tú conducirás con ella. Yo os seguiré en el coche cerrado con el chico. ¿Bill está preparado?

—El motor ya está en marcha...

—¿Adonde me llevan? —preguntó Barney con voz estridente por el miedo, y bajó de un salto de la silla. Pero no pudo salir de la habitación; la alta figura seguía mirándole fijamente.

—Tú vienes con nosotros al mar —dijo la voz tras los ojos oscuros y fijos—. No nos causarás ningún problema y harás lo que yo diga. Y cuando estemos en el mar, Barnabas, nos hablarás de vuestro mapa y nos enseñarás adonde conduce.

Capítulo 13

La Casa Gris se hallaba tranquila y vacía como cuando la habían dejado.

—¡Barney! —gritó Simon por la escalera—. ¿Barney? —Su voz era insegura.

—No puede estar dentro —dijo Jane—. La llave aún está en el escondrijo. ¡Oh!, Simon, ¿qué le habrá pasado? —Se volvió, ansiosa, hacia la puerta abierta y miró colina abajo.

Simon cruzó el oscuro vestíbulo para ir a reunirse con ella al sol.

—No nos habrá visto en el puerto.

—Pero habría venido a casa. No hay un alma allí abajo, todo el mundo ha ido tras la banda. El horrible Bill ha pasado por nuestro lado. ¿No pensarás que...?

—No —se apresuró a responder Simon—. De todos modos, Rufos va con Barney. No se meterá en problemas. Espera un poco, seguro que pronto estará aquí. Supongo que ha encontrado a tío Merry y nos están buscando.

Volvió a entrar en la casa y Jane gritó, llena de contento:

—¡Mira! ¡Tienes razón!

Rufus subía por la colina hacia ellos, una veloz raya pelirroja sobre el asfalto gris. Pero no veían a nadie detrás. Jane le llamó; el animal levantó el hocico y trotó más deprisa, y entró en la casa pasando entre las piernas de los niños. Entonces se quedó frente a ellos, con la lengua fuera como una larga cinta colgante. Pero tenía el rabo entre las patas y no saltaba ni ladraba de placer como solía hacer cuando volvía a casa.

—No hay señales de Barney. —Jane entró despacio. Miró a Rufus—. ¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

El perro no le hizo caso. Se quedó donde estaba, apático. Incluso después de darle agua y de llevarle a la habitación que daba al puerto siguió sin dar muestras de saber que estaba en casa. Era como si estuviera pensando en algo diferente.

—Espero que sea el calor —dijo Simon. Parecía poco convencido—. Vamos, no podemos hacer nada salvo esperar. El yate sigue en el puerto.

—Esto no significa nada —dijo Jane en tono de desaliento.

—Bueno, sí. —Pero Simon no pudo explicar la razón. Jane le había cogido el brazo, nerviosa. Simon vio que ella miraba fijamente a Rufus.

Después no supieron explicarlo. Fue como si Rufus hubiera estado escuchando algo y por fin hubiera captado lo que esperaba, aunque ellos no habían oído nada. El perro levantó la cabeza, con los ojos muy abiertos, y se levantó despacio de un modo más parecido al de un anciano que al de un perro. Tenía las orejas erguidas y el hocico levantado, señalando algo que ellos no veían. Echó a andar, muy despacio, hacia la puerta.

Como hipnotizados, Simon y Jane le siguieron. Rufus salió al vestíbulo y fue

hacia la puerta principal, donde se quedó esperando. No volvió la cabeza. Simplemente, se quedó allí, rígido, mirando la puerta, como si estuviera seguro de que ellos sabían lo que quería que hicieran.

Simon abrió la puerta mirando, nervioso, la larga espalda rojiza del animal, y él y Jane se quedaron en el umbral contemplando asombrados a Rufus, que cruzó la carretera con paso majestuoso. Cuando llegó al otro lado, saltó al muro que separaba la carretera del desnivel de dieciocho metros que había hasta el puerto y se quedó allí sobre las patas traseras, mirando hacia el mar.

—No irá a saltar, ¿verdad? —preguntó Jane, alarmada, en un susurro.

Y entonces oyeron algo que jamás olvidarían.

Barney sabía, vagamente, que le habían sacado de la gran casa silenciosa y se lo habían llevado en un coche, y que ahora andaban en grupo con el ruido del mar cerca. Pero no estaba seguro de cuántos eran ni sabía a donde le llevaban. Desde el momento en que en la habitación en sombras aquellos ojos oscuros le habían mirado fijamente a la cara, había sido consciente únicamente de que debía hacer lo que le pidieran. Ya no tenía pensamientos propios; era una sensación extraña, relajada, como si estuviera cómodamente adormecido. No podía haber ninguna discusión. Ninguna pelea. Sólo sabía que la figura alta y oscura que caminaba a su lado, luciendo un sombrero negro de ala ancha, era su amo.

Amo... ¿quién había utilizado esta misma palabra aquel día?

—Vamos, Barnabas —dijo la voz profunda—. Hemos de darnos prisa. La marea está subiendo y tenemos que llegar al yate.

Llegar al yate, se dijo Barney soñoliento, vamos al mar... era el mar lo que olía, el agua que lamía el puerto de Trewissick.

Lejos, como si proviniera de una gran altura, oyó la voz apremiante de Polly Withers que decía:

—Alguien podría vernos desde la carretera, allá arriba, en la casa. Nos verán, sé que nos verán.

—Polly —dijo la voz profunda, despacio—, soy yo el que ve. Nuestra vieja amiga de Cornualles ha hecho bien su trabajo, no habrá nadie allí arriba. Y si los otros dos niños han ido... bueno, ¿qué podemos temer de ellos?

En algún lugar, el señor Withers se rió suavemente de un modo siniestro.

Barney siguió andando, como una máquina. El aire era cálido y denso; sentía el calor del sol en la cara. Les había oído hablar sin parar desde que habían salido de la casa, pero nada de lo que habían dicho tenía ningún significado para él. No estaba asustado; se había olvidado de Simon y de Jane. Era como si estuviera flotando, observando con leve interés su cuerpo que caminaba, sin sentir nada.

Y entonces, de pronto, se oyó aquel sonido.

En el aire, sobre sus cabezas, un perro aulló: una nota larga y horripilante, tan

inesperada y angustiada que por un instante todos se pararon en seco. El aullido resonó en todo el puerto, un gemido inhumano, paralizante, que contenía toda la alarma y el terror que ha existido jamás en el mundo. Incluso el señor Hastings se quedó inmóvil, escuchando.

Y el Barney que estaba fuera de Barney, casi flotando en el aire, sintió que aquel sonido le despertaba con un salvaje empujón. Levantó la mirada y vio a Rufus en lo alto, de pie, recortada su silueta sobre el cielo, mientras el sonido aún le salía de la garganta, y de pronto supo dónde estaba y que tenía que huir.

Giró sobre sus talones, agachó la cabeza bajo los brazos que intentaron cogerle demasiado tarde y echó a correr por el muelle hacia la carretera. La colina estaba vacía, pues toda la gente estaba en el desfile de carnaval, y ya se encontraba a veinticinco metros del grupo del muelle que, confundido, tardó un poco en ponerse en movimiento para perseguirle. Oyó los gritos y los pasos detrás de él, y se precipitó colina arriba hacia la Casa Gris.

Simon y Jane miraban perplejos desde los escalones de la casa. De pronto habían oído el escalofriante aullido de Rufus; luego, vieron a Barney y a cuatro figuras amenazadoras que iban pisándole los talones. Instintivamente, bajaron los escalones hacia él y se encogieron alarmados al oír el peor sonido que podían oír: detrás de ellos, la puerta de la Casa Gris se cerró con la llave dentro.

Barney llegó hasta ellos tambaleándose, y Rufus bajó de un salto del muro. Jane dijo, presa del pánico: —¿Por dónde?

Simon se volvió frenético hacia la gran puerta de madera que constituía la entrada lateral de la Casa Gris; a menudo la dejaban cerrada con llave. Cogió el picaporte, con el corazón latándole con fuerza. El alivio le inundó cuando la puerta se abrió. — ¡Rápido!— gritó.

Las cuatro figuras que perseguían a Barney se encontraban a pocos pasos. Jane y Barney entraron a toda prisa, con Rufus entre las piernas. La pared pareció temblar cuando Simon la cerró de golpe y pasó los tres grandes cerrojos de hierro. Corrieron por el estrecho y frío callejón que había entre el lateral de la Casa Gris y la casa contigua y se pararon cuando llegaron al final. Fuera, oyeron ruido de pasos hasta la puerta. Vieron que el picaporte se levantaba cuando alguien lo tocó al otro lado. La puerta no se abrió y oyeron un fuerte golpe en la puerta. Después, silencio. —¿Y si trepan por la pared?— susurró Jane, asustada.

—No podrían —le respondió Simon también en susurros—. Es demasiado alta.

—¡A lo mejor tiran la puerta abajo!

—Esos cerrojos son muy fuertes. Y podría verles alguien y sospechar... Escuchad. Se han ido.

Los tres aguzaron el oído. No se oía ningún ruido procedente de la puerta del otro extremo del callejón. Rufus les miró con interrogación y lanzó un gemido.

—¿Qué hacen? Seguro que están tramando algo.

—¡Rápido! —dijo Simon, decidido—. Tenemos que salir de aquí antes de que ellos tengan tiempo de ir por detrás. Pronto nos tendrán rodeados.

Presas del pánico corrieron al pequeño jardín trasero y atravesaron la hierba que les llegaba a las rodillas hasta el seto del fondo. Rufus saltaba alrededor de ellos, alegre, y daba saltos para lamer la cara de Barney. Parecía haber olvidado el extraño impulso que le había hecho lanzar aquel largo aullido y ahora se comportaba como si todo hubiera sido un gran juego.

—Espero que el perro se quede callado —dijo Jane, ansiosa.

Simon atisbó por una abertura del seto.

—Lo hará —dijo Barney. Se inclinó y pasó un mano suavemente sobre el largo hocico de Rufus, hablándole en un murmullo.

Simon se irguió.

—No hay moros en la costa. Vamos.

Uno a uno salieron del jardín a la carretera que se curvaba detrás de las casas desde el puerto, por el borde de Kemare Head.

—¡Oh! —exclamó Jane, angustiada—, si al menos supiéramos adonde ha ido tío Merry.

Barney preguntó, horrorizado:

—¿No le habéis encontrado? ¿Y la señora Palk?

—No, no le hemos encontrado. Hemos visto a la señora Palk, pero no hemos podido acercarnos a ella de tanta gente como había. ¿Tú no les has visto? ¿Por qué te perseguían? ¿De dónde venías? Creíamos que había ocurrido algo espantoso cuando hemos visto a Rufus volver solo, pero no sabíamos dónde buscarte.

—Un momento —dijo Barney. La fuerte impresión que había tenido al despertar de su encantamiento se estaba convirtiendo en una gran turbación. Una docena de cosas que había oído durante la última hora acudieron ahora a su mente; y cuando empezó a comprender su significado, se alarmó aún más.

—Simon —dijo con impaciencia—, tenemos que encontrar el grial. Ahora mismo. Aunque no esté el tío abuelo Merry. No hay tiempo para buscarle ni esperarle ni nada. Creo que están muy cerca de él. Pero no del todo, por esto me querían a mí.

—Lo primero que tenemos que hacer es salir de aquí. —Simon miró alrededor, frenético—. Podrían subir desde el puerto por cualquier lado. Tenemos que salir de la carretera y escondernos en aquel campo que hay detrás de la punta de tierra. El terreno allí no hace pendiente y quedaremos ocultos.

Cruzaron la carretera y salieron a los campos que había al pie de Kemare Head. El sol resplandecía aún y el calor apretaba. Pero ni siquiera Jane se preocupaba por si cogían una insolación.

Cuando llegaron al seto de atrás del primer campo, oyeron voces. Atravesaron

apresurados el seto, sin pararse a mirar alrededor, y se echaron de bruces en la larga hierba del otro lado. Barney deslizó el brazo sobre el lomo de Rufus, pero el perro se quedó quieto, con la larga lengua rosada fuera.

Nadie vio de dónde venían, pero de pronto en la carretera se encontraban las tres figuras. El señor Withers un poco encorvado, mirando a un lado y a otro con rapidez; el muchacho, Bill, andando con aire beligerante con su camisa de vivos colores; y destacándose entre ellos, la alta y amenazadora figura vestida de negro, una pincelada oscura en aquel caluroso día de verano. Sin dejar de mirarles, Simon pensó con desesperación en el día en que le persiguieron por aquella solitaria carretera; y apartó los ojos del hombre.

—La chica no está con ellos —siseó Barney—. Debe de estar vigilando la parte delantera, por si intentamos salir otra vez por allí. En la carretera, el pequeño grupo permaneció unos instantes sin saber qué hacer. Bill se volvió y escrutó el campo, mirando directamente hacia el seto. Los tres niños se pegaron más al suelo, sin atreverse apenas a respirar. Pero Bill desvió la mirada de nuevo, aparentemente satisfecho. Withers también miró hacia el campo y le dijo algo. El muchacho negó con la cabeza.

La figura alta vestida de negro se había mantenido un poco apartada, inmóvil. Era difícil decir en qué dirección miraba. De pronto levantó un brazo, señalando hacia la mole de Kemare Head. Parecía hablar con impaciencia.

—¿Qué van a hacer? —susurró Jane. Empezaba a sentir un calambre en la pierna derecha y tenía ganas de moverse.

—Si van al extremo de la punta de tierra estamos perdidos —dijo Simon, abatido.

—¿Cuántos son, por amor de Dios? El hombre alto...

Jane le miró fijamente a través de las irregulares aberturas del seto. No le veía la cara, pero estaba empezando a tener una fría sensación de familiaridad. Luego, mientras le miraba, el hombre se quitó el ancho sombrero negro un momento para pasarse la mano por la frente y de pronto Jane reconoció la forma de la cabeza con el espeso cabello negro. Las ramitas y las hierbas y la luz del sol giraron como un torbellino antes sus ojos y Jane cogió el brazo de Simon.

—¡Simon! ¡Es él otra vez!

—Lo sé —dijo Simon—. En cuanto ha dado la vuelta a la esquina lo he sabido.

—Es el jefe de todos ellos —susurró Barney con el mismo tono de alarma—. Se llama Hastings.

—Eso es —dijo Jane débilmente—. Hastings. El vicario.

Barney se removió un poco en la hierba para mirarla.

—No es el vicario.

—Lo es. Le vi en la vicaría, te acuerdas...

—¿Es una casa como complicada por dentro, muy descuidada? —preguntó

Barney despacio—. ¿Con un largo sendero y una habitación llena de libros?

Ahora le tocó a Jane mirarle fijamente.

—Recuerdo haber dicho lo de los libros, pero no mencioné el sendero. ¿Cómo...?

Barney dijo con la mayor convicción:

—No me importa lo que tú digas, no es el vicario. No sé lo que es, pero no es vicario. No puede serlo. Hay algo bestial en él. Tiene todo lo que tío Merry dijo que tenían los del otro bando, se nota al mirarle. Y dice cosas...

—¡Abajo! —espetó Simon. Todos agacharon la cabeza y se quedaron callados un largo momento; el sol les daba en la espalda y les quemaba la piel de detrás de las rodillas, y la fría y larga hierba les hacía cosquillas en las mejillas. Rufus se agitó y gruñó pero volvió a quedarse quieto. Se había quedado dormido.

Al cabo de un rato Simon, nervioso, levantó la cabeza unos centímetros, pero no oyó más que la llamada de una lejana gaviota en lo alto. Había visto que las tres figuras daban media vuelta y cruzaban el campo, y por un instante pensó que estaban atrapados. Pero ahora no había nadie en la carretera, donde antes estaba el grupo, ni en el silencioso campo.

—¡Se han ido! —susurró exultante. Barney y Jane también levantaron la cabeza, despacio y con cautela.

—¡Mirad! —Jane se apoyó en un codo y señaló hacia la costa. Estaban allí, la alta figura vestida de negro y las otras dos más pequeñas, una a cada lado, alejándose de la vista por Kemare Head.

—¡Oh! —Barney rodó sobre la espalda y gimió con desesperación—. Estamos perdidos. ¿Cómo saldremos ahora de aquí?

Jane se sentó, haciendo una mueca al estirar las entumecidas piedras. Dijo, abatida:

—No sé qué vamos a hacer. No podemos hacer nada. Encontramos el grial, pero no podemos llegar hasta él. Si hay una entrada está bajo el mar, y el agujero que encontramos arriba es demasiado pequeño para pasar por él aunque tuviéramos una cuerda.

Barney dijo gimiendo:

—Pero ellos podrán hacerlo. Sé que lo harán. Ese hombre puede hacer cualquier cosa, da la impresión de tener las cosas planeadas antes incluso de que sepa que van a suceder. Y si encuentran el agujero en las rocas...

—Pero no podrán bajar más que nosotros —razonó Jane—. Y tampoco podrían entrar por abajo, a menos que en el yate tengan trajes de submarinismo. De todos modos —añadió sin convicción—, no estamos absolutamente seguros de que el grial esté allí.

—¡Claro que sí lo estamos! —exclamó Barney con creciente frustración—. Tenemos que detenerles. Aunque nosotros no podamos hacer nada, tenemos que

detenerles a ellos.

—No seas tonto —dijo Jane, irritada por la decepción—. Tendremos que dejarles y quedarnos fuera de su alcance hasta que encontremos al tío abuelo Merry. No podemos hacer nada.

—Podemos hacer una cosa —dijo Simon. La voz le sonó ahogada y brusca, como siempre que trataba de no mostrarse optimista. Los demás le miraron y Jane alzó una ceja en gesto de escepticismo. Simon no dijo nada. Estaba sentado abrazado a sus rodillas, mirando al otro lado del campo con preocupación.

—Bueno, va, dilo.

—La marea.

—¿La marea? ¿Qué quieres decir?

—La marea está baja.

—Sí, ¿qué tiene eso de maravilloso? Ya sabemos que está baja-dijo Barney. —Ya has visto cómo estaba el puerto.

Pero Simon no escuchaba.

—Jane, ¿recuerdas lo que ha dicho el señor Penhallow del puerto? ¿Lo de la marea baja?

—Ah, sí. —Jane empezaba a parecer menos triste—. Sí, eso es. Hoy baja mucho, ha dicho... la marea de primavera... dar la vuelta a las rocas...

—Se puede dar la vuelta a las rocas —dijo Simon.

—¿Y qué? —preguntó Barney.

—Si pudiéramos dar la vuelta a las rocas —dijo Simon con atenta paciencia—, podríamos dar la vuelta a la parte inferior de Remare Head.

Jane le interrumpió, pues le había comprendido.

—Y la cueva, la entrada sumergida... cuando esta mañana hemos oído el rumor del mar por el agujero, la marea estaba alta. O sea que las olas aún cubrían la entrada. Pero ¿no lo ves, Barney? Como hoy hay una marea baja especial, si deja al descubierto todas las rocas que hay allí, tal vez deje ver la entrada también, y podríamos entrar.

La cara de Barney era una cómica mezcla de expresiones: el desconcierto se convirtió en excitación y después en alarma.

—¡Caramba! ¡Vamos, pues! —Se puso en pie de un salto y luego gimió—. ¡No podemos! Uno de ellos está vigilando el puerto y los otros tres la punta de tierra. ¿Cómo vamos a bajar allí sin que nos vean?

—Ya he pensado en eso también. —Simon estaba henchido de orgullo—. Hace un minuto. Está el otro lado. La bahía del otro lado de la punta de tierra, donde nos bañamos. Podemos atravesar los campos desde aquí sin que nos vean, a menos que estén en las piedras verticales mirando en esa dirección. Si miran abajo, estamos perdidos, pero es la única manera que se me ocurre.

—No mirarán —dijo Jane, segura de sí misma—. No esperarán que vayamos por allí. Estarán vigilando el lado del puerto.

—Vamos, hemos de ser rápidos. Más rápidos que nunca. La marea aún estaba bajando cuando estábamos en el puerto, creo, pero puede cambiar en cualquier momento. Ojalá supiera exactamente cuándo.

Barney, con Rufus saltando a su alrededor otra vez, ya estaba a varios metros. Se paró de pronto, con aspecto preocupado, y se volvió lentamente.

—Todavía queda el tío abuelo Merry. Ahora sí que nunca nos encontrará. Estará muy preocupado.

—No le ha preocupado mucho si nos preocupáramos nosotros cuando esta mañana ha desaparecido —dijo Simon, lacónico.

—Sí, pero de todos modos...

—Oye —dijo Simon—. Soy el mayor y estoy al mando. O vamos a buscar a tío Merry o el grial, Barney, no hay tiempo para las dos cosas. Y yo digo que vayamos por el grial.

—Yo también—dijo Jane.

—Bueno —dijo Barney, y siguió andando por el campo, aliviado en secreto de poder aceptar órdenes. Le parecía que ya había tenido suficiente de ser el héroe solitario aquel día para años, así que sus sueños particulares de osados caballeros que actuaban en solitario con una reluciente armadura jamás volverían a ser lo mismo.

Los tres estaban acalorados y jadeantes cuando llegaron a la playa de la cala siguiente a Trewissick, al otro lado de Kemare Head. Pero, para su alivio, vieron que la marea aún no había empezado a subir.

El mar parecía estar a kilómetros de distancia, después de una gran extensión de arena plateada sin huellas bajo el sol, y cuando miraron anhelantes el lado de la punta de tierra vieron que había rocas al descubierto desde su base. Hasta entonces, las olas siempre habían golpeado el acantilado, incluso con la marea más baja.

Sus pies se hundieron en la suave arena seca de la playa. Barney se inclinó y empezó a desabrocharse una sandalia.

—Un momento, quiero quitarme los zapatos.

—¡Oh, vamos! —dijo Simon impaciente—, tendrás que volver a ponértelos cuando llegemos a las rocas.

—No me importa, voy a quitármelos de todos modos. Además, estoy cansado.

Simon gimió y se dio unos golpes en la rodilla con el estuche del telescopio, exasperado. Ahora estaba más decidido que nunca a llevar el manuscrito a todas partes, y el estuche estaba caliente y húmedo en su mano.

Jane se sentó en la arena al lado de Barney.

—Venga, Simon, descansemos cinco minutos. No nos hará daño, y yo también tengo mucho calor.

No de muy buena gana, Simon dejó que sus rodillas cedieran y se desplomó para tumbarse de espaldas. El sol le deslumbraba y se volvió rápidamente.

—Vaya día. Me iría bien un baño. —Miró hacia el mar con ganas de bañarse, pero sus ojos se desviaron de nuevo hacia las rocas.

—Están aún más al descubierto de lo que creía. Mirad, será fácil dar la vuelta al acantilado. En algunos sitios está bastante mojado, donde la marea deja un poco de agua, pero será fácil pasar por allí.

—O sea que vosotros también tendréis que quitaros los zapatos —dijo Barney, triunfante. Se colgó las sandalias al cuello por las correas y hundió los dedos de los pies en la arena, mirando las gaviotas que volaban en círculos y gritaban en lo alto. De pronto se puso tenso—. ¡Escuchad!

—Yo también lo he oído —dijo Simon, levantando los ojos con curiosidad—. Qué raro, parecía una lechuza.

—Era una lechuza —dijo Barney, mirando hacia el altísimo lado de la punta de tierra—. Yo vengo de allí arriba. Creía que las lechuzas sólo se oían por la noche.

—Así es. Y si salen durante el día son atacadas en masa por todos los demás pájaros, porque se comen a sus polluelos. Lo estudiamos en el colegio.

—Bueno, pues al parecer las gaviotas no se han dado cuenta —dijo Barney. Miró hacia las oscuras manchas que surcaban el cielo perezosamente. Luego miró en torno a la playa—. ¡Eh!, ¿dónde está Rufus?

—Por ahí. Hace un momento estaba aquí. —No está—. Barney se puso en pie. —¡Rufus! ¡Rufus! —Emitió un silbido, la nota larga y armoniosa a la que el perro siempre respondía. Oyeron un ladrido detrás de ellos y se volvieron hacia el campo en declive y vieron a Rufus en el borde de la hierba, de espaldas al mar pero con la cabeza vuelta para mirarles a ellos.

Barney volvió a silbar y se dio unas palmadas en la rodilla. El perro no se movió. —¿Qué le ocurre?

—Parece asustado. ¿Se ha hecho daño?

—Espero que no. —Barney corrió por la playa y cogió a Rufus por el collar mientras le acariciaba el cuello. El perro le lamió la mano—. Vamos, muchacho —dijo Barney con voz suave—. Venga, vamos. No pasa nada. Vamos, Rufus. —Tiró con suavidad del collar, retrocediendo hacia Simon y Jane. Pero el animal no se movió. Gimió, tirando para apartarse de la playa; tenía las orejas erguidas y cuando Barney tiró con más impaciencia del collar, volvió la cabeza y gruñó en voz baja a modo de advertencia.

Desconcertado, Barney aflojó la mano. Al hacerlo, el perro de pronto dio un brinco como si hubiera oído algo, volvió a gruñir y se soltó para alejarse corriendo por la hierba. Barney le llamó, pero el animal prosiguió sin pararse, con la cabeza baja, el rabo entre las patas, huyendo en línea recta hasta que desapareció al dar la

vuelta a la punta de tierra.

Barney regresó despacio a la playa.

—¿Habéis visto eso? Algo debe de haberle asustado; apuesto a que ha ido directo a casa.

—A lo mejor ha sido la lechuza —dijo Simon—. Tiene que haberlo sido. Escuchad, ¡ahí otra vez! —Barney levantó la mirada—. Viene de lo alto de la punta de tierra.

Esta vez todos lo oyeron; el largo y ronco gemido que les llegaba con suavidad: «Uuuuuu...».

Mientras escuchaba, Jane sintió que su instinto de precaución le susurraba en el fondo de su mente. Por un instante no entendió. Miró, preocupada, hacia la gran masa que era Kemare Head y la parte superior de las piedras verticales recortadas sobre el cielo.

—Estúpido pájaro —exclamó Simon, tumbándose de espaldas—. Se cree que es de noche. Decidle que se vuelva a la cama. Como si algo explotara dentro de su cabeza, Jane recordó: —¡Simon, rápido! No es un pájaro ni una lechuza. ¡Son ellos! Los otros la miraron fijamente.

Jane se puso en pie de un salto, olvidados con el miedo repentino, el calor del sol y la arena.

—¿No os acordáis? Aquella noche, arriba, en la punta de tierra, junto a las piedras verticales. Oímos aullar unas lechuzas, y por eso tío Merry se fue a ver qué era, porque le pareció que no sonaban bien. Y no eran lechuzas, era el enemigo. ¡Rápido, quizá nos han visto! ¡Quizá era una señal de uno de ellos para decir a los demás que estamos aquí!

Simon se puso de pie antes de que Jane hubiera terminado.

—Vamos, Barney. ¡Deprisa!

Alejándose del revelador vacío de la playa se precipitaron hacia el lado rocoso de la punta de tierra, salpicando de arena mientras corrían. Las sandalias de Barney le golpeaban el pecho, Jane perdió la cinta de su cola de caballo y el pelo suelto le hacía cosquillas en la nuca. Simon corría con el estuche del telescopio como si fuera el testigo de un corredor. Fueron directos al acantilado y se pararon al pie para mirar atrás, asustados, hacia la pendiente herbosa que se elevaba detrás de la playa. Pero no había señales de que nadie les persiguiera y no oyeron ninguna llamada de lechuza.

—A lo mejor no nos han visto.

—Apuesto a que esta playa no se ve desde ningún sitio de allí arriba, desde la cima de la punta de tierra.

—Bueno, de todos modos, démonos prisa. Vamos, o la marea subirá y nos impedirá hacerlo.

Aún caminaban sobre arena, junto al acantilado, hacia el extremo de la punta de

tierra y el mar. Después llegaron a las rocas y empezaron a trepar.

Era peligroso cruzar las rocas. Al principio estaban secas, y eran bastante lisas, y era fácil pasar de una a otra esquivando los pequeños charcos en los que las anémonas extendían sus tentáculos como flores plumosas entre las algas y los camarones, transparentes, se movían con rapidez de un lado a otro. Pero pronto llegaron a las rocas que no quedaban al descubierto más que en las mareas más bajas de primavera. Crecían allí grandes masas de algas, relucientes, húmedas a pesar de estar al sol; había musgo resbaladizo que se aplastaba bajo sus pies, lo que a veces les hacía caer en un charco.

Llegaron a un largo tramo de agua estancada en las rocas. Barney, que seguía descalzo, iba un poco rezagado. Le esperaron en el borde del agua mientras él se apresuraba a alcanzarles. —¡Ay!— exclamó al torcerse un tobillo.

—Ponte las sandalias —imploró Jane—. No importa que se mojen; las nuestras ya están empapadas. Podrías cortarte un pie con cualquier cosa.

Barney dijo, con sorprendente docilidad debida a que se había aplastado tres dedos:

—De acuerdo. —Se apoyó en una roca y se quitó las sandalias del cuello—. Me parece tonto ponerse las sandalias para ir a chapotear, en lugar de quitárselas.

—Puedes llamarlo chapotear —dijo Simon—. Ahí podría haber toda clase de horribles peces del fondo del mar. El señor Penhallow dice que el mar es muy profundo junto a la punta de tierra. —Miró la masa de bulbosas algas marrones que flotaban en la superficie del gran charco—. Bueno, allá vamos.

Cruzaron el estanque natural lleno de algas pegados al acantilado y apoyándose, nerviosos, en la roca para mantener el equilibrio. Simon, que iba el primero, avanzaba un pie con cautela y agitaba el agua, con lo que las algas, frías, se movían y se le pegaban a la piel. El fondo de la charca parecía bastante liso y Simon prosiguió con seguridad; los otros le seguían. Entonces, de pronto, el pie con el que probaba el camino no encontró resistencia y, antes de que pudiera echar su peso hacia atrás, había resbalado y el agua le llegaba a la cintura. Jane, que era la última de la fila, gritó sin querer cuando le vio caer. Barney tendió una mano a Simon, que de pronto era una figura mucho más baja que él.

—No pasa nada —dijo Simon, más sorprendido que dañado.

Tras el primer susto, el agua le produjo una sensación agradablemente fresca en las piernas tostadas por el sol. Simon avanzó con cuidado, y después de dar un par de pasos volvió a sentir roca en las rodillas bajo el agua.

—Es una especie de canal subterráneo. Llega hasta el acantilado. Ten cuidado, Barney. Palpa primero con los dedos para ver si hay algo. Podría haber algo bajo el agua, como un camino de piedras. Yo me he caído antes de poder darme cuenta de algo. Si no hay nada, tendrás que pasar por donde yo he pasado, pero más despacio.

Barney probó con gran cuidado y puso un pie en la alfombra de algas, pero más lejos del acantilado sólo notaba el borde de la piedra, y después nada.

—No noto nada.

—Entonces, tendrás que hundirte. Métete en el agua.

—Habríamos podido ir nadando —dijo Barney, nervioso. Se agachó poniendo ambas manos en el fondo hasta que estuvo sentado en el agua con las piernas colgando por la grieta, y se dejó deslizar.

El agua casi le cubría los hombros cuando notó que pisaba roca firme; había olvidado que era mucho más bajito que Simon. Simon le ayudó a salir. Los pantalones cortos de Barney, húmedos y oscuros, se le pegaban a los muslos y el niño se inclinó para despegar frondas de alga que se le habían enroscado en las piernas. Casi enseguida notó que el calor del sol empezaba a secarle la piel, dejando sólo la sal. Jane le siguió de la misma manera, y juntos terminaron de cruzar la charca hasta donde las rocas sobresalían, secas, entre las algas marrones.

—Ojalá supiéramos lo de la marea —dijo Simon a Jane, ansioso. Barney se había adelantado resbalando y deslizándose por las rocas.

Jane miró hacia el mar. Lamía suavemente las rocas a unos metros, dejando un camino natural alrededor del acantilado.

—No se ha movido. Incluso es posible que se quede quieto. Yo todavía no me preocuparía; debemos de estar cerca ya.

—Bueno, lo iremos vigilando. Lo que me preocupa es ese tramo profundo. Cuando el agua empiece a entrar se convertirá en una piscina, y no tendría que llenarse mucho para que no pudiéramos volver por donde hemos venido. En un instante cubriría a Barney.

Jane palideció y miró a su hermano menor, que ahora iba a cuatro patas.

—Simon, ¿crees que deberíamos haberle dejado en casa?

Simon sonrió.

—Me gustaría haberte visto intentarlo. No te preocupes, no pasará nada. Siempre que vigilemos la marea.

Jane miró atrás y se dio cuenta de pronto de lo lejos que habían ido. Se hallaban ahora en las rocas del extremo de la punta de tierra. Los ruidos distantes de la playa ya no les llegaban y no se oía más que el suave murmullo del mar. Era casi como si se hubieran desconectado.

Entonces Barney gritó entusiasmado:

—¡Eh, mirad! ¡Rápido! ¡Venid aquí! ¡Lo he encontrado!

Estaba de pie cerca del acantilado, unos metros más adelante, casi oculto por una roca. Le vieron señalar hacia la cara del acantilado. En un instante olvidaron la marea y saltaron sobre los charcos y se deslizaron por las rocas en dirección a Barney.

—No es muy grande —les dijo cuando llegaron.

Simon y Jane no vieron la profunda grieta en la roca hasta que estuvieron muy cerca. No era el tipo de cueva que habían imaginado. Era estrecha y triangular; su altura apenas era suficiente para que Barney pudiera estar de pie en ella y los dos mayores seguro que tendrían que agacharse. Había piedras amontonadas en la entrada y goteaba agua de las algas verdes que cubrían el techo. No veían el interior de la cueva.

Jane preguntó con aire de duda:

—¿Estás seguro de que es esto?

—Claro que sí —dijo Barney—. No podría haber más de una.

—No veo por qué no.

—Yo tampoco —coincidió Simon—, pero me parece que es ésta. Mirad arriba, se ve una especie de triángulo verde en lo alto del acantilado, donde crece la hierba junto a las rocas. Debemos de estar casi directamente alineados con aquel agujero que encontramos. Jane miró arriba y enseguida bajó la mirada, inquieta por la gran altura del acantilado que se inclinaba sobre ellos. —Supongo que sí. Barney atisbó en la oscuridad.

—En realidad no es una cueva, es un agujero, como el de arriba. Puaf —exclamó—, huele a algas y a sal. Y los lados están mojados y verdes, y gotean. Menos mal que ya estamos mojados.

—No me gusta esto —dijo de pronto Jane mirando hacia la oscura entrada, tan pequeña en la gran mole del acantilado.

—¿Qué es lo que no te gusta?

—Me da escalofríos. No podemos entrar ahí.

—Quieres decir que tú no puedes —dijo Simon—. Tendrás que vigilar por si cambia la marea. Pero yo sí que puedo.

—¿Y yo? —se quejó Barney indignado—. Yo lo he encontrado.

—¿Quieres entrar? —preguntó Jane horrorizada.

—¿Estando el grial ahí dentro? ¿Quién no querría? Será mucho mejor que lo intente yo —dijo, persuasivo, a Simon—. Soy el más pequeño, y esto es muy estrecho. Tú podrías quedarte atascado y no volver a salir jamás.

—¡Oh!, no lo hagas —dijo Jane.

—Si tú entras, yo voy detrás de ti —declaró Simon.

—De acuerdo —dijo Barney, contento.

Se sentía tan aliviado desde que se había visto libre de las garras del siniestro señor Hastings que, en comparación con ello, nada le asustaba. —Ojalá hubiéramos traído una linterna. —Atisbó en la cueva. A poco más de un metro de la entrada, la oscuridad era impenetrable.

—Ojalá hubiéramos traído una cuerda —se lamentó Jane—. Entonces, si te quedaras atascado, podría sacarte.

Simon se metió las manos en los bolsillos mirando hacia el cielo y empezó a silbar con indiferencia. Sus hermanos le miraron. —¿Qué?

—¿Qué te ocurre?

—Menos mal que alguien de la familia tiene cerebro —dijo Simon.

—¿Quién? ¿Tú?

—No sé qué haríais sin mí.

—¡Oh!, vamos —exclamó Jane con impaciencia—, no tienes ni linterna ni cuerda, o sea que no hagas ver que los tienes.

—Claro que las tengo. —Simon hurgó en el bolsillo de los pantalones—. ¿Os acordáis de cuando esta mañana nos hemos vaciado los bolsillos para ver si teníamos cuerda, y sólo teníamos el hilo? Bueno, he pensado que deberíamos ir un poco mejor equipados, por si acaso. O sea que cuando hemos vuelto a casa he cogido un poco de hilo de pescar de papá. No se lo llevó todo. —Sacó la mano del bolsillo con una bola tensa de fino hilo marrón—. Es fuerte como una cuerda.

—No se me había ocurrido —dijo Jane con nuevo respeto.

—Aún conservo también aquel trozo de vela. Pero apuesto a que tú ya no tienes las cerillas.

Jane gruñó:

—No, no las tengo. Estaban en mi chaqueta y la he dejado en casa. Qué pena.

—Sabía que ocurriría —dijo Simon, y con el floreo de un mago sacó una caja de cerillas y la punta de vela del bolsillo de su camisa. Entonces se le hundió el ánimo—. ¡Oh!, vaya, se han mojado. Seguro que ha sido cuando he resbalado en el agua. La mecha de la vela está empapada, no servirá de nada. Pero las cerillas sí sirven.

—Servirán —le animó Barney—. Es estupendo. Vamos.

Simon entregó el estuche del telescopio a Jane.

—Será mejor que te hagas cargo del manuscrito, Jane. Si se me cayera ahí dentro, nunca lo encontraríamos.

Volvió a mirar hacia el mar. Las rocas donde se encontraban eran aún más como una calzada y se extendían, casi planas, desde la base del acantilado hasta el agua. Una roca gris como un tocón estaba cerca de la entrada de la cueva.

El agua seguía lamiendo suavemente el borde a unos seis o siete metros de distancia, ni más cerca ni más lejos que cuando habían dejado la playa. Simon se preguntó, nervioso, cuánto tiempo les quedaba hasta que subiera la marea.

—Calculo que tenemos una media hora —dijo despacio—. Después, tendremos que salir enseguida antes de que nos alcance la marea. Vamos, Barney, y quédate callado.

Buscó el extremo de la bola de hilo de pesca y lo ató a la cintura de Barney.

—Si vas a entrar el primero, yo me agarraré al hilo detrás de ti.

—¿Crees que debe entrar? —preguntó Jane.

Barney se giró en redondo y la miró echando chispas por los ojos.

—Bueno, no me entusiasma la idea —dijo Simon—, pero tiene razón en lo de que es más pequeño, y a lo mejor será el único que pueda entrar. No pasará nada, no le soltaré. Toma —entregó a Jane el rollo de hilo—. No dejes que se afloje.

—Y no lo tenses demasiado —dijo Barney dirigiéndose hacia la entrada—, o me cortarás por la mitad.

Jane miró la hora.

—Son casi las cinco. Cuando haga diez minutos que estáis ahí dentro, tiraré dos veces del hilo.

—¡Diez minutos! —exclamó Barney con desdén—. Puede que tengamos que andar kilómetros.

—Podrías asfixiaros —dijo la pobre Jane.

—Es buena idea —se apresuró a decir Simon, mirándola a la cara—. Tira dos veces del hilo, y si yo tiro otras dos veces, significará que estamos bien pero que nos quedamos. Si tiro tres veces, significará que salimos.

—Y si yo tiro tres veces, significará que tenéis que salir porque la marea ha empezado a subir.

—Bien. Y cuatro tirones de un extremo o del otro será señal de peligro... no es —añadió enseguida Simon— que vaya a ser necesario, claro.

—De acuerdo —dijo Jane—. Dios mío, no tardéis.

—Bueno, tendremos que ir despacio. Pero no te preocupes, no tiene por qué pasar nada.

Simon le dio unas palmadas en la espalda y siguió a Barney, que tiraba del hilo que llevaba a la cintura como un perro de una correa, dijeron adiós con la mano y desaparecieron en la boca de la cueva.

Capítulo 14

Barney parpadeó en la oscuridad. A medida que sus ojos se acostumbraban a la falta de luz, los objetos indefinidos fueron cobrando forma. Se dio cuenta de que la luz de la entrada penetraba más de lo que creía; en los primeros metros al menos veía el débil brillo de las viscosas algas que cubrían las paredes y el techo de la cueva, y el destello del agua que formaba un riachuelo inmóvil, poco profundo.

Avanzó con cautela; con una mano tocaba el techo y llevaba la otra extendida a un lado. Notaba el leve tirón del hilo en la cintura debido a que Simon se agarraba a él. Oía muy fuerte, en el silencio de la cueva, el ruido de sus pies en el agua y la respiración de su hermano.

—Ve con cuidado —le advirtió Simon. Habló en voz baja, casi en un susurro, pero en la cueva el eco de su voz colmó el espacio que les rodeaba.

—Ya lo hago.

—Podrías golpearte la cabeza.

—Y tú la tuya. Cuidado aquí, es más bajo. Pon la mano en el techo y lo notarás.

—Lo hago —dijo Simon con fervor. Tenía el cuello incómodamente doblado hacia abajo; como era más alto que Barney, tenía que ir un poco agachado todo el rato para no golpearse la cabeza con la viscosa roca. De vez en cuando le entraba un goterón de agua por el cuello de la camisa.

—¿No hace frío?

—Híela.

Barney llevaba los pantalones cortos pegados a las piernas y sentía el aire frío a través de la camisa. Cada vez le costaba más distinguir las formas a su alrededor y pronto se paró, intranquilo, notando la oscuridad tan cerca que tenía la sensación de que le estaba apretando los ojos. Al palpar hacia arriba sus dedos ya no tocaron el techo. Delante de él se elevaba y quedaba fuera de su alcance, y se quedó palpando el aire.

—Espera un momento, Simon. —Su voz sonó misteriosa y le llegó a su hermano desde todos lados—. Me parece que aquí se hace más alta. Pero no veo nada. ¿Tienes las cerillas?

Simon palpó el hilo hasta llegar junto a Barney. Le tocó en el hombro y Barney se sintió más tranquilo con su contacto de lo que habría querido admitir.

—No te muevas. Voy a soltar el hilo un momento.

Simon buscó las cerillas en su bolsillo y abrió la caja, palpando los bordes con cuidado para asegurarse de que estaba boca arriba.

Las dos primeras cerillas rascaron con obstinación la caja, pero no ocurrió nada. La tercera se encendió pero se rompió, quemando los dedos de Simon, que la soltó lanzando una exclamación antes de que pudieran parpadear ante el resplandor de la

luz repentina. Se oyó un breve chisporroteo cuando cayó en el agua, a sus pies.

—Venga —dijo Barney.

—Voy lo más deprisa que puedo... ¡Ah!, ya está.

La cuarta cerilla estaba seca y se encendió. Simon hizo pantalla con la mano para proteger la llama.

—Qué curioso, debe de haber corriente de aire, pero no la noto.

—La cerilla sí. Eso es bueno; significa que en el otro extremo hay alguna abertura. O sea que es la cueva que buscábamos.

La mano de Simon tapaba el resplandor de la llamita y Barney se apresuró a atisbar alrededor en la vacilante luz. Sus sombras danzaban, enormes y grotescas, en la pared. Levantó los ojos y, con cautela, avanzó unos pasos.

—Levántala... ven, el techo aquí es más alto, podrás estar de pie.

Simon se acercó a él con cuidado, inclinado sobre la cerilla, y se irguió con un jadeo de alivio. Entonces la cerilla le quemó los dedos y la dejó caer. Enseguida la oscuridad volvió a envolverles como un manto.

—Espera, encenderé otra.

—Bueno, espera un momento, no las desperdiciemos. He visto un poco el camino, o sea que podemos avanzar antes de encender otra.

Barney cerró los ojos. Por alguna razón, aunque la cueva estaba igual de oscura con los ojos abiertos, le parecía que tenerlos cerrados le daba una mayor sensación de seguridad. Sin dejar de tocar la viscosa pared con las puntas de los dedos, avanzó dos o tres pasos. Simon le siguió con una mano sobre su hombro, mirando al frente en la oscuridad, aunque veía tan poco como si una gruesa cortina negra le colgara ante la cara.

Se adentraron en la cueva durante lo que les pareció mucho rato. De vez en cuando Simon encendía una cerilla y avanzaban un poco mientras duraba la débil luz y unos pasos después de que se apagara. Una vez intentaron encender la vela, pero sólo chisporroteó y Simon volvió a metérsela en el bolsillo.

El aire era frío, pero fresco en el rostro. Aunque se olía a sal y a algas, como si se encontraran bajo el agua del mar, no les costaba respirar. El silencio, como la oscuridad, parecía casi sólido, roto sólo por el ruido de sus propios pasos y algún ocasional plop que resonaba cuando caían gotas de agua del techo de la cueva.

Mientras Simon estaba de pie intentando encender otra cerilla, Barney notó que el hilo que llevaba atado a la cintura se tensaba y se le clavaba: una, dos veces.

—Dos tirones en el hilo. Debe de ser Jane. Diez minutos. Caramba, me parecía que habían transcurrido horas.

—Le contestaré —dijo Simon. Encendió una cerilla y vio el hilo delgado y tenso. Lo agarró con fuerza y dio dos tirones en la dirección de la que habían recibido los anteriores.

—Es curioso pensar que Jane está en el otro extremo —dijo Barney.

—Me pregunto cuánto hilo quedará.

—Vaya, ¿crees que se nos acabará? ¿Cuánto hilo había?

—Bastante —dijo Simon, aparentando más optimismo del que sentía—. Hemos ido muy despacio. ¡Ay! —La cerilla le quemó los dedos y la soltó.

No hubo chisporroteo cuando la cerilla cayó. Mientras avanzaban a tientas, Simon se dio cuenta de pronto de que había estado esperando este ruido.

—Párate un momento, Barney. —Pisoteó el suelo con un pie y miró hacia abajo—. El suelo ya no está mojado. —Tengo los zapatos empapados— dijo Barney. —Es el agua que hay dentro, tonto, no fuera—. La voz de Simon resonó en toda la cueva y el niño se apresuró a susurrar de nuevo, medio temiendo que el ruido hiciera desplomarse el techo.

—Los lados tampoco son viscosos —dijo Barney—. Es roca seca. Y lo está desde hace bastante rato, pero no me había fijado.

Simon encendió otra cerilla. Sostuvo la llama cerca de la pared. Vieron granito gris, con algunas vetas de roca blanca, y nada de algas. El suelo, cuando Barney se agachó para tocarlo, estaba cubierto de una especie de arena polvorienta. —Debemos de estar subiendo la colina—. El mar no puede haber llegado nunca tan lejos. —Pero nosotros lo hemos oído desde arriba esta mañana. ¿Significa que nos hemos pasado la abertura?— Barney estiró el cuello hacia atrás para mirar el techo.

—No lo creo —dijo Simon no muy seguro—. El ruido llegaría muy lejos. Eh, mira aquí delante, la cerilla está a punto de apagarse. Barney atisbó el ya conocido panorama que jamás olvidaría: estrechas paredes en sombras formando un túnel que penetraba en la oscuridad. Y en el instante antes de que la oscuridad les rodeara de nuevo, le pareció que veía la cortina de sombra del fondo más cerca que antes.

Avanzó vacilante y entonces la intuición le dijo que se detuviera. Extendió las manos en la silenciosa oscuridad. Tocó roca sólida a pocos centímetros de su cara. —¡Simon! ¡Es un callejón sin salida!.

—¿Qué?

La incredulidad y la decepción afloraron en la voz de Simon. Volvió a coger la caja de cerillas; tocó el fondo de la caja, lo que significaba que no quedaban muchas.

A la vacilante luz era difícil distinguir sombra y oscuridad, pero vieron que en realidad la cueva no terminaba allí. Cambiaba, delante de ellos, para formar un pasadizo más estrecho: alto y angosto, con una gran roca atravesada a unos noventa centímetros del suelo. Por encima de sus cabezas, inalcanzable, había una abertura hasta el techo; pero no había manera de trepar por ella. La roca les bloqueaba el paso.

—Jamás podremos pasar esto —dijo Simon, desesperado—. Debe de haber habido algún desprendimiento de rocas desde que el hombre de Cornualles pasó por aquí.

Barney observó la brecha oscura que quedaba al pie de la hendedura, irregular y siniestra en las sombras que danzaban, y tragó saliva. Estaba empezando desear estar de nuevo a la luz del sol.

Entonces pensó en el grial y en la cara del señor Hastings.

—Puedo pasar por debajo si me arrastro.

—No —dijo Simon sin vacilar—. Es peligroso.

—Pero ahora no podemos volver atrás. —Barney adquirió confianza al empezar a discutir—. Si hemos llegado hasta aquí, podemos avanzar un poco más. Saldré si es demasiado estrecho. Vamos, Simon, déjame probarlo.

La cerilla se apagó.

—No nos quedan muchas —advirtió Simon—. Pronto se nos acabarán. Tenemos que hacer que la vela se encienda, o nos quedaremos a oscuras. ¿Dónde estás?

Palpando el hilo hacia Barney, le cogió la mano y le puso la caja de cerillas en ella. Después se palpó el bolsillo donde tenía el trozo de vela y frotó la mecha con la camisa para secarla.

—Enciende una cerilla.

Oyeron un ruido detrás de ellos en la oscuridad, como si se cayera una piedra; como un traqueteo, y luego, silencio otra vez.

—¿Qué ha sido eso?

Aguzaron el oído, nerviosos, pero sólo oyeron los violentos latidos de su corazón. Barney encendió una cerilla con mano temblorosa. La cueva volvió a iluminarse y la oscuridad apretaba, burlona, desde la dirección de donde había procedido el ruido.

—No ha sido nada —dijo Simon al fin—. Habrá sido una piedra que se ha aflojado. Toma.

Acercó la punta de vela a la llama. La cerilla se consumió, pero la mecha de la vela sólo chisporroteó como antes. Volvieron a intentarlo, conteniendo el aliento, y esta vez la mecha ardió con una larga y humeante llama amarilla.

—Toma —dijo Barney con determinación—. Voy a entrar. —Entregó a Simon las últimas cerillas y cogió la vela—. Mira —dijo, haciendo pantalla para proteger la llama de la corriente de aire—. En realidad no es tan bajo, puedo ir a gatas.

Simon atisbó en la entrada, indeciso.

—Bueno... pero ve con mucho cuidado. Y tira del hilo si te quedas atascado.

Barney se puso a cuatro patas y pasó a gatas la oscura abertura que había bajo la roca, sosteniendo delante la vela, peligrosamente vacilante. La corriente de aire parecía más fuerte ahora. La roca le rozaba el cuerpo por todas partes, de modo que tenía que mantener la cabeza bajada y los codos pegados al cuerpo, y por un momento casi cayó en el pánico porque tenía la sensación de que se había quedado atascado.

Pero antes de que el pánico se apoderara de él, las sombras que rodeaban el único

punto de luz cambiaron de forma y Barney levantó la cabeza sin golpearse en la roca. Se arrastró un poco más, notando el suelo áspero y arenoso bajo las rodillas; y descubrió no sólo que podía ponerse de pie, sino que la cueva era mucho más ancha. La luz arrojada por la llama que él protegía con tanto cuidado ni siquiera mostraba las paredes a ambos lados.

—¿Estás bien? —preguntó Simon, ahogada su voz ansiosa desde el otro lado de la abertura.

Barney se inclinó.

—Estoy bien, aquí vuelve a hacerse grande; esto debe de ser una entrada... voy a seguir.

Notó que el hilo que llevaba atado a la cintura se tensaba cuando Simon tiró de él para responder y siguió adelante. La obscuridad se abría ante él en la tenue luz que arrojaba la punta de vela, que ya se gastaba y le goteaba cera caliente en las uñas. Cuando miró atrás por encima del hombro, ya no le fue posible ver la entrada por la que había pasado.

—Hola —dijo Barney en la obscuridad, a modo de prueba.

Su voz le devolvió el susurro de un modo siniestro, misterioso: no rebotante como había sido en la estrecha cueva como un túnel por la que habían pasado, sino que sonaba muy lejos, en lo alto. Barney dio una vuelta completa, atisbando en vano en la obscuridad. El espacio que le rodeaba debía de ser grande como una casa; sin embargo, se encontraba en las profundidades de Kemare Head.

Se paró, indeciso. La vela se estaba agotando; ya estaba blanda entre sus dedos. De pronto acudió a su mente la idea de aquel hombre siniestro en su extraña casa y con él toda la sensación de amenaza que rodeaba a sus perseguidores, el enemigo, que tan desesperadamente quería impedirles encontrar el grial.

Barney sintió un escalofrío de miedo y de frío. Era como si se encontraran allí, en la silenciosa obscuridad, perversos e invisibles, deseando que él regresara. Le zumbaban los oídos; incluso en el gran espacio vacío que era aquella cueva, sentía que algo le oprimía, le decía con insistencia que diera la vuelta. ¿Quién eres para irrumpir aquí?, parecía susurrarle la voz; un niño pequeño espiando algo tan grande que no lo puedes entender, algo que ha permanecido intacto durante tantos años. Vete, vuelve al lugar donde estás a salvo, deja tranquilas estas cosas tan antiguas...

Pero Barney pensó en el tío Merry, cuya misteriosa búsqueda ellos seguían. Pensó en todo lo que había dicho, desde el principio, de la batalla que nunca se ganaba pero nunca se perdía por completo. Y aunque no veía nada más que las sombras, y la negrura que rodeaba su pequeño haz de luz, de pronto tuvo un nítido retrato del caballero Bedwin que lo había iniciado todo cuando llegó a Cornualles huyendo del este. Estaba en la mente de Barney con armadura completa, protegiendo el último tesoro del rey Arturo. Perseguido por las mismas fuerzas que ahora les perseguían a

ellos.

Y Barney recordó la historia de que Bedwin estaba enterrado en Kemare Head, quizá directamente encima de la cueva donde él se encontraba, y no tuvo miedo. En la obscuridad, ahora se hallaba rodeado de cordialidad igual que miedo.

Así que Barney no se volvió atrás. Prosiguió, protegiendo su pequeña llama a punto de extinguirse, en la obscuridad que devolvía, con ecos susurrantes, el ruido de sus propios pasos. Y entonces, sobre su cabeza, percibió el ruido más extraño que jamás había oído.

Dio la impresión de proceder de ninguna parte, del aire; un zumbido ronco y misterioso, muy débil y lejano, que, sin embargo, llenaba toda la cueva. Subía y bajaba, como el viento que canta en los árboles y en los hilos del telégrafo. Cuando se le ocurrió este pensamiento, Barney sostuvo la vela en alto y vio que el techo se abría a una especie de chimenea, que se elevaba hasta desaparecer de la vista. Por un instante pensó que veía un punto de luz que se reflejaba abajo, pero su propia luz le deslumbraba y no podía estar seguro. Y se dio cuenta de que el ruido que oía era el viento, muy arriba, que ululaba sobre el agujero en las rocas que habían descubierto aquella mañana. El canto que oía abajo, en la cueva, era el canto del viento sobre Kemare Head.

Casi por casualidad, cuando miraba hacia arriba, vio la repisa. Sobresalía del lado rocoso de la chimenea en el fondo de la cueva; una protuberancia debajo de un hueco, como un armario natural, justo al alcance de su mano. Dentro vio el resplandor de la vela reflejado en algo que no era la roca.

Barney apenas se atrevía a respirar, alargó el brazo y tocó con la mano algo liso y curvado. Le dio unos golpecitos con las uñas y sonó a metal. Lo cogió y lo bajó, parpadeando ante el polvo que se levantó de la repisa. Era una copa, pesada y de forma extraña; tenía un grueso pie y forma de campana como las copas que había visto dibujadas en los libros que hablaban del rey Arturo. Se preguntó cómo podían saberlo los artistas. Le costaba creer que aquello, por fin, fuera el grial.

El metal estaba frío, lleno de polvo y muy sucio, pero debajo de la suciedad tenía un brillo dorado apagado. En la repisa no había nada más.

De pronto la vela empezó a vacilar. Barney notó la cera blanda y caliente y supuso, sobresaltado, que sólo ardería unos instantes más y entonces se quedaría solo en la absoluta obscuridad. Dio la vuelta para tomar la dirección correcta, y se dio cuenta de lo perdido que habría estado de no ser por el hilo que llevaba atado a la cintura. Sólo el hilo le indicaba el camino por donde ir en aquella gran cámara redonda.

Siguió el hilo; éste cayó al suelo y volvió a tensarse. Simon debía de estar tirando de él. Barney cogió el grial con una mano y sostuvo la vela en alto con la otra. El nerviosismo hizo desaparecer todos los temores que había sentido antes.

—¡Simon! —gritó—. ¡Lo he encontrado!

No obtuvo más respuesta que su propia voz, susurrándole desde la cueva vacía:

—... encontrado... encontrado... —Una docena de voces procedentes de todos lados.

Y la luz vaciló y se apagó.

El hilo seguía tenso cuando Barney se asió a él.

—¿Simon? —dijo, inseguro.

Tampoco recibió respuesta. Por un momento vio mentalmente la terrible imagen de Simon sobrecogido e indefenso. Y al otro lado del estrecho paso en la roca, la figura sonriente del señor Hastings, recogiendo el hilo como si estuviera pescando un pez, y esperando...

De pronto Barney notó la garganta seca. Apretó el grial contra su pecho y sintió que el corazón le latía con fuerza. Luego oyó la voz de Simon, baja en la oscuridad, delante y muy ahogada.

—¡Barney! ¿Barney?

Barney alargó el brazo y palpó la roca donde el techo bajaba de pronto.

—Estoy aquí... Simon, lo he encontrado. ¡Tengo el grial!

Pero la voz urgente y ahogada sólo dijo:

—Vamos, sal, rápido.

Barney se puso a cuatro patas, haciendo muecas al notar la presión de las aristas de la roca. Se arrastró con cuidado por la grieta que separaba las dos partes de la cueva, pero se golpeó la cabeza en el techo bajo e irregular. Llevaba el grial en posición vertical ante él, pero chocó con la roca y sonó, para su sorpresa, con una larga nota musical clara como la de una campana.

Vio un débil resplandor que iluminaba el fondo de la abertura, y luego el brillo de una cerilla, y a Simon, agachado y tirando del hilo con su mano libre. Las sombras hacían parecer grandes y oscuros sus ojos, así como alarmados. Miró a Barney mientras salía y lo olvidó todo en cuanto vio la alta copa.

Simon se había ido poniendo cada vez más nervioso, y sólo sentir que Barney se movía en el otro extremo del hilo le impidió meterse él mismo por el agujero. Había permanecido a solas en la oscuridad, aguzando el oído para percibir cualquier sonido, deseando que hubiera luz, pero obligándose a conservar las seis cerillas que quedaban para el viaje de regreso. Le había parecido que transcurría mucho tiempo.

Cogió la copa de las manos de Barney.

—Creía que tendría una forma diferente... ¿qué hay dentro?

—¿Dónde?

—Mira.

Simon metió la mano en la copa y sacó lo que al principio parecía un palo corto, casi tan oscuro por el tiempo como la propia copa. Estaba metido entre los lados, y

Barney, con las prisas, no lo había visto.

—Pesa mucho. Me parece que es de plomo.

—¿Qué es?

—Una especie de tubo. Como el estuche del telescopio pero mucho más pequeño, aunque no parece que se desenrosque. A lo mejor se ajusta.

Simon tiró de los dos extremos del tubo y, de pronto, uno de ellos salió como una tapa; dentro vieron un rollo que les pareció reconocer.

—¡Es otro manuscrito!

—O sea que se refería a esto cuando dijo... —Simon se interrumpió. Había cogido una punta del rollo de pergamino en un intento por sacarlo del tubo, y el borde se había deshecho. Apartó la mano con precaución y, en el mismo instante, recordó por qué había instado a Barney a salir con tanta urgencia.

—No podemos tocarlo, es demasiado antiguo. Y, Barney, tenemos que salir de aquí lo antes posible. Jane me ha dado tres tirones justo antes de que volvieras. La marea debe de estar subiendo. Si no nos damos prisa nos quedaremos aislados.

Cuando los chicos desaparecieron en la boca de la cueva, Jane se dispuso a apoyarse en una roca solitaria, entre las húmedas almohadas de algas y la extensión plana de granito que rodeaba el acantilado. Se metió el estuche del telescopio bajo el brazo. Aunque siempre había estado con Simon cuando él lo llevaba, tenía una inquietante sensación de responsabilidad al pensar en lo que había dentro.

Poco a poco fue desenrollando el hilo de pescar. La presión era irregular, como si dentro de la cueva los muchachos avanzaran y se detuvieran de vez en cuando. Jane tenía que estar atenta para que el hilo no se tensara demasiado ni se aflojara.

Hacía mucho calor. Bajo el sol sobre el alto acantilado gris Jane sintió que la piel le quemaba. Incluso la roca en la que se apoyaba estaba caliente, y notaba su calidez a través de la blusa. Detrás de ella, el agua siseaba suavemente al lamer el borde de las rocas que quedaban al descubierto. No se oía ningún otro ruido en aquel solitario lugar, al pie de la punta de tierra con el mar extendiéndose alrededor, y de no ser por el hilo que se movía en sus manos, Jane habría creído que era la única persona que existía en el mundo. Tierra firme y la Casa Gris parecían estar muy lejos. Se preguntó si sus padres habrían regresado de Penzance, y qué pensarían cuando se encontraran la casa vacía, sin ninguna indicación de adonde habían ido.

Pensó en las tres figuras que habían visto dirigirse apresuradamente a Kemare Head, guiados por el espantoso señor Hastings, que al ir vestido de negro y tener las piernas largas parecía un gigantesco insecto. Instintivamente, levantó la mirada hacia el acantilado. Pero no había ningún ruido, ningún movimiento, sólo la gran extensión de roca gris que se inclinaba sobre ella como una permanente amenaza inmóvil, con el casquete de hierba verde en lo alto de la punta de tierra, a unos sesenta metros de altura.

Y entonces el tío abuelo Merry acudió a su mente. ¿Dónde estaba? ¿Por qué se había ido? ¿Qué podía haber sido tan importante como para que se marchara, ahora que estaban tan cerca del final de la búsqueda? Ni por un instante se le ocurrió a Jane que le hubiera ocurrido algo o que hubiera sido capturado por el enemigo. Recordaba con demasiada claridad la seguridad con la que la había cogido en brazos a medianoche en la punta de tierra: «No se atreverán a seguirnos si yo estoy aquí».

—Ojalá estuvieras ahora aquí —dijo Jane en voz alta, temblando un poco a pesar del calor. No le gustaba que Simon y Barney estuvieran en el interior de la cueva, donde podría haber cualquier cosa acechándoles, donde podrían perderse y no salir jamás, donde el techo podría derrumbarse...

El tío abuelo Merry habría hecho que nada de esto sucediera. Jane consultó su reloj. Eran las cinco y doce, y el hilo que sostenía en la mano aún se movía lenta e irregularmente dentro de la cueva. Dio dos fuertes tirones al hilo. Tras una pausa notó dos tirones más en respuesta, pero débiles. Habían empleado dos terceras partes del hilo; Jane deseaba haberlo medido antes de empezar. El tiempo transcurría despacio; el hilo seguía tirando insistentemente de su mano, avanzando en la oscura entrada, ahora más despacio. El sol brillaba inmóvil en un cielo azul completamente despejado; una leve brisa procedente de ninguna parte levantó las puntas del pelo suelto de Jane.

Jane se apoyó en la roca y dejó vagar sus sentidos, notando el calor del sol en la piel, respirando el aire con olor a rocas mojadas y a algas, y escuchando el suave murmullo del agua. Luego, en una especie de sopor en el que sólo sus dedos se mantenían despiertos, se dio cuenta de que el sonido del mar había cambiado. Se levantó de un salto y giró en redondo. Para su horror, los montones de algas que estaban más cerca del mar subían y bajaban en un oleaje que antes no se producía. Las olas lavaban lo que había sido el borde de las rocas; estaban más cerca, pensó, que antes. La marea empezaba a subir.

Jane sintió que el pánico la invadía. Los últimos centímetros de hilo que quedaban estaban flojos en su mano: los chicos debían de haberse adentrado mucho en la cueva. Asíó con fuerza el hilo, enrolló en la mano parte del que quedaba flojo y se acercó a la boca de la cueva para tirar una, dos, tres veces.

No ocurrió nada. Esperó, escuchando el regular ruido de las olas. Luego, cuando las lágrimas empezaban a brotar en sus ojos, notó la señal de respuesta; tres débiles tirones en el hilo que sostenía en la mano. Casi enseguida la tensión disminuyó y el hilo empezó a aflojarse. Jane exhaló un fuerte suspiro de alivio. El hilo iba hacia ella a medida que tiraba de él; despacio al principio y luego más rápido. Por fin salieron Simon y Barney, protegiendo sus ojos de la luz del sol con la mano. —Hola— dijo Simon, aturdido.

Las cerillas se les habían terminado cinco minutos antes de llegar a la luz, y la

última parte del camino había sido un viaje de pesadilla en la más absoluta obscuridad, andando a ciegas y confiando en el tacto del hilo para indicarles qué camino estaba despejado. Había hecho ir a Barney delante. Todo el rato tenía la sensación de que el siguiente paso podría hacerle golpearse con la roca o quedarse cara a cara en la obscuridad con alguna cosa sin nombre, y no le habría sorprendido que cuando salieran viera que todo el pelo se le había vuelto blanco.

Jane sólo le miró con una leve sonrisa al tiempo que decía:

—Hola.

—¡Mira! —exclamó Barney levantando el grial.

Jane amplió su sonrisa con placer.

—¡Les hemos ganado! ¡Lo tenemos! Ojalá tío Merry estuviera aquí.

—Me parece que es de oro. —Barney frotó el metal. A la luz del sol, el grial parecía mucho menos mágico que en la misteriosa obscuridad de la cueva; pero, en algunos puntos, debajo de la suciedad se distinguía un brillo amarillo.

—Tiene una especie de dibujo grabado —dijo—. Pero no se ve bien; hay que limpiarlo.

—Es terriblemente antiguo.

—Pero ¿qué significa? Quiero decir, todo el mundo está intentando como un loco apoderarse de él, porque puede decirles algo, pero cuando lo miras no parece que pueda decir nada. A menos que el dibujo sea una especie de mensaje.

—El manuscrito —dijo Simon.

—Ah, sí. —Barney sacó el pequeño y pesado tubo de plomo de la copa y le enseñó a Jane el manuscrito que había dentro—. Esto estaba metido a la fuerza en el grial. Debe de ser continuación de nuestro manuscrito. Apuesto a que es tremendamente importante. Apuesto a que lo explica todo. Pero se rompe sólo de mirarlo. —Tapó con cuidado el tubo.

—Tenemos que llevarlo a casa intacto —dijo Simon—. Me pregunto si hay sitio... un momento. —Cogió el estuche del telescopio de debajo del brazo de Jane y lo desenroscó. Su manuscrito estaba dentro, ocupando la mitad inferior.

Simon cogió el oscuro cilindro de plomo y lo metió con cuidado en el centro del pergamino que estaba en el estuche del telescopio.

—Ya está. ¿Tienes un pañuelo, Jane? Jane se sacó un pañuelo del bolsillo de la blusa. —¿Para qué lo quieres?

—Para esto —dijo Simon, y metió el pañuelo formando una bola en el agujero superior del rollo de pergamino—. Así no se moverá el nuevo. Tendremos que correr, si queremos salir de aquí antes de que nos atrape la marea, y se movería demasiado.

De forma automática, Jane y Barney se volvieron para mirar el mar. Y exactamente en el mismo instante cada uno de ellos ahogó un grito, emitiendo un sonido de puro miedo. Simon había inclinado la cabeza para cerrar el estuche.

Levantó los ojos al instante. Las olas estaban levantando las algas a nueve metros de donde se encontraban, pero esto no era lo peor. Jane y Barney, paralizados, miraban más lejos en el mar.

Por un instante, la roca que sobresalía impidió la visión a Simon. Después, también él vio las altas líneas majestuosas del yate Lady Mary, a toda vela, dar la vuelta a la punta de tierra en dirección a ellos. Y también vio la alta figura oscura que estaba de pie en la proa con un brazo levantado, señalando.

—¡Vamos! ¡Rápido! —Agarró a Barney y a Jane que se habían quedado inmóviles por el susto y les empujó hacia delante.

Los tres se alejaron de la cueva y del yate saltando y resbalando por las rocas cubiertas de algas. Barney aferraba el grial con una mano y llevaba los brazos extendidos para conservar el equilibrio; Simon iba con el estuche del telescopio pegado al pecho. Echó una ojeada hacia atrás y vio que la vela principal del yate descendía en la cubierta y un pequeño bote era bajado por la borda.

Barney resbaló y se cayó, y estuvo a punto de hacerles caer a todos encima de él. Ni siquiera entonces se le escapó el grial de la mano, pero golpeó la roca una vez más con la misma nota de antes, como de campana. Se oyó pese al ruido que hacían al chapotear en el agua.

Se levantó con esfuerzo otra vez y se mordió el labio porque le escocía un rasguño que tenía en la rodilla a causa de la sal. Ahora chapoteaban en el agua todo el rato. Las olas eran más grandes y lamían las rocas con cada impulso de la marea ascendente. El agua señalaba los charcos y huecos con algas marrones que iban a la deriva y hacía relucir la roca desnuda con una capa arremolinada que, pronto, se convertiría en una corriente lo bastante fuerte para hacerles caer.

Barney volvió a resbalar y al caer produjo un chapoteo.

—Déjame cogerlo.

—¡No!

Jane le ayudó a ponerse de pie, y la frenética pesadilla de una persecución les hizo ir más deprisa, saltando a ciegas en zigzag sobre las rocas lamidas por el mar. Simon volvió a mirar atrás. Dos figuras iban en un pequeño bote y remaban rápido hacia ellos desde el yate. Oyó los motores del yate que cobraban vida.

—¡Vamos, rápido! —dijo entre jadeos—. ¡Podemos conseguirlo!

Apretaron el paso, medio tropezando, y no se caían gracias sólo a su velocidad. Pero aún no se veía la playa, sólo el mar a un lado y el gran acantilado al otro. Y ante ellos, el largo camino de rocas y algas.

—¡Parad! —Una voz profunda sonó detrás de ellos—. ¡Volved! ¡Estúpidos niños, venid!

—No nos cogerán —dijo Simon entre jadeos, atrapando a Barney cuando estuvo a punto de caerse por tercera vez. Jane iba a su lado, sin aliento, pero corría y

tropezaba con la misma desesperada rapidez. Luego, al dar la vuelta a la punta de tierra, apareció ante sus ojos algo que les desalentó por completo.

Era otro bote, ancho como una bañera, que surcaba las olas. El muchacho, Bill, estaba sentado junto al motor en la proa y el señor Withers se inclinaba ansioso delante de él, con su larga melena oscura ondeando al viento. Les vio y lanzó un grito de triunfo, y los niños vieron una mueca horrible en el rostro del muchacho cuando hizo girar el bote en dirección a ellos.

Los niños se pararon, asustados.

—¿Por dónde vamos?

—¡Nos impedirán pasar!

—Pero no podemos volver atrás. ¡Mirad! ¡Los otros van a tierra!

Con el agua en los tobillos, miraron distraídos hacia adelante y hacia atrás. A menos de diez metros al frente, el bote con el señor Withers, que sonreía con perversidad, se dirigía hacia ellos para impedirles el paso, y detrás de ellos el otro bote se mecía muy cerca de las rocas. Estaban atrapados.

—¡Venid aquí! —les gritó de nuevo la voz profunda—. No escaparéis. ¡Venid aquí!

El señor Hastings estaba de pie en el bote, una alta figura negra, con un brazo extendido hacia ellos. Con las piernas separadas para guardar el equilibrio, oscilando con el movimiento del bote, daba la impresión de estar a horcajadas del mar.

—¡Barnabas! —La voz bajó a un hipnótico monótono—. Barnabas, ven aquí.

Jane agarró a Barney del brazo.

—¡No te acerques a él!

—No temas. —Barney estaba asustado, pero no embrujado para obedecer como había hecho antes—. Oh, Simon, ¿qué podemos hacer?

Simon miró hacia arriba del acantilado, preguntándose por un instante si podrían trepar para llegar a un lugar seguro. Pero la cara de granito se elevaba, implacable, muy por encima de sus cabezas. No encontrarían puntos de apoyo ni para ponerse fuera del alcance de sus perseguidores, y se caerían mucho antes de haber llegado a la cumbre.

—Barnabas —se oyó de nuevo la voz, suave, insidiosa—. Sabemos lo que tienes en la mano. Y tú también, Simon. Sí, Simon, especialmente tú.

Simon y Barney apretaron por instinto la mano en la que tenían el manuscrito y el grial respectivamente.

—No son vuestros —dijo la voz más alto, más grosera—. No tenéis derecho sobre ellos. Tienen que volver al sitio al que pertenecen. El señor Hastings les observaba con atención, de pie en el bote esperando el momento adecuado para saltar a las rocas. Sólo le hacían vacilar las algas que se movían y ocultaban el borde de la orilla. Polly Withers iba al timón y hacía esfuerzos por controlar el bote en las

crecientes olas. De pronto, Barney gritó:

—No podrán tenerlo. Tampoco es suyo. ¿Por qué lo quieren?

No tienen ningún museo, no creo nada de lo que me han dicho.

El señor Hastings se rió en voz baja. El ruido resonó de un modo misterioso y escalofriante por encima del suave murmullo del mar.

—Nunca ganarán —gritó Simon en tono desafiante—. Jamás.

—Esta vez sí —dijo una voz más ligera detrás de ellos. Se giraron en redondo otra vez. Era Withers. El fueraborda se había parado y el otro bote se aproximaba a ellos con calma mientras Bill palpaba con un remo para encontrar la roca.

Los tres niños se juntaron y pegaron la espalda al acantilado todo lo que pudieron; pero por ambos lados se acercaban los botes. El Lady Mary doblaba lentamente la punta de tierra. Oían sus motores zumbiar débilmente, aunque no veían a nadie a bordo.

—Si tuviéramos un bote —dijo Jane, desesperada—. ¿No podríamos nadar?

—¿Para ir adonde?

—¡Debe de haber algo que podamos hacer! —La voz de Barney sonó muy aguda.

—No podéis hacer nada. —La voz ligera de Withers les llegó por encima de las rocas. Se encontraba a menos de cinco metros, en la proa del bote—. Danos el manuscrito. Dánoslo o te lo quitaremos. La marea está subiendo muy deprisa. Debes dárnoslo.

—¿Y si no lo hacemos? —preguntó Simon, rebelde.

—Mira el mar, Simon. No podéis volver por donde habéis venido. Mira la marea. Estáis atrapados. No podéis ir a ningún sitio a menos que vengáis con nosotros.

—Tiene razón —susurró Jane—. ¡Mira! —Señaló. Un poco más adelante, el mar ya lamía el pie del acantilado.

—¿Dónde está tu bote, Simon? —preguntó una voz burlona.

—Tendremos que rendirnos —dijo Simon, abatido y enojado;

—No corras, Simon. Podemos esperar. Tenemos todo el tiempo del mundo.

Oyeron que el muchacho se reía al otro lado del bote.

—Nos han cogido.

—Oh, piensa... piensa... no podemos rendirnos ahora. —Piensa en el tío abuelo Merry.

—Es una lástima que no hayamos pensado en él al principio —dijo Simon con fiereza—. No sirve de nada, voy a decir que nos rendimos.

—¡No! —exclamó Barney con presteza, y antes de darse cuenta de lo que ocurría había arrebatado a Simon el estuche con los manuscritos y salpicando agua fue por las rocas hasta el borde del mar. Sostuvo en alto el reluciente estuche en una mano y en la otra el grial, y miró furioso al señor Hastings.

—Si no nos recogen y nos dejan llevarlos a casa, los tiraré al mar.

—¡Barney! —gritó Jane. Pero Simon la contuvo, escuchando. El señor Hastings no se movió. Se quedó mirando con calmada arrogancia la pequeña y frágil figura de Barney, y cuando habló, su voz profunda era más fría que nunca:

—Si lo haces, Barnabas, tendré que dejaros ahogar a ti, a tu hermano y a tu hermana.

No les cabía duda de que decía la verdad. Pero Barney se dejó llevar por una apasionada indignación y estaba decidido a no creer nunca más nada de lo que dijera el señor Hastings. Sabía que si lo hacía una vez, volvería a quedar hechizado.

—¡Lo haré, lo haré! ¡Si no me lo prometen, lo haré! —Levantó el grial en su mano derecha, flexionando los músculos para arrojarlo. Simon y Jane ahogaron un grito.

El mundo entero pareció detenerse y centrarse en torno a un hombre corpulento vestido de negro y un niño pequeño: una voluntad contra la otra, salvado Barney por su propia furia de la fuerza plena que poseía la autoritaria mirada que se clavaba en sus ojos. Entonces el señor Hastings hizo una mueca y lanzó un grito entrecortado. — ¡Withers!

Y a partir de aquel momento, para los niños, el mundo entró en una irrealidad y no pareció haber motivo en nada de lo que sucedió.

A ambos lados, Norman Withers y el señor Hastings hicieron ademán de zambullirse en dirección a Barney. Simon gritó:

—¡Barney, no lo hagas! —y se precipitó hacia él para cogerle el brazo extendido. Withers, que estaba más cerca, saltó del bote a las rocas, dejando el bote oscilando rápido mientras Bill se agarraba, frenético, al timón. Pero cuando el pie llegó a donde tenía que estar la roca, vio que la maldad de su rostro se transformaba en alarma mientras agitaba los brazos y desaparecía bajo el agua.

Había saltado en el hoyo que quedaba oculto entre las rocas: la cavidad que en la marea baja había quedado llena de agua y que ahora, con la marea alta, lo estaba mucho más. Jane, que se pegó aún más al acantilado, se estremeció de horror al darse cuenta de que los tres habrían caído de cabeza allí si hubieran avanzado otro metro.

Withers salió a la superficie, tosiendo y escupiendo, y Barney vaciló, con el grial aún levantado. El señor Hastings saltó a las rocas sin caerse y se le acercó por el otro lado con largas zancadas, las cejas oscuras como una barra amenazadora en su rostro y una horrible sonrisa en los labios. Simon se zambulló, desesperado, y fue apartado por un largo brazo; pero al caer se agarró a la pierna del hombre que tenía más cerca y le hizo resbalar en las rocas mojadas.

A pesar de su altura, el señor Hastings se movía como una anguila. En un instante volvió a estar de pie, agarrando con una manaza el brazo de Simon y, con un cruel y rápido movimiento, se lo retorció hacia atrás y hacia arriba hasta que el niño gritó de dolor. La muchacha del bote se rió suavemente. No se había movido desde el

principio. Jane la oyó y sintió odio hacia ella, pero se quedó hechizada por la expresión de concentrada crueldad del rostro que se cernía sobre ella. Era como si algo monstruoso resplandeciera detrás de los ojos del señor Hastings, algo no humano que la llenó del horror más grande y espantoso que jamás había experimentado.

—Bájalo, Barnabas —dijo el señor Hastings jadeando—. Deja el manuscrito o le romperé el brazo.

Simon se retorció y forcejeó y le dio patadas, pero luego ahogó un grito y se quedó inerte cuando el hombre tiró brutalmente de su brazo hacia arriba y el dolor le invadió como si tuviera agua hirviendo en la sangre. Pero antes de que Barney, con el rostro contraído de preocupación, pudiera moverse siquiera, un gran grito procedente del yate surcó el aire. Una voz tosca gritó con angustia:

—¡Señor!

En el mismo instante oyeron un nuevo ruido por encima del bajo palpitar de los motores del yate en espera: un zumbido estridente que cada vez era más fuerte y se oía más cerca. De pronto vieron que doblaba la punta de tierra, desde Trewissick, un reluciente arco de salpicaduras producidas por la proa de una lancha motora. Iba a gran velocidad y pasó por el lado de mar del yate hacia el lugar donde ellos se encontraban. Y a través de las salpicaduras vislumbraron la única figura que conocían que era tan alta como el señor Hastings y tenía el conocido mechón de pelo blanco.

Jane dejó escapar un suspiro de alivio.

—¡Es tío Merry!

El señor Hastings gruñó y soltó a Simon de pronto, lanzándose desesperado hacia Barney. Este le vio a tiempo y se agachó.

Bill, en el bote, puso el motor en marcha; luego saltó a las rocas, resbaló, pero llegó a salvo. Sólido y amenazador al lado de la gigantesca altura del hombre vestido de negro, les miró a la cara y se agachó ligeramente. Como bailarines en un minueto los dos avanzaron, despacio para no caerse, y los niños se agazaparon en el acantilado.

La lancha motora rugió produciendo grandes estelas. En cuestión de segundos estuvo al lado de la punta de tierra. El ruido del motor se convirtió en un latido más profundo y el bote se acercó despacio. Mirando temerosa por encima del hombro de Bill, Jane vio a tío Merry de pie junto a la figura del señor Penhallow, que estaba inclinado sobre los controles.

Con el alivio que sintió, Jane se olvidó de todo y se precipitó hacia el borde de las rocas, pilló al muchacho por sorpresa, que hizo ademán de agarrarla demasiado tarde, perdió el equilibrio y cayó sobre el señor Hastings. El hombre gruñó furioso e hizo un último intento de llegar hasta Barney, que ahora estaba con los brazos bajados en actitud de indefensión.

Pero Simon, reuniendo las fuerzas que le quedaban, arrebató el grial y el largo

cilindro a su hermano y se alejó hacia el borde de las olas.

Gritó con apremio:

—¡Tío Merry!

Cuando su tío abuelo se volvió, levantó el brazo y lanzó el grial con todas sus fuerzas hacia la lancha motora, observando con gran ansiedad para ver si lograba su objetivo. En los controles, el señor Penhallow hacía esfuerzos para mantener el bote estable. La extraña copa en forma de campana surcó el aire, resplandeciendo bajo el sol, y el tío abuelo Merry se lanzó a un lado con los brazos extendidos hacia delante como un portero de fútbol y la atrapó cuando descendía para caer al agua.

—¡Cuidado! —gritó Barney.

El señor Hastings se giró en redondo hacia Simon cuando éste echaba el brazo atrás para enviar el manuscrito después de la copa, y se apartó de un salto para salir de su alcance. Lanzó el estuche, pero al soltarlo, el señor Withers se levantó en el bote y se abalanzó hacia fuera con un remo en un torpe intento de interceptarlo.

Jane lanzó un grito.

El remo golpeó el estuche en pleno vuelo. Withers soltó un aullido de triunfo. Pero se convirtió en uno de terror cuando el largo y pesado estuche rebotó, a causa de la fuerza con que lo había lanzado Simon, y se partió en el aire. Las dos mitades se alejaron del bote formando espirales y desparramando fragmentos del conocido manuscrito que habían examinado tan a menudo: vieron salir el pequeño estuche de plomo que habían encontrado en la cueva, que cayó al mar como una piedra; y casi al mismo tiempo, las dos mitades del estuche del telescopio, con el deteriorado pergamino, dieron en el agua y desaparecieron. Los fragmentos de pergamino no flotaron; se hundieron enseguida, como si se hubieran disuelto. No quedó nada más que el pañuelo de Jane, que se mecía en las olas.

Y en aquel momento la sangre se les heló a todos, cuando un sonido inhumano como el aullido de un animal resonó por encima del mar. Era el segundo largo aullido que oían aquel día, pero no era igual que el primero. El señor Hastings levantó la cabeza como un perro y lanzó un fuerte grito de dolor, de miedo y de rabia. Dio dos largos saltos desde el borde de las rocas y se zambulló en el agua, en el lugar donde había caído el estuche.

Todos se quedaron mirando fijamente la luz del sol que danzaba en el agua que se cerró sobre su cabeza y, salvo por el zumbido de los motores y el mar, no se oyó nada. Un movimiento junto al yate hizo desviar su mirada, y vieron que la chica era izada a bordo y que el bote se había quedado abajo.

Bill estaba tan inmóvil como los niños, mirando boquiabierto el mar, que a la luz del atardecer se estaba tiñendo de un tono dorado. Entonces Withers le gritó, dando bandazos en el bote al dirigirse hacia la lancha motora, y cuando el bote se acercó el muchacho se arrojó a bordo.

Los niños seguían observando. Nadie se movió tampoco en la lancha motora, que se mecía hacia las rocas. El bote se alejó, zumbando como una avispa furiosa, y luego, a su lado, vieron una oscura cabeza que afloraba a la superficie y oyeron unas ásperas respiraciones desesperadas. El bote redujo la marcha y el hombre y el muchacho que iban en él subieron a la alta figura a bordo. No llevaba nada en la mano.

El señor Hastings yacía en el suelo del bote, tosiendo y jadeando, pero levantó la cabeza, con el largo cabello negro pegado a la frente como una máscara, y tendió una mano a Withers para levantarse. Con el rostro contraído por la rabia y el odio, miró al tío abuelo Merry.

Estaba de pie en la lancha motora con una mano en el parabrisas mientras con la otra sostenía el grimal; el sol que le iluminaba por detrás le hacía resplandecer el cabello blanco. Estaba tan erguido que por un instante pareció una extraña criatura de las rocas y el mar. Les gritó, con una fuerte voz que resonó en los acantilados, unas palabras en una lengua que los niños no entendieron, pero en un tono que les hizo estremecer.

Y la oscura figura del otro bote dio la impresión de encogerse al oírla, desapareciendo de él toda la amenaza y el poder que antes tenía. De pronto estaba ridículo con su ropa negra empapada y parecía que su tamaño había menguado. Los tres que estaban en el barco se quedaron callados y quietos, mientras el bote regresaba al yate. Los niños se rebulleron. —¡Caramba!— susurró Barney. —¿Qué habrá dicho?

—No lo sé.

—Me alegro de no saberlo —dijo Jane lentamente.

Observaron a las tres figuras subir al yate y casi enseguida el motor zumbó más fuerte y el largo casco blanco del Lady Mary se alejó. El fuera borda se arrastraba detrás, pero el otro bote quedó en el agua, vacío, meciéndose en las olas.

El yate cruzó la bahía, pasó por delante del puerto de Trewissick y siguió por la costa, hasta que sólo fue una pequeña forma blanca en el dorado mar. Y cuando todos se hallaron a bordo de la lancha motora, volvieron a mirar y ya había desaparecido.

EPÍLOGO

Los aplausos resonaron a través de las pulidas columnas de la gran sala del museo, y Simon, con el rostro sonrojado, se encaminó hacia su sitio junto a Barney y Jane pasando entre la multitud de sonrientes estudiosos y profesores. La multitud empezó a moverse otra vez y las voces se elevaron a su alrededor.

Un joven de ojos brillantes, con un cuaderno en la mano, le dijo:

—Ha sido un discurso muy bonito, Simon, si me permites decirlo. Éstos son Jane y Barnabas, ¿verdad?

Simon le miró, parpadeando, y asintió.

—Soy de la Asociación de Prensa —dijo el joven rápidamente—. ¿Puedo preguntaros la suma de dinero del cheque que el director os ha entregado?

Simon miró el sobre que tenía en la mano, metió nervioso el dedo en la solapa y lo abrió. Sacó el cheque, que estaba pulcramente doblado, lo miró unos instantes y sin decir una palabra se lo pasó a Jane.

Jane lo miró y tragó saliva.

—Dice: mil libras.

—¡Caramba! —exclamó Barney.

—Bueno, está bien —dijo el joven, animado—. Enhorabuena. ¿Y qué vais a hacer con este dinero?

Le miraron como si no le comprendieran.

—No lo sé —dijo por fin Simon.

—¡Oh, vamos! —insistió el joven—, seguro que tenéis alguna idea. ¿Qué cosas siempre habéis deseado compraros?

Los niños se miraron entre sí, sin saber qué decir.

—Joven —intervino el tío abuelo Merry a su lado—, si de pronto le dieran mil libras, ¿qué compraría? El periodista pareció sorprendido. —Pues... bueno, yo...

—Exactamente —dijo el tío abuelo Merry—. No lo sabe. Estos niños tampoco. Buenas tardes.

—Una cosa más —dijo el joven, haciendo rápidas anotaciones en su cuaderno—. ¿Qué hacíais exactamente cuando encontrasteis ese objeto?

—¿Se refiere al grial? —dijo Barney.

—Bueno, sí, así lo llamáis, ¿no? —respondió el joven a la ligera. Barney le miró con indignación.

—Estábamos explorando una cueva —se apresuró a decir Simon—. Y lo encontramos en un saliente.

—¿No se habló de que había otra gente que iba tras él? —Pamplinas— dijo el tío abuelo Merry con firmeza. —Escúcheme, joven, haga el favor de ir y hablar con el director, que está allí. Él lo sabe todo al respecto. Estos tres ya han tenido suficientes

emociones para un día.

El joven abrió la boca para decir algo más, pero miró al tío abuelo Merry y volvió a cerrarla. Sonrió amigablemente y desapareció en la multitud. El tío abuelo Merry se llevó a los niños a un tranquilo rincón detrás de una columna.

—Bueno —dijo—, mañana saldrá vuestra fotografía en todos los periódicos, en los próximos años vuestro nombre saldrá en los libros de estudio y uno de los museos más famosos del mundo os ha dado mil libras. Y debo decir que os merecéis todo esto.

—Tío Merry —dijo Simon pensativo—. Sé que no serviría de nada contar a la gente la historia real que se esconde tras el hallazgo del grial, pero ¿no sería conveniente al menos avisarles de la existencia del señor Hastings? Quiero decir, se hizo con la señora Palk y aquel chico, Bill, y les volvió malos, y no hay nada que le impida hacer lo mismo con todo el mundo.

—Se ha ido —dijo el tío abuelo Merry. Dos hombres con rostro de lechuza con gruesas gafas que pasaron por su lado le saludaron respetuosamente y él les devolvió el saludo—. Lo sé, pero podría volver.

El tío abuelo Merry lanzó una mirada a la larga sala, por encima de las cabezas, y la conocida expresión de reserva acudió a su rostro. —Cuando vuelva —dijo—, no se llamará señor Hastings.

—¿Cómo se llama de verdad? —preguntó Simon con curiosidad.

—Sé que ha utilizado muchos nombres diferentes —respondió el tío abuelo Merry— en diferentes momentos.

Jane, con cara abatida, pasaba un pie por el liso suelo de mármol. —Me parece horrible que un vicario hiciera algo tan malo.

—Debió de engañar a todos los obispos y a todo el mundo para hacerles creer que era bueno —dijo Simon—. Igual que engañó a todo el mundo en Trewissick.

—No a todo el mundo —replicó el tío abuelo Merry.

Simon le miró fijamente.

—Pero tuvo que hacerlo... quiero decir, los domingos debían de oírle predicar.

—Nadie le oyó predicar los domingos. Y dudo que alguna vez se haya visto con algún obispo.

Ahora todos le miraban a él, con tanto asombro que las comisuras de la boca formaron una semisonrisa.

—Es muy sencillo. Es lo que se llama poder de sugestión. Nuestro señor Hastings no era el vicario de Trewissick ni nada parecido. Conozco al vicario auténtico, también es un hombre alto, aunque delgado, y tiene unos setenta años... Se llama Smith. —Pero el señor Hastings vivía en la vicaría— dijo Barney. —En otro tiempo fue la vicaría. Ahora se alquila a quien quiera alquilarlo. El consejo parroquial decidió hace años que era demasiado grande para que el señor Smith viviera allí solo,

y le encontraron una casita al otro lado de la iglesia.

—Y cuando yo fui a buscarle —dijo Jane despacio, tratando de recordar—, no pregunté a nadie dónde vivía, simplemente pregunté a un anciano, junto a la iglesia, si aquello era la vicaría, y él me dijo que sí... Me pareció un anciano con bastante mal genio... ¿Y sabes una cosa, tío Merry? No creo que el señor Hastings me dijera realmente que era el vicario, simplemente lo di por sentado cuando dijo que sustituía al señor Hawes-Mellor allí. Pero debió de saber que yo creía que lo era.

—¡Oh!, sí. No iba a desilusionarte hasta que descubriera qué pretendías. Sabía perfectamente quién eras. —¿De veras?

—Desde el momento en que te abrió la puerta.

—¡Oh! —exclamó Jane. Pensó en ello y sintió un escalofrío—. ¡Oh! —repitió.

—O sea que a partir de ese momento todos creímos que era el vicario —dijo Simon— y si alguna vez le mencionamos al hablar con alguien, como el señor Penhallow, debían de creer que nos referíamos al vicario auténtico. Pero, tío Merry, ¿tú no lo sabías?

El tío abuelo Merry ahogó la risa.

—No. Yo también lo creía. Durante un tiempo, bueno, hasta el final, acaricié las más terribles sospechas del pobre e inofensivo señor Smith.

Inesperadamente, Barney dijo:

—Pero si has ido contra el señor Hastings en otras ocasiones, no podías confundirle.

—Siempre cambia —dijo el tío abuelo Merry vagamente, desviando la mirada—. No hay forma de saber qué aspecto tendrá... Y en su tono de voz había una resolución que no permitía más preguntas; como sabían que la habría cuando quisieran preguntar más cosas sobre el misterioso enemigo de los días que pasaron en Trewissick. Esta era una de las cosas que pertenecían al mundo secreto del tío abuelo Merry, y sabían que, aunque ellos habían estado muy involucrados, guardaría sus secretos como siempre había hecho.

Simon volvió a mirar el cheque que tenía en la mano. —Encontramos el grial— dijo. —Y todo el mundo parece muy emocionado. Pero no es muy útil en sí mismo, ¿no? El hombre de Cornualles dijo que, si quien lo encontraba tenía otras palabras suyas, que estaban en el segundo manuscrito que nosotros ni siquiera tuvimos oportunidad de mirar, entonces podría comprender lo que estaba escrito en el grial y conocer el secreto de todo ello. Pero no lo sabremos nunca, porque los manuscritos están en el fondo del mar.

Barney dijo con aire triste: —En realidad, fracasamos.

El tío abuelo Merry no dijo nada, y cuando le miraron, oyendo sólo el murmullo de voces de los presentes en la sala, les dio la impresión de que sobresalía de todos ellos, alto e inmóvil como la columna que tenía al lado.

—¿Fracasado? —dijo, sonriendo—. Claro que no. ¿Esto es lo que piensas? No habéis fracasado. La búsqueda del grial era una batalla, importante como cualquier batalla. Y ganasteis, vosotros tres. Los poderes que hay tras el hombre que se hace llamar Hastings estuvieron a punto de vencer, y qué habría significado esta victoria, si el secreto del grial hubiera llegado a sus manos, es más de lo uno puede atreverse a pensar. Pero gracias a vosotros, el secreto vital que necesitaban se encuentra a salvo de ellos aún, y lo estará quizá durante tantos siglos como hasta ahora. A salvo, no destruido, Simon. El primer manuscrito, vuestro mapa, sin duda se desintegró enseguida en el mar. Pero su única finalidad era conducir al segundo y al grial. Tal vez habría emocionado más aún a mis colegas —miró alrededor de la habitación y ahogó la risa—, pero esto no importa. Lo importante es que el segundo manuscrito, que está en el fondo del mar, se encuentra encerrado en su estuche, que resistirá el agua de mar indefinidamente, si es de plomo. O sea que el último secreto está a salvo, y escondido. Tan bien escondido en el fondo de la bahía de Trewissick que no podrían nunca iniciar la búsqueda sin que nosotros nos enteráramos y se lo impidiéramos. Han perdido su oportunidad.

—Y nosotros también —dijo Simon con amargura, viendo otra vez la imagen que nunca se le borraría de la mente. Pensó en el reluciente estuche de latón, con los dos preciados manuscritos dentro, volando tras ser lanzado por su mano desesperada y, a unos metros de las manos del tío abuelo Merry desviándose por el impacto con el remo, que lo rompió y hundió su contenido en el mar para siempre.

—No, nosotros no —dijo Jane inesperadamente. Estaba pensando en el mismo momento y se hallaba lejos de la fría sala del museo, de nuevo en Remare Head, emocionada y tostándose al sol—. Nosotros sabemos dónde está. Yo estaba junto a lo único que podía señalarlo: aquel profundo hoyo en las rocas lleno de agua. Yo estaba en el borde, y el estuche de latón cayó directamente delante de mí. O sea que sabríamos dónde buscar si alguna vez volviéramos allí.

Por un instante, el tío abuelo Merry pareció realmente alarmado.

—No tenía idea de esto. Entonces los otros también observaron lo mismo, y podrán ir a ese lugar, sumergirse y sacar el manuscrito antes de que nadie haya tenido tiempo de saber que están allí.

—No, no lo harán —dijo Jane, sonrojada e impaciente—. Esto es lo mejor de todo, tío Merry. Verás, nosotros sólo reparamos en ese hoyo porque lo encontramos cuando la marea estaba el máximo de baja. Cuando regresábamos a la playa, el agua lo había cubierto otra vez. El señor Withers cayó dentro, pero él no lo sabía. O sea que si volviera a haber una marea tan baja, podríamos buscar el hoyo y encontrar el segundo manuscrito. Pero el enemigo no, porque ellos no saben que existe ese hoyo.

—¿Podremos volver? —preguntó Simon con ansia—. ¿Podremos volver, tío Merry, y zambullirnos para buscarlo?

—Algún día, tal vez —dijo el tío abuelo Merry; y entonces, antes de que pudiera decir nada más, un grupo de hombres de la multitud que les rodeaba se volvió hacia él.

—¡Ah!, profesor Lyon, si tiene un momento, quisiera presentarle al doctor Theodore Reisenstatz...

—Soy un gran admirador de usted —dijo al tío abuelo Merry un hombrecillo con barba puntiaguda mientras le estrechaba la mano—. Merriman Lyon es un nombre muy honrado en mi país...

—Vamos —dijo Simon en voz baja; y los niños se apartaron para ir a situarse fuera de la multitud, mientras las cabezas calvas y las barbas grises se movían y charlaban con solemnidad. Miraron hacia la solitaria vitrina de cristal donde se exhibía el grial como una estrella dorada.

Barney tenía la vista fija en el espacio como si se hallara en trance.

—Despierta-dijo Jane, alegre.

Barney preguntó, lentamente:

—¿Es su verdadero nombre?

—¿El de quién?

—El tío abuelo Merry... ¿de verdad se llama Merriman?

—Claro; Merry es su diminutivo.

—No lo sabía —dijo Barney—. Siempre creí que Merry era un apodo. Merriman Lyon...

—Un nombre curioso, ¿no os parece? —dijo Simon—. Vamos a mirar el grial. Quiero ver otra vez lo que dice de nosotros.

Rodeó la multitud con Jane; pero Barney se quedó donde estaba.

—Merry Lyon... Merlion... Merlin...

Miró hacia el otro lado de la sala, donde la blanca cabeza del tío abuelo Merry destacaba sobre el resto, ligeramente inclinada mientras escuchaba lo que alguien le decía. El anguloso rostro moreno parecía más que nunca una escultura muy antigua, con los ojos profundos en sombras y misteriosos.

—No —exclamó Barney, y se estremeció—. No es posible. Pero cuando seguía a Simon y a Jane volvió a mirar por encima del hombro, dudando. Y el tío abuelo Merry, como si lo supiera, volvió su cabeza y le miró directamente a la cara por un instante; le sonrió muy levemente y desvió la mirada.

La sala era inmensa y estaba llena de vitrinas idénticas con botes, dagas, monedas, extrañas piezas de bronce y cuero y madera, todas encerradas como mariposas clavadas con alfileres. La vitrina que contenía el grial era más alta que el resto: una alta caja de cristal situada en un lugar de honor en el centro de la sala; no había nada más que la reluciente copa de oro, limpia ahora, colocada sobre una peana negra. Una placa plateada tenía grabadas las siguientes palabras:

Cáliz de oro celta de confección desconocida. Hallado en Trewissick, sur de Cornualles, y presentado por Simon, Jane y Barnabas Drew.

Dieron la vuelta a la vitrina mirando el grial. Había sido limpiado meticulosamente, y ahora que el oro estaba libre de la suciedad acumulada durante siglos en la cueva de Kemare Head, se veían con claridad todas las líneas del grabado.

Vieron que estaba dividido en cinco paneles y que cuatro o cinco mostraban imágenes de hombres peleando: blandían espadas y lanzas, se protegían con escudos y no llevaban armadura sino que vestían extrañas túnicas que les llegaban hasta las rodillas. En la cabeza lucían casco, pero tenían una forma que los niños no habían visto nunca. Entre las figuras, entretrejidas como los dibujos de un tapiz, había palabras y letras grabadas. El último panel estaba completamente lleno de palabras, apretadas como las líneas que había en el manuscrito. Pero los niños sabían que todas las palabras contenidas en el grial de oro estaban en una lengua que nadie, desde el tío abuelo Merry hasta los expertos del museo, había sido capaz de entender.

Detrás de ellos oyeron a dos hombres entre la multitud que mantenían una acalorada discusión mientras miraban la vitrina.

—... único. Claro que la importancia de la inscripción es difícil de calcular. Claramente rúnica, creo; es extraño, en un ambiente romano...

—Pero mi querido amigo... —El segundo hombre hablaba con voz fuerte y alegre. Barney se volvió y vio que el hombre tenía el rostro sonrojado y era enorme al lado de su compañero con gafas, que era menudo—. Dar importancia al elemento rúnico presupone alguna conexión sajona, y toda la esencia de este objeto es celta. Romano-celta, si quieres, pero piensa en la prueba artúrica...

—¿Artúrica? —preguntó la primera voz con incredulidad—. Tendría que tener una prueba mayor que la imaginativa suposición del profesor Lyon. Loomis, creo, tendría serias dudas... pero en verdad es un hallazgo notable, pese a todo... Se alejaron de nuevo entre la multitud.

—¿Qué demonios significaba todo esto? —preguntó Jane—. ¿No cree que está relacionado con el rey Arturo?

Barney miró con resentimiento a los dos hombres que se alejaban. Después oyeron voces de otro grupo que pasaba junto a la vitrina.

—Seguramente, ahora habrá que revisar todas las teorías; esto arroja una nueva luz sobre el canon artúrico. —La voz era tan solemne como las demás, pero más joven; y entonces ahogó la risa—. Pobre Battersby, toda su fanfarronería sobre los análogos escandinavos y, ahora, aquí está la primera prueba desde Nenio de un Arturo celta, un rey auténtico...

—*The Times* me pidió un artículo —dijo una voz más profunda.

—¡Ah!, ¿era tuyo? Un poco fuerte, ¿no? «... un hallazgo que conmoverá el

mundo de la erudición inglesa...».

—En absoluto —dijo la voz más profunda—. Indudablemente es auténtico, e indudablemente proporciona pistas para conocer la identidad de Arturo. Y como tal, no puede ser sobrevalorado. Sólo lamento lo del último panel.

—Sí, la misteriosa inscripción. Un código, creo. Tiene que serlo. Todos estos extraños caracteres de inglés antiguo... rúnicos, afirma el viejo Battersby, lo que es absurdo, claro; personalmente, estoy seguro de que hubo una clave para descifrarlos. Por supuesto, perdida hace mucho tiempo, de modo que jamás sabremos... Las voces se perdieron entre las demás. —Bueno, esto suena mejor— dijo Simon.

—Todo parece indicar que lo tratan como una especie de reliquia —dijo Jane con tristeza—. Supongo que es lo que tío Merry dijo, que su verdadero significado no se habría conocido a menos que el enemigo se hubiera apoderado de él, y entonces habría sido demasiado tarde.

—Bueno, ahora el enemigo puede venir a verlo tantas veces como quiera —dijo Simon—, pero no significará nada para ellos sin el manuscrito. Supongo que era la clave para descifrar el último panel, del que hablaba ese hombre ahora mismo. Jane suspiró.

—Ni significará nada para nosotros. No conoceremos la verdad del rey Arturo, de... ¿cómo le llamaba el manuscrito?... el Pendragón.

—No. No sabremos exactamente quién era ni qué le ocurrió.

—No conoceremos cuál era su secreto, del que tío Merry nos habló y que el enemigo quería conseguir.

—No sabremos qué significaba aquella otra cosa extraña que decía el otro manuscrito... el día en que el Pendragón volverá.

Barney, que les escuchaba, miró de nuevo hacia las misteriosas palabras grabadas en el reluciente grial. Y levantó la cabeza para mirar hacia el otro lado de la habitación, donde se encontraba la imponente figura del tío abuelo Merry, con su gran cabeza blanca y el semblante fiero y lleno de secretos.

—Me parece que lo sabremos —dijo lentamente— algún día.